



DE LA AUTORA
FINALISTA DEL
PREMIO PLANETA

SOLDADO
de
INVIERNO

Historia y Romance

ARLETTE GENEVE

Soldado de invierno

ARLETTE GENEVE

ISBN: 9781521756621

Sello: Independently published

© Arlette Geneve, 2017

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

Palacio Kuskaia, San Petersburgo, 1850

CAPÍTULO 1

Prisión Trubetskoy, San Petersburgo, 1855

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

Ciudad de Grozni

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPITULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPITULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPITULO 38](#)

[*Howard Sotheby's. Condado de York, Inglaterra.*](#)

PRÓLOGO

Palacio Kuskaia, San Petersburgo, 1850

Había meditado mucho antes de tomar una decisión que resultaría trascendental para su vida. Seguía sentado en el sillón esperando el privilegio de ser recibido. Cerró los ojos y resopló con fuerza, instantes después se limpió la palma de las manos en el suave tejido de su camisa: las sentía húmedas por la incertidumbre. No era la primera vez y se había preparado a conciencia, sin embargo, temió mostrarse impaciente. La puerta del salón se abrió, y un mayordomo con librea azul le hizo un gesto afirmativo. Iban a recibirlo. Soltó el aliento que contenía y se levantó. Hizo un gesto con la cabeza hacia la izquierda y otro hacia la derecha, como si quisiera desentumecer las vértebras del cuello. Escuchó el breve crujido y comenzó a caminar hacia la puerta que el sirviente mantenía abierta.

El largo y amplio pasillo estaba adornado con un gusto exquisito, como todo a su alrededor. Cuando llegó a la escalera que conducía a la primera planta, posó la mano en la barandilla de madera y crispó los dedos sobre ella. Estaba demasiado tenso y ello no era bueno. Con su acción esperaba ayudar a dos personas que lo necesitaban: la mujer que le había salvado la vida, y a uno de sus mejores amigos.

A pesar de lo nervioso que se sentía, subió decidido el primer peldaño. El sirviente que lo precedía tenía la apariencia de un hombre que no se permitía el lujo de mostrarse perturbado ante nada, detalle que lo descorazonó porque él sí se sentía intimidado aunque no quería demostrarlo. Era joven pero tenía claros sus objetivos, y frente a él tenía una oportunidad única que no pensaba desaprovechar. Muchas estancias de la primera planta estaban abiertas. La mayoría de las cortinas que adornaban las alcobas eran de terciopelo rojo y le recordaron a la sangre. Carraspeó y trató de no pensar en nada más. De pronto el mayordomo se paró justo al lado de dos gruesas puertas macizas que estaban adornadas con relieves dorados, y tocó con los nudillos de forma suave. Se escuchó una voz femenina en el interior, acto seguido abrió una de las hojas. El joven cruzó el hueco abierto, e instantes después la puerta se cerró tras su espalda.

Se quedó allí plantado con rostro serio, tanto, que la mujer que tenía enfrente lo miró de forma larga y penetrante esperando una reacción por su parte. En su maduro rostro se advirtió una clara sorpresa, aunque lo había reconocido como el muchacho de Alisa Guseva. El joven caminó un solo paso sin dejar de observarla, resbalando la mirada en las mejillas rojas y húmedas, señal inequívoca de que la mujer había estado llorando. Se detuvo en el regordete cuello y después en el amplio busto bajo la ropa. Una sensación de duda se enroscó en su vientre hasta apretarle en un nudo que resultó molesto, si bien en sus ojos apareció un brillo incandescente de determinación.

Estaba allí por un motivo de peso, Alisa Guseva, la mujer que lo había salvado de la muerte.

—Una hora inusual para una visita formal —la voz de la mujer sonaba entrecortada.

—Puedo ayudarla —dijo el joven de forma precisa y sin un titubeo.

La mujer entrecerró los ojos con cautela. Apenas habían pasado un par de horas desde que regresó de Jasán. ¿Qué podía saber ese muchacho sobre la ayuda que le había

pedido a la hija de su única amiga?

El joven tenía en la mirada una expresión decidida. Su actitud seria, a pesar de su apariencia juvenil, logró arrancarle un gesto que podía interpretarse como una mueca de escepticismo. Su cuerpo tembló ligeramente por un escalofrío involuntario, aunque en la estancia la chimenea crepitaba con un fuego alto y candente. Solo existía un modo de ayudarla, y ese mozuelo no podía hacerlo.

—No tema —dijo de pronto—, sé que puedo ayudarla —reiteró.

Tal parecía que le había leído el pensamiento.

La mujer vio que el joven arrastraba un pie al caminar y el sonido le pareció un siseo provocador que incrementó su estado de ánimo ya de por sí precavido. Dejó de mirar la pierna para observar el rostro de cuadrada frente. Siguió el recorrido por su nariz recta y sus pómulos simétricos. Se detuvo en la barbilla insolente y en el mentón perfectamente definido: el rasgo más característico de su atractivo rostro. Clavó la mirada en el cabello rubio ensortijado. Lo llevaba demasiado largo, casi hasta la altura de los hombros.

¡Era tan joven!

—No soy nadie. No tengo familia, y por ese motivo soy el candidato perfecto para ayudarla.

La mujer se encogió levemente tras escucharlo. Ella necesitaba la ayuda de un hombre de verdad y no la de un muchacho que debía rozar todavía el umbral de la adolescencia. No obstante, la forma de mirarla y de moverse, no eran las propias en un mozuelo, todo lo contrario, parecían las de un hombre decidido y que no se detenía ante nada.

—Mi nombre es Viktor Chernov, y soy el hombre que va a ayudarla.

El suspiro de ella no se hizo esperar. Sonó entre incrédulo y a la vez esperanzado.

—¿Cómo sabe lo que necesito? —inquirió en un susurro.

El joven caminó un paso más hacia delante aunque tomándose su tiempo.

—La escuché sin pretenderlo en su visita a Jasán.

Los ojos de la mujer mostraron el martirio que esa circunstancia le provocaba.

—¿Y qué espera recibir a cambio?

El hombre inspiró profundamente. Ella acababa de aceptar su ayuda. Debía rondar los cuarenta años, y se veía desesperada, como ansioso estaba él por ayudar a una persona que amaba con toda su alma.

—Necesito rublos —contestó firme. Ella lo había imaginado—. Aunque no son para mí sino para ayudar a la señora Guseva.

Esa afirmación la dejó en suspenso dado que la mencionada había rechazado su ayuda en innumerables ocasiones.

—Ya le he ofrecido dinero a Alisa —respondió.

Viktor sonrió, y la mujer al verlo pensó que así debían de sonreír los ángeles.

—No rechazaré el que yo le lleve —afirmó rotundo.

—Si decidiera aceptar su ayuda necesitaría a cambio un contrato de silencio —le indicó la mujer.

Viktor soltó el aire poco a poco. Había pasado el escollo más difícil: llegar hasta la mujer.

—Conoce mi nombre —le contestó—. Sabe donde vivo— continuó—. Puede disponer de mi vida a partir de este momento.

A medida que avanzaba, Viktor se fijó en el bonito jarrón de flores que adornaba una mesita cercana a la cama. Tomó una gran rosa roja y se acarició el mentón mientras la miraba de forma enigmática.

—Que no la engañe mi juventud —le advirtió—, porque sé lo que hago y me mostraré paciente —la mujer entrelazó las manos en su regazo y las apretó con fuerza.

—Esta situación me produce mucha vergüenza —admitió en voz baja—, pero estoy desesperada —confesó humilde a pesar del rango que ostentaba en la sociedad rusa.

—Un sentimiento lógico en una dama, —las mejillas de ella ardieron por completo porque, en ese momento, no se sentía como tal.

—Además, estoy asustada —reveló con los párpados caídos.

—Déjeme ayudarla, y no lo lamentaré, lo juro.

CAPÍTULO 1

Prisión Trubestskoy, San Petersburgo, 1855

El hedor le hizo arrugar la nariz y apretar todavía más el pañuelo que sujetaba contra su boca. Había esparcido sobre el fino tejido algunas gotas de perfume. Afuera el viento rugía con fuerza mientras ella se pegaba al muro para evitar los barrotes de hierro que olían a óxido.

El carcelero contó las monedas.

La mujer se giró con brusquedad para no mirar los dientes podridos y para no oler el hedor nauseabundo que desprendía la boca de él. Se había acercado demasiado al grueso y sucio cuerpo.

—Los muchachos ya están cargados en la carreta —ella dio otro paso hacia Ivan Krásnaya, su ayudante, que la sujetó por el codo para ayudarla a avanzar—. He encontrado a alguien que puede resultarte valioso como protector —Alisa hizo un gesto negativo. Ya había pasado demasiado tiempo en la prisión y deseaba salir a respirar aire limpio—. Su precio es bajo ya que va a ser colgado por la mañana. —Las palabras de Ivan captaron toda su atención. Ella lo miró con un brillo de interés que no disminuía en absoluto—. Sígueme, te lo mostraré.

Lo acompañó por los estrechos pasillos que goteaban humedad y frío. Se arrebujó la capa todavía más alrededor del cuerpo. Visitar la prisión le resultaba muy desagradable. Ivan la condujo a la celda más apartada de todas. En su interior oscuro y helado apenas se lograba atisbar nada.

—Permíteme... —el hombre encendió la antorcha de la pared y una suave luz amarilla comenzó a inundarlo todo.

El condenado estaba tumbado boca abajo en un jergón sucio y que debía estar infestado de pulgas. No se movía, y le pareció muerto.

—Ha sido apaleado hasta la inconsciencia —le reveló Ivan—. Como muchos otros que ya no despertarán —ella no apartaba la mirada del cuerpo flácido—. Lo he visto un par de veces cuando indagaba —continuó revelando—. No tiene familia ni amigos.

—¿Por qué ha sido condenado a muerte?

—Es un libre pensador. Un disidente del gobierno y de la política del zar. Un hombre que no importa a nadie y que no ha sabido contener la lengua por las calles de Petersburgo.

Decidió que no merecía la pena. No necesitaba una complicación más.

—No nos interesa —afirmó dando media vuelta.

—Piénsalo al menos... —insistió el ayudante—. Tengo un presentimiento con él, créeme. Sé de lo que hablo cuando te digo que es una buena elección.

—Ese de ahí vale cien rublos.

La voz del carcelero les llegó por la espalda. Ni mujer ni hombre se habían percatado

de que estaba tan cerca de ellos.

—No hará falta que lo ahorquéis mañana porque ya estará muerto —vaticinó la mujer con voz fría como el hielo.

—Un precio elevado para un moribundo —se atrevió a cuestionar Ivan interponiéndose entre el carcelero y Alisa.

—Cincuenta rublos —rebajó el carcelero.

Ella hizo una negación con la cabeza. Nunca pagaba tanto dinero por un condenado a muerte, y menos por un hombre que estaba más muerto que vivo.

—¿Qué lo hace diferente? —inquirió la mujer con los ojos reducidos a una línea a pesar de lo sombrío de la estancia.

La luz de la antorcha se encontraba tras ella.

—Su fuerza de voluntad —aclaró el carcelero—. Le rompió dos costillas a Jergen, y el mentón a Smirnof —continuó—. Teníamos que emplear a cinco hombres para someterlo.

La mujer tragó saliva de golpe porque sabía qué significaba el sometimiento de un preso en Trubestskoy. Algo se le removió por dentro. Le provocó un escalofrío de asco mezclado con empatía. Si el carcelero no hubiera hablado, ellos se habrían marchado de la prisión y dejado al condenado a su suerte.

—Veinticinco rublos —ofreció con voz firme rebajando a la mitad lo que el carcelero pedía por él.

Alisa pensó que moriría incluso antes de llegar a la casa. No podía pagar muchos rublos por alguien que ya estaba prácticamente muerto.

—Su precio no ha bajado —reiteró el carcelero—. Son cincuenta rublos.

—Morirá antes del amanecer —afirmó la mujer.

—O puede que no —aventuró el guardián—, y tendrás por cincuenta rublos a un hombre fuerte, y no esos niños debiluchos que te llevas y que mueren de todas formas.

Alisa endureció el mentón al escucharlo hablar de forma tan despectiva sobre los niños huérfanos que poblaban las calles de Petersburgo, y que morían de inanición.

—No pienso darte más de cuarenta rublos por un saco de huesos. Lo tomas o lo dejas —Alisa había aumentado en quince rublos su oferta inicial.

—Ese saco de huesos recuperará sus fuerzas con buenos alimentos, y será un buen mozo de cuadra. —Alisa giró de nuevo el rostro y observó el cuerpo vencido abandonado a la muerte. Soltó un suspiro largo y dio un paso para marcharse.

El carcelero supo que la mujer no iba a pagar los cincuenta rublos que él pedía.

—Está bien, cuarenta rublos —aceptó a regañadientes.

Tras las palabras del carcelero, Alisa miró a Ivan y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El ayudante silbó y dos jóvenes salieron de la oscuridad. Estaba claro que esperaban órdenes. El carcelero tomó la argolla de hierro donde guardaba las llaves de las

celdas y abrió la puerta enrejada.

—Mañana prepararé el informe —anunció, pero ella negó reiteradamente.

—Ahora.

—Nunca he faltado a mi palabra.

—Si no preparas el informe no habrá pago.

Ivan y los dos sirvientes sacaron con cierta dificultad al condenado. Lo llevaron por el estrecho pasillo hasta la carreta que esperaba en la puerta con el resto de la carga.

—Lady Caramel... —la mujer parpadeó furiosa.

—¡No me llames así! —el robusto carcelero tensó los hombros porque no le gustaba el tono perentorio de ella—. ¡Prepara el informe! —le ordenó.

Así lo hizo el otro. La celda oscura quedó vacía, pero ella no pudo evitar echar una última mirada. Trubestskoy era el sitio más horrible de Petersburgo. Un lugar infame e inhumano. Giró sobre sí misma y comenzó a caminar hacia la pequeña estancia que el carcelero solía utilizar como despacho, también como dormitorio y comedor. En ese habitáculo elaboraba los informes de defunción de los condenados. Necesitaba el del hombre que había comprado para no tener problemas después.

El regreso lo hicieron en silencio. Las calles apenas iluminadas estaban vacías. Esa hora de la madrugada era la más peligrosa de todas. Ivan condujo la carreta con maestría sorteando los charcos. Habían colocado unos gruesos lienzos para tapar la carga que transportaban. Cuando enfilaron el camino arbolado que conducía a la mansión Jasán, lanzó un suspiro de alivio. El resto de sirvientes masculinos esperaban en la puerta principal e hicieron apoyo rápido para despejar la parte trasera de la carreta en el menor tiempo posible. En el interior de la vivienda ya estaban preparadas las camillas altas donde serían atendidos. Se habían colocado un total de tres, el moribundo ocupaba la última.

—¡Dios mío! —exclamó Olga Doronina.

Era la mujer que ayudaba a Alisa cuando atendía las diversas heridas que se producían en los habitantes de la casa. En el pasado había sido una reputada partera.

—Lo sé, son muy jóvenes —admitió con voz cansada.

En las dos primeras camillas había dos muchachos, uno de quince años y el otro de doce. Estaban tan delgados que la piel de ambos parecía papel sobre los huesos.

—Apenas tienen carne bajo la piel —dijo la partera.

—Son hijos de la calle. Pequeños delincuentes. Muchachos que nadie quiere y que son un estorbo en la ciudad... como el resto.

Mujer y partera observaron con minuciosidad las diferentes heridas, pero salvo los latigazos y una fuerte desnutrición, los chicos no parecían estar graves. Ivan y los dos sirvientes comenzaron a quitarles la ropa, a lavarlos y a desinfectar las diferentes laceraciones que tenían. Alisa y la partera se dirigieron hacia la tercera camilla.

—¿Quién es? —preguntó la mujer mientras sostenía en sus manos una lámpara de gas para reforzar la luz sobre el cuerpo, un momento después la dejó en una mesilla auxiliar.

—Un vagabundo que iba a ser ahorcado por la mañana —respondió Alisa.

—¡Es un hombre no un niño! —exclamó la partera.

Alisa entendió la advertencia, sin embargo, algo en la postura indefensa del hombre dentro de ese habitáculo infesto de la prisión le había impelido a salvarlo.

—No creo que sobreviva —se lamentó.

La partera observaba con atención una herida de cuchillo muy cerca del pulmón.

Alisa fue tocando huesos para comprobar si tenía alguno roto, y sus sospechas se confirmaron cuando sus dedos inspeccionaron la pierna derecha: estaba partida por dos lugares diferentes y los huesos se habían soldado mal. Seguramente era una vieja fractura, e imaginó que difícilmente caminaría bien de nuevo. También tenía dos costillas rotas.

—Yo lo desvestiré —se ofreció Ivan que había dejado a los dos muchachos atendidos por los otros sirvientes.

Con una daga afilada fue cortando las raídas prendas del preso hasta dejarlo completamente desnudo. Los ojos de Alisa se entrecerraron a medida que lo contemplaba. Ivan había captado perfectamente la mirada de ambas mujeres, por ese motivo le habló a Alisa sin mirarla.

—Te dije que era único. Observa su estructura ósea.

—No parece un vagabundo —apuntó Olga con ojos entrecerrados—. Está muy bien dotado sin lugar a dudas.

La mujer tenía razón. El hombre había sido agraciado con un grueso y largo pene. A pesar de estar flácido resultaba impresionante.

—Démosle la vuelta.

Ivan lo sujetó con cuidado por el hombro y por la cadera, lo giró hacia él de forma que la maltrecha espalda quedó frente a los ojos de Alisa. La mujer observó los grandes cardenales y la herida entre los glúteos que supuraba sangre.

—Lo han desgarrado, y por la cantidad de fluido reseco ha debido de ser en varias ocasiones —apuntó Alisa con un susurro de voz—. La espalda parece un amasijo de cicatrices horribles. Es imposible saber donde comienza la primera y donde termina la última.

—Un hombre tan grande y corpulento no es fácil de doblegar —terció la partera con voz aguda—. Debe de haberse resistido lo suyo.

Y Alisa recordó las palabras del carcelero. Habían necesitado cinco hombres para poder dominarlo, por ese motivo estaba prácticamente muerto. Seguramente si despertaba desearía estarlo.

—Atenderemos las heridas lo mejor que podamos y que sea lo que Dios quiera.

Ambas mujeres se pusieron a la tarea de curar al hombre, pero eran tantas que les llevó el resto de la noche. Colocaron a los dos adolescentes en una misma alcoba. Al hombre lo colocaron en otra más alejada. Se limpiaron los restos de sangre y fluidos de la sala de curas, y la casa quedó en silencio de nuevo.

Abrió los ojos y el fogonazo de luz le provocó un latigazo de dolor. Gimió y trató de incorporarse. No pudo. Estaba en un lugar desconocido, ¿era un hospital? Podría serlo. En la alcoba solo había una cama, la suya. Un mobiliario elegante que le hizo entrecerrar los ojos especulativo. Cuando hizo recuento de su estado, se percató de que tenía la pierna entablillada. El torso vendado con fuerza, y un dolor insoportable en el recto. La sensación se parecía mucho a recibir bocados.

—Son los puntos de sutura —la voz gentil le hizo girar el rostro demasiado deprisa, y un nuevo latigazo de dolor se cebó con él dejándolo mareado.

—¿Dónde... dónde estoy? —preguntó de forma vacilante.

Sentía la garganta al rojo vivo, y cuando se pasó la lengua por los labios, percibió que estaban llenos de costras. Además tenía el interior de las mejillas con cortes que le escocían.

—A salvo —la oyó decir.

—Quiero levantarme —lo intentó, pero estaba tan débil que se abandonó en el lecho. Extenuado hasta el punto de sufrir un desvanecimiento.

—Trata de comer un poco. —Él creyó que algo así sería imposible—. Tienes que intentarlo para reponerte.

De pronto, la mujer le acercó una cuchara a la boca y le instó a que la abriera, cuando lo hizo y el líquido le inundó el interior de la boca lastimada, no pudo evitar un quejido.

—Solo es un poco de sopa —lo animó—. De momento no podemos darte nada sólido hasta que cicatrice.

Los ojos de él abrasaban porque sabía perfectamente a qué herida en particular se refería ella. En la cárcel lo habían tratado como a un despojo. Lo habían violado de forma repetida y sin compasión. Lo habían reducido a un guiñapo sin orgullo ni esperanza. Era un hombre que tenía que estar muerto.

—¿¡Por qué sigo vivo!?! —preguntó con voz que destilaba una rabia infinita.

—Todas tus preguntas obtendrá respuestas. Ahora tienes que recuperar fuerzas, y para hacerlo debes alimentarte.

Una nueva cucharada de líquido fue acercada a sus labios. Los abrió por inercia a pesar de saber el dolor que le provocaría. La sopa bajaba por su garganta como si fueran cuchillas al rojo vivo. Sintió una arcada aunque no llegó a vomitar. Retuvo el escaso alimento dentro de su cuerpo.

—Iba a morir —aseveró sin dejar de mirarla—, en unas horas.

—¡Ah!, pero estás vivo, y por ello debes estar agradecido. —La mujer de mediana

edad le mostró el asomo de una sonrisa.

Era la primera muestra de calor que obtenía en meses.

—Quiero... —no le dejó terminar la frase.

—¡Come! —ordenó la mujer que seguía acercándole cucharadas de sopa.

Alimentarse le supo un suplicio, aunque uno menor que las constantes palizas y sometimientos que había soportado en la prisión.

—¿Quién me ha salvado? —indagó mientras seguía tragando con dificultad.

—Una persona excepcional —afirmó la mujer.

—No tengo rublos para pagarle.

La mujer le metió varias cucharadas de sopa seguidas para que no hablara, pero a la siguiente él giró la cabeza negándose a tomar más.

—No tengo familia que pueda pagar un rescate... ¡No valgo nada!

La partera no estaba de acuerdo. Había observado al hombre desnudo, y a pesar de estar en los huesos, su estructura ósea, su altura y atributos masculinos, desmentían la severa afirmación. Iba a ser muy útil en la casa salvo que no tenía modo de saberlo, al menos todavía.

—No estás aquí por dinero —le informó Olga.

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—¿Entonces...?

—Descansa —le ordenó—. Sé que tienes muchos interrogantes, pero todo se resolverá pronto, créeme.

La mujer no esperó una respuesta por su parte. Tomó el cuenco con el resto de sopa y se alejó del lecho con paso firme. Antes de alcanzar la puerta, un sirviente se la abrió. Por un momento él creyó que era otro carcelero. Sintió un espasmo en el vientre y tuvo que relajar los músculos de sus glúteos pues la tensión le provocaba un dolor increíble. Cerró los ojos y se dejó vencer por el cansancio.

CAPÍTULO 2

Alisa acarició la frente del muchacho y le sonrió. El chico le devolvió el gesto amable besándole la mano.

—¡Gracias, gracias!

Los ojos de ella se anegaron en lágrimas, pero logró retenerlas. ¡Morían tantos niños de forma injusta!

—Me llamo Alisa, y me alegro de que los dos estéis mejor.

El muchacho más joven la miraba arrobado. El mayor con un profundo agradecimiento en sus ojos marrones, también con un interrogante. Ambos sabían quien era ella pues su fama de dama piadosa era muy comentada entre los pobres que no tenían hogar y que malvivían en las calles de Petersburgo. Los desahuciados que nadie quería.

—No robé al tendero —aclaró el pequeño—, ni lo golpeé.

Ella ya lo sospechaba. Las calles estaban llenas de hijos abandonados. Niños acuciados por el hambre y la necesidad. La gran mayoría terminaban encerrados como animales y posteriormente ahorcados.

—Podéis quedaros aquí —ambos asintieron al unísono—. Seréis tratados con respeto y cariño.

—¿No tiene miedo de que le causemos daño o que le robemos? —preguntó el mayor con cierto recelo.

Estaba tan acostumbrado a que lo maltrataran que cualquier muestra de empatía le resultaba sospechosa.

Alisa pensó un momento en la respuesta que podría ofrecerles. Los dos jóvenes seguían guardando reposo pues estaban muy débiles para mantenerse en pie. Aunque se alegraba enormemente que ninguno tuviera fracturas porque su curación sería mucho más rápida.

—No tengo miedo porque sé que sois muchachos buenos, pero necesitáis la oportunidad de demostrarlo —Alisa calló un momento—. No puedo evitar que sintáis la tentación de marcharos y de llevaros algo de valor para subsistir en la calle una vez hayáis huido —les dijo con una voz muy suave—. Sin embargo, os duraría poco tiempo y seguiríais el mismo camino que trato de evitaros al rescataros de Trubestskoy.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del pequeño. Alisa sintió la necesidad de calmar sus temores si bien era consciente que solo el tiempo y el cariño podrían lograr que esos muchachos confiaran y sonrieran de nuevo.

—Me llaman Oleg —mencionó el pequeño—, aunque no conozco mi apellido.

Alisa le mostró una sonrisa genuina.

—Yo me llamo Buk —intervino el mayor—. Buk Ivanov, y mi madre era una prostituta de Rogozin. Murió de tisis el año pasado.

Rogozin era un prostíbulo muy conocido en los barrios bajos de Petersburgo.

—Bienvenidos a vuestro nuevo hogar.

—¿Qué haremos aquí en la casa? —quiso saber el mayor.

Alisa se alejó de la cama del pequeño Oleg y caminó hasta situarse a un paso de Buk. Cruzó las manos en el regazo de forma muy lenta. Sabía lo asustadizos que se mostraban los chicos cuando eran rescatados de la prisión.

—Necesito un lacayo fuerte y decidido —los ojos de Buk parpadearon con interés—. También un mozo de cuadra que esté dispuesto a ser un aprendiz de cochero.

—¡Yo puedo ser un excelente cochero! —exclamó Oleg entusiasmado.

Alisa giró el rostro para mirarlo. Ese niño le provocaba un pesar indescriptible. ¡Si pudiera salvar a más niños!

—No tengo la menor duda de ello —respondió convencida.

—Esta casa debe tener muchos lacayos —apuntó Buk con un tono de voz que denotaba cansancio.

—Debo de hacer una corrección —dijo ella al mayor—, en Jasán solo hay dos lacayos: Vassily y Boris, y los dos se están preparando para trabajar en otras casas más importantes. Aquí están completando su formación.

Los mencionados entraron a la alcoba cuando escucharon sus nombres siguiendo el ritual de las presentaciones cuando había en la casa nuevos inquilinos. Oleg y Buk los miraron atención. Ambos desconocían que éstos eran los muchachos que habían ayudado a Ivan a transportarlos hasta la casa.

—Parecen muy jóvenes —apuntó Buk entrecerrando los ojos.

—Vassily tiene diecinueve años —informó Alisa—, y Boris dieciocho.

—¿Los rescató jóvenes? ¿Cómo a nosotros? —quiso saber el pequeño Oleg.

Alisa los miró y les hizo un gesto con la cabeza para que se marcharan. Habían cumplido su cometido de ser presentados a los dos chicos nuevos.

—Vassily tenía quince años y Boris catorce.

—¿Y nunca han querido marcharse? —interrogó Buk.

Alisa negó de forma serena.

—Son parte de la familia, como espero que seáis vosotros si aceptáis quedaros conmigo en Jasán.

—¡Pero si están despiertos!

Alisa y los dos muchachos centraron su interés en la mujer que acababa de hacer su entrada en la habitación. Andaba de forma segura y vestía ropas elegantes. Para dos harapientos que habían malvivido en las calles de Petersburgo, la aparición se les antojó cuanto menos asombrosa.

—Os presento a Olga Doronina, la mujer más importante de Jasán.

La mujer de aspecto maternal se colocó entre las dos camas y miró a los chavales con gran atención.

—¿De verdad es la mujer más importante de Jasán? —preguntó el pequeño que observaba a Olga lleno de curiosidad.

La mujer tardó solo un instante en responder.

—Soy la enfermera, bueno, en realidad soy partera, y cocinera. —Remarcó sin dejar de sonreír—. Ama de llaves, gobernanta, y la mujer que se encarga de controlar a los ladronzuelos hambrientos como vosotros.

Oleg abrió los ojos como platos. Se preguntó si realmente podía una persona ocupar tantos puestos diferentes.

—¡Tengo hambre! —exclamó el niño de pronto.

—Por ese motivo estoy aquí —informó ella—, para que la señora Guseva me deje hacer mi trabajo: alimentaros.

Alisa miró a Olga y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. La partera dio dos palmadas fuertes, Vassily y Boris entraron llevando cada uno una bandeja con comida que olía deliciosa.

—Esta vez os permitiré tomar los alimentos en el lecho —advirtió Olga—, pero a partir de mañana lo haréis con el resto.

Los dos adolescentes se reincorporaron para sujetar las bandejas sobre los muslos. Las dos contenían pechuga de pollo en salsa de mostaza. Puré de remolacha y zanahorias hervidas. Tierno pan con mantequilla, y un vaso de leche.

Oleg sentía un hambre canina e imaginó que igual que Buk.

—Os dejaré alimentaros sin interrupciones. Regresaré más tarde para comprobar cómo están vuestras heridas.

Alisa y Olga abandonaron la estancia de los muchachos dejando a Vassily y Boris a su cuidado. Los dos convalecientes estaban tan absortos mirando sus bandejas de comida que no se percataron cuando ambas mujeres se marcharon.

Alisa se dirigió hacia la biblioteca de la casa confiando en que Olga la acompañara. Tenían mucho que conversar y decisiones que tomar. Cuando las dos estuvieron sentadas frente a frente, Alisa esperó que comenzara a hablar, Olga así lo hizo.

—Se recuperará —tras la afirmación, se escuchó el profundo suspiro de alivio por parte de ella—. Pero no se quedará.

—¿Por qué supones algo así? —quiso saber.

Olga meditó en las palabras antes de decirlas.

—No es un vagabundo cualquiera. Lo percibo en su forma de mirar. En sus gestos. Se muestra respetuoso a pesar de que ignora por qué está aquí y quién lo ha salvado.

—Explícate porque no te comprendo.

—Está herido como ningún hombre debería estarlo, y aún así no pierde esa fuerza de

voluntad que casi le cuesta la vida en Trubestskoy —Olga calló un momento antes de continuar—. No aceptará quedarse.

—Quizás te equivocas en tu apreciación.

La partera negó reiteradamente con la cabeza. Tenía sobre su espalda una vasta experiencia. Conocía a los hombres y sabía cómo pensaban y actuaban. No, el hombre de la alcoba celeste no iba a quedarse.

—Quiere respuestas.

—Y nosotros que se reponga cuanto antes.

—No se conformará con las que yo pueda darle.

—Entonces iré a verlo y le ofreceré las mías.

—Cuando sepa que por qué está en Jasán, y lo que esperamos de él... —Olga no concluyó la frase.

—Hablaré con él y lo convenceré de las ventajas de quedarse con nosotros.

—No es una buena idea. —Alisa la miró sin comprenderla. Sus palabras anteriores le decían una cosa, y momentos después le ofrecía otra bien diferentes. Ella no sabía a qué atenerse—. Es mejor que vayas a verlo cuando esté más recuperado.

—Admito que me precipité al comprar su vida —reconoció Alisa—, pero confío en la intuición de Ivan —matizó—. Un hombre con su fuerza nos puede ser de gran ayuda en Jasán —Olga tenía muy claro la clase de ayuda que necesitaba Alisa.

Pero había omitido que la verdadera razón para comprarlo había sido verlo tan golpeado íntimamente. Tan herido en su masculinidad que no sopesó la parte negativa de su acción: que el hombre no agradeciera la compra de su vida.

—No tiene familia —Alisa la miró con un interrogante—. No tiene rublos para pagarte, ni gente que lo haga.

El alivio deshizo las arrugas de desconfianza que marcaban la frente de la mujer más joven.

—Me alegra saber que Ivan no estaba equivocado en ese aspecto —apuntó.

Olga cruzó una pierna sobre la otra como lo haría un caballero y no una dama.

—He observado un brillo muy peligroso en sus ojos —advirtió ésta.

—¿Tratas de decirme que puede atentar contra nuestra integridad? —Olga negó de inmediato—. ¿Puede ser que el brillo peligroso que has observado en sus ojos sea causado por la fiebre?

—Puede ser —admitió la partera—, no es un hombre común.

—Nadie es un ser común —le espetó Alisa—. Iré a verlo.

—Mi consejo es que esperes a que esté recuperado del todo.

Alisa tenía por costumbre escucharla, pero, algo en la postura de Olga la puso sobre alerta.

—¿Por qué?

—Para que se sienta con la suficiente fuerza para tomar una decisión u otra. Que no se sienta en desventaja por su debilidad. El agradecimiento que sentirá cuando esté totalmente recuperado será una buena baza que inclinará la balanza a tu favor cuando le expliques lo que esperas de él.

Alisa meditó las palabras que le ofrecía Olga y las aceptó como válidas.

—Está bien.

Olga se levantó y encauzó sus pasos hacia la puerta que daba al vestíbulo. Alisa se quedó pensativa durante un momento largo antes de pulsar el llamador para que acudiera Ivan. Tenía que hacer algunas indagaciones sobre el hombre que había rescatado.

—¿Deseas hablar conmigo? —la cabeza de Ivan asomó por la puerta entreabierta.

—Quiero hacerte un encargo.

Ivan caminó despacio y tomó asiento frente a la silla vacía. Alisa tenía el rostro serio mientras escogía con cuidado las palabras.

—¿Qué conoces sobre el hombre que salvamos?

Ivan echó la espalda hacia atrás y la apoyó en el respaldo de la silla.

—Que es un vagabundo incómodo.

—¿Y...? —lo instó.

—Escuché a uno de los guardias hablar sobre él.

—¿Qué decía? —Ivan le ofreció silencio—. Por favor...

—Que Dmitri Serguéievich había pagado un alto precio por verlo muerto.

La mente de Alisa registró la información, pero el nombre del individuo no le decía nada en absoluto.

—Deseo que busques toda la información que puedas —Ivan hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. De forma discreta.

Ahora le mostró una amplia sonrisa.

—Siempre he sido muy discreto en mis pesquisas.

Alisa no lo ponía en duda. No le importaba perder los rublos que había pagado, lo que de verdad le importaba era meterse en problemas por su causa.

—Entonces, ve y hazlo.

Ivan así lo hizo. Con el sigilo que lo caracterizaba pateó las calles de Petersburgo recogiendo información sobre la política del país. Lo que descubrió lo dejó en la tesitura de contárselo a Alisa o esperar un momento más propicio.

CAPÍTULO 3

Alexéi tiró de los lienzos que lo cubrían hacia atrás para sentarse en el lecho. Sus pies desnudos tocaron el frío suelo. Ya no tenía la pierna entablillada. El peso de su cuerpo quedó concentrado en sus glúteos y de su garganta salió un quejido doloroso. A pesar de los días que habían transcurrido, a pesar de los cuidados y atenciones que recibía, esa parte de su cuerpo estaba tan sensible que lanzó una maldición.

Seguía teniendo el costado vendado aunque la herida ya no le dolía tanto. Por primera vez en semanas sentía un hambre canina. Su estómago clamaba por un asado de venado y pan caliente como acompañamiento. Pensó que había probado durante esos días todas y cada una de las formas de preparar la remolacha: en sopa, caldo, puré, asada y triturada. Batida con mantequilla... se juró que jamás volvería a comerla. Cuando se alzó en toda su altura sufrió un ligero mareo, era consecuencia de la debilidad que lo aquejaba. Un hombre de su constitución no podía alimentarse únicamente de caldos, sopas y purés. Como la pierna le dolía a rabiar apoyó el peso de su cuerpo en la otra. La antigua fractura se había resentido por los innumerables golpes que había recibido durante su encarcelamiento.

Cerró los ojos y esperó que el vahído remitiera. Caminó un paso y se detuvo porque una arcada fuerte lo sacudió aunque pudo controlarla. Inspiró hondo varias veces tratando de normalizar el pulso y la angustia que sentía. Dio varios pasos más hasta acercarse a los grandes ventanales que estaban cubiertos por finas cortinas de encaje. A los lados había otras recogidas de un tejido mucho más grueso. Agitó la tela con la mano que tenía libre hasta dar con la abertura para correrla y asomarse al exterior. Cuando lo logró, no reconoció el lugar. Una extensa arboleda cubría la mayor parte del terreno. En el horizonte no se veían casas ni restos de la ciudad. Alexéi imaginó que debía estar en el campo. En una propiedad extensa y alejada de Petersburgo.

Por primera vez en meses podía ver la luz del día. La naturaleza en todo su esplendor, y que languidecía en ese comienzo de invierno. Cerró los ojos dividido entre el agradecimiento y el odio en el mismo porcentaje. Agradecimiento por su salvador, y odio acérrimo por su captor. El hombre al que había jurado matar. Durante días se había hecho innumerables preguntas de las que no podía hallar las respuestas. Un alma caritativa lo había salvado y él estaba ansioso por conocer el rostro de su libertador. Pensó que podría ser un conocido de su padre. Quizás un militar retirado y con el suficiente poder para sobornar a funcionarios del gobierno. ¿Por qué diantres se mantenía escondido de él? ¿A qué esperaba para mostrarse?

Alexéi abandonó la ventana y observó la estancia con mucha atención, como en los últimos días.

El dueño de la casa debía ser un noble venido a menos, o un comerciante mediano. Todo era grande y ostentoso, aunque advertía el grave deterioro en las paredes, en los muebles y objetos que adornaban la estancia.

Escuchó el ruido de la puerta al abrirse y giró parte de su cuerpo hacia allí. El hombre de aspecto robusto le traía una bandeja con comida. Si le extrañó verle levantado, no lo

demostró. Continuó su paso hacia el lecho y depositó la bandeja sobre una mesilla. Alexéi se fijó en el contenido y no pudo ocultar una mueca de decepción. Había un cuenco con puré de remolacha y zanahorias hervidas. A pesar del rechazo que le produjo la comida su estómago rugió con fuerza.

—Me gustaría comer algo más sólido —ordenó, pero cuando Alexéi se percató del tono que había utilizado, reculó—. Por favor.

Ivan lo miró con ojos entrecerrados. Un instante después tomó la bandeja, y con una ligera afirmación de cabeza, salió por la puerta. La hoja quedó abierta y él se dispuso a investigar el entorno. Caminó lentamente procurando no marearse pues estaba muy débil todavía. Cuando alcanzó el umbral, dudó, aunque no era hombre que retrocedía ante una decisión tomada. Un pasillo ancho y bien iluminado le cegó por un momento. Parpadeó y salió de la alcoba hacia el corredor. La casa era dos plantas y en el pasillo había varias puertas cerradas. En un extremo había una alta ventana que daba a un jardín y por la que entraba la luz a raudales, el otro extremo desembocaba en un vestíbulo que contenía la escalara que descendía hacia la parte inferior de la casa.

Escuchó risas de niños en una de las habitaciones, y sin pretenderlo, sus pies lo digirieron hacia allí.

Los niños representaban la vida, el futuro. Escucharlos reír había removido una fibra de su interior que le provocó un sentimiento de pérdida todavía más grande. Apoyó la frente en la cálida madera de la puerta y siguió escuchando las risas mezcladas con palabras. Accionó el picaporte sin querer y la hoja se abrió a su empuje. Un niño y un muchacho se quedaron mirando al desconocido que los observaba con gran interés. Ellos estaban vestidos, todo lo contrario de él que seguía llevando un blanco camisón de cama que le llegaba por las rodillas. Era demasiado alto, aunque no tan corpulento como en el pasado. Los meses de privaciones en la prisión lo habían reducido a huesos y piel.

—¿Y usted quién es? —preguntó el más pequeño con vivo interés.

Alexéi se aclaró la garganta al escuchar la voz infantil. Por un momento, el rubio cabello y los ojos claros, le recordaron a alguien muy querido para él y que estaba muerto. Asesinado vilmente. No respondió. Regresó sobre sus pasos y cerró la puerta de la misma forma que la había abierto: en silencio.

Recordar se convertía en un ejercicio sumamente doloroso. Sentía el corazón descarnado. El alma aniquilada. Con paso lento se dirigió hacia las escaleras. De pronto quiso huir de la casa y de los niños que reían en su interior. Cuando llegó a la primera puerta escuchó la voz de dos hombres. Segundos después la de una mujer que él conocía. La voz maternal que lo había obligado a tragar sus primeras cucharadas de sopa cuando no tenía fuerzas para alimentarse por sí mismo. Alexéi tenía muchas preguntas. Quería respuestas, y antes de meditar su acción, tomó la manivela y abrió la puerta. El interior era austero y sobrio, similar a la alcoba que él ocupaba.

Seis pares de ojos se clavaron en él y en el aspecto lamentable que ofrecía.

—¡Así que has decidido levantarte de la cama! ¡Bravo! —exclamó la mujer de voz y aspecto afable que él ya conocía.

—Nos alegra saber que se encuentra mejor —le dijo uno de los hombres que se alzó

en señal de respeto.

Como lo hubiera hecho uno de sus soldados al verlo entrar. El otro lo siguió instantes después.

—Me llamo Viktor Chernov —dijo el que le pareció más osado.

—Yuri Dolgoruki —intervino el otro con voz más seria.

—No es bueno que estés tanto tiempo de pie —lo amonestó la mujer que caminó directamente hacia él—. Has estado muy enfermo.

Cruzó su brazo con el masculino y lo incitó a abandonar la estancia. Alexéi tomó buena nota de todo intentando hacerse un esquema mental sobre los ocupantes de la casa: los niños. Los hombres, él.

Siguió a Olga reticente aunque estaba muy cansado.

—¿Es un colegio privado?

La mujer meneó la cabeza sin poder ocultar una sonrisa.

—Podría serlo, pero no lo es —respondió esquiva.

—¿Y entonces? —insistió.

—Lo sabrás a tu debido tiempo —contestó firme—. Ahora debes concentrar tus fuerzas en recuperarte lo antes posible.

—No lo haré comiendo únicamente puré y sopa —se quejó con altivez no premeditada.

Olga pensó que era una buena señal que quisiera alimentarse de forma más consistente y no solo del puré que le había llevado Ivan anteriormente. Durante días habían temido por su vida.

—Creo que es hora de aumentar la dosis de carne —convino ésta en un tono de humor que Alexéi no esperaba—. Quizás también la de azúcar para endulzar ese carácter ácido que estás demostrando.

Alexéi se paró justo cuando alcanzaban la puerta de su alcoba. Miró a la mujer de forma inquisidora.

—Exijo respuestas.

—Primero comerás —respondió Olga—. Después, Ivan te traerá ropa apropiada para que te vistas y puedas acompañarnos esta noche durante la cena.

Infinidad de posibilidades se abrieron ante Alexéi. Su agradecimiento competía con su curiosidad por saber. Aceptó el regalo inesperado que le ofrecía la mujer de sentirse de nuevo como un ser humano al compartir la mesa con el resto de hombres que había visto en la casa.

—Gracias —fueron sus únicas palabras.

Alisa, junto a Vassily y Boris, continuaba eligiendo las piezas de frutas y verduras

que estos llevarían después a la casa. A ella no le gustaba acercarse a Petersburgo, no obstante, la negociación con el banco no podía hacerla otra persona salvo ella misma. Tenía que encargarse de gestionar los asuntos. Antaño había tenido un asesor, pero tras la muerte de su esposo se había quedado sola con sus miedos y sus deudas.

Petersburgo contaba con espléndidas avenidas y grandiosos edificios. Era equiparable a las importantes ciudades europeas como Londres, París o Roma. El gobierno había contratado a maestros aeronáuticos de origen inglés que enseñaban a los marineros rusos la navegación y el comercio. Algunos nobles franceses afincados en la ciudad trataba de incitar a la aristocracia rusa para que fueran frívolos en las modas como lo eran ellos. Era indiscutible que los rusos habían decidido copiar la arquitectura de los italianos en sus viviendas. También admiraban la música de los maestros alemanes. Petersburgo era la ventana rusa abierta a Europa.

Alisa miró a su alrededor con curiosidad y duda en la misma medida.

Los petersburgueses constituían una mezcla de pueblos de increíble diversidad como siberianos, tártaros, y cosacos, pero ella había descubierto los crueles que se mostraban las personas cuando sentían miedo a los desconocidos.

Terminó de seleccionar el género, y les hizo un gesto con la cabeza a ambos jóvenes para que cargaran la compra en las cestas de mimbre. Los tres se dirigieron hacia el carruaje que estaba parado a escasa distancia del mercado. Alisa recordó que en el pasado ella había sido una muchacha feliz cuando se mezclaba con la nobleza rusa. Evocó con cierta añoranza las celebraciones, además de las tertulias y los juegos. De las salidas al campo y de los paseos en trineo. El carnaval, los bailes...

Alisa lanzó un suspiro de pesar. Lo había perdido todo.

Los nobles ricos eran personas que pecaban de excesivo orgullo y demasiada altivez. Imitaban las costumbres de la nobleza europea en detrimento de las propias y sin mostrar pudor. Eran tan ostentosos como sus elegantes salones y ricos gabinetes. Con sus muebles carísimos traídos de la India y de Japón. Presentaban sus lujosas mesas con productos exquisitos de los lugares más distantes y dispares: pescado del Volga, ternera de Arcángel, carnero de Astracán, uvas y melones de lugares cálidos del mediterráneo. Magras vacas de Urania, faisanes de Hungría, junto a los preciados vinos de Francia. Todo ello cuando la mayoría de rusos vivían en condiciones muy distintas. El país pertenecía a un reducido número de personas: los nobles, que gozaban de amplios privilegios mientras que el resto de sus habitantes estaban sometidos a un sistema de servidumbre cruel e inhumano pues estaban obligados a trabajar para el beneficio del señor durante toda su existencia. Sometidos a la autoridad del aristócrata. La mayoría de rusos vivían en casas miserables, con pocos enseres y en condiciones insalubres. Las calles de Petersburgo estaban llenas de huérfanos que morían de inanición. Ella también había sido altiva y despreocupada en el pasado, y ahora lo lamentaba hasta el punto de que no soportaba la frialdad e indiferencia hacia todo aquel que no perteneciera a ese selecto grupo de privilegiados.

Escuchó perfectamente las murmuraciones que decían sobre ella dos señoras que pasaron a su lado. Los dos pares de ojos siguieron cada uno de sus pasos. Sin pretenderlo apretó los labios cuando escuchó el insulto que la acompañaba allí donde fuera “Lady Caramel”, por ese motivo se alegraba de vivir alejada de la ciudad y de las comadreas que

gozaban de alimentar su ego con chismes sobre los caídos en desgracia como ella. Una circunstancia que no había buscado y que sin embargo llegó a atormentarla en el pasado. Aceleró el paso porque quería llegar cuanto antes al carruaje. Una vez dentro se quitó el velo que cubría su rostro. Miró hacia la ventanilla cuando las ruedas del carruaje comenzaron a rodar.

Amaba y odiaba Petersburgo a partes iguales.

CAPÍTULO 4

Alisa miró el montón de cartas que no quería abrir. Dejaba que se amontonaran porque no le apetecía conocer su contenido. Sujetaba en sus manos cuatro más que tiró encima de las otras. Un sobre con reborde azul sobresalía del resto, y ella lo empujó hacia el centro para no verlo. Unos suaves toques en la puerta lograron que dejara de mirar la bandeja de plata con el correo. Ivan Krásnaya no esperó a que le diera permiso. Abrió la puerta y precedió al hombre que ella había comprado en Trubestskoy. Vestía una camisa que le quedaba holgada, también unos pantalones que no le llegaban a los tobillos. Los zapatos parecían que le quedaban bien, aunque el conjunto resultaba bastante patético. Alisa imaginó que las prendas pertenecerían a su ayudante que era más corpulento y bajo que él.

—Me alegro de que se encuentre lo suficientemente repuesto —lo saludó cordial.

Ivan se adelantó al hombre.

—Olga cree que sería bueno que mantengas una conversación con el invitado.

Alisa había tenido un día cansado. Las gestiones en el banco eran agotadoras. Apenas podía subsistir con el dinero que le quedaba, y mantener una casa tan grande requería muchos gastos. Ivan le hizo una inclinación de cabeza y se marchó. Cerró la puerta tras de sí con mucho cuidado.

Alexéi miró a la menuda mujer que le sostenía la mirada con interés. Vestía de negro, como si estuviera de luto. Tenía el rostro en forma de corazón y los ojos grandes y rasgados. Le extrañó su juventud, no parecía tener más de veinticinco años.

—Siéntese, por favor —lo invitó ella.

Alexéi dudó. Seguía conmocionado. Finalmente, tomó asiento frente a la ancha mesa. Trató de acomodarse lo mejor posible porque todavía no podía sentarse con normalidad.

Alisa se sentó también aunque era tan menuda que la gran silla tallada la empequeñecía todavía más. Durante unos momentos largos ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a observarse con atención. Las aletas de la nariz de Alexéi se dilataron al ver en los ojos de la mujer un brillo de admiración, pero no como cuando se observa a un hombre atractivo, sino como cuando se mira a un pura sangre de competición.

—Pensé, erróneamente, que trataría con un hombre —dijo de pronto.

Alisa lo esperaba.

—Lamento su decepción.

Alexéi se removió inquieto.

—Por favor no lo lamente. Le debo la vida —se animó a decir en un tono humilde. La mujer seguía contemplándolo con descaro—. Juro que le devolveré hasta el último rublo que haya pagado por mí.

Esas palabras lograron conmoverla.

—No lo salvé por dinero —le respondió con mirada enigmática.

Alexéi parpadeó varias veces asimilando la respuesta. Alisa clavó sus pupilas en el iris zafiro del hombre. Su rostro era marcadamente masculino. Su abundante cabello rubio estaba limpio y con algunas canas en las sienas. A pesar de su precaria situación tenía una apostura increíble. Se sintió frente a él como si estuviera sentada frente a un oficial.

—¿Y entonces...?

—Ivan cree que puede prestar un buen servicio en la casa.

Los ojos de Alexéi miraron la biblioteca con interés tratando de evaluar de qué forma podría ser útil un hombre como él. Alisa se dio cuenta que el hombre ignoraba todo con respecto a ella y la casa.

—Esta es la casa Jasán.

Si esperaba cualquier destello de reconocimiento por parte de él se equivocó de lleno. Alexéi no dio muestras de conocer el nombre de la casa ni su importancia.

—Por favor, hábleme sobre usted —comenzó ella—. ¿Por qué motivo lo sentenciaron a muerte?

Los vivos ojos se empañaron durante unos instantes, poco después retornaron a la calma que suele preceder a la tormenta.

—Nací en Smolensk en el seno de una familia de suboficiales del ejército. Estudié en la Universidad Estatal de Moscú, y cuando terminé los estudios me enrolé en el cuerpo de caballería.

¡Un militar! Ahora entendía su postura.

—¿Desertó del ejército?

Eso explicaría su condena a muerte se dijo Alisa, sin embargo, algo no encajaba porque de ser un desertor habría sido condenado por un tribunal militar y fusilado en el ejército.

Alexéi intuyó que desconocía su rango.

—Era capitán y fui acusado de traición aunque siempre he sido fiel a mi promesa de servir a Rusia, y nunca traicioné al zar —aseveró.

Alisa se preocupó de veras. Una cosa era comprar la vida de un vagabundo y otra la de un traidor a Rusia, pero ya estaba hecho. Buscó en una carpeta de piel un documentos, uno en particular. Cuando lo halló se lo tendió a él que lo tomó sin saber qué contenía. Cuando leyó las palabras soltó el aliento de forma abrupta. Era un documento legal de defunción.

—Fue la única forma de salvarlo —explicó la mujer en un tono de voz bajo y suave—. Alexéi Yacov murió en la prisión.

Alexéi se encontró de pronto ante una situación inesperada. Si él ya no existía y había muerto, ¿quién era entonces? No supo cómo tomarse ese cambio de circunstancias. Alisa le tendió otro documento.

—Ahora se llama Grigori Orlov —le expuso sin apartar los ojos del rostro que había perdido el color—. Nació en Vólogda. Es el hijo ilegítimo de Pável Primakov, un

almirante que murió durante la batalla de Navarino.

Alexéi tragó la saliva espesa que se le había acumulado en el cielo de la boca. La batalla de Navarino fue una batalla naval librada en el año 1827, durante la Guerra de la Independencia griega.

—El almirante Pável no tuvo familia ni bienes —continuó ella—. Fue amigo de mi padre, Robert Andrew Caramel —concluyó.

Alexéi seguía asimilando la información. De pronto, una luz se abrió camino en su memoria.

—Robert Andrew Caramel era un diplomático inglés —afirmó.

Alisa suspiró. Si el hombre que estaba sentado frente a ella hubiera sido un joven o un niño, todo sería más fácil.

—Es cierto —confesó—. Mi padre fue un diplomático inglés.

—Creo recordar que sufrió una emboscada por las tropas de Mykolaiv Aleksandrovka de Ushguli cuando se encontraba ultimando una negociación en Georgia, ¿no es cierto? —continuó él.

—Nuevamente ha acertado —confirmó—. Mi padre fue enviado a Rusia porque Inglaterra no estaba de acuerdo con la rusificación por la fuerza de Georgia.

—Como siempre —matizó Alexéi—: Gran Bretaña decidiendo sobre el destino de otros.

Las palabras molestaron a Alisa que apretó los labios con cierto enojo mal disimulado.

—No tome mis palabras como un crítica, pero recuerde que mediante el Tratado de Gueorguievsk, Rusia tomó parte de Georgia bajo su protectorado, y que a partir de ese tratado el gobierno impuso el ruso en un proceso de rusificación. Comenzó reformas a las que se resistió la población. Población que fue silenciada con horror y muerte.

La mirada de Alexéi se endureció.

—Pensé que era rusa —dijo él mientras reducía los ojos a una línea.

Alisa se molestó porque todos la consideraban una extranjera.

—Mi padre, Robert, se casó con una rusa, Irina Guseva, y decidió quedarse en Rusia. Yo nací en Petersburgo, así que, sí, soy rusa.

—Pero su padre era inglés —le recordó—. Es medio rusa.

El hombre lo había dicho como un insulto, y así se lo tomó.

—Que comparta algunas de las ideas políticas de mi padre no significa que sea menos rusa que usted —le aclaró—, ni que sea menos patriota.

Alexéi se resintió porque ella le mostraba una gran verdad. Se había puesto a la defensiva, pero había sido un acto reflejo. Esperaba darle las gracias a un hombre amigo de su padre o de su abuelo, y sin embargo, una mujer e hija de un extranjero había comprado su vida en la prisión. ¿Algo tenía sentido?

—¿Y por qué motivo no regresó a Inglaterra tras la muerte de su padre? ¿Por qué razón se hace llamar Guseva? —finalizó preguntando.

Alisa soltó un breve suspiro.

—Porque mi madre seguía viva cuando mi padre fue asesinado por rebeldes a la política del zar —respondió altiva—. Aunque la sociedad siempre me ha visto como una extranjera por mi padre inglés, yo me siento una auténtica rusa.

—Y por eso ha decidido llamarse por el apellido de su madre, Guseva...

El hombre que estaba sentado frente a ella la incomodaba. Le había salvado la vida, ¿por qué sentía que la juzgaba alguien que no conocía su situación?

—También estaba mi esposo, Igor Medvédev, pero rehusé adoptar su apellido.

—¿Estaba? —se atrevió a preguntar.

—Murió de forma trágica mientras dormía —explicó ella de una forma escueta y sin entrar en demasiados detalles—. Una lámpara de gas se cayó de la mesita prendiendo fuego a la colcha... la casa ardió hasta los cimientos.

Alexéi trató de comprender el tono duro de ella. Esperaba dolor, pero erró en su apreciación.

—Entonces es un milagro que siga viva. —Alisa no quiso responderle. Tomó aire varias veces para normalizar la respiración—. ¿Y esta casa entonces? —inquirió.

—Era la casa de mis abuelos y de mi madre antes de contraer matrimonio con mi padre. Tras la muerte de ambos decidí establecerme aquí de forma definitiva.

De nuevo el silencio se instaló entre los dos. Alisa observó que el hombre se veía agotado. No obstante, Alexéi se comportaba como un hombre acostumbrado a emitir órdenes y a esperar respuestas claras.

—Debería descansar —le aconsejó.

Alexéi únicamente había obtenido algunas respuestas. Todavía tenía cientos de preguntas que formular.

—En el momento que me reponga del todo buscaré un trabajo y le pagaré la deuda que he contraído.

Alisa parpadeó asombrada de la tenacidad masculina, y decidió no atajar más.

—Ya nunca más volverá a ser Alexéi Yakov —afirmó con voz seca—, porque Alexéi Yakov fue ahorcado la mañana siguiente de ser liberado.

Cerró los ojos porque considerar las palabras de la mujer lo llevaba a un cajón sin salida. Tenía que vengar una muerte. Limpiar un escarnio y matar a su verdugo. Y tenía que hacerlo como Alexéi y no como Grigori.

—¿Por qué motivo el ejército se desentendió de usted?

Alexéi juzgó guardar silencio, pero ella le había salvado la vida, por ese motivo le debía una explicación.

—Como traidor al imperio, mi muerte debía ocurrir en el más completo anonimato para que ninguno de los hombres que comandaba pudiera rendirme honores o sublevarse.

Alisa desconocía que cuando un militar era encontrado culpable y condenado a muerte, la misma debía suceder en la más absoluta privacidad. El zar se aseguraba que no hubiera lealtades enfrentadas en el ejército.

—¿Por qué me salvó? —preguntó a bocajarro—. Mi vida no valía nada.

Alisa no quería decírselo todavía. No estaba preparado. Pensó a toda velocidad y no se le ocurrió una excusa válida que ofrecerle. Unos toques a la puerta de forma discreta le arrancaron un profundo alivio.

—¡Respóndame! —la urgió.

El rostro hermoso era un enigma para Alexéi. Trataba de comprender la mirada que le ofrecía, pero se sentía incapaz.

—Porque es un magnífico Akhal-Teke —respondió de pronto—. Y ahora, si me perdona, debo responder a la llamada.

Alisa se levantó dejando al hombre clavado a la silla.

Alexéi pensó en los caballos de esa rara raza que alguna vez había visto. Eran resistentes y con un pelaje metálico que los delataba. ¿Por qué lo comparaba con un semental?

—La cena está lista —dijo Alisa desde la puerta que mantenía abierta. Tras ella estaba el niño que él había visto en una de las alcobas.

Alexéi se levantó un segundo después, pero sufrió un ligero mareo. Alisa se apresuró a ayudarlo cuando lo vio vacilar al dar el primer paso.

—Debía de guardar cama —lo sermoneó—. Todavía no está lo suficientemente recuperado para soportar una cena larga y aburrida.

—Estoy famélico —confesó—. Prefiero sufrir un desmayo si con ello consigo llevarme algo al estómago que no sea puré o sopa de remolacha.

El niño rodeó la cintura masculina para ayudarlo a avanzar. Alexéi no pudo evitar alborotarle el cabello. Le recordaba tanto a alguien que amaba con todas sus fuerzas, que el sentimiento le desgarró un poco más el corazón.

Cuando llegaron al amplio y elegante comedor, todos estaban ya sentados en sus respectivos lugares. Alisa se sentó en la primera silla de la derecha. Olga presidía un lado de la mesa, Ivan Krásnaya el otro. Su asiento estaba reservado en la primera silla de la parte izquierda. Alexéi hizo un barrido con la mirada antes de tomar asiento.

Lo hizo con mucho cuidado.

CAPÍTULO 5

Las noticias de Ivan eran desastrosas. Habían transcurrido varias semanas desde que liberara a los chicos de la prisión, y Buk Ivanov había desaparecido. Ella había esperado que el muchacho llegara a apreciar el esfuerzo que había hecho, pero se había equivocado. Lamentaba profundamente no haber sido capaz de alcanzar su corazón para que percibiera que trataba de ayudarlo.

El carruaje se paró de forma brusca. Alisa tomó aire y miró a Ivan que mostraba en el rostro un aire de preocupación.

—Deberías dejarlo donde está. —Alisa negó una sola vez—. Es un desagradecido.

No estaba en absoluto de acuerdo. Al muchacho se le había tratado a golpes durante toda su vida. No conocía el cariño ni la ternura. Era desconfiado por naturaleza, primaba en él el instinto de supervivencia.

—¡Debes olvidar de una vez a Sasha Lazin!

Eso era prácticamente imposible. Alisa evocó el rostro del niño de doce años que había sido apresado por el comisario y enviado de nuevo a prisión. No pudo salvarlo porque no estuvo dispuesta a transigir. Se sentía terriblemente culpable, y desde que perdió al joven Sasha, se prometió que haría todo lo que estuviese en su mano para que no muriese ningún niño que estuviese a su cargo. Los escrúpulos valían poco cuando se trataba de conservar una vida.

—No merece tu sacrificio —apuntó Ivan con censura mal disimulada.

Le asqueaba el comisario. Era un ser despreciable que se aprovechaba de la debilidad que sentía por los niños abandonados y condenados a muerte.

—El comisario se puede comprar, su integridad siempre ha estado en venta —le recordó con un hilo de voz.

Vasílievich, el comisario jefe, era un hombre corrupto que buscaba el poder y la riqueza. Además de ser un mujeriego impenitente. No era la primera vez que Alisa trataba con él, aunque le desagradaba muchísimo tener que hacerlo.

—Le daré un paliza si logra salir de esta —sentenció Ivan aceptando que no podía convencerla de que no se dejara chantajear por un policía inmundo.

Alisa se colocó el velo oscuro sobre el rostro y descendió del carruaje con la ayuda de su protector. El edificio de piedra gris era imponente, además de austero y frío. Tardó un solo instante en cruzar la enorme puerta de madera maciza y adentrarse en su interior mientras Ivan esperaba fuera. Conocía el edificio muy bien pues muchos de sus chicos habían terminado ahí. En el pasado lo había visitado en innumerables ocasiones.

Llegó hasta el despacho del comisario jefe y tocó con los nudillos el velado cristal. Instantes después la hoja se abrió para ella. Alisa no dudó. Buk estaba sentado en un banco de madera con la cabeza inclinada hacia el suelo en una actitud de derrota que le encogió el corazón. Tenía los brazos llenos de morados, señal inequívoca de que lo habían golpeado tras su arresto.

—Me alegra verla de nuevo, lady Caramel.

El apelativo había sonado como lo que era, un insulto. La sociedad rusa no perdonaba ni olvidaba que era hija de un extranjero. No importaba que sus abuelos maternos y su madre hubiesen pertenecido a la más rancia nobleza rusa. Alisa tomó aire y lo impulsó hacia sus pulmones tratando de normalizar el pulso y la respiración. Miró al chico que no se atrevía a alzar el rostro. Debía de estar muerto de miedo. Alisa lo compadeció de verdad.

—Creo que ha habido un error —comenzó en un tono ensayado de antemano y echando hacia atrás el velo que cubría su rostro.

El comisario jefe, un hombre de avanzada edad y de obesidad pronunciada, se acercó hasta ella y, tomándola de la mano, se la besó. El gesto galante le provocó un escalofrío de aprensión que Alisa disimuló muy bien.

—Dos de mis hombres arrestaron a este chico cuando intentaba vender un par de candelabros de plata que indudablemente habían sido robados.

Los ojos femeninos se cerraron en un gesto calculado para mostrar el horror que la revelación le causaba.

—¡No habían sido robados! —protestó de forma enérgica—. El joven Buk solo hacía el trabajo que yo le había encargado.

—¿Qué no habían sido robados? —inquirió Vasílievich en un tono demasiado duro—. La tienda de Shevardnadze tenía en venta los candelabros que su pupilo robó de Jasán —el comisario calló un momento—. Si no hubiésemos estado vigilando por la zona a un traficante de arte, no nos habríamos percatado de la venta de estos objetos tan valiosos.

—¿Y no son más culpables aquellos que compran objetos robados? —apuntó certera aún sabiendo que el comisario se ganaba sus rublos haciendo la vista gorda en ese sentido.

—Ellos no tienen modo de saber que son objetos robados, además, ese es un asunto diferente al que tratamos aquí en este momento.

Alisa volvió a tragar la impotencia de tener que mediar con un hombre como el comisario. Un ser repulsivo y con demasiado poder sobre los muchachos de la calle.

—De verdad que ha sido un malentendido por parte de sus hombres —insistió ella sin apartar la vista del rostro rubicundo—. Mi pupilo trataba de vender esos artículos porque los asuntos no van demasiado bien en Jasán.

El comisario le mostró una sonrisa inquisitiva.

—Lamento escuchar que está pasando apuros económicos, lady.

—¡Oh!, pero solo es de forma temporal —respondió ella con una sonrisa falsa que no lo engañó en absoluto.

Buk seguía interesado la conversación que mantenían ambos adultos. Había creído de forma estúpida que los dos candelabros le iban a proporcionar bastantes rublos para subsistir durante un tiempo mientras se alejaba de Petersburgo, y de la miseria que había conocido durante toda su vida.

—No puedo dejar marchar al muchacho —le informó Vasílievich con cierta chanza—. Existe un protocolo —continuó—. Debemos cerciorarnos de que no existen denuncias de otros ciudadanos contra él. Que no ha delinuido anteriormente...

Alisa sabía muy bien lo que esa sonrisa significaba. Cerró los ojos ante la sacudida que sintió.

—Ya le he informado que todo ha sido un malentendido —insistió ella—. Y que no volverá a repetirse.

—El papeleo cuesta dinero —terció el comisario—. El trabajo de mis hombres, el tiempo empleado.

Había llegado el momento que más odiaba Alisa. Cuando el poder masculino se imponía a toda lógica o razonamiento con un orgullo desmedido.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo monetario —sugirió ella—, que pueda resarcir cualquier molestia que mi pupilo haya causado.

La sonrisa del comisario se amplió todavía más. Pulsó una campanilla y un agente del orden acudió a su llamada.

—Lleve al joven al vestíbulo y cuide de que nadie me moleste mientras resuelvo un asunto de máxima importancia con lady Caramel.

El policía hizo un gesto con la cabeza sin pronunciar palabra. Tomó al chico del brazo y lo condujo hacia el exterior de la estancia. Sin embargo, Buk miró a los ojos de Alisa y vio el brillo de repugnancia que asomó por ellos. Entendió el precio que tendría que pagar la mujer por su liberación. El remordimiento clavó sus dientes directamente en su carne, y lamentó ser el causante de provocarlo.

La puerta se cerró y Alisa enfrentó el mal momento por el que tenía que pasar. No era el primero y sabía que no sería el último. El comisario ya se desabrochaba los botones de la bragueta de su pantalón. Cuando sacó su flácido pene la mujer deseó que la tierra se la tragara. Para armarse de valor pensó en el pequeño Sasha Lazin. Podría haberle salvado la vida si se hubiera doblegado entonces a los requerimientos del comisario, pero era una muchacha soberbia y su orgullo le costó la vida al pequeño. Desde entonces, cuando la vida de algunos de los chicos que rescataba peligraba, dejaba sus escrúpulos en el carruaje junto a Ivan, y permitía que el comisario obtuviera con ella un desahogo físico. Gracias a Dios, el comisario se conformaba con una simple felación y no había tratado de vejlarla de otra forma que sería mucho más infamante para ella. Respiró de forma profunda y se hincó de rodillas, tomó el miembro entre sus dedos y se lo llevó a la boca. Rogó para que su calvario terminara cuanto antes, pero el comisario era un hombre de grandes apetitos sexuales. La arrastró hasta el diván y sin soltarla se sentó abriendo sus piernas todo lo que pudo. Sujetó la cabeza femenina para introducir su pene todo lo profundo que le permitiera ella. Comenzó a empujar y a gemir de forma obscena con los ojos cerrados.

Estaba disfrutando muchísimo.

Alisa trataba de que no la ahogara, o que las embestidas no le provocaran el vómito. Aguantó cada embate con serenidad, y cuando fue consciente que el orgasmo de él estaba a punto de comenzar, sacó el pene de su boca y lo sujetó con su mano. Frotó con fuerza

hasta que el líquido espeso impregnó el blanco pañuelo que ella había colocado. El grito gutural del comisario le provocó un rechazo absoluto, pero siguió provocándole placer. Momentos después, él abrió los ojos y le sonrió.

—Es usted maravillosa, lady.

Alisa se levantó de golpe y se limpió los labios con el borde del encaje de su manga sin que el comisario se percatara. Estaba demasiado ocupado cerrando su bragueta y regodeándose con el poder que tenía sobre ella y sobre los niños que rescataba tanto de la prisión como de las calles.

—No sabe cuanto lamento este malentendido sobre su pupilo —le dijo el hombre con voz almibarada—. Aunque confío que no volverá a repetirse.

Alisa sabía lo que disfrutaba el comisario cuando esas situaciones se sucedían.

—Las gracias se las ofrezco en su nombre y en el mío —apuntó sumisa—. Ni se imagina cuánto lamentamos las molestias que hayamos podido ocasionarle.

Vasílievich, que ya estaba plantado delante de ella, la sujetó por los hombros y la giró hacia él.

—Una mujer como usted no debería estar sola —apuntó con voz pastosa—. No se imagina la de peligros que pueden acecharla.

Alisa entendió perfectamente la amenaza velada.

—Todavía no me he recuperado de la muerte de mi esposo —confesó con un tono de voz que delataba angustia y desesperación—. Debo honrar su memoria.

El comisario entendió el rechazo y se tensó.

—Hace varios años ya de la muerte de su esposo —le recordó el hombre con voz dura—. Espero que no desdeñe mi intención de protegerla —matizó severo—. Y la proposición de matrimonio que le ofrecí.

Alisa le mostró una sonrisa tímida y aceptó el abrazo íntimo que recibió.

—No la olvido, pero todavía es pronto para que pueda aceptarla.

—Siempre puede acudir a mí —le informó soberbio—. Soy el único en esta ciudad que sabe el valor que tiene y lo desamparada que está.

Quiso huir cuanto antes. Se sentía enferma de asco y vergüenza.

—Gracias por todo —agradeció sin dejar de mirarlo a los ojos.

Si Vasílievich se sintió molesto por el escrutinio de la mujer, no lo demostró, todo lo contrario. Conocía el poder que tenía sobre ella y se jactaba de ello, sobre todo cuando lograba echarle el guante a algunos de los pilluelos que Alisa rescataba.

—Espero verla pronto de nuevo. —Alisa ya no le respondió. Salió rápida del edificio que detestaba con todas sus fuerzas.

Cuando llegó al carruaje no pudo evitar inclinarse sobre una de las ruedas y vomitar el desayuno que había tomado en la mañana. Ivan la ayudó con un lienzo limpio que le pasó por el rostro. La sujetó hasta que se le pasaron los estertores.

—El chico no lo merece —reiteró convencido—. Ninguno lo merece, Alisa.

Ella no estaba de acuerdo. Si Alisa no hubiera intervenido, la Ojrana habría corroborado que Buk había estado en prisión semanas antes y su suerte sobre su vida estaría echada. Satisfacer la lujuria del comisario apenas le había llevado diez minutos, y con ello había conseguido años de vida para el muchacho. Sí que lo merecía.

—Ya me encuentro mejor.

Ivan le pasó el brazo por los hombros y la acompañó hacia el interior del carruaje. Buk los esperaba dentro. Su rostro era un cúmulo de emociones contradictorias. Alisa lo miró de frente sin reproche alguno en los ojos.

—Ahora, regresaremos a casa.

Buk se mostró tan avergonzado que Alisa sintió deseos de abrazarlo para reconfortarlo. Él no tenía la culpa de que lo hubieran abandonado. De no conocer más familia que la calle y los golpes. El hambre y la desesperación.

—No podré recuperar los candelabros —confesó con una voz que parecía la de un niño pequeño.

Los objetos que caían en manos del comisario ya no se recuperaban. Sin embargo, a ella no le importaban los objetos materiales porque podían reponerse. Le preocupaba mucho más cualidades como la estima. El orgullo, si era destruido, jamás se recomponía.

—¡Perdóneme! —exclamó de pronto el muchacho lanzándose a las rodillas de ella. Era como un cachorrillo indefenso.

El carruaje ya había comenzado su andadura. El suave traqueteo le arrancó un suspiro. Sujetó la cabeza del chico y se la alzó.

—Quiero ser parte de tu familia —le confesó—, pero no podré serlo si no me lo permites.

El chico comenzó a llorar y ella estuvo a punto de acompañarlo. Esa escena se había repetido demasiadas veces en el pasado. Por ese motivo Alisa nunca daba por perdido a un muchacho que huía. La vida de cada uno de ellos valía el pequeño sacrificio que tenía que dar a un hombre malvado.

—Nunca más la defraudaré.

—Entonces seré la hermana que nunca tuviste—continuó ella—. Juntos aunaremos esfuerzos para protegernos y cuidarnos.

El chico ya no dijo nada más. Siguió con la cabeza recostada en las rodillas femeninas mientras el carruaje avanzaba hacia la mansión Jasán.

CAPÍTULO 6

Alexéi seguía su recorrido por la casa en completo silencio. Estaba prácticamente recuperado, aunque todavía necesitaba utilizar el bastón. Estaba ansioso por pagar su deuda con su salvadora para culminar su venganza sobre el hombre que había jurado matar. Sus pasos lo llevaron a un ala de la casa que estaba cerrada con llave. Como todavía no había salido hacia el exterior no supo si disponía de una entrada por fuera o simplemente la dueña deseaba mantenerla cerrada. Era como si necesitara que esa parte estuviese apartada y diferenciada del resto. Sin poder evitarlo su mano tocó la madera al mismo tiempo que se preguntaba qué se escondería allí dentro. Giró sobre sus pasos y comenzó a caminar hacia la parte del vestíbulo que contenía innumerables cuadros. Los miró uno a uno aunque sin interés.

Cuatro hombres cruzaron la puerta de entrada. Conversaban y reían entre ellos. Alexéi los observó con atención pues eran los mismos con los que había compartido las cenas en la casa. Vestían ropas elegantes de montar. Contempló sus ademanes cuidadosos, sus posturas elegantes, y arrugó el ceño sin pretenderlo. Andaban con gracia y se movían como felinos. Los cuatro eran atractivos y cultos. Lo sabía por las diferentes conversaciones que había escuchado durante las cenas que había compartido con ellos. Aunque no lo invitaran a participar, habían actuado como si no les importara que él estuviera presente y oyendo sus diatribas sobre asuntos tan variados como el arte, la literatura o la música. A pesar de que la edad de los cuatro rondarían los veintitrés o veinticinco años, ninguno hablaba jamás de política, conflictos militares, o mujeres. Temas mucho más masculinos e importantes según él.

—Buenos días, Grigori.

Todavía no se había acostumbrado a que lo llamaran así.

—Buenos días —correspondió gentil.

—Confiamos que pronto se anime a cabalgar con nosotros.

Alexéi se quedó plantado frente a ellos. Para cualquier persona que los observara, quedaría patente la gran diferencia que existía entre los hombres. Alexéi superaba los treinta y cinco años. Era un hombre curtido en el ejército. Sabía dar órdenes y hacer que otros subordinados las cumplieran. Por ese motivo miraba a los hombres en el vestíbulo con cierta superioridad pues era innato en él, pero aceptó la oferta de ellos.

—Nada me gustaría más —admitió sincero.

Alexéi era un excelente jinete. Le apasionaban los caballos casi tanto como el ejército. Pensar en dar una buena cabalgata le aceleró el pulso. Hacía tanto tiempo desde la última vez que se había sentido parte de un purasangre...

—Entonces lo esperamos mañana sobre las siete.

Era la primera vez que Alexéi se daba cuenta que la casa tenía caballerizas.

—Nos veremos esta noche en la cena —dijo uno de ellos.

El resto se despidió con un gesto de cabeza que Alexéi correspondió.

Cuando se quedó de nuevo a solas pensó en la casa, en sus habitantes, y en lo extraño que le parecía todo. Continuó caminando en silencio y meditando en su nueva situación. Tenía que pagar una deuda antes de retomar de nuevo el control sobre su vida y su destino. No le importaba llamarse Grigori durante un tiempo, pero nunca iba a renunciar al nombre que le puso su padre. A sus raíces. Como militar entrenado sabía ser paciente. Conocía el lugar donde se escondía su enemigo. Sabía cómo llegar hasta él y causarle una herida mortal que le provocara la muerte, si bien antes debía pagar la deuda contraída a su salvadora. Realizar el trabajo que ella había pensado para él, y, una vez hecho, retomar su vida de antaño. Restablecer su buen nombre. Mostrarle al zar que siempre había sido su hombre de confianza. Deseaba regresar al ejército. Volver con sus hombres, aquellos que se habían mostrado leales.

Ivan lo encontró saliendo al jardín trasero de la casa.

—La señora Guseva desea verlo —Alexéi paró sus pasos y se giró hacia el hombre que lo miraba sin un parpadeo.

Asintió de forma breve y se dispuso a seguir a Ivan apoyándose en el bastón. El guardián aminoró el paso cuando escuchó la respiración agitada de él.

—Pronto estaré repuesto del todo —afirmó con un tono seguro.

Ivan mantuvo silencio. Lo guió por el corredor hacia la parte principal donde estaban ubicadas la biblioteca y el salón. Tocó discretamente a la puerta de una estancia que se encontraba en medio de ambas. Una voz femenina desde el interior les dio permiso, pero Ivan no entró. Cerró la puerta justo cuando Alexéi cruzó el umbral. Se quedó a solas con la mujer menuda que vestía de forma sencilla y de un tono gris oscuro.

—Siéntese, Grigori —lo invitó Alisa que seguía leyendo una carta con suma atención.

—Me gustaría que utilizara mi nombre de verdad —le ordenó.

Alzó los ojos de la carta y los clavó en el rostro severo. Lo miró de arriba abajo con un escrutinio intenso, tanto, que Alexéi se movió inquieto. Se preguntó el motivo para que una mujer tan pequeña lograra alterarlo. Los hombros de Alisa se tensaron. Los ojos castaños se entrecerraron, y la boca carnosa adoptó un rictus severo.

—Ya le expliqué los motivos por los cuales Alexéi no existe, ni puede existir.

Alexéi carraspeó porque sentía ganas de replicarle, y sin embargo contuvo su ímpetu.

—Puedo utilizar el nombre de Grigori Orlov cuando me encuentre en presencia de otros —aceptó—, pero en la intimidad me gustaría ser llamado por mi verdadero nombre.

Alisa soltó un suspiro largo porque recordó cada una de las palabras de Olga. Él hombre que estaba plantado ante ella tenía demasiado carácter. Además era duro de trato e intransigente.

—Alexéi Yacov está muerto —afirmó ella—. Si se descubriera que no es así el zar firmará otra sentencia de muerte y no solo para usted, también para todos los que le hemos ayudado incumpliendo cada una las leyes establecidas. —Alexéi tragó con fuerza. Ella no iba a permitir que olvidara su deuda—. Ahora, ¡siéntese!

Ordenó con voz marcial y en el mismo tono que él utilizaría para corregir a un soldado desobediente.

Él tomó asiento frente a ella que se mantuvo en pie durante unos segundos.

—Esta tarde recibirá la visita del señor Patin, es un sastre muy reconocido en Petersburgo —le explicó directa—. Le hará un guardarropa apropiado.

Las cejas rubias de Alexéi se alzaron en un arco perfecto.

—Imagino que ahora me explicará la labor que espera que desempeñe aquí.

Alisa tomó aire y apoyó la espalda en el respaldo mullido del sillón.

—Le voy a explicar una historia... —iba a interrumpirla pero Alisa no se lo permitió—. Cuando mi esposo murió—, continuó—, me encontré enterrada en deudas a las que no podía hacer frente.

—Lo lamento —se condolió.

—El banco me reclamaba varios préstamos que no podía pagar pese a que vendí todas y cada una de las posesiones que había heredado de mi padre inglés y de mi madre rusa. —Alexéi seguía atentamente la explicación de ella—. Solo pude conservar esta casa, pero estaba sola y hundida en la miseria, hasta que tropecé en la calle con Viktor Chernov —Alexéi hizo memoria y recordó a un joven muy atractivo y culto—. El chico apenas tenía diecisiete años.

—Lo conozco —admitió—, me he tropezado con él hace un momento en el vestíbulo.

—Estaba tirado en el suelo y herido de muerte. Lo habían apaleado y disparado. Todas y cada una de las personas que se cruzaban con él, se cambiaban de acera. Yo no pude hacerlo —Alisa paró un momento su explicación—. Lo cuidamos aquí. Le salvamos la vida, y le dimos un nuevo hogar en Jasán. Pero seguíamos pasando mucha necesidad dado que todas las puertas se cerraban en torno a mí.

—Entonces estará tan agradecido como yo —le dijo Alexéi.

—Un día vino a visitarme la baronesa Milenka Daugava, íntima amiga de mi madre Irina Guseva. Me habló de un problema que la angustiaba y que no sabía cómo resolver. Yo tampoco fui capaz de ofrecerle un consejo válido o una ayuda razonable. Era la menos indicada, pero el bueno y generoso de Viktor había escuchado nuestra conversación. Conocía mi angustia por sobrevivir. Mi necesidad de rublos para mantener esta casa, lo único que me quedaba en el mundo.

Alexéi estiró la pierna herida porque la posición lo molestaba. Carraspeó de nuevo. Dejó el bastón apoyado en su muslo y cruzó los brazos al pecho.

—Continúe, por favor —la instó.

—Dos días después Viktor trajo a Jasán quinientos rublos y dos chicos en tan mal estado que creí que morirían en esta misma estancia. Esos dos chicos son Yuri Dolgoruki y Mijaíl Ivanovich.

Alexéi los conocía, aunque en modo alguno parecían chicos abandonados de la calle,

todo lo contrario, eran cultos. Refinados. ¿Qué había propiciado ese cambio en ellos?

—Había comprado sus vidas en la prisión Trubestskoy. Les salvó la vida. Ignoraba que se pudiera comprar una vida —Alisa inspiró antes de continuar—. Los cuidamos y les ofrecimos un lugar en la casa para vivir lejos de la miseria y la necesidad. Ignoraba que ambos eran amigos de Viktor.

Alisa silenció su relato. Parecía que le costaba continuar desgranando su miserable vida del pasado. Alexéi la compadeció.

—Pasó el tiempo y Viktor seguía trayendo rublos a casa. Creí que hacía trabajos esporádicos, pero estaba equivocada — Alisa bajó los ojos algo turbada—. La baronesa Daugava hizo circular la voz sobre los maravillosos hombres que vivían en Jasán y los espléndidos servicios discretos que ofrecían a damas necesitadas. —Los ojos atónitos de Alexéi se abrieron por completo. Creía que no había escuchado bien—. Viktor tiene un sentido innato para tratar a las mujeres. Hacerlas sentir especiales.

—¿Estamos hablando de putos? —preguntó ronco.

—Hablamos de hombres de compañía —matizó—. La casa Jasán es un lugar selecto donde las mujeres de la nobleza rusa pueden encontrar la atención y la compañía que no encuentran en sus hogares.

El rostro de Alexéi mostró la sorpresa que la confesión le había provocado.

—Eso es amoral. Indecente —criticó con los ojos encendidos.

Alisa endureció la mirada y el tono de voz.

—Si los hombres pagan por la compañía de mujeres de vida alegre en prostíbulos, ¿por qué motivo no deberían hacerlo las mujeres que se encuentran solas?

—Porque no es normal —aseveró cada vez más incómodo.

—Que muchachos mueran en la prisión Trubestskoy por robar una manzana, no es normal, señor Yacov.

Alisa había utilizado su verdadero apellido y logró molestarlo.

—¿Pretende que haga de puto? —Alexéi había elevado la voz al mismo tiempo que había alzado su cuerpo de la silla.

—La casa Jasán ofrece infinidad de servicios, principalmente de compañía — continuó ella.

Él masculló de forma ostensible.

—¡Me repugna escucharla! ¡Me asquea que salve a niños de Trubestskoy para convertirlos en carne que se comercia!

Alisa se percató que había encarado todo el asunto mal. Alexéi no era un muchacho asustado. Erróneamente había creído que no se mostraría tan cerrado de mente.

—¡Nunca jamás he obligado a ninguno de mis chicos a actuar como hombres de compañía! —se defendió—. Muchos de los que he salvado se han marchado, otros han decidido quedarse.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? —inquirió herido en su amor propio.

Alexéi no entendía que un hombre aceptara caer tan bajo por ganar unos rublos. Se sentía escandalizado.

—¿Espera que me quede o que me vaya? —inquirió.

—Es libre de hacer lo uno u lo otro —le dijo calmada—. Pero acostarse con mujeres sin dar nada a cambio es el sueño de cualquier hombre —terminó con la voz tan dura como el granito—. Me sorprende su hipocresía al mostrarse abochornado.

Alexéi se quedó mirándola largo rato, y con un brillo de desprecio en sus pupilas que logró incomodarla. Alisa mantuvo la espalda firme y el rostro sereno.

—Nunca seré un puto consentido.

Ella decidió dispararle a bocajarro.

—Y esa decisión es completamente respetable, pero permítame que le recuerde que me debe la vida, y que mi oferta no es en modo alguno lo que imagina pues no me ha permitido expresársela.

Recordarle que le debía la vida era vil y rastroso. Alexéi apretó los dientes hasta el punto de crujiros.

—¿Por qué me escogió a mí? —preguntó iracundo—. No soy un muchacho imberbe al que pueda convencer con palabras melosas y el gancho de unos pocos rublos además del placer carnal.

Alisa masticó las palabras certeras que Olga le había dicho sobre lo complicado que se mostraría un hombre con su talante.

—Es libre de marcharse —lo invitó.

—¿Por qué? —insistió.

Alisa no pensaba responderle. Le hizo un gesto con la cabeza para que se marchara. Bajó los párpados hacia el documento que había estado leyendo anteriormente, sin embargo, Alexéi golpeó con los puños la mesa de madera y todo su contenido quedó suspendido en el aire un instante antes de caer con estrépito y de cualquier forma.

—¿Por qué? ¡Maldita sea!

Alisa tragó saliva. Lo miró con una advertencia por su trato brusco y desmedido. Se levantó para encararlo. Rodeó el escritorio hasta donde estaba él inclinado. Alexéi se giró hacia ella esperando no sabía qué. La mujer se acercó tanto que los tejidos de la ropa se rozaron.

—Su conducta es merecedora de una respuesta diferente a la que pretendía darle en un principio —le dijo de forma enigmática—. ¿Quiere saber qué había pensado ofrecerle, y que sin embargo ya no le ofreceré?

Alzó el rostro con forma de corazón hacia él y se bebió el aliento que su boca exhalaba. Puso la mano en su entrepierna y acarició el miembro masculino, firme. Decidida.

—Es un buen Akhal-Teke —le recordó—. Conozco a varias damas que pagarían una fortuna por disfrutar con usted. —Alexéi dio un paso hacia atrás estupefacto. Ninguna mujer había osado tocarlo anteriormente sin su permiso, aunque ella no hizo ademán de hacerlo de nuevo—. Es libre de irse —lo animó—. Y le reitero que mi oferta estaba muy lejos de lo que imagina.

El hombre estaba clavado al suelo. Se sentía incapaz de dar un paso hacia delante o hacia atrás. La miraba lleno de ira e incredulidad. Esa mujer pequeña que parecía tan indefensa no podía regentar un club de encuentros. Le parecía inaudito. Escandaloso. Estaba aturdido sin decidirse a nada.

Momentos después abandonó la estancia sin mirar hacia atrás.

CAPÍTULO 7

Viktor lo esperaba en el corredor con un hombro apoyado en la pared. Había estado escuchando la conversación que había mantenido con Alisa. Cuando los ojos de ambos se encontraron, los de Alexéi se entrecerraron violentos. Había en ellos una acusación tan grave que Viktor decidió hablarle con sinceridad.

—El soldado de invierno —Alexéi mostró la sorpresa que le causó el reconocimiento del joven pues así era conocido en sus círculos más íntimos. El zar le había puesto ese sobre nombre por el lugar donde había nacido: Smolensk—. Su fama le precede.

Así que el muchacho había hecho indagaciones sobre él se dijo Alexéi.

—Los hombres que lideré en el ejército me llamaban así —respondió serio.

—Y el soldado de invierno se cree mejor que nosotros —las palabras eran una afirmación.

El mentón de Alexéi se endureció.

—¡Por supuesto que lo soy! —exclamó arrogante.

El militar no se esperaba la sonrisa socarrona que asomó al rostro atractivo. Él le llevaba más diez años, sin embargo, por la forma de mirarlo parecía que fuera un jovencito sin experiencia.

—Es un hombre que está vivo gracias a la bondad de una mujer que arriesgó su vida yendo a la prisión de Trubestskoy —esa era una verdad innegable—. No es mejor que yo ni otros que están aquí.

Los ojos de Alexéi se cerraron de forma peligrosa.

—Soy libre de decidir y tengo libertad para marcharme —apuntó seco.

—Y lo hará —contestó Viktor—, no obstante, ello no hará que sea mejor hombre ni mejor persona.

Alexéi contempló la casa con nuevos ojos, también al hombre que estaba plantado frente a él.

—Como hombre no comprendo que otro pueda venderse como un puto.

Viktor respiró de forma profunda, si bien no porque se sintiera insultado, sino porque el hombre le parecía obtuso. Retrógrado en su forma de pensar.

—¿No ha visitado nunca un burdel?

Alexéi apretó los labios y lo miró con fijeza.

—Todo hombre que se precie visita alguna vez un burdel —respondió cauto.

Ignoraba hacia dónde lo llevaba el joven.

—¿Nunca se ha preguntado que historia hay detrás de cada prostituta? ¿De cada muchacha que vende su cuerpo por unos rublos? —no, nunca había pensado en ello. Para él las mujeres de los burdeles elegían esa vida depravada y fácil—. Ya conoce mi historia

—le recordó él sin que su boca dejara de sonreír—. Soy un hombre buscado por la justicia. También por mercenarios, ¿qué podría hacer para ganarme la vida sino dedicarme a aquello para lo que soy bueno?

—¿Complacer a damas de dudosa reputación es lo mejor que sabe hacer?

—No —respondió firme—. Complacer solamente, no. Consuelo a mujeres que están y se sienten solas. Abandonadas por hombres como usted que no dudan en visitar burdeles porque ello les hace parecer más hombres.

Alexéi tensó los hombros y el brillo de sus ojos zafiro aumentó hasta un punto peligroso.

—Soy un hombre cabal —lo atacó—, nunca visito burdeles porque me haga parecer más hombre.

—Si un hombre tiene necesidades, ¿porque supone que una mujer no puede tenerlas?

—Porque las mujeres deben lealtad a su familia. Deben estar sujetas a un esposo y no buscar placeres fuera del lecho conyugal.

Viktor sabía que Alexéi expresaba la opinión de la mayoría de hombres.

—¿Y ello incluye a las viudas? —inquirió—. ¿También a aquella mujeres que no han podido casarse y tener hijos que les hagan compañía? ¿Mujeres que han sido despreciadas por la sociedad? ¿Mujeres abandonadas por esposos que las ignoran y se divorcian de ellas por otras mujeres más jóvenes?

El militar se sintió desconcertado por un momento. Nunca había pensado en los sentimientos femeninos. Las mujeres servían para dar placer e hijos, nada más.

—La mansión Jasán no es una casa de putos —aclaró Viktor firme y sin dejar de mirarlo—. Aquí vienen mujeres en busca de buena conversación. De actitudes tiernas y comprensivas. Desean bailar y divertirse.

—¿No vienen a buscar sexo? —inquirió sarcástico.

Viktor lamentó que Alexéi se mostrara tan terco.

—Alguna lo busca, pero no es la norma habitual.

Alexéi se preguntó por qué motivo él no había visto a ninguna mujer visitar la casa en los días que había estado paseando por sus pasillos y estancias.

—¿Siempre ha sido una casa de encuentros íntimos? —insistió ofensivo.

Viktor inspiró para contener la réplica. Parpadeó un par de veces antes de continuar.

—Escuché una conversación privada hace algunos años —confesó—. Supe cómo podía ayudar a Alisa. Conozco cómo desean ser tratadas las damas.

—¡Cobras por hacerles el amor!

—Aceptó los regalos que creen oportuno hacerme —lo rectificó.

—Es amoral. Vergonzoso. Denigrante.

—Denigrante es ser ahorcado por un crimen que no se ha cometido. Condenar a los

niños a sufrir miserias y calamidades en las calles hasta que los apresan —le replicó mordaz.

Alexéi pensó en Buk, en Oleg, y no pudo evitar sentir un escalofrío de aprensión. Viktor leyó en su rostro lo que pensaba al respecto.

—Ni se imagina la cantidad de muchachos que Alisa salvó y que nunca han sido ni serán acompañantes —le reveló de forma ácida—. Sólo lo son aquellos que lo eligen de forma libre y sin coacción.

Viktor se había cansado de la actitud arrogante del hombre.

—¿Y dónde están? —se interesó.

—Se fueron. Sin mirar atrás y sin apreciar la deuda que contrajeron con la persona que arriesgó su vida por salvarlos.

Viktor le había dado una estocada certera.

—Si me quedara iría contra todos mis principios.

El militar ya no tenía la postura de guardia ni la mirada acerada.

—¿Y qué hará? No puede pasearse por Petersburgo de forma tranquila. Es un convicto sentenciado a muerte que sin embargo no ha muerto. Se ha burlado la ley. La sentencia del zar...

Viktor sabía qué palabras usar para hacerlo dudar sobre la mejor forma de actuar.

—No me quedaría en la ciudad.

—¿Y cómo vengaría lo que le han hecho?

—¿Por qué supones que deseo vengarme?

—Es un militar con un orgullo desmedido aunque leal. Nunca traicionaría al zar ni desobedecería una orden suya —continuó explicando—. Si ha estado preso ha sido por otra causa ajenas a sus actos. ¿No es cierto soldado de invierno?

El apodo que le puso el zar sonaba como un insulto en los labios del joven.

—¿Conoces a muchos militares leales?

—Tengo cierta intuición para conocer el carácter de un hombre.

—Esta conversación no conduce a ningún lugar.

—Jasán es el mejor lugar para mantenerse escondido y esperar una oportunidad.

Esas palabras despertaron por completo el interés de Alexéi.

—¡Explícate! —lo urgió.

Viktor ya no dijo nada más. Alisa había salido de la estancia y los observaba con censura en sus ojos.

—Nuestro invitado se marcha —le dijo ella—, confío que no lo estás retrasando.

Alexéi miró a la mujer y se dio cuenta de cuánto lo intrigaba. Parecía que un soplo de aire podía llevársela, y sin embargo, regentaba una casa de encuentros. Tenía a su cargo a

hombres que complacían a mujeres. Nada parecía tener sentido.

—Simplemente estaba compartiendo unos pensamientos con nuestro invitado antes de que se marche.

Alisa no mordió el anzuelo. Miró a Viktor con una advertencia en sus ojos y lo conminó a que se mantuviera al margen de la decisión que Alexéi había tomado. Conocía lo persuasivo que podía ser.

—Ivan lo acompañará a la estación si lo desea —le ofreció ella en un tono de voz muy diferente al que había utilizado momentos antes en la biblioteca.

Alexéi se percató que no poseía ni un rublo. Ni ropa, ni nada. Viktor le leyó el pensamiento.

—Quédese esta noche y es posible que gane algo de dinero. —La voz del muchacho le pareció chistosa y fuera de lugar—. Le aseguró que no tendrá que acostarse con ninguna mujer para conseguirlo.

Alexéi lo miró con ira. Necesitaba dinero y no podía pedirselo a la mujer que le había ofrecido trabajo como puto. No era tan estúpido ni carente de dignidad.

—¡Basta, Viktor! —lo amonestó Alisa.

Pero el hombre desoyó la advertencia.

—Quédese y observe —lo invitó—. Igual le gusta lo que ve.

Viktor no esperó una respuesta. Mostró una sonrisa amplia e hizo un gesto de despedida con la mano. Se marchó con paso rápido. Alexéi lo observó alejarse con la mente llena de interrogantes. Necesitaba dinero y no sabía cómo lograrlo salvo robándolo, pero él no era ningún ladrón.

—Ivan lo espera en su alcoba —le dijo ella al mismo tiempo que se despedía.

Alexéi se quedó solo en el vestíbulo. Tomando opciones. Descartando otras. Estaba en una encrucijada difícil. Necesitaba dinero para irse de Jasán y solo tenía un medio de obtenerlo. De pronto pensó que podría hablar con Ivan, igual él le sugería otro modo de obtener algo de dinero. Podría trabajar en los muelles, necesitaba algo para comenzar.

Decidido caminó hacia la estancia que ocupaba. Cuando cruzó la puerta, Ivan lo esperaba. Estaba sentado sobre una silla y leía un periódico atrasado.

—Necesito unos rublos, ¿cómo puedo conseguirlos?

Ivan se levantó lentamente. Con un movimiento estudiado se sacó del bolsillo del pantalón un sobre y se lo enseñó.

—El caballero Viktor Chernov le pagará el viaje a Moscú si se queda esta noche.

Alexéi se mostró sorprendido.

—¿Quedarme?

—Esta noche se abrirá el ala izquierda de Jasán —él, parpadeó una sola vez mientras asimilaba la información—. Cada primer viernes de mes por la noche, en Jasán se da una pequeña recepción muy especial.

Alexéi se sentía cada vez más interesado.

—¿Un viaje a Moscú? —preguntó.

—Para el carruaje de alquiler mañana a las doce de la mañana. El trato también incluye veinte rublos para sus gastos inmediatos.

Era el milagro que Alexéi necesitaba para abandonar la casa. Solo tendría que quedarse una noche, el precio le pareció ínfimo.

—¿Y por qué motivo me ayudaría Chernov?

El hombre miró durante unos instantes largos al militar antes de responderle.

—Es un desafío —le explicó Ivan—. Mijaíl Ivanovich, Denis Solokov y Yuri Dolgoruki han hecho una apuesta sobre usted.

Alexéi estaba intrigado.

—¿Qué clase de apuesta?

Ivan entrecerró los ojos.

—Eso tendrá que averiguarlo por sí mismo.

CAPÍTULO 8

Alexéi nunca había visto a hombres tan elegantes y bien vestidos como los muchachos de Jasán. Parecían auténticos caballeros. Durante la tarde había observado el ir y venir de ellos en un trasiego de risas, alegrías, y todo se desenchajó para él.

Parecía que iban a asistir a una fiesta en honor del zar.

Todo le parecía ilógico. Casi absurdo. No se atrevía a cruzar la puerta del ala este que esa noche estaba abierta de par en par. Se miró la ropa, y aunque no era tan elegante como la de ellos, se veía bastante aceptable.

—Me alegro de que decidiera quedarse una noche más.

La voz de Olga Doronina le provocó un sobresalto. Había estado tan ensimismado contemplando la puerta que no se había percatado de la presencia de ella en el vestíbulo.

—No estoy seguro de querer adentrarme.

Olga le sonrió de forma maternal a pesar de que la diferencia de edad entre ambos no superaba los quince años.

—Nadie le morderá —le aseguró. Olga lo tomó del brazo y lo incitó a que la acompañara—. No hace falta que diga ni haga nada, solo observar a esos chicos maravillosos y el excelente trabajo que realizan para hacer feliz a una mujer.

—Me violenta —afirmó.

Olga lo miró curiosa. ¡Un hombre tan grande y tan curtido se sentía inseguro de unos hombres más jóvenes que él! Se dijo que la vida estaba llena de sorpresas.

Con paso lento lo fue animando a avanzar.

—¿Estará Alisa Guseva entre las invitadas? —inquirió él.

Olga chasqueó la lengua por la forma tan informal que tenía de llamarla.

—La señora Guseva no estará esta noche en la recepción.

Alexéi no sabía qué pensar al respecto.

—¿Por qué?

—Porque sus muchachos hacen un trabajo extraordinario —le explicó—. Son unos excelentes anfitriones, y ella tiene asuntos importantes que atender.

Cuando los dos cruzaron la doble puerta, un largo corredor se extendió ante ellos. Al final había otra doble puerta idéntica a la que acababan pasar. Durante el recorrido, Olga le fue desgranando información que creyó que merecía saber. Accionó el picaporte y abrió la pesada hoja de madera, parecía que se adentraban en un lugar completamente diferente. Olga le fue explicando que pocos conocían actualmente los salones reformados de la mansión. Estos contenían exquisitos candelabros, retratos formales y muchas otras obras de arte que habían sido creados específicamente para esas salas. En el ala izquierda de la casa, muchos objetos del padre y de la madre de Alisa habían sobrevivido al saqueo indiscriminado de los bancos y acreedores, y decoraban la mayoría de las estancias. Esa

parte de la casa no se parecía en nada a lo que él hubiera visto antes.

Alexéi escuchó música de fondo y risas femeninas.

—Proviene del salón ámbar.

Y hacia allí lo dirigió. Cuando la mirada de Alexéi descubrió la sala, el mensaje de confort, de calidez y lujo lo inundó por completo. Se fijó en los cortinajes y la tapicería de los muebles de un tono ámbar muy vivo. Mijaíl Ivanovich interpretaba al piano un adagio de Mozart. A su alrededor tenía a varias mujeres ataviadas con vestidos elegantes y ostentosos que aplaudían con fervor las notas que arrancaba al piano. Todas sujetaban en la mano una copa de champán.

Los ojos de Alexéi mostraron claramente lo que pensaba: no era la oscura cueva de la depravación que había imaginado.

—¿Qué observa diferente en la escena?

Alexéi contempló con atención militar a cada una de las mujeres que rodeaban al joven que les reía sus observaciones. Todas pasaban de los cuarenta. Por los cortes de los vestidos y los colores creyó entender que vestían como no podrían hacerlo en una reunión formal. Se las veía distendidas, alegres. Disfrutando de un joven que las agasajaba, y que interpretaba cada una de las piezas que le solicitaban. Bebían champán sin temor a ser criticadas. Reían sin miedo a que se las censurara. Junto a Mijaíl Ivanovich se mostraban realmente como eran: mujeres que desean vivir la vida a plenitud.

—Mijaíl es un hombre muy atractivo y con un talento natural para la música.

No lo ponía en duda. Olga lo fue llevando hacia otra sala de igual tamaño. En ella se encontraba Denis Solokov recitando una bylina: un poema épico oral que fusionaba tradiciones cristianas y paganas. Denis narraba con voz aterciopelada la historia de Llyá Múromets, el legendario caballero errante más célebre de la mitología rusa. Las mujeres sentadas frente al joven lo escuchaban embelesadas. Alexéi no tuvo la menor duda de que el joven Denis ensalzaba demasiado algunas cualidades del héroe, y lograría que alguna se desmayara debido a la emoción.

—¿Cuántos hombres de compañía hay en la mansión Jasán? —quiso saber él.

Olga le hizo un gesto casi imperceptible a Denis que el otro correspondió con un alzamiento de cejas que las mujeres en la sala interpretaron de forma muy distinta.

—Solamente cuatro —respondió mientras lo llevaba hacia otra sala más grande y pegada a la de la sala de música donde se encontraba Mijaíl tocando. En el centro de la misma se encontraba Yuri Dolgoruki bailando con tres mujeres al mismo tiempo. Los pies de Alexéi se pararon mientras observaba la escena con interés. Para un hombre militar como él sería impensable bailar con tres mujeres al mismo tiempo. Sin embargo, los suaves y medidos pasos de Yuri lo hacían posible.

—Yuri tiene un talento natural para la...

—... la danza —concluyó por ella.

Seguía admirando la destreza y ternura con la que Yuri sujetaba a las mujeres logrando que ninguna se sintiera desagraviada. Las trataba como si fueran finas figuras de

porcelana.

—¿Cómo terminaron aquí? —se interesó Alexéi.

Olga se agarró más fuerte al brazo de él y lo dirigió hacia la rosaleda. El jardín interior estaba cerrado con altos muros.

—Todos y cada uno de esos hombres estaban destinados a morir.

—¿Por qué los salvó? —preguntó.

—¿Por qué lo salvó a usted sino por misericordia? —contraatacó.

Alexéi recordó vivamente los motivos que lo mantenían vivo. Matar a Dmitri Serguéievich: el hombre que había asesinado a su familia y tendido una trampa.

—No entiendo como es posible que Jasán se mantenga abierto. Su fama debe haber trascendido hasta Tsárskoye Seló.

Olga lo miró con asombro. El palacio de los zares era el lugar de residencia de la familia imperial y centro de recibimiento de la realeza y la nobleza rusa así como la nobleza europea, y se preguntó por qué motivo se habría de comentar allí lo que sucedía en Jasán.

—Las mujeres que vienen hasta aquí desean que siga abierto —respondió crítica—, por ese motivo hacen todo lo posible para que siga siendo un secreto aquello que ocurre en su interior —Alexéi la miró con atención—. En Petersburgo se cree que es un lugar de encuentro para solteronas. Para mujeres maduras solitarias, y matronas desesperadas por intercambiar nuevos chismes —continuó—. Las nobles adoran a estos muchachos que las hacen sentir vivas y especiales. Y se sienten agradecidas a Alisa Guseva por hacerlo posible. Por ese motivo Jasán brilla en todo su esplendor.

—Me sigue sorprendiendo que no trasciende lo que sucede aquí —insistió el militar—. La fama conlleva riesgo.

Olga se enojaba por momentos. Le parecía inaudito que, a pesar de lo que veía, el hombre censurara una diversión que no lastimaba a nadie y que reportaba a las mujeres tanta dicha.

—A diferencia de los hombres, las mujeres, en las que me incluyo, no necesitamos ir alardeando de nuestras conquistas masculinas. De lo exitosas que somos ni de la potencia de nuestra sexualidad. En realidad somos muy felices con poco.

Alexéi se ruborizó por primera vez en su vida.

—No nos juzgue a todos por unos cuantos.

—¿Acaso no está haciendo usted lo mismo?

Alexéi quiso cambiar de tema.

—¿Y dónde se encuentra mi amigo Viktor? —preguntó mirando hacia el jardín y aspirando los suaves aromas que las flores desprendían—. ¿Qué habilidad talentosa tiene nuestro joven caballero?

Olga Doronina pensó que el militar ironizaba, no obstante, cuando observó el brillo

en los ojos de él, se percató del error en su apreciación.

—Imagino que le estará dando un masaje a la condesa Katia Luzhin.

Al escuchar el nombre el cuerpo de Alexéi se tensó. Olga lo miró sorprendida, y él tuvo que hacer un enorme esfuerzo para que no se notara de qué modo le había afectado.

—¿Masaje? —preguntó Alexéi registrando el nombre de la mujer en su memoria.

Olga no pudo contener una risa. Si Alexéi pudiera verse el rostro en ese momento, seguramente se reiría con ella.

—Viktor tiene un talento especial para hacer sentir bien a una mujer. —Seguía mirándola atónito—. Yo misma he probado la suavidad de su tacto. La sensibilidad de sus dedos. Mi espalda quedó como nueva —la mirada de Alexéi era como un puzle con las piezas desordenadas—. Y no hubo nada de lujuria en ello, créeme.

Entre ambos se sucedió un silencio propicio mientras seguían paseando por el bonito jardín. Alexéi meditaba en todas las cosas que había visto. En lo que Olga le había explicado, y nada concordaba con la opinión que se había formado antes de ver con sus propios ojos lo que realmente sucedía en Jasán.

—Los muchachos no cobran un dinero específico de nuestras invitadas. Aceptan los regalos que estas les obsequian —aclaró Olga intuyendo lo que pensaba.

—Una forma de mantener la dignidad —terció él.

—La dignidad no se mantiene, simplemente se tiene o no se tiene.

—Sigo pensando que son cobros por los servicios prestados.

—Entonces no hay nada que yo pueda hacer para convencerte de lo contrario.

Alexéi percibió el tono exasperado de Olga Doronina, pero sus dudas y pensamientos eran lógicos para un hombre como él. Criado en costumbres estrictas. Educado en la forma de pensar tradicional rusa.

—¿La condesa Katia Luzhin es una invitada asidua?

Las alarmas saltaron dentro de la cabeza de Olga.

—¿Por qué lo preguntas? ¿La conoces?

Alexéi se obligó a mantener una aparente indiferencia al mismo tiempo que negaba con la cabeza varias veces para despejar dudas. No tenía por qué decirle que conocía al hermano de la condesa: Dmitri Serguéievich.

—Creo recordar que proviene de una familia humilde y que logró cazar al viejo conde Luzhin con un embarazo premeditado.

Olga lo miró atentamente.

—El conde murió el invierno pasado —matizó ésta—. No pudo sobrevivir al crudo y frío invierno de Moscú. Su mujer decidió mudarse a la cálida Petersburgo.

—Entiendo —dijo el hombre sin dejar de mirarla.

Pero Olga dudaba de que entendiera realmente.

—A Jasán no vienen mujeres que están satisfechas con sus hombres —terció para asegurarse que Alexéi entendía la postura de Alisa Guseva—. Es una casa que acoge a mujeres solitarias. Algunas de ellas abandonadas. Otras repudiadas...

—Entiendo —reiteró él.

Olga no dijo nada más. Alexéi ya no le permitió que lo guiara por el sendero. La tomó por el codo y la sacó del jardín. Él ya había visto suficiente y había tomado una decisión. Se quedaría un tiempo en Jasán y haría compañía a damas hastiadas de sus vidas. Mientras tanto, podría recabar información sobre su peor enemigo. Conocer sus pasos. Darle el tajo mortal que se merecía. Había sido un golpe de suerte que él reconociera el nombre de la condesa de Luzhim. Si era una visitante asidua a la mansión Jasán, él podría recabar mucha información sobre su hermano.

—Tengo que hablar con Alisa Guseva —dijo cuando los dos habían alcanzado el vestíbulo de la parte de la mansión más vieja y deteriorada.

Olga se resintió por la forma tan familiar que tenía de tratar a la mujer que le había salvado la vida desoyendo sus consejos.

—La señora Guseva no podrá atenderlo hasta mañana a medio día.

Alexéi se quedó plantado mirándola con sorpresa.

—No soy un cliente —le espetó duro.

—Ni un acompañante, ¿no es cierto?

Ya no se dijeron nada más. Cada uno tomó un camino contrario. Alexéi hacia su alcoba, Olga hacia la sala de juegos. Allí debían estar Buk y el pequeño Oleg.

CAPÍTULO 9

Alisa miraba a Alexéi con los ojos reducidos a una línea. Le parecía inaudito su cambio de actitud. En ese momento le comunicaba que quería quedarse en Jasán para ser un hombre de compañía como Viktor Chernov. Como el resto de hombres.

—Me equivoqué cuando le hablé sobre los acompañantes.

El rostro masculino se endureció al escucharla.

—En el día de ayer quería ofrecerme una cosa, y hoy me dice que no.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos, también a rectificar, y le recuerdo que no le ofrecí nada.

—¿Cómo puedo convencerla?

—No puede.

—¿Por qué?

—Porque el entrenamiento es muy duro, pocos lo resisten y la mayoría abandona justo a la mitad. Y porque no está preparado para ello.

Ahora sí que se quedó atónito por la respuesta.

—He sido un militar con una gran responsabilidad. He tenido hombres a mi cargo, sé lo que es el entrenamiento duro.

—¿Qué sabe de literatura? —lo probó ella.

La pregunta lo pilló con la guardia baja. Hizo memoria de sus días en la universidad.

—He leído a Avvakúm Petróv —citó Alexéi.

Ella lo suponía.

—La mayor parte de sus obras son tratados de religión y moralidad —contestó Alisa que seguía esperando.

—Vassili Tatichtchev —continuó.

Alisa se alzó de su posición sentada y se plantó frente al hombre.

—Un gran maestro de minas que escribió el Código de Explotación Minera de Rusia —espetó ella algo cansada—. Alentador.

—Son hombres importantes.

La mujer soltó un suspiro suave.

—Para las tertulias en clubes exclusivos de Petersburgo, pero no para endulzar el oído de una dama.

Los hombros de Alexéi se tensaron al advertir la crítica.

—¿Y qué hombres de literatura colmarían el gusto exquisito de sus ilustres invitadas? —la pregunta le sonó burlona, por ese motivo le contestó severa.

—William Shakespeare y su tragedia en Romeo y Julieta —afirmó rotunda sin dejar de mirarlo—. Molière y sus Les Précieuses Ridicules.

—No hablo francés —se defendió.

—Podría aprenderlo.

Alexéi terminó carraspeando. Para él era muy fácil entretener a una mujer sin necesidad de conocer a poetas o escritores extranjeros.

—¿Sabe tocar algún instrumento? —él negó una sola vez—. ¿Sabe bailar el minué? ¿La contradanza, el cotillón? —el silencio de Alexéi resultó muy significativo para Alisa—. Mijaíl, Viktor, Denis y Yuri dominan todos los bailes preferidos de las damas. Saben qué composiciones musicales les atraen. La literatura que les gusta.

Alexéi entrecerró los ojos porque no le gustaba nada el cariz que tomaba la conversación. Él no era un dandi de veinticinco años. No tenía el rostro tan atractivo como Mijaíl, Viktor, Denis o Yuri, sin embargo, tenía algo en concreto y que tan bien le había mostrado ella.

—Pero poseo un buen Akhal-Teke —Alisa jamás habría esperado una respuesta tan osada por parte del militar—. ¿Olvida sus propias palabras? —le recriminó.

No las olvidaba, aunque en modo alguno esperaba que se las lanzara a la cara. Alisa no pudo evitar ruborizarse de los pies a la cabeza. Ninguno de sus muchachos la había hecho sentir tan incómoda como Alexéi. Carraspeó y volvió a sentarse. Sentía las rodillas temblorosas. Mantener la misma conversación con adolescentes en su día, no era lo mismo que mantenerla con un hombre que pasaba la treintena. Inspiró hondo y volvió a carraspear. Tenía que retomar de nuevo el control sobre la conversación. Miró a Alexéi directamente a los ojos y disparó.

—¿Sabría cómo utilizar ese Akhal-Teke que ha mencionado sin un buen entrenamiento?

El hombre soltó el aire de forma abrupta. ¿Por qué diantres lo insultaba? Ella misma era la que había utilizado ese término para referirse a una parte específica de su anatomía.

—¿Desea que le haga una demostración?

Alisa se mordió ligeramente el labio inferior. Alexéi se sentía insultado por sus palabras, pero ella no lo había hecho a propósito.

—¿Está dispuesto a aceptar el duro entrenamiento para ser un acompañante?

—No ha respondido a mi pregunta.

Alisa apoyó la espalda en la silla. Cruzó las manos en su regazo para transmitir serenidad.

—¿Está dispuesto a aceptar cada orden que reciba?

—No ha respondido a mi pregunta —reiteró con voz ronca.

—No necesito una demostración de su rudeza. —Alexéi se tragó una maldición pues se sentía herido en su orgullo.

—Pienso que su respuesta está motivada por la cobardía —le espetó ya sin guardar las formas—. O por una impulsiva insensatez.

—Olvida que no es a mí a quien tendrá que complacer —respondió ella acalorada—, sino a nuestras invitadas.

Alexéi dio un paso hacia atrás parpadeando.

—Y según sus palabras, ¿cómo sabré que estoy preparado para complacerlas con mi Akhal-Teke en caso de que alguna desee probarme?

Todo se había desbocado porque ella no había pretendido insultarlo, ni ofrecerle un puesto de acompañante, pero orgullosa como era no quería dar marcha atrás. Pensó en atajar el tema o en continuar dándole munición. Decidió informarle a pesar de que sus palabras podrían volverse en su contra porque parecía que le decía una cosa y luego se desdecía.

—Cuando haya recibido las clases que lo prepararán, entonces podrá hacerme la demostración de su talento, y entonces podré decidir si está preparado o no para ser hombre de compañía en Jasán.

Las palabras de ella habían sido claras, y, contrariamente a lo que pensaba Alexéi, no tenían el significado que él les atribuía. Alisa se refería al baile. A la conversación, no al aspecto sexual.

Ahora sí que maldijo de forma ostensible. Por la mente de Alexéi circuló toda clase de imágenes de Viktor, Mijaíl, Denis y otros muchos solazándose con la mujer que tenía frente a él, demostrándole que sabían cómo complacerla. Se quedó sin respiración.

—¿Está preparado para recibir el entrenamiento? —inquirió de nuevo.

¡Maldita fuera que lo estaría! Necesitaba dinero. Necesitaba toda la información que pudiera reunir de la hermana de Dmitri Serguéievich para tejer su venganza. Además, Alisa Guseva le había lanzado un anzuelo que no podía sino morder.

El solo hecho de mirarla tras haberle confesado que ella probaba la mercancía que preparaba, le hacía hervir la sangre.

—Comenzaremos mañana a las nueve. No se retrase —Alexéi la miró con advertencia creyendo que iba a soltarle otra perla de las suyas—, por favor.

No se esperó el ruego que acompañó la frase. Inspiró varias veces, y finalmente salió por la puerta sin decir nada. Alisa cerró los ojos al mismo tiempo que trataba de recuperar el aliento. Alexéi no se parecía en nada al resto de hombres que ella había tratado. Tenía una tarea enorme por delante si quería hacer de ese hombre agresivo y poco galante un acompañante refinado y sensible.

CAPÍTULO 10

La irritación que había sentido la noche anterior había logrado que le doliera la pierna por la mañana. Se había sentido tan indignado y molesto que no se había percatado que apoyaba el peso de su cuerpo en ella durante demasiado tiempo.

Miró la sala de baile. Esa zona era nueva para él. En la noche no había visto más que una parte del ala izquierda de la mansión. Alexéi conocía el lujo porque lo había admirado en el palacio del zar en varias ocasiones antes de caer en desgracia. La decoración más significativa estaba basada en un escueto orden de pilastras toscanas y ramas de laurel hechas de pasta de grano fino con polvo de mármol. Era sin lugar a dudas la mejor sala y la que más riqueza mostraba, sobre todo por los frescos que adornaban los muros. Los tapices parecían de muy buena calidad, así como los tibores de porcelana china.

La puerta se abrió de pronto y tres mujeres entraron en la estancia. Alisa las seguía de cerca.

—Buenos días, Grigori —lo saludó con una amplia sonrisa.

Alexéi no sabía qué podía esperar de ella, pero no esa calmada serenidad en claro contraste con el nerviosismo de él.

—Permíteme que le presente a Elina Makarova, será su profesora de música.

La hermosa mujer de pelo castaño recogido en un moño hizo una graciosa reverencia. Alexéi no podía dejar de mirarla.

—Tatiana Moyorova —continuó—, será su profesora de baile —la mencionada giró sobre sí misma y concluyó su vuelta con una reverencia tan profunda que sus dedos tocaron el suelo de mármol—. Natalia Ostroumova, será su profesora de literatura.

Alexéi no sabía que pensar al respecto. Las tres mujeres eran muy jóvenes y bonitas, era imposible que fuesen profesoras de verdad. Sus ojos debieron reflejar sus dudas porque Tatiana le sonrió con empatía.

—Es un placer conocerlo.

Las otras dos mujeres siguieron a la primera en los saludos.

—El placer es mío, señoras —correspondió.

Momentos después el silencio se instaló en la sala. Alexéi miraba a una y a otra con verdadero interés. Alisa le permitió un tiempo para que asimilara la sorpresa de haberle presentado a las mujeres que se encargarían de instruirlo en la música, danza y literatura. Aunque Alexéi se preguntaba por la capacidad de las mujeres, también sobre su papel en Jasán. Su relación con Alisa Guseva, y con los acompañantes.

—Vamos a hacer una prueba —dijo de pronto Alisa.

Se dirigió hacia el rincón de la parte derecha donde había instalado un hermoso piano. Se sentó sobre el taburete y abrió la tapa. Le hizo una inclinación con la cabeza a Tatiana para que tomara la iniciativa.

—¿Me permite? —le preguntó a Alexéi mientras le indicaba con el brazo que le

ofreciera el suyo para sujetarla.

Tatiana lo dirigió hacia el centro del salón. Alisa comenzó a tocar un vals muy conocido y bailado por la nobleza rusa. La profesora de baile hizo una ligera inclinación aceptando el baile que Alexéi no le había pedido y comenzó a bailar con él. Se mostraba desorientado pues hacía muchos años que no bailaba. Además, la mujer era muy ágil y él se sentía torpe por culpa de la pierna.

—Tatiana no está bailando con un oso, ¿verdad? —lo provocó Alisa.

Alexéi sujetó la cintura de la mujer con fuerza y se obligó a llevarla. Los giros eran demasiado violentos, pero él estaba preocupado por otros menesteres como controlar el agudo pinchazo que sentía en el muslo. Cuando Tatiana se percató que la arrastraba, cesó en los movimientos.

—Tenía que haberme avisado de que le dolía —lo recriminó con el mismo tono de voz que utilizaría con un niño.

Alisa dejó de tocar las teclas de ébano y marfil.

—Anoche me excedí caminando —admitió ronco.

Alisa se amonestó por no haberlo previsto. Solo habían pasado algunas semanas desde que lo rescatara en Trubestskoy. Era un hombre fuerte y decidido, pero las heridas necesitaban su tiempo para sanar por completo.

—Discúlpeme —dijo ella con el rostro preocupado—. Al ver que anoche asistía a la recepción, pensé que estaba más repuesto.

Alexéi le obsequió con una mirada fría aunque no premeditada.

—Estoy acostumbrado al dolor —reveló duro.

Lo último que desearía es causar lástima a esas hermosas mujeres.

Alisa admiró su coraje y determinación. Alexéi era como esas agujas de acero que se rompían pero que no se doblaban. No importaba los golpes que hubiera recibido en su vida, las carencias más básicas a las que se hubiera enfrentado. Era un hombre hecho así mismo, y en esencia inquebrantable. De repente y sin que él lo esperara, Tatiana se desabrochó la parte superior de su vestido con bastante desenvoltura, después se giró y le mostró la espalda. Era un amasijo de cicatrices, y aunque habían sanado, la visión resultaba aterradora. Debía de haber sufrido lo indecible cuando las recibió.

—Todos en mayor o menor medida hemos sufrido abusos —le explicó la que sería su profesora de baile mientras abrochaba cada uno de los botones que había soltado para mostrarle sus heridas.

Natalia hizo lo propio y se alzó buena parte de la falda de su vestido. Se quitó la bota de piel de cabritilla y le mostró el pie derecho. Alexéi exclamó al contemplar que no tenía dedos bajo la transparente media de seda.

—Fui aleccionada para obedecer sin rechistar.

Se sentía desangelado. Él estaba acostumbrado a ver heridas de guerra, pero lo que le habían hecho a esas mujeres no tenía nombre. ¿Por qué las habían mutilado? ¿Con qué

propósito?

—No tiene por qué sentirse avergonzado —le dijo Elina, la más guapa de las tres—, de confesar que se encuentra dolorido.

Alexéi no estaba acostumbrado a la empatía femenina, salvo la de su madre. Su vida militar lo había convertido en un ser duro e intransigente. Estaba rodeado por cuatro mujeres que lo miraban como si fuera un ser indefenso, y contrariamente a lo esperado, sonrió de forma genuina porque no encajaba en ese ambiente. Al sonreír su rostro se transformó por completo. La profunda línea que marcaba su ceño se había distendido hasta darle una apariencia jovial. También las arrugas de las comisuras de sus ojos se habían suavizado. El iris azul brillaba de una forma tan seductora que Elina lanzó un suave suspiro de placer. Alisa observaba atentamente el cambio operado en él y le gustó mucho. Ahora no parecía un hombre amargado ni introvertido. Podía verlo como un auténtico seductor. Uno de esos hombres a los que la naturaleza obsequia con un don especial para atraer al sexo femenino. Su estatura. Su corpulencia y atractivo eran un reclamo para cualquier mujer.

Alexéi era un diamante en bruto.

—Prometo ser un hombre aplicado —les respondió a las tres alabando el trabajo y el esfuerzo que iban a dedicarle.

Alisa quedó en un segundo plano sin dejar de contemplarlo. Ahora estaba convencida de su acierto al comprar su vida. Ivan tenía un ojo extraordinario, y ella insufló orgullo y satisfacción en sus venas. Las mujeres se marcharon con risas y promesas para el día siguiente. Alexéi percibió los ojos de ella en su espalda y se giró para mirarla. Tenía la frente fruncida y la boca ausente de la sonrisa que le había dedicado a las otras mujeres.

—¿Por qué me mira como si fuera un semental? —inquirió brusco.

Alisa no supo qué decir al respecto.

—¿Lo hago? —preguntó a su vez con vacilación en el tono de voz—. Entonces no ha sido consciente.

—Sí, sí lo ha sido —le espetó en un tono hiriente pero que no la afectó.

Alisa estaba tan acostumbrada a los golpes físicos y verbales que había aprendido a que no le importaran.

—Me mira y solo ve un Akhal-Teke —le espetó con cierta amargura.

Las palabras acudieron prestas a la boca de la mujer, sin embargo, las contuvo. Indudablemente Alexéi estaba ofendido con ella y no lo culpaba porque se había mostrado arrogantemente irónica en la primera conversación que habían mantenido en Jasán. Alisa tenía que marcar distancias con ellos. No podía involucrarse con sus hombres porque ello la podía conducir al desastre. Ya le había ocurrido en una ocasión y no podía volver a repetirse.

—Lo miro y veo a un hombre herido —que le recordara la clase de herida que trataba de olvidar lo posicionó en su postura intransigente—. Lo miro y veo a un hombre a quien se lo han quitado todo —Alexéi comenzaba a ponerse nervioso, y en esa ocasión no podía

echarle la culpa a su pierna herida—. Lo miro y veo a un hombre dispuesto a vengarse, aunque sabe que no podrá hacerlo porque no desea perderlo todo por segunda vez.

—No continúe por ese camino —le pidió él en un tono de voz neutro—, aunque debo aclararle que un hombre no puede perderlo todo por segunda vez.

—¿Qué no se puede perder todo por segunda vez? —volvió a decir—. Me produce asombro.

Alexéi meditó un momento antes de responder.

—No puedo volver a tener la familia que perdí. Ni los años que me robaron. No puedo restarle a mis huesos los golpes recibidos, ni a mi alma la sed de venganza que la alimenta...

Alisa comprendió tantas cosas.

—Ahora tiene la oportunidad de comenzar de nuevo.

La mano alzada de Alexéi le indicó que parara. No deseaba escucharla.

—Aprenderé a ser un buen acompañante. Me quedaré un tiempo, y cuando reúna el suficiente dinero, me marcharé —Alisa parpadeó dos veces—. Tiene mi profundo agradecimiento por todo lo que ha hecho por mí, pero no seré nunca un puto.

—Hombre de compañía —lo rectificó ella.

—P.u.t.o. —deletreó él con desdén.

Alisa soltó un suspiro controlado. Alexéi estaba demasiado marcado por el odio para ver la maravillosa oportunidad que se le presentaba de dejar lo malo atrás.

—En Jasán solo están aquellos que deciden quedarse.

—Solo me quedaré el mínimo tiempo.

Ella lo suponía. Alexéi estaba demasiado marcado para olvidar.

—Y todos respetaremos su decisión.

—Soy un hombre que ha sido educado para rechazar...

Alisa no le dejó continuar y decidió ponerle los pies de nuevo en la tierra.

—Es un hombre que murió en Trubestskoy y regresó a la vida de nuevo como Grigory Orlov.

—Nunca olvido una deuda —le indicó él—. Ni una afrenta —concluyó.

Alexéi se giró de golpe y enfiló la puerta de salida. Ya no tenía nada más que comentar con ella. Había dejado su postura clara, también sus intenciones.

CAPÍTULO 11

—Alisa cree que no necesitará las clases de esgrima —las palabras de Viktor le hicieron alzar la mirada del plato que sostenía.

Alexéi pensó que resultaba extraño que el resto de acompañantes la llamaran formalmente salvo Viktor.

—¿Por qué motivo la llama por su nombre de pila? —Viktor se encogió de hombros y no le respondió—. Y no, no necesito clases de esgrima porque sé manejar una espada.

—¿Lo aprendió en el ejército? —quiso saber el otro.

Alexéi no le respondió enseguida porque se había sumido en los recuerdos. Smolensk, su ciudad natal, estaba asentada a orillas del río Dniéper. Era una ciudad antigua fortificada que había sufrido varias invasiones a lo largo de la historia. Era valorada por los zares como fortaleza clave para la defensa de la ruta a Moscú, y deseaba tanto volver, a pesar de que no le quedaba allí nadie para celebrar su regreso. Su padre fue el que le enseñó a sujetar una espada. Le enseñó a moverse, a esquivar...

—Sí —respondió—, aprendí a luchar con la espada cuando me enrolé en el cuerpo de caballería —Alexéi mintió a Viktor porque no deseaba hablar sobre su familia pues le resultaba demasiado doloroso.

—¿Por qué motivo el zar le retiró la confianza a su soldado más fiel, y mandó encerrarlo en la prisión de Trubestskoy? —la mirada de hielo de Alexéi le indicó que esa pregunta no se merecía su respuesta y que no pensaba ofrecérsela. Viktor entendió perfectamente el brillo en los ojos acerados, por ese motivo le restó seriedad a sus siguientes palabras—. Podría darnos clases de esgrima.

—Quizás lo haga cuando mi pierna no me moleste tanto.

Viktor entrecerró los ojos porque eso nunca iba a suceder. La herida de la pierna de Alexéi nunca quedaría curada del todo. Siempre lo iba a acompañar una leve cojera pero que no desmerecería su atractivo personal, todo lo contrario. Lo volvía más interesante.

—Si lo desea puedo enseñarle a jugar al ajedrez o al billar —le ofreció.

Alexéi miró al hombre joven con atención.

—Sé jugar al ajedrez —espetó algo seco—. Es el juego preferido entre los soldados para paliar las largas y aburridas horas cuando no están de servicio.

—¿Y al billar? Su ejecución es bastante interesante.

No, Alexéi no sabía, aunque recordó que el zar Alejandro tenía una mesa que el rey de Holanda le había regalado al zar Pedro el Grande en una de sus visitas. La había instalado en su sala de espera para que los diferentes huéspedes se entretuvieran. Muchos nobles rusos siguieron el ejemplo del zar y empezaron a jugar a tan singular juego. El resto de zares continuaron la tradición impuesta por Pedro, incluso algunos oficiales militares jugaban mientras esperaban ser recibidos por el zar.

—No lo considero importante —se excusó Alexéi—. No es un juego que me interese

lo suficiente para aprenderlo.

—A las damas sí les gusta —apuntó Viktor—. Poder jugar a un juego que se considera exclusivo de hombres las seduce bastante —continuó—. Además, enseñarles la forma idónea de sujetar el taco nos ofrece una oportunidad increíble a los hombres para excitarlas con roces efímeros. Caricias que ellas consideran casuales, pero que son intencionadas.

Alexéi echó el peso de su cuerpo hacia atrás. Observó con atención el rostro de Viktor para determinar si se burlaba de él o no.

—Bromeas, ¿verdad?

Le parecía imposible que una mujer considerara casual cualquier tocamiento.

—Es un juego que le gusta especialmente a Alisa.

Alexéi se quedó trabado en una duda. ¿Por qué motivo le decía Viktor algo así? Además, podía percibir en el tono de él un timbre posesivo cada vez que la mencionaba, como si necesitara dejarle claro que la conocía muy bien.

—Sigo sin estar interesado —terció molesto con el tema de conversación que había elegido el hombre.

No se sentía cómodo hablando sobre mujeres. Si la conversación versara sobre armas, estrategias militares, o política, no le importaría.

—¿Cómo van sus clases de baile y canto? —se interesó Viktor.

Alexéi terminó por soltar un exabrupto. Elina Makarova había comprobado por sí misma que él tenía una voz horrible para cantar. Era demasiado ronca, nada sutil. Sin embargo, Natalia Ostroumova estaba encantada porque decía que era especial para recitar poemas. Alexéi solía rasgar la voz cuando estaba harto de recibir órdenes, y ese matiz en el tono le gustaba especialmente a su profesora de literatura.

—He descubierto que detesto bailar —confesó sin azoro.

Le parecía estúpido la ingente cantidad de normas que existían para sujetar a una mujer de la forma correcta.

—Yo lo considero muy placentero —apuntó Viktor—. Me excita acariciarlas mientras el resto nos observan con lujuria.

Alexéi no pudo responderle porque acababan de hacer su entrada en el comedor Denis, Yuri y Mijaíl. Los tres se sirvieron de las fuentes que había en un gran aparador.

—Hoy los blinis parecen muy apetitosos —la voz aguda de Yuri hizo que los ojos de Alexéi se clavaran en su plato de comida. Las pequeñas tortas estaban aderezadas con mantequilla, mermelada de manzana con miel y crema de leche dulce.

Yuri se sentó frente a él y al lado derecho de Viktor. Denis y Mijaíl se sentaron a su lado. Los desayunos solían ser muy distendidos e informales en Jasán.

—Eres demasiado goloso —reprendió Viktor a Yuri cuando observó su desayuno dulce.

—Deberíais probarlo alguna vez, incluso es posible que os ayudara a endulzar el carácter intransigente que tenéis.

Denis soltó una carcajada sonora. Él había optado por huevos revueltos y salchichas blancas.

—Tu zavtrak diario es el de un niño que acaba de ser destetado.

Alexéi no comprendió la broma pues ignoraba que a Yuri le gustaba muchísimo acariciar con los labios los pechos femeninos. Se había hecho tan experto en la técnica que podía provocarle un orgasmo a una mujer simplemente lamiendo y succionando sus pezones.

—¿Por qué las mujeres no desayunan con nosotros? —se atrevió a preguntar.

Alisa Guseva y Olga Doronina los acompañaban únicamente en las cenas, nunca en el zavtrak o el obyed.

—Su objetivo es el de instruirnos, y, separadas de nosotros, nos ahorran la vergüenza de vernos distraídos —apuntó Viktor.

Alexéi se mostró perplejo.

—Ellas se toman más tiempo para el almuerzo —respondió Denis—, y aprovechan para hablar con los más jóvenes de temas que a nosotros no nos interesan.

—¿Y qué sucede con las profesoras? —se interesó.

Las mujeres nunca compartían momentos con ellos. Se mantenían separadas de todos los eventos de la casa.

—Es una regla que estableció Alisa cuando Mijaíl se sintió atraído por Elina. Por culpa de su locura no avanzó en sus entrenamientos —explicó Viktor.

—Se reúnen con nosotros el tiempo imprescindible para enseñarnos, y así se evita que establezcamos lazos afectivos con ellas —continuó Yuri.

—Viven en la cabaña de cazadores frente al lago —matizó Mijaíl que seguía devorando su desayuno con apetito—, al otro lado de la propiedad. Es una vivienda pequeña pero llena de comodidades.

Alexéi pensó en los cuatro hombres que hablaban y disentían llenos de camaradería. No eran solo compañeros, eran verdaderos amigos que se ayudaban los unos a los otros para hacer de cada momento algo inolvidable.

—¿Cómo las encontró la señora Guseva? —preguntó aunque no estaba seguro de que le respondieran.

Viktor había terminado su desayuno. Se encontraba soplando sobre su taza de té.

—Olga conocía a Tatiana —reveló con tono suave—. Tatiana conocía a Natalia y ésta a Elina. Ambas son primas.

—Son guapas, ¿verdad? —la pregunta la había formulado Denis de forma provocadora.

Alexéi no dudó en responder.

—Muy hermosas —admitió—. Y me parece increíble que hayan terminado aquí en Jasán, lejos de la sociedad y el mundo civilizado.

Viktor se tensó al escuchar al militar. Le molestaba esa tendencia a juzgar sin conocer los hechos pero Alexéi no lo hacía a propósito.

—Olga Doronina es familiar lejano del esposo de Alisa —le informó Viktor con el rostro serio—. Y la señora Tatiana Moroyova era la mejor amiga de Olga cuando ambas vivían en la ciudad de Kadyckchan.

Alexéi conocía la ciudad del norte, en la provincia de Magadan, a unos dos días de viaje de la ciudad de Susuman. Eran ciudades situadas a miles de kilómetros de cualquier lugar y con crudos inviernos de diez meses de duración. La vida allí era demasiado difícil. Por eso no le extrañó que ambas mujeres decidieran establecerse en un lugar más cálido.

—Todos, en mayor o menor medida, estamos relacionados los unos con los otros. Nos conocíamos antes de pertenecer a Jasán y de ser liberados por nuestra salvadora.

Las palabras de Yuri le hicieron entrecerrar los ojos. Él, era el único elemento discordante de ese grupo atípico que se hacía llamar familia. Nadie lo conocía. Ninguno de los presentes había abogado por él... Alexéi rectificó, Ivan se había percatado de él mientras estaba en la prisión. Gracias a que convenció a Alisa para que lo comprara, estaba vivo.

—Nos podría enseñar a luchar con los puños —las palabras de Mijaíl lo trajeron al presente—. Es una de esas habilidades que no podemos aprender de nuestras atractivas profesoras.

La burla era clara en sus palabras.

—¿Por qué piensas que sé luchar? —inquirió Alexéi mientras miraba Mijaíl con atención.

La mirada de Mijaíl se clavó en las manos de Alexéi. Las miro con sorpresa sin saber el motivo.

—Por la forma sutil de frotarse los puños cuando algo le altera.

El militar no se había percatado de esa costumbre. Observó sus manos como si las viera por primera vez.

—En el ejército tienes que saber defenderte cuerpo a cuerpo, y los puños son el mejor arma que posee un hombre para hacerlo —respondió Alexéi mirando directamente a Mijaíl.

—Por ese motivo quiero aprender —le soltó con ojos serios.

—¿Piensas que necesitas defenderte?

Mijaíl recordó una escena en el pasado con Alisa y el comisario, ambos de protagonistas. No le gustó el trato que le daba, ni los gritos insultantes que el hombre le profirió. Desde entonces se había jurado que aprendería a luchar y pondría a ese bastardo en el lugar que le correspondía: tirado en el suelo y con la nariz rota.

—Si es tu deseo puedo enseñarte a defenderte.

Mijaíl medio sonrió por el matiz que había puesto Alexéi. No iba a enseñarlo a pelear sino a defenderse, como si fuera un muchacho que pudiera meterse en problemas.

—Yo también quiero aprender a romper narices —se apuntó Yuri.

El resto de la velada transcurrió entre bromas sobre golpes y ataques defensivos. Alexéi los escuchaba con atención, y se imaginó cómo podría haber sido su hermano a la edad de ellos.

Sin ser consciente apretó el mentón y endureció la mirada. Viktor se percató del cambio que se había operado en él, y se preguntó qué recuerdo lo atormentaba tanto.

CAPÍTULO 12

Alisa miraba las facturas con efímera angustia y prolongada dicha. Tenía frente a ella el último pago para que Jasán estuviera libre de deudas. Le había costado mucho reunir la cantidad, pero gracias a los chicos tan extraordinarios de Jasán, lo había conseguido. Conocían los apuros económicos por los que pasaba para reunir los rublos que necesitaba para liquidar el último pago, y habían trabajado mucho para lograrlo.

Pensó en Viktor, en Yuri, Denis y Mijaíl. ¡Eran tan generosos con ella! Le habían dado parte de sus ahorros para que hiciera frente al último pago. Los quería muchísimo. Cada esfuerzo que había realizado para sacarlos adelante, había sido recompensado con creces. Se imaginó la vida sin ellos y su corazón sufrió un sobresalto. Eran parte de su vida. Los hermanos que no había tenido.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Contó el dinero antes de meterlo en un sobre. Escribió un nombre y lo guardó después en el primer cajón de su escritorio de caoba. Ivan no tocó la puerta. Traía una bandeja con té y pastas. Alisa se extrañó de que no lo trajera Olga.

—No tenías que haberte molestado —le dijo con una amplia sonrisa.

Ivan dejó la bandeja de plata sobre la brillante madera y tomó asiento frente a ella. Alisa sirvió el té en las finas tazas de porcelana.

—Olga se ha llevado al pequeño Oleg al lago. Buk ha decidido acompañarlos, y he pensado que te gustaría tomar un té.

Ahí tenía la explicación de por qué Olga no había traído el té para tomarlo en su compañía. Una acción que se había vuelto una rutina para las dos con el paso de los años.

—Mañana haré el último pago por Jasán.

Ivan sopló en su taza antes de beber un trago.

—Es una noticia maravillosa —se alegró él.

—¡Se acabaron las deudas! —exclamó feliz.

—Podrás ahorrar dinero para marcharte a Inglaterra.

Alisa lo miró con sorpresa.

—Mi lugar está aquí.

—Podrías empezar de nuevo.

Ella sonrió sin ganas. Inglaterra, la patria de su padre, le parecía lejana. Extraña e intimidante.

—Allí no tengo a nadie para recibirme.

Y era cierto. Su padre había sido hijo único. Y los padres de su padre también. Tras la muerte de éstos causada por la pena de perder a su único hijo en una tierra tan lejana como Rusia, ella se había quedado sin familia paterna. No tenía tíos, ni primos, y nunca había

conocido a sus abuelos. Ellos no habían aceptado muy bien que su hijo se casara con una mujer rusa. Aspiraban para él una muchacha de la nobleza inglesa. Robert Andrew Caramel los había decepcionado muchísimo.

—Mi familia sois todos vosotros —le dijo a Ivan con rostro serio—. Nunca os dejaría para marcharme a un lugar que no conozco.

—He oído que Londres es un lugar muy bonito e interesante —insistió el hombre.

Alisa admiró los diferentes libros que adornaban la enorme biblioteca de la estancia. Ella había sido muy desgraciada en el pasado. Lo había perdido todo, y por eso tuvo que comenzar desde cero, pero había reconducido su vida y se sentía feliz de lo que había logrado.

—Nunca os abandonaré, Ivan —le dijo emocionada—. Sois todo lo que tengo.

La llegada de Tatiana llorando impidió que Ivan le respondiera. Alisa se levantó rápida para consolarla.

—¡Renuncio! —exclamó con voz aguda—. ¡No puedo soportarlo más!

Alisa la miró atónita por su estallido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó preocupada de veras.

—Es él —respondió Ivan por Tatiana.

Alisa parpadeó mirando a uno y a otro.

—Pensé que progresaba bien en su instrucción.

—Es duro e intransigente en el trato. Brusco en los ademanes y patán en las acciones —acusó Tatiana hipando.

Ivan carraspeó para llamar la atención de ella.

—Es un hombre acostumbrado a dar órdenes —afirmó rotundo—. Le cuesta dejarle el mando a otro, máxime, si ese otro es una mujer.

Alisa no sabía qué pensar. Seguía mirando a Tatiana mientras la consolaba en un abrazo. La veía desbordaba de impotencia.

—No lo hace a propósito —confesó ella contrita—, pero todos y cada uno de mis consejos no sirven. Me sujeta como si fuera un saco de remolacha. Es frustrante. Me siento impotente.

—¿Ocurre lo mismo con Elina o Natalia? —Tatiana hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente.

—Elina sabe que no tiene habilidades para cantar, no obstante, ha podido reconducir su instrucción hacia los instrumentos. Grigori se ha interesado por la balalaika.

—¿Y Natalia?

—Es la que más satisfecha está de sus logros —informó—, ha descubierto que es bueno recitando poemas. Dice que tiene una voz apropiada para hacerlo.

—¿Y entonces? —inquirió sorprendida—. Si ellas han logrado sacar algo de talento

en él... —Alisa dejó la frase inconclusa.

Tatiana se enjugó las lágrimas que acudían a sus ojos de nuevo.

—No le importa los detalles que le muestro para mejorar en los pasos y en los giros. Conduce en el baile como si dirigiera un caballo a la batalla.

Alisa entendió la frustración de Tatiana. Era una mujer muy sensible y de carácter suave. Si se encontraba tan alterada debía ser por un buen motivo.

—Tampoco es imprescindible que sepa bailar —musitó para sí misma, sin embargo, tanto Tatiana como Ivan la habían escuchado.

—Es una habilidad que demandan mucho las damas —apuntó Ivan.

Su comentario había sido intencionado porque Alexéi no podía recibir un trato de favor con respecto al resto de hombres de Jasán. Alisa miró a Ivan atónita por sus palabras, y porque entendió la intención que escondía: si Alexéi ganaba esa batalla, la lucha estaría perdida.

—Mantendré una conversación con él —afirmó mientras se mordía ligeramente el labio inferior pensando en la mejor forma de abordarlo.

Era importante que se dejara aconsejar. Que aceptara cada sugerencia dada por su instructora. Podía ser un acompañante excepcional. El mejor, pero tenía que aprender.

—¿Dónde se encuentra en estos momentos? —le preguntó a Tatiana.

—Sigue en la sala de baile —respondió con un hilo de voz—. Lo dejé con Yuri y Denis —siguió—. Aunque admito que no es consciente de mi desánimo ni por qué lo dejé plantado sin ofrecerle una explicación para mi marcha repentina.

Hacia allí se dirigió Alisa. Tenía que encontrar la forma de convencerlo para que colaborara en su instrucción. Cada acompañante debía saber sobre baile, música, arte y literatura. Conocer el arte de la galantería y el cortejo. Era imprescindible controlar el tono y los gestos.

Cuando llegó a la sala, Alexéi estaba de espaldas a ella e inclinado hacia el piano que tocaba de forma magistral Denis que había sido un alumno aplicado, como el resto de sus compañeros.

No hizo falta que carraspeará, Alexéi se giró hacia ella como si la hubiera presentido. No parecía enfadado aunque debería estarlo por el plantón que había recibido de su instructora, y un brillo de sorpresa iluminó sus pupilas al verla. Alisa nunca estaba en las diferentes lecciones. Siempre se mantenía apartada para no interrumpir los consejos e instrucción que recibía.

—Creo que ha surgido un problema —le dijo de forma firme caminando directamente hacia él—, que debemos tratar de solucionar de inmediato.

Las cejas rubias de Alexéi se alzaron en un arco al escucharla.

—No hay ningún problema —afirmó tensando los hombros.

—Cuando un hombre hace llorar a una mujer, existe un problema.

—La señorita Moroyova es demasiado susceptible —se defendió.

Alisa respiró hondo.

—Tatiana es una mujer excelente. Eficiente y colaboradora que no desea seguir con su instrucción. Se siente dolida por su falta de atención.

—Nunca ha sido mi intención herirla con mi comportamiento que ha sido correcto y productivo.

Denis seguía la conversación de ambos con interés, sin apartar las manos de las teclas del piano aunque no las pulsaba. Alisa utilizaba un tono comedido que no dejaba entrever realmente lo que sentía. Alexéi se ponía rígido como si estuviera recibiendo una queja de su superior.

—Entonces, ¿qué ha sucedido para que Tatiana quiera abandonar su instrucción?

—Lo ignoro —respondió él que había cruzado los brazos al pecho en actitud defensiva.

Alisa creyó que existía un motivo mucho más acuciante que el solo hecho de no aceptar los consejos de Tatiana. La instructora estaba dolida realmente, y ella quería llegar al fondo de la cuestión. Miró a Denis de forma interrogante. Hizo lo mismo con Yuri, pero ambos hicieron un encogimiento de hombros.

Típico en los hombres protegerse los unos a los otros pensó Alisa.

—Denis, por favor, toca un vals —pidió Alisa mientras se colocaba frente a Alexéi y alzaba los brazos para que bailara con ella.

No le dio opción a negarse.

El militar carraspeó y tragó saliva. Era la primera vez que iba a tocarla. Las notas de la música invadieron la estancia mientras Alisa y Alexéi comenzaron a bailar. En menos de un minuto, Alisa recibió dos pisotones y la mano que le apretaba la cintura parecía que sujetaban las riendas de un caballo desbocado. Paró de pronto sus pasos. Alexéi la miró con atención.

—No está bailando —afirmó ella.

—Y entonces, ¿qué estamos haciendo? —preguntó consternado.

Yuri y Denis seguían la escena divertidos. La diferencia de estatura entre Alisa y el militar era bastante notoria, sin embargo, la actitud de la mujer intimidaba. Ellos conocían perfectamente esa faceta suya tan particular. Su apariencia inofensiva escondía un carácter fuerte como el granito.

—Está dirigiendo a una yegua con el tiro demasiado apretado. —Alexéi se sorprendió de la comparación—. Para bailar hay que estar relajado.

—Que la música me provoque tensión no significa que sea una piedra al moverme —contestó violento.

Alisa lo observaba con atención, tratando de descifrar el enigma que representaba. Bailar el vals no era difícil, había otros bailes con pasos mucho más complicados, entonces, ¿dónde residía el problema?

—¿Le duele la pierna? —ese podía ser el motivo.

Alexéi hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No me gusta bailar —confesó por enésima vez.

—No me cabe la menor duda de ello, sin embargo, es imprescindible que aprenda en un sentido básico. Con una par de danzas será suficiente.

—Ya he aprendido los pasos del minué y de la contradanza.

—Pero una dama no quiere bailar con un oso ni que la sujeten como a una yegua desobediente. —Alexéi se mostró ofendido—. Yuri, ven, por favor.

El mencionado caminó hasta donde estaban ellos con una sonrisa en los labios. Sabía perfectamente lo que Alisa pretendía.

—Baila con Grigori —el hombre mostró en su rostro el horror que le parecía la sugerencia femenina—. Deseo evidenciar algo —miró entonces a Denis—. Sigamos con el vals, por favor.

A las notas de Denis se sumaron los pasos de Yuri que sujetaba a Alexéi como si fuera una dulce damisela. Para Alisa resultó interesante que ambos trataran de llevar la iniciativa. La fuerza del militar era notoria, pero Yuri la contrarrestaba con la agilidad de su cuerpo.

—Es suficiente —dijo Alisa.

Música y danza cesaron al unísono. Alexéi tenía el rostro rojo como la grana, y ella no supo discernir si era por el enfado o la vergüenza. No obstante quería atajar el problema desde la raíz.

—¿Ha sido lo mismo bailar con Yuri que conmigo? —indagó.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Alexéi con voz dura.

—Y entonces, ¿por qué motivo nos dirige a ambos igual? —el militar la miró con duda. Su mente registraba las palabras de ella y las analizaba—. Una mujer no conduce en el baile, permite que su compañero lo haga —le explicó—. Se deja llevar siempre.

—Pero yo lo hago —se excusó—. No es la primera vez que bailo con una mujer.

—Lo hace como si tuviera que contener a una potrilla salvaje —continuó sin dejar de mirarlo seriamente—. Una dama es ágil, voluptuosa. Tierna y delicada. No puede sujetarla por la cintura como si sostuviera su espada frente a un peligroso enemigo.

Alexéi estaba a punto de perder el control por un maldito baile del que ya había aprendido los pasos obligatorios y necesarios para defenderse.

—Denis, un vals más pausado por favor —pidió ella. Al ver la confusión en los ojos de Alexéi, le explicó—. El vals es el baile de salón más popular entre las damas, es el que más les gusta. La rapidez de su ritmo impide su desarrollo coreográfico ya que no es fácil hacer figuras cuando se está girando muy rápido, además, el vals que hemos bailado puede parecer monótono, y físicamente muy exigente para algunos.

Alexéi supo que él estaba incluido en esa última definición.

—¿Vas a enseñarle el cuadrado a pesar de lo feo que resulta? —quiso saber Denis para adecuar las notas.

Alisa negó de forma enérgica.

—La mejor elección creo que va a ser la vuelta completa. Seis pasos a derechas, ¿qué le parece? —le preguntó a Alexéi—. La continuidad del paso base se puede romper, primeramente con figuras simples como *paso adelante con derecha* o también con *paso adelante con izquierda*, o incluso con *paso atrás con derecha* o *paso atrás con izquierda*.

Él sabía lo que Alisa le explicaba porque Tatiana Moroyova se lo había enseñado de forma minuciosa.

—Entiendo —respondió él.

—Las cuatro figuras tienen la misma estructura de tres pasos: *paso adelante, o atrás. Paso diagonal, cierre*. Creo que la lentitud es esencial para lo que quiero mostrarle.

Cuando Alexéi la sujetó por la cintura, Alisa se pegó tanto a él que le hizo soltar una exclamación ahogada. El hombre percibió los senos femeninos en su torso. El muslo derecho entre sus piernas. En modo alguno estaba preparado para el aluvión de sentimientos que lo embargaron al contacto de ambos cuerpos. A la primera nota, Alisa se movió, pero Alexéi no podía concentrarse en los pasos teniéndola tan cerca, respirándola.

Alisa subió de puntillas en el paso dos, y lo hizo con una buena postura. Alexéi no la seguía. Ella osciló el cuerpo en el paso uno de los giros y el resultado fue el esperado. El militar hizo la misma inclinación de ella para que no perdiera el equilibrio y lo llevara al suelo. Alexéi estaba tan concentrado en sujetarla para que no cayera en una de las inclinaciones que su cuerpo perdió la tensión y la rigidez. Al ser los pasos mucho más lentos podía seguirla sin pisarla. Y de pronto dejó de escuchar las notas del piano, estaba concentrado en la base del cuello femenino que parecía tan largo y blanco como el de un cisne. Se fijó en la suavidad de sus movimientos. En su cintura estrecha que podía abarcar con una mano. Percibió la piel caliente que olía de forma deliciosa, el cabello sedoso que llegaba a acariciar su mentón cuando ambos se inclinaban. La atrajo hacia él más firme aunque de forma involuntaria, como si quisiera acariciarla mientras bailaban. La sintió entre sus brazos entregada. Receptiva. Alisa alzó el rostro hacia él mientras le mostraba una sonrisa cómplice que lo desarmó. La mano delicada subió desde su hombro hasta la base de la nuca y le acarició el cabello. Enterró los dedos en los mechones gruesos mientras los labios femeninos se abrían, como si esperaran ser acariciados. Alexéi fue al encuentro de ellos como si necesitara beberse el aliento que exhalaban. Caliente. Excitante...

La música cesó de pronto y los aplausos de Denis y Yuri lo trajeron con brusquedad al presente. Alexéi tenía a Alisa entre sus brazos. La apretaba de forma íntima inclinados ambos hacia la derecha. Retomó de nuevo el control y la respiración.

—¡Magnífico! —exclamó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

El brillo en sus ojos le hizo sentir un latigazo en el vientre. Después de soltarla percibió en las yemas de sus dedos un hormigueo que lo desconcertó.

—¡Eso no era bailar! —exclamó Yuri que seguía aplaudiendo—. Sino hacerle el

amor a una mujer con música.

Las mejillas de Alisa estaban ruborizadas, y el militar se preguntó si sería por las palabras de Yuri, o porque él la miraba de una forma completamente nueva. Para Alexéi algo había cambiado entre ambos. El sensual baile había marcado un antes y un después para los dos, aunque ignoraba qué significaría para ella.

Alisa caminó hasta el piano y le dio varias instrucciones a Denis, también a Tatiana para que siguieran con la instrucción. Después abandonó la estancia con rapidez, como si necesitara poner distancia entre el militar y ella.

CAPÍTULO 13

Alexéi no había vuelto a ver a Alisa. Cada día se miraba la palma de las manos con atención, sintiendo en los dedos el hormigueo que había experimentado cuando la sostuvo entre sus brazos. Evocó el pasado y entrecerró los ojos sin percatarse. Su vida había estado dedicada al ejército. Sus fuerzas a servir al zar Alejandro. De repente pensó en Nadia Raskova, la única pareja que había tenido en su juventud. Cuando Alexéi se graduó y decidió entrar en el ejército, Nadia no se lo había tomado muy bien. No quería ser la esposa de un militar con un sueldo mediocre, y por ese motivo había terminado casándose con un primo paterno que poseía una granja al este de Moscú. Tras Nadia, Alexéi no había sentido la necesidad de tener una mujer en su futuro. Su vida era el ejército. Su mundo, los hombres que había tenido a su cargo, pero todo había cambiado el día que el zar Alejandro le encomendó la misión de buscar al rebelde que lideraba a los hombres que trataban de desestabilizar al gobierno. Alejandro quería emprender reformas radicales, alentadas por la opinión pública, y llevadas a cabo por el poder autocrático. Sin embargo, el crecimiento de un movimiento revolucionario había provocado una división entre los ministros que no aprobaban los cambios que quería imponer él ni se resignaban a la pérdida de poder y control. El zar no podía imaginarse quién era el cerebro que comandaba a los revolucionarios. Alexéi se había mostrado confiado y había pagado un alto precio por ello.

Había perdido a su familia. Su vida, y su futuro.

Miró la hoja blanca sobre el escritorio. En ella había escrito unos nombres. El primero de la lista lo encabezaba el hombre que había sido su mano derecha, Dmitri Serguéievich, seguido de Andrey Kozyrev y Fiódor Snítkina. En la parte inferior del folio anotó tres ciudades. Grozni, Tbilissi y Bakou, el triángulo de territorio donde se escondía la resistencia comandada por Dmitri. Esa información casi le cuesta la vida, pero el traidor ya no podían esconderse de él y de su próxima venganza.

Alexéi escuchó la voz alterada de Viktor, el grito de Alisa, y se levantó raudo. Con pasos largos alcanzó la puerta y salió al corredor. Las voces se habían convertido en gritos. Cuando llegó al primer escalón y miró hacia el vestíbulo su sorpresa fue mayúscula. Viktor golpeaba con saña a un hombre que él no conocía. Alisa trataba de mediar entre los dos hombres. Se preguntó qué diantres sucedía. Bajó las escaleras de dos en dos, y, cuando llegó hasta donde estaban, sujetó a Viktor por los brazos y lo separó de la refriega. El desconocido no se defendía. Le sangraba el labio inferior y tenía un pómulo herido. Alisa sujetó las manos del hombre y le suplicaba que no lo tuviera en cuenta. Tenía el cabello desordenado, la manga de su vestido desgarrada por el hombro, parecía como si la hubieran golpeado.

—¡Es hombre muerto! —escupió el desconocido.

—Vasílievich, Chernov no sabía lo que hacía —lo disculpó ella—. Es un hombre impetuoso al hablar e impulsivo al actuar.

Alexéi seguía sujetando a Viktor que se debatía con fuerza mientras exhalaba insultos. Por asombroso que pareciera, nadie acudía al vestíbulo a comprobar qué ocurría o qué había iniciado la pelea.

—¡Es hombre muerto! —reiteró el comisario mientras se limpiaba la boca con la manga de su chaqueta—. Yo mismo me encargaré de que lo cuelguen.

Alisa se giró hacia Viktor y le suplicó con los ojos que se disculpara ante el comisario. Éste le escupió a modo de respuesta.

—Vasílievich, por favor... —continuó implorando ella—. Haré lo que haga falta, lo sabe....

Pero el hombre estaba demasiado ofendido para atender el ruego femenino. Viktor estaba tan furioso que a Alexéi le costó mantenerlo separado del cuello del hombre. El comisario giró la cabeza y miró a Alisa durante un minuto largo. Un brillo peligroso asomó sus pupilas.

—Nada puede salvar la vida de ese advenedizo —amenazó.

Viktor rugió con rabia asesina, pero la fuerza de Alexéi era colosal. Lo retuvo contra su voluntad e impidió que se abalanzara de nuevo sobre el hombre.

—¡Lo mataré! —vociferó el joven—. ¡Le arrancaré las entrañas...!

Alisa hizo algo completamente inesperado. Se giró hacia Viktor y lo abofeteó con fuerza.

—¡Basta! —exclamó con voz aguda—. ¡Contén ese maldito carácter!

Alexéi estaba estupefacto, tanto, que soltó los brazos de Viktor pero el joven no se movió. Era como si la bofetada de Alisa lo hubiera dejado paralizado. La mujer tenía los ojos abnegados en lágrimas. Logró retenerlas antes de girar su rostro de nuevo hacia el hombre.

—Podemos arreglar este malentendido —dijo de pronto—. No volverá a suceder, tiene mi palabra —el comisario se pasó la lengua por el labio inferior al escuchar las palabras de Alisa—. Chernov aceptará el castigo por su conducta inapropiada, y que no volverá a repetir.

—¡Alisa! —protestó con energía—. ¡Es un maldito bastardo! ¡No se merece tus ruegos!

Ella cerró los ojos y tragó la saliva espesa que se le había acumulado en el cielo de la boca. Temía por la vida de Viktor y el muy estúpido se la ofrecía en bandeja de plata al comisario.

—Podemos llegar a un acuerdo —le repitió a Vasílievich.

Pero el comisario no respondió. Alzó el mentón y se giró firme. Abandonó la casa en silencio. Alisa entonces se dejó caer en el suelo al mismo tiempo que rompía en sollozos. Viktor se arrodilló junto a ella y la abrazó. Alexéi miraba perplejo la escena que se sucedía ante sus ojos.

—¡Lo mataré! —gritó con furia Viktor—. ¡Juro que mataré a ese bastardo!

Los hombros de Alisa temblaron.

—¡Estúpido! —exclamó ahogada por el llanto—. ¡Eres un maldito temerario!

Viktor seguía abrazándola. Alexéi sopesó dejarlos a solas aunque estaba demasiado intrigado. Ignoraba quien era el hombre que había sido golpeado por Viktor. Desconocía el motivo para que Alisa hubiera intercedido en una pelea entre hombres.

—No soporto que te toque —se sinceró el joven—. Que se acerque a ti. ¡Lo sabes! —la exclamación posesiva resultó demasiado esclarecedora.

Alisa manoteó el gesto de Viktor cuando trató de consolarla. De pronto, sus ojos se clavaron en Alexéi, no perdía detalle de lo que ocurría entre ambos. Se pasó el dorso de la mano para limpiar las lágrimas que seguían cayendo por sus mejillas.

—Puedo arreglar esto —dijo con voz entrecortada—. Vasílievich me escuchará y rectificará, siempre lo hace.

Viktor la zarandeó por los hombros en un intento de hacerla razonar. Alexéi decidió intervenir. Apartó al joven de un empujón y ayudó a la mujer a levantarse. Se posicionó delante de ella para protegerla. Viktor quedó desarmado.

—Yo no soy su enemigo —le espetó dolido.

Alexéi no dijo nada. Le preocupaba en verdad el estado emocional de Alisa. Le temblaban las manos. La angustia se reflejaba en su rostro. No ignoraba que la mujer buscaba opciones y descartaba otras. En el extremo del vestíbulo estaba asomado el joven Buk. En su rostro se podía leer el terror. Se retorció las manos con fuerza. Alisa con un gesto altanero de la cabeza le indicó que la siguiera. Miró a Viktor una última vez y se marchó en silencio.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Alexéi a Viktor que contemplaba la marcha de Alisa seguida por Buk—. ¿Quién era ese hombre?

La mirada de Viktor se centró en el rostro del militar. Por un instante pareció como si no hubiera entendido las preguntas.

—¿No sabe quién es Nicolay Visílievich? —Alexéi parpadeó una sola vez. Viktor soltó el aliento con sorpresa—. Es el comisario jefe de la Ojrana en Petersburgo.

Alexéi meditó en la respuesta de Viktor. La Ojrana formaba parte del MVD, y colaboraban con ellos el Cuerpo Especial de Gendarmes. Su objetivo principal era garantizar la seguridad de la familia imperial. No ignoraba que buena parte de sus acciones se centraban en la represión de actividades revolucionarias, especialmente por parte de los grupos anarquistas y socialistas que planeaban acabar con la dinastía Románov en Rusia.

—¿Qué sucedió con Konstantín Borodín?

—¿Konstantín Borodín? —Viktor repitió la pregunta—. ¿Se refiere al anterior comisario? —Alexéi le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza—. Fue condenado y enviado a una Kátorga al noroeste de Siberia.

Las Kátorgas eran un sistema penal muy efectivo en Rusia. Los prisioneros eran enviados a campos remotos en las vastas áreas deshabitadas de Siberia y sometidos a un régimen de trabajos forzados. Alexéi se preguntó qué podría haber hecho Konstantín para terminar en una Kátorga. Habían cambiado muchas cosas en Petersburgo desde que él

fuera arrestado y condenado a muerte.

—¿Por qué motivo ha venido a Jasán el comisario Visílievich?

Alexéi sabía que la visita tenía que ver con Alisa. Recordó la manga de su vestido desgarrada y el leve enrojecimiento que había observado en el cuello femenino. Sin ser consciente de ello terminó apretando los puños a sus caderas.

—Quería tratar un asunto personal con ella.

Los ojos de Alexéi se entrecerraron esperando que el joven continuara.

—¿Y...? —lo alentó.

Viktor se alisó las solapas de su levita e hizo un encogimiento de hombros.

—Eso es algo que solo le incumbe a ella —respondió.

Alexéi no estaba en absoluto de acuerdo. Ahora sentía la acuciante necesidad de saber. ¿Qué pretendía el comisario de Alisa Guseva? Estaba decidido a llegar al fondo de la cuestión.

—Lo descubriré.

Pero Viktor ya no dijo nada más. Volvió a hacer un encogimiento de hombros y se giró para marcharse.

—Lo sabrá si Alisa desea que lo sepa.

Alexéi se quedó plantado en el vestíbulo mirando la subida de Viktor hacia la planta superior. Analizó cada una de las palabras que se habían pronunciado momentos antes. Recordó el rostro lívido de Buk y el gesto de Alisa al ordenarle que la acompañara. Estaba convencido que la visita del comisario tenía que ver con el muchacho, ¿por qué lo había golpeado Viktor? ¿Por qué el rostro de ella había mostrado un horror absoluto durante la pelea?

Respiró hondo y encaminó sus pasos hacia las caballerizas. Tenía que mantener una conversación con Ivan. No iba a descansar hasta dar con las respuestas que necesitaba.

CAPÍTULO 14

Petersburgo había amanecido frío y con una espesa niebla que recorría e inundaba cada rincón de las calles. Alisa se arrebujó la capa en torno a su cuerpo tratando de retener el calor. Había decidido caminar hasta el palacio Kuskaia, residencia habitual de la baronesa Milenka Daugava. Ivan había protestado, pero ella había insistido. Como mujer solitaria que caminaba tranquilamente, pasaba mucho más desapercibida que si lo hacía dentro de un carruaje con las ventanillas cerradas por cortinas negras. No deseaba ser reconocida. Con la capucha de su capa de terciopelo se tapó mejor el rostro. La verja estaba abierta, una costumbre poco usual entre la nobleza rusa y que definía muy bien la personalidad de la baronesa. Anduvo los pasos hasta la amplia escalinata y tocó la aldaba con fuerza inusitada. Un mayordomo con librea azul abrió la pesada hoja.

—Deseo ver a la baronesa Milenka Daugava —le dijo al hombre con voz suave. El mayordomo extendió la mano para que le diera su tarjeta de visita. Alisa lamentó no llevarla consigo—. Dígale que Alisa Guseva desea verla. Que es un asunto de vital importancia.

El hombre de aspecto huraño cerró la puerta dejándola afuera. Alisa esperó de forma paciente, y tras más de media hora a la intemperie, la puerta se abrió de nuevo. El mayordomo se hizo a un lado para permitirle el paso.

—La baronesa la atenderá en unos momentos.

La precedió por el vestíbulo hasta una sala de recepción. Ella lo siguió sumisa y en silencio. Casi una hora tuvo que esperar hasta que la baronesa hizo acto de presencia.

—Alisa... ¡qué sorpresa! —la mujer de mediana edad aceleró el paso. La abrazó y besó en la mejilla—. ¡Dios mío estás temblando!

Y era cierto. Desde el altercado con el comisario días atrás, Alisa vivía con el alma en vilo pendiente de todo. Finalmente, había decidido actuar pues la vida de Viktor estaba en peligro y no había tiempo que perder.

—No tenía que haber llegado así de imprevisto —se excusó ella—, pero necesito su ayuda.

La baronesa Daugava tocó una campanilla y el mayordomo acudió presto.

—Mi invitada y yo tomaremos un té y un poco de licor dulce —el mayordomo asintió y se marchó silencioso.

Momentos después una humeante tetera de porcelana fina fue depositada en una mesita auxiliar. El mayordomo también trajo la licorera con dos finas copas de cristal tallado.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer. Alisa sopló sobre su taza y se llevó el borde a los labios. Bebió un pequeño sorbo del líquido caliente.

Milenka Daugava puso el licor en las dos copas. Le ofreció una a ella.

—El comisario Nicolay Visílievich está abriendo diligencias para detener a uno de

mis muchachos, a Viktor Chernov.

Las pupilas de la baronesa brillaron cautas.

—Visílievich no se saltará las normas como otras veces —adujo convencida en un intento de disminuir la angustia que apreciaba en el rostro de la mujer joven—. Ya fue convenientemente advertido en su momento.

Alisa supo que la baronesa se refería a la actuación que había tenido el comisario con el pequeño Sasha Lazin, pero negó varias veces. Conocía muy bien de lo que era capaz y de que forma se saltaba las normas cuando le convenía. El procedimiento normal de la Ojrana incluía la entrega de los detenidos al poder judicial para su proceso de acuerdo a la ley. Sin embargo, bajo circunstancias especiales, los comisarios disponían de licencia para llevar a cabo ejecuciones sumarias y torturas sin que se cuestionaran sus métodos o razones.

—Cuéntame, ¿qué ha sucedido para que Viktor Chernov levantara las sospechas del comisario?

—Nicolay Visílievich vino a verme a Jasán a cuenta de otro de mis chicos, Buk Ivanov. Lo apresó hace tiempo cuando trataba de vender unos candelabros que había tomado de Jasán.

—¿Es uno de los chicos que compraste en la Prisión Trubestskoy? —Alisa asintió queda—. Te comenté hace tiempo lo que pienso sobre esos pequeños delincuentes que proteges, y ese empeño tuyo en perjudicarte por ellos.

Alisa no tuvo en cuenta sus críticas.

—Me amenazó si no atendía sus demandas —le confesó. El comisario lo único que obtenía de ella era sexo oral en contadas ocasiones. Intentaba con todas sus fuerzas someterla, pero no cedía—. Cuando me negué, logró intimidarme. Viktor entró justo en el momento que me agarraba por el cuello para hacerme desistir de mi negativa a mantener una relación íntima con él de forma permanente —la baronesa lanzó una exclamación ahogada al escucharla—. Lo sacó a empujones de mi salita privada y la emprendió a golpes mientras lo empujaba fuera. Traté de detenerlo, sin embargo, no pude.

Un largo sollozo escapó de la garganta femenina mientras relataba los acontecimientos.

—El comisario sabe que puede utilizar a los muchachos para chantajearte —la voz de la baronesa había sonado crítica—. Y me entristece que estés dispuesta a arruinarte por ellos. —Alisa se quedó en silencio—. ¿Qué motivos ha esgrimido en esta ocasión? —Alisa calló durante un momento avergonzada en los más profundo de su ser—. Porque tengo claro lo que pretende de ti.

—Insiste en lo mismo —reveló en voz baja—. O me convierto en su esposa por las buenas, o en su amante por las malas.

Le mujer resopló hastiada.

—Ambas sabemos por qué motivo te propone matrimonio, ¿verdad? —apuntó la baronesa con los ojos reducidos a una línea—. Para hacerse con las obras de arte que

todavía quedan y que son herencia de tu abuelo Guseva.

—Apenas queda nada, y de lo poco que queda, nadie sabe que están a salvo en Jasán —matizó Alisa.

—¿Estás completamente segura?

No, no lo estaba, máxime cuando el joven Buk había tratado de vender unos candelabros de plata. El comisario los retenía en su poder y habría llegado a la conclusión de que no serían la única pieza de valor que quedaba de la herencia de sus abuelos. Danil Guseva Drachevski, había sido un navegante y vicealmirante miembro de la Academia de Ciencias. Era respetado y recordado por sus reconocimientos hidrográficos en Kamchatka. Su abuelo amaba el arte y había dedicado la mayor parte de su vida a adquirir objetos de incalculable valor en sus viajes, pero uno en particular era codiciado por muchos. Se lo había regalado a su esposa por el matrimonio de ambos. Su elaboración había costado una pequeña fortuna, y su valor se había incrementado con el tiempo.

—Te advertí en su momento que lo sacaras de Rusia. Tu sentimentalismo puede conducirte al desastre.

Alisa se mordió suavemente el labio inferior. Alguna vez había sopesado enviarlo lejos pero no tenía los suficientes rublos para hacerlo, ni a nadie que pudiera ocuparse de su valor.

—No saben que lo conservo —confesó Alisa apenas en un susurro—. Es superior a mis fuerzas pues necesito tenerlo cerca.

—¡Véndelo! —la apremió la baronesa.

Lo llevó mi abuela en su boda y mi madre también, no tengo valor para deshacerme de él, es el único recuerdo valioso que me queda de ellas, y así muera de hambre o de miseria, no pienso venderlo.

Ambas se refería al Sarafan Rojo, el atuendo de novia que llevó su abuela y su madre el día de su boda. La mayoría de esos atuendos estaban tejidos con ricas telas de lino o damascos, pero el que había utilizado su abuela y su madre, y que había heredado ella, estaba confeccionado con una seda brocada en rojo de importación muy costosa. Había sido entretejida con ricos bordados de hilo de oro y con galones y flecos de hilo de plata, pero lo que hacía tan especial era que iba acompañado con un espectacular tocado: el kokoshnik que también había sido elaborado de forma muy fina y cuidadosa. Estaba bordado en oro y se habían incrustado un total de trescientas perlas y doscientos rubíes engarzados alrededor de un diamante de tamaño y valor incalculable: el diamante Guseva.

Con la venta del vestido Alisa podría obtener una pequeña fortuna, por ese motivo decidió cambiar de tema.

—Ayer traté de hablar con Visílievich, pero temo que no hay nada que pueda hacer al respecto. Está demasiado herido en su orgullo para atender a razones.

La baronesa la miró espantada.

—¿Qué estabas dispuesta a hacer, chiquilla?

—Lo que sea necesario para salvar a Viktor —afirmó.

La baronesa volvió a tocar la campanilla. El mayordomo acudió rápido.

—Envíe un mensaje urgente al capitán Oleg Nóvgorod para que prepare mi barco. El Markina deberá zarpar antes de media noche.

Alisa sintió ganas de llorar al comprender que la ayudaría.

—No sé cómo agradeceréelo —le dijo acongojada.

Viktor iba a montar en cólera cuando supiera que debía abandonar Petersburgo, sin embargo, ella no podía permitir que Visílievich lo detuviera porque significaría su muerte.

—Las represalias del comisario pueden ser graves si descubre que estás detrás de la marcha de Viktor —le advirtió la baronesa con voz apesadumbrada—. Un hombre como él se toma muy en serio sus amenazas.

Alisa ya había probado algunas de las represalias del comisario, pero, aún así, tenía que salvar la vida de Viktor como fuera y apenas le quedaba tiempo.

—Enviaré mi carruaje a Jasán para que saques todos los objetos de valor que puedas, incluido tu pequeño tesoro, el Sarafan. Mi barco los llevará de forma segura hasta Inglaterra —le dijo la baronesa—. Poseo una vivienda en la ciudad de Londres. Viktor podrá hacerse cargo de todo hasta que las reclames de regreso, o hasta que te reúnas con ellas allí.

Alisa abrió la boca, pero la volvió a cerrar. No podía salir de Petersburgo. Muchos eran los que dependían de ella. Daugava entendió la mirada de la mujer joven. Tomó la mano de Alisa y la consoló.

—Viktor no podrá regresar a Rusia —afirmó Alisa en voz muy baja, tanto que parecía un murmullo—, y si yo me marchara, tampoco podría hacerlo.

—Aquí no tienes nada que te retenga. Tus padres están muertos. Gracias a Dios tu esposo también, y no quedan tierras ni propiedades salvo Jasán. ¡Véndela y márchate! En Inglaterra podrás comenzar una nueva vida llena de comodidades. Tienes mi casa para comenzar de nuevo.

La mujer contuvo un sollozo. Se sentía enormemente agradecida por la ayuda de la baronesa aunque no compartía su opinión pues ella tenía mucho que perder si se marchaba.

—Tengo familia que, aunque no es de sangre, la amo con toda mis fuerzas. No puedo abandonarles a su suerte.

Una risa infantil hizo que Alisa detuviera su defensa. La niña entró rauda hacia los brazos de su madre. Cuando contempló la escena, su corazón se derritió de felicidad. No se perdía detalle de las emociones que cruzaron el rostro de Milenka Daugava.

—Crece fuerte y sana —comentó la baronesa con dicha.

Alisa sonrió de forma genuina. La baronesa había sufrido cinco abortos hasta que al fin pudo tener a su pequeña.

—Será la heredera de Kuskaia más atractiva —contestó al mismo tiempo que sujetaba la pequeña manita.

—Siempre estaré en deuda contigo y con Viktor Chernov —confesó la baronesa algo incómoda—. Justo es que os retribuya el favor.

—Tu secreto siempre estará a salvo conmigo —le dijo Alisa completamente seria—. Lo prometí sobre la tumba de mi madre.

La baronesa sonrió confiada.

—El tuyo también está a salvo conmigo —le recordó—. Eres hija de la única amiga que tuve de verdad, y me alegra que acudas a mí cuando tienes un problema.

La siguiente hora la pasaron riendo en compañía de una niña que hacía con sus travesuras las delicias de la madre. El corazón de Alisa se había aligerado considerablemente. Viktor se marcharía esa noche hacia Inglaterra. Allí podría comenzar de nuevo. Tratar de ser feliz con otro tipo de vida. El regreso a Jasán lo hizo mucho más confiada que cuando partió a primera hora de la tarde.

Ahora que todo parecía resolverse, Alisa lamentó no haber acudido antes a pedir ayuda de la baronesa, pero estaba tan acostumbrada a solucionar sus problemas sola, que depositar un pequeño peso en los hombros de otro representaba en verdad un cierto alivio.

CAPÍTULO 15

Alexéi no había tenido éxito en sus pesquisas. Todos en Jasán mantenían un silencio absoluto sobre la vida y el pasado de Alisa. El enorme respeto y obediencia que le prodigaban lo dejaba atónito. Todos y cada uno de los integrantes de la mansión no dudarían en matar por ella. Ese grado de lealtad solo lo había visto en el ejército cuando se confiaba la vida a un compañero.

Se quitó la capa y la dejó reposando en el alto sillón de piel. La chimenea estaba encendida. El frío era un invitado más en las vidas de todos. La puerta de su alcoba se abrió de pronto e Ivan cruzó por ella. Ambos se quedaron quietos mirándose el uno al otro, se evaluaban mutuamente.

—Tiene que dejar de hacer preguntas sobre la señora Guseva —le advirtió Ivan de pronto.

Alexéi pensó que el guardián no se andaba con rodeos cuando se trataba de proteger a Alisa. Todos sacaban pecho al defenderla.

—Mi intención al preguntar era con el único motivo de ayudar al joven Chernov.

Los ojos de Ivan se entrecerraron con escepticismo aunque no pudo responderle porque de improviso se escucharon gritos que provenían de afuera. Alexéi pensó que procedían de las estancias privadas de Alisa. Avanzó un paso para salir, sin embargo, Ivan le obstaculizó el paso. Le hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente que él no tuvo en cuenta.

—Deje de entrometerse en asuntos que no le incumben —le advirtió.

Alexéi pensó que algo así era del todo imposible. Su naturaleza le impelía a tratar de poner orden en las situaciones extremas, y en Jasán parecía que se daba otra situación límite.

Sin hacer caso del protector, salió raudo hacia el pasillo y recorrió con pasos largos la distancia que lo separaba de la alcoba de Alisa. No llamó a la puerta, directamente accionó la manivela y abrió la pesada hoja. Estaba realmente preocupado.

Viktor tenía el rostro rojo y los ojos llenos de una ira abrumadora. Alisa le sostenía la mirada con firmeza. El hombre tenía las manos en los hombros femeninos. Parecía que iba a zarandearla de un momento a otro.

—No puedes decidir por mí —aseguró con evidente amargura.

La mujer se mantenía quieta aunque retadora en su postura.

—Ya es un hecho, está todo decidido —le informó.

—Esta vez te has extralimitado en tus funciones. No eres ni mi madre ni mi hermana.

Esas palabras se clavaron en el corazón femenino pues Alisa lo quería como si fuera un familiar muy cercano.

—A diferencia de ti, yo aprecio tu vida —contestó con voz aguda—, y aceptarás la ayuda que se te brinda sin cuestionarla.

—Visílievich no es un problema.

Ninguno de los dos escuchó la puerta ni fueron conscientes de la presencia de Alexéi en la estancia. Estaban tan concentrados el uno en el otro que apenas advertían nada a su alrededor.

Ambos se miraban con una intimidad que no dejaba lugar a dudas de lo que habían compartido en el pasado, o de lo que todavía compartían en el presente. El estómago de Alexéi se encogió hasta producirle un dolor agudo.

Alisa entonces hizo algo inesperado, tiró al rostro de Viktor un documento que parecía oficial, papel que el hombre no se molestó en coger cuando zigzagueó frente a sus ojos antes de caer al suelo.

—Es la orden de arresto contra ti —le anunció ella.

Viktor apretó los labios cada vez más enojado aunque sin soltarla.

—Me horroriza pensar cómo la habrás obtenido, o lo que habrás tenido que pagar por ella.

Alisa sintió la necesidad de abofetearlo por el insulto, pero no quería despedirse de esa forma. Viktor había sido su hermano y amigo en los momentos más duros, y por eso no iba a permitir que se marchara disgustado con ella.

—No la obtuve yo sino la baronesa Daugava —respondió seca. Viktor quitó las manos de los hombros de Alisa y se mesó el pelo con cansancio—. Ayudarte es su forma de pagar su deuda.

—Esa mujer pretende alejarme de Rusia —protestó él en tono grave—. Pero yo no represento ninguna amenaza para ella, y lo sabes. ¡Siempre guardaré silencio! ¡Maldita sea!

Tanto Alisa como Viktor escucharon las voces de Olga y miraron hacia la puerta al mismo tiempo, entonces vieron Alexéi que contemplaba la escena entre ellos con atención. La mujer entró en la estancia como una exhalación.

—¡Está muerto! —exclamó alborotada—. El comisario Nicolay Visílievich está muerto.

La sorpresa se reflejó perfectamente en el rostro de Alisa y de Alexéi, no así en la mirada de Viktor.

—¡Vaya! —exclamó aunque sin emoción—. Al fin una buena noticia.

—¡Viktor! —vociferó incrédula—. ¿Qué has hecho? —preguntó Alisa mordida por las dudas.

Los ojos de Viktor quemaban al contemplarla.

—¡Qué poco me conoces! ¿Cómo puedes preguntarme algo así?

—¿Cómo ha muerto? —quiso saber Alexéi interviniendo por primera vez en la conversación y dirigiéndose a Olga.

Los tres miraron con atención a la mujer que temblaba.

—Ha sido asesinado en su oficina. Lo han degollado.

Alisa se llevó la mano al cuello como si la explicación de Olga la hubiera herido de forma física.

—Ya puedes decirle a tu baronesa que no necesito su ayuda...

Viktor abandonó la estancia más lleno de ira que en los momentos anteriores cuando había mantenido la discusión con Alisa. Olga decidió acompañarlo, pero antes de abandonar la estancia fijó sus ojos en Alexéi.

—¡Es un desastre! —exclamó inesperadamente.

Un silencio pendió entonces entre Alisa y Alexéi.

—¡Dios mío! —exclamó ella de pronto—. ¡Es inaudito!

La voz de la mujer denotaba una angustia extrema. Alexéi fue a su encuentro, ella le había dado la espalda. En el recorrido recogió del suelo el documento que le había tirado a Viktor en el rostro. Lo leyó rápido y después de hacerlo lo dobló y lo dejó sobre la mesa de caoba que utilizaba Alisa para atender sus negocios.

—Lamento la muerte del comisario.

Alisa se giró con rapidez hacia la voz masculina, y lo que observó Alexéi en los ojos de ella fue un auténtico alivio. La mujer parecía feliz con la noticia de la muerte de Nicolay Visílievich. Sin previo aviso Alisa rompió a llorar y a reír al mismo tiempo. Parecía que había sufrido un shock.

—¡Dios mío! —reiteró mientras carraspeaba para aclararse la voz.

—Creo que el comisario no era un hombre muy estimado en este lugar —los ojos de Alisa brillaban como si hubieran quitado de repente el gran peso que soportaba sobre sus hombros—. Me alegro de veras por ti —le dijo sincero.

La tuteó por primera vez al mismo tiempo que sujetaba con ternura las pequeñas manos y las estrechaba con firmeza entre las suyas. Alisa se dejó consolar porque lo necesitaba. Había pasado días de verdadera angustia por Viktor y su futuro. Hasta que no había acudido a ver a la baronesa, sus horas habían estado plagadas de dolor e incertidumbre. Alisa abrazó de pronto a Alexéi que recibió el gesto con infinita ansia. Tenerla de nuevo entre sus brazos era un deseo que no había manifestado de forma física hasta ese momento. La estrechó contra su pecho y aspiró el perfume de su cabello. Cerró los ojos para deleitarse con la sensación plena que el delicado cuerpo le proporcionaba.

Una revelación lo golpeó con fuerza inusitada. No era deseo lo que sentía, sino algo mucho más profundo.

Alisa estaba tan concentrada en digerir la noticia sobre la muerte de Visílievich que no fue consciente del caos emocional que había sacudido al militar mientras la abrazaba. No vio el brillo de anhelo en sus ojos ni percibió el ligero temblor de sus manos al sostenerla.

Alexéi trataba de recobrar el control sobre sus emociones. Su sangre se había convertido en lava caliente que fundía sus venas en su recorrido. Su corazón en una maquina que golpeaba el interior de sus costillas provocándole un ahogo físico. Tuvo que

parpadear varias veces para poder enfocar la visión y sujetar las ansias que sentía de besarla.

Alisa se separó del recio cuerpo del mismo modo en que lo había abrazado, de forma espontánea. Caminó hacia la ventana mientras se pasaba las manos por el rostro como si necesitara cerciorarse que no estaba soñando. Cada vez que recordaba el rostro del comisario, su estómago se encogía. La había chantajeado porque sabía que nada la detendría en su afán de ayudar a su familia.

Inhaló aire de forma profunda varias veces. De repente la asoló una idea que fue tomando forma y echó raíces profundas en su corazón. ¿Quién tendría motivos para matar al comisario? ¿Quién tendría el suficiente valor para hacerlo?

Se giró sobre sí misma y se quedó mirando a Alexéi que seguía en la misma postura.

—¿Qué sucede?

Pero ella no podía confiarle sus sospechas sobre quién había matado al comisario. Entrecerró los ojos porque algo en la postura de él la puso alerta. Tenía un brillo extraño en las pupilas que no supo interpretar.

—Por un momento me he sentido.... —fue incapaz de continuar.

—Libre —concluyó por ella.

Alisa pensó que su rostro debía ser un espejo que mostraba sus sentimientos con claridad. Enderezó la espalda y cruzó los brazos al pecho, como si tratara con ese gesto de protegerse de la mirada ardiente del hombre que buscaba en su interior de una forma como no había visto nunca. Sintió sobre su piel un calor inusitado. Un cosquilleo en el vientre que la pilló por sorpresa. ¿Qué había cambiado en él? Lo ignoraba, pero tampoco estaba segura de querer saberlo.

—Me he sentido consternada por la muerte del comisario, aunque en cierto modo aliviada por Viktor —dijo al fin.

Alexéi no la creyó en absoluto. Los ojos de ella eran dos pozos que rezumaban sosiego.

—Si la orden ha sido tramitada, mucho me temo que el arresto se efectuará de todos modos por otro miembro de la Ojrana.

El alma se le cayó a los pies al escucharlo pues había cantado victoria demasiado pronto.

—Es posible que no la hayan tramitado todavía —comentó para convencerse a sí misma—. Que ese documento haya sido una mera advertencia, y que otros miembros no sepan nada sobre el mismo.

Alexéi lo dudaba. Si el comisario hubiera querido un ajuste de cuentas íntimo con Viktor no se habría molestado en hacer el papeleo judicial para poder procesarlo de acuerdo a la ley. Y por lo que había leído del documento no era un simple arresto sino algo mucho más grave.

—Pienso que sería mucho más ventajoso para Viktor que se marche unos meses hasta que todo se calme —le indicó.

—Convencerlo será realmente difícil —respondió ella.

Alexéi soltó el aire que contenía de forma suave. Todavía no tenía el completo control sobre sus emociones.

—El documento contiene una acusación grave —le informó él—. No se refiere solamente a la agresión física a un agente de la autoridad. —Alisa tensó el mentón porque Alexéi ponía palabras a sus miedos—. Viktor no debería desdeñar la oportunidad de poner distancia. ¿Por qué ese enañamiento por parte de Visílievich?

Alisa parpadeó preocupada. No podía contarle a Alexéi que el comisario la chantajeaba desde hacía tiempo. Había muchas cosas sobre ella que no podía decirle, aunque de repente sintiera la tentación de hacerlo.

—Viktor no tenía que haberlo golpeado —dijo de forma concisa—. Yo tenía el asunto controlado, pero intervino y lo complicó todo.

—Si puedo ayudarte en algo, no dudes en pedírmelo —el ofrecimiento la pilló desprevenida—. No permitiré que te amenacen.

El corazón de ella sufrió un vuelco. En las palabras de Alexéi se advertía algo que se le escapaba. Era como si supiera mucho más de ella de lo que le había mostrado. Creyó que tenía que llevar cuidado con él.

—Gracias —le dijo en un tono neutro—, lo tendré en cuenta.

Alexéi entendió que le mentía. Observándola podía comprender muchos detalles interesantes sobre su personalidad como que estaba acostumbrada a tomar decisiones drásticas aunque no la beneficiaran. Que vivía constantemente con una sensación de amenaza que ensombrecía sus hermosos ojos. Que mantenía las distancias con él y con otros por pura supervivencia. Le habían hecho mucho daño. Estaba marcada. Reconocía los síntomas porque él también estaba marcado de forma profunda e irremediable.

La empatía lo desbordó. Ansiaba consolarla. Acunarla de nuevo entre sus brazos y prometerle que siempre la cuidaría. Que la protegería de todo y de todos.

—¿Me está escuchando? —no se había percatado de que estaba ensimismado en sus propios pensamientos y que no había oído sus últimas palabras—. ¿Se encuentra bien?

No, no se encontraba bien en absoluto. Acababa de sufrir una revelación tremendamente caótica, y que se negaba a analizar en profundidad porque no estaba preparado para la conclusión que podría obtener.

—Mi ayuda es desinteresada y sincera —pudo reiterarle.

Alisa sonrió al fin y fue como si el día se hubiera iluminado. Tuvo que parpadear para recobrar del deslumbramiento que había sufrido. Alexéi tenía que batirse en retirada porque perdía la objetividad por momentos.

—Se lo agradezco de veras, y si en verdad desea ayudarme, hable con Viktor. Es posible que lo escuche de forma más objetiva.

—¿Qué hable con Viktor? —preguntó en parte sorprendido.

—Lo admira —le reveló ella—. Si hay alguien a quien él escuche, será a usted.

—¿Es la ayuda que necesitas?

—Más que ninguna otra —le respondió—. Viktor tiene que salir de Rusia por su propio bien.

Alexéi hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de girar sobre sí mismo y comenzar a caminar para salir de la estancia. No miró hacia atrás, no lo hizo porque si lo hacía la volvería a tomar entre sus brazos y la besaría hasta dejarla sin aliento.

CAPÍTULO 16

Viktor no acudió a la cena. Su lugar en la mesa se mantuvo vacío. El silencio entre los comensales había sido esclarecedor. Cada uno encerrado en su propio mundo de ideas y pensamientos, incluido él mismo, pero tenía que tratar de hablar con el joven. El barco de la baronesa estaba listo para zarpar. Alisa había preparado unos baúles que debería llevar consigo. El carruaje esperaba. Alisa esperaba... Alexéi se encontró con la tesitura de inmiscuirse o no pues tenía el ligero presentimiento de que si intervenía por petición de ella, nada volvería a ser igual entre ambos. Viktor era un hombre temperamental e impulsivo. Había dejado muy claro que no pensaba abandonar Rusia, y él creía que poco podría hacer para convencerlo de lo contrario salvo exponerle el serio asunto del arresto e interrogación a los que tendría que enfrentarse a pesar de que el comisario ya no estuviera presente.

Cuando la Ojrana clavaba los dientes en una presa ya no la soltaba.

Fue el mismo Viktor quien le abrió la puerta cuando Alexéi tocó con los nudillos la tibia madera. El hombre más joven se sorprendió al verlo en el corredor y frente a su puerta. Viktor se hizo a un lado para permitirle el paso al interior de sus aposentos.

—Imagino que su visita a mi alcoba es debido a que no puede conciliar el sueño y pretende que mantengamos una conversación frugal sobre el ejército.

Para Alexéi quedó claro el sarcasmo en las palabras del hombre.

—Te hemos extrañado en la cena.

—No tenía apetito.

El militar observó que el escritorio de Viktor estaba revuelto. Había una ingente cantidad de papeles sobre la mesa, también una misiva a medio escribir. El muchacho caminó hacia la mesa y ordenó los papeles con gestos medidos. Los metió en una carpeta de piel, se giró al mismo tiempo que se apoyaba en el filo de la madera. Cruzó los brazos al pecho y miró con ojos entrecerrados al hombre que seguía plantado frente a él.

—¿Y bien...? —lo instó.

Alexéi se tomó su tiempo. Quería analizar la postura, la voz y la mirada del joven antes de hablar. No parecía preocupado en absoluto y ese detalle lo alertó.

—La orden de detención continuará su curso —le informó con voz neutra.

—El principal acusador ya no está —dijo sin emoción alguna—, y...

—la Ojrana no funciona así —lo cortó Alexéi en un tono algo más seco—. La orden emitida no es un simple arresto para lograr una confesión insustancial que pueda conllevar una condena leve.

Viktor alzó las cejas rubias en un perfecto arco.

—Será mi palabra contra la de un muerto —respondió despreocupado.

—Es la orden de detención de un comisario contra un anarquista. —Viktor lo miró como si no entendiera la magnitud del problema—. El principal objetivo de la Ojrana se

centra en la represión de actividades revolucionarias, especialmente por grupos anarquistas y aquellos que comienzan a seguir las ideas de La Liga de los Comunistas, imagino que lo sabes.

El rostro de Viktor mostraba claramente la confusión que sentía.

—Si entiendes un poco de política —comenzó Alexéi con tono neutro—, conocerás que las ideas de La liga de los Comunistas comenzaron a extenderse como la pólvora entre los jóvenes rusos como tú y las clases sociales más bajas. —Viktor se mantenía callado y sin dejar de observarlo—. Creo que es importante que sepas que es la primera organización marxista con carácter internacional ya que fue fundada originalmente como la Liga de los Justos por trabajadores alemanes en París en el año 1836.

—Lo desconocía —admitió el otro pensativo.

—La Liga de los Comunistas fue creada en hace unos años por Karl Marx en la ciudad de Bruselas.

—¿Qué tratas de advertirme? —preguntó al fin Viktor.

—La Ojrana sigue muy de cerca el movimiento y su implantación en Rusia —concluyó Alexéi.

—Pero yo no soy ni revolucionario ni anarquista.

—Nicolay Visílievich te señaló con el dedo, y todos sabemos qué significa eso, especialmente Alisa, por ese motivo ha preparado tu marcha.

—Mi huida —replicó molesto.

—Sería por un tiempo determinado, el que sea necesario hasta que las sospechas sobre ti disminuyan.

—Marcharme no me libraré de ser culpable, porque entonces lo seré.

Alexéi lo sabía, sin embargo, la preocupación de Alisa era auténtica y él sentía cierto afecto por Viktor, por ese motivo deseaba convencerlo. Le recordaba a sí mismo cuando tenía su edad.

—Alisa pagó un precio muy alto por salvarte la vida —las palabras de Alexéi habían dado en el clavo porque Viktor emitió un jadeo casi imperceptible—. No desea ver tu cabeza en la horca. Sería un desprecio a su valor y esfuerzo.

—Dejemos a Alisa fuera de esto —cortó Viktor poco antes de apretar los labios en un claro gesto de enojo.

—No pienso hacerlo —contestó firme—. Está realmente preocupada por ti.

El joven observó con atención al militar, y entonces vio realmente lo que mostraban los ojos de él.

—¡Vaya! —exclamó Viktor con cierto júbilo desdeñoso—. Así que ha mordido el anzuelo del deseo.

Alexéi retrocedió un paso hacia atrás como si lo hubiera golpeado con los puños y no con las palabras.

—Ignoro a qué te refieres, pero te informo que te estás desviando del tema que nos ocupa en estos momentos, y que considero de vital importancia como tu marcha.

Viktor soltó una gran carcajada sin humor.

—Bienvenido al club —continuó despectivo—, de lo imposible —Alexéi no iba a permitirle que dirigiera la conversación hacia un tema que él no quería considerar a pesar de su reciente descubrimiento sobre lo que sentía por Alisa—. Pasé por lo mismo hace unos años —confesó Viktor. En su voz se advertía cierta compasión que molestó a Alexéi—. En cierto modo resulta lógico enamorarse de la salvadora de uno. ¿Verdad?

—No estoy enamorado de Alisa —arguyó el otro con sequedad—. Estoy agradecido, una clara diferencia que no puedes apreciar, imagino que debido a tu edad.

El joven redujo los ojos a una línea al escuchar las palabras que habían sonado insultantes.

—Cuando los días están llenos de pensamientos hacia una mujer en concreto, cuando al entrar en una estancia donde está ella y la seguimos con los ojos... cuando admiramos cada uno de sus gestos... cuando ansiamos obtener su atención por encima de todo y de todos... cuando besarla se convierte en una obsesión que aleja de nosotros el sueño y la tranquilidad... eso es estar enamorado.

Viktor ponía nombre a cada uno de sus sentimientos.

Alexéi insufló aire en sus pulmones porque se le habían contraído al escuchar la aseveración del hombre. ¿Estaba enamorado de Alisa? De estarlo sería la primera vez para él, y no estaba seguro de saber hacerle frente.

—¿Y quién te dice que sufro todos y cada uno de esos síntomas que has enumerado? —la pregunta había sido formulada con cautela.

El joven no se anduvo por las ramas.

—Porque expresa los mismos síntomas que padezco yo.

Alexéi sintió las palabras como bofetadas en sus mejillas. ¿Viktor estaba enamorado de Alisa? ¿Ella le correspondía? A sus sentimientos confusos se sumaron los inesperados celos.

—No sabes lo que dices —decidió cortar por lo sano.

Se estaba metiendo en pantanos difíciles, y aunque no era hombre de dar la espalda a sus emociones por muy contradictorias que fueran, no estaba preparado para alimentar nada más que odio hacia su enemigo.

—Alisa no es mujer para usted —esa observación sí captó por completo su atención—. No es mujer para nadie.

—Sigues desviándote del tema sobre tu inmediata partida.

Viktor bufó con hastío.

—No pienso abandonar Petersburgo —concluyó firme.

—¿Ni para salvar tu vida?

—Ni para salvar mi vida.

—¿Ni para darle tranquilidad a esa mujer que dices amar?

—¡Touché! —contestó casi con una sonrisa—. Sin embargo, lo cierto es que Alisa me necesita mucho más de lo que ella se imagina —a Alexéi le pareció que Viktor le hablaba con jeroglíficos—. No puedo abandonarla.

—Hablas de ella como si fuera un cachorrito indefenso —le espetó Alexéi con dureza y sin medir las palabras—. Y te recuerdo que salvó tu vida, la mía, y la de todos y cada uno de los que vivimos y disfrutamos en Jasán de su generosidad.

Un silencio prolongado se instaló entre los dos hombres. Ambos seguían plantados frente a frente midiéndose con atención.

—Alisa no es un cachorrito indefenso —aceptó Viktor—, es cierto, sin embargo, no puedo dejarla sola. ¡Me necesita!

Alexéi tomaba nota del timbre de voz del hombre al hablar. Percibía demasiados secretos entre ellos, y entonces sintió una necesidad aplastante de conocer todo lo relacionado con la mujer que tan ardientemente defendía.

—Si me dices el peligro que la acecha quizás pueda protegerla.

Viktor sonrió sin humor.

—El mayor peligro de Alisa es la propia Alisa.

Alexéi creyó que las palabras de Viktor no tenían sentido.

—Me gustaría que te explicaras —le pidió en un tono de voz controlado.

—No puedo hacerlo —contestó—. No, sin su expresa aprobación.

El militar tensó el mentón. Nunca le habían gustado los secretos y mucho menos los que la implicaban a ella.

—¿Por qué? —inquirió—. No soy un enemigo sino un aliado.

Viktor dejó su puesto en el escritorio y se dirigió hacia el ropero. Sacó una bata de satén azul y colgó su levita negra. La que no había utilizado esa noche.

—Solamente yo puedo protegerla —afirmó ufano al mismo tiempo que se colocaba la bata por encima de los hombros.

Alexéi comprendió que Viktor no le iba a contar nada, pero él tenía muchas ansias por saber. Se había despertado su instinto por completo.

—Se ha hecho tarde, tengo que marcharme —Viktor entendió en el tono seco del capitán que estaba molesto con él.

Durante un instante sintió un ramalazo de remordimientos. Alexéi trataba de ayudar. No obstante, era mejor que desconociera todo con respecto a Alisa. Era la mejor forma de protegerla.

—No se ofenda, pero mi silencio es necesario —contestó.

Alexéi entrecerró los ojos intentando ver más allá.

—Entonces, hasta mañana —se despidió el militar.

—Mañana se abre Jasán para las damas de Petersburgo. —Alexéi lo desconocía—. Es hora de que le muestre a Alisa los progresos que ha hecho.

La sonrisa provocativa de Viktor lo alertó. Pasaba de un tema a otro como el que se pasa el pañuelo de una mano a otra.

—Sigo sin saber bailar como se espera de un acompañante.

—Presumo que bailar será lo último que deseen las damas que asistan.

Esa afirmación lo molestó aunque no lo demostró.

—Nos veremos por la mañana.

Y ya no se dijeron nada más.

Viktor se quedó a solas en su alcoba meditando en la conversación que había mantenido con Alexéi. Ahora que el militar se había ido, dejó que la preocupación aflorara a su rostro. Estaba metido en un buen problema con la Ojrana, pero no podía mostrarlo. No obstante, no le había mentado. Tenía que proteger a Alisa del peligro que la acechaba. La muy insensata había dado un paso en falso al hablar con Daugava sobre él. Le había dado, sin saberlo, un arma afilada y que la baronesa no dudaría en utilizar. Lo quería lo más lejos de Petersburgo porque él se había convertido en un problema para la dinastía Kuskaia. Sí, tenía la necesidad de huir, pero no era únicamente por la muerte del comisario.

CAPÍTULO 17

Aunque había un ambiente festivo en Jasán, la preocupación flotaba en el aire. Viktor se había colocado sus mejores prendas y parecía un dandi. El resto de hombres estaban igual de atractivos, todos salvo él que se había negado a vestirse con ropa de rasos brillantes. En su lugar había optado por seguir el consejo de Doronina para su presentación por primera vez a las damas. No quería sentirse fuera de lugar, y seguramente lo haría si se hubiese vestido como el resto de acompañantes masculinos. Alexéi llevaba puesta una túnica blanca con bordados en el cuello y mangas en tonos rojos. Como era un hombre alto la túnica le cubría solo hasta la mitad de los muslos. Había prescindido del chaleco pero no del cinturón ancho y largo, también en rojo. El pantalón bombacho era de color negro como las botas de piel, apenas se distinguía donde terminaba la tela y comenzaba el cuero.

Y Alexéi se sentía inquieto. Era un militar que debía distraer a damas que pagaban favores. Se amonestó porque esa no era la actitud apropiada. Existía un motivo de peso para él, que deseaba acercarse a la hermana de su enemigo que frecuentaba los salones de Jasán. Cuando cruzó la puerta que abría el ala este, la música que tocaba Yuri le penetró por los oídos provocándole un cosquilleo de aprensión en el estómago. Respiró hondo varias veces antes de decidirse a dar el primer paso para cruzar el largo corredor iluminado.

—¿Me permite que lo acompañe?

Alexéi giró el rostro y sus ojos se encontraron con Viktor. Era inusual que no estuviera ya en la velada. Se fijó en su vestuario y comprobó que no se había cambiado desde mediados de la tarde. Llevaba un pantalón de raso negro ajustado. Un chaleco también negro pero bordado con hilos de plata a juego con la levita que tenía los colores invertidos, era de raso blanco con bordados en negro. El pañuelo de encaje del cuello le daba una apariencia muy elegante, también el bastón con cabeza de águila que llevaba en la mano izquierda. No lo usaba para apoyarse ni para avanzar, simplemente como objeto decorativo que acentuara su aspecto impecable. Sus cejas rubias se alzaron con interés.

—Mijaíl, Denis y Yuri ya deben estar entreteniendo a las damas.

Las palabras de Viktor le provocaron una cierta acedía. Se escuchó la voz de una mujer que acompañaba en las notas a Yuri. Flotaba en el ambiente un olor a lavanda que se mezclaba con los perfumes caros de las asistentes. Nada más aparecer en el salón dorado, una mujer avanzó directamente hacia Viktor. El rostro de él sufrió una metamorfosis: sonrió de forma cándida y sus hombros adoptaron una postura flexible y relajada.

—Mi querido *Biktap*.... —lo llamó cariñosamente una de las damas—, pensé que nos habías abandonado.

Alexéi se percató que la mujer lo había llamado de una forma diferente, y supo que debía ser oriunda de la ciudad de Minsk.

—Mi querida condesa, ¿cómo creyó posible que podría abandonarla? —Viktor besó la mano al mismo tiempo que se inclinaba sobre ella en un gesto galante. La mujer de

mediana edad siguió sonriendo—. Permítame que le presente al capitán Grigori Orlov —la mujer clavó sus oscuros y penetrantes ojos en Alexéi y ya no los apartó—. Capitán, le presento a la condesa Natalia Aksiónov.

—¿Un capitán? —preguntó llena de interés.

—Un capitán kazak de Tiflis.

Viktor conocía la pasión de la condesa Natalia por los cosacos.

—Es un placer, señor Orlov —dijo emocionada.

Alexéi se encontró de pronto confuso porque ignoraba el motivo para que Viktor hubiera dicho esas mentiras sobre su procedencia.

—¡Niñas! ¡Niñas! —llamó la condesa a las otras mujeres aunque éstas habían dejado la niñez hacia muchos años—. Quiero presentaros a un capitán de Tiflis.

Con su voz estridente logró llamar la atención de varias de las mujeres que conversaban y bebían de forma distraída. Alexéi clavó sus ojos en Viktor de forma atribulada. Él quería pasar desapercibido, sin embargo, con esa mentira iba a ser imposible. La mujer lo sujetó de la mano y comenzó a tirar de él para llevarlo a un extremo del amplio salón.

—No se preocupe —le dijo Viktor al oído—, no muerde.

—No tenías que haber mentido —respondió en un susurro.

Alexéi fue arrastrado hacia el rincón donde había cuatro mujeres que se mostraron entusiasmadas con el nuevo acompañante. Todas salvo una que había entrecerrado los párpados con cierto escepticismo.

—Capitán —dijo la condesa—, permítame que le presente a Anna Pávlovna. Ida Lvovna. Bronislava Nijinska, y Katia Luzhin.

De las cuatro mujeres solo le interesaba una, la hermana de Dmitri Serguéievich: Katia Luzhin.

—Un placer —Alexéi se dispuso a besar la mano de cada una de ellas de forma cordial.

—No viste como un kazak de Tiflis —dijo Katia Luzhin de pronto.

El corazón de Alexéi se detuvo.

—Eso es porque nuestro querido amigo desea pasar desapercibido —contestó Viktor que había acudido en su rescate.

—Eso sería un dislate —respondió la condesa Natalia—. Nada nos atrae más que los fuertes y vigorosos kazak de Tiflis.

Alexéi pensó que si salía indemne de la velada le iba a arrancar la cabeza a Viktor. No había hecho un debut complicado gracias a su intervención anterior.

—Sería interesante verlo en una danza Hopak —dijo de pronto Katia Luzhin.

El resto de damas aplaudieron su sugerencia con entusiasmo.

—Sería un placer —aceptó Alexéi—, aunque temo que no es una danza para un único bailarín —denegó a continuación.

Viktor se quedó asombrado con la facilidad que había demostrado el militar aceptando y negando a la vez.

—No tendrá que bailar solo —apunto Katia—. Seguro que Viktor, Yuri, Denis o Mijaíl podrían acompañarlo.

Alexéi no era tonto. Algo en su postura o forma de moverse había captado la desconfianza de la hermana de Dmitri Serguéievich, y se dijo que tenía que llevar mucho cuidado con ella.

—Es un hecho —siguió diciendo Alexéi sin dejar de sonreír—, que ninguno de mis compañeros va ataviado para un baile tan especial y complicado.

Las variadas exclamaciones femeninas lograron atraer la atención de otras que se sumaron a la petición.

—¿Puede que su negativa a bailar sea debido a que desconoce como lo hace un verdadero kazak de Tiflis? —preguntó Katia con doble intención.

Alexéi no pensaba caer en la trampa de la mujer. Ciertamente el Hopak era una danza típica de esa zona de Rusia, no obstante, él había bailado muchas veces con sus hombres y de forma muy parecida. Las mujeres ignoraban que cada regimiento tenía su propio grupo de baile. Las subdivisiones solían competir no solo en las formaciones de combate, esgrima y tiro, sino también en el baile. Las danzas tradicionales se conservaba con esmero y se mostraba a los superiores en las actuaciones oficiales, además, era una de las formas más rápidas de levantar la moral de los hombres. De paliar el aburrimiento y de ganar muchas de las discusiones por el liderazgo que se generaban entre los distintos oficiales.

Las mujeres comenzaron a dar palmadas a un ritmo pausado pero continuo. Viktor fue el primero en lanzarse y comenzó a dar los primeros pasos, Alexéi no pudo sino sonreír porque le iba a resultar bastante difícil hacer las piruetas y diversas acrobacias vestido de esa forma. El pantalón y la levita no eran apropiadas para un ejercicio de tal calibre, pero, a continuación, Viktor comenzó a quitarse las diferentes prendas sin dejar de moverse. Las mujeres comenzaron a jalearse impacientes. Una de ellas se puso al piano y comenzó a acompañar con música los movimientos giratorios de Viktor. Denis y Yuri habían aparecido atraídos por la música y los aplausos. Iban acompañados de damas que se sumaron a las palmas del resto de mujeres. Una de ellas les hizo un gesto a ambos para que se unieran al baile cosaco de Viktor. Alexéi seguía un poco apartado del espectáculo. Otra de las damas había cogido una balalaika y comenzó a seguir las notas del piano y de las palmas. Viktor, Denis y Yuri bailaban solamente con los pantalones y las camisas. Se habían desprendido de las chaquetas y los pañuelos del cuello. También de los ajustados chalecos. Ahora podían ejecutar mejor las piruetas y giros. Cuando realizaron uno de los giros más amplios, los tres extendieron las palmas con una invitación a Alexéi. Los ojos de las mujeres se clavaron en él con interés. Supo que no podía negarse y agradeció que la pierna ya no le doliera. Viktor, Yuri y Denis le hicieron un lugar de honor. Alexéi cerró los ojos resignado y en dos saltos llegó al centro del improvisado escenario. Era indudable la fuerza, habilidad y el ardor que mostraba en los giros y piruetas. Yuri, Denis y Viktor lo

seguían con la precisión del taconeo y la maestría en las palmas que acompañaban las mujeres. Cuando se puso en cuclillas y con los brazos cruzados, las mujeres comenzaron a exclamar con éxtasis. Los tres hombres más jóvenes lo imitaron. La música fue en crescendo igual que la balalaika hasta concluir en un final apoteósico.

—¡Bravo! —fue la exclamación general mientras los improvisados bailarines trataban de controlar la falta de resuello—. ¡Bravísimo!

El resto de la velada transcurrió sin incidentes. Alexéi no se separó de la condesa Natalia Aksiónov, y percibió sobre su espalda la mirada afilada de Katia Luzhin. Cuando la observó de frente, vio el brillo calculado de sus ojos oscuros, y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. Ahora sabía qué había llamado su atención sobre él. Viktor lo había presentado como capitán, y la mujer debía de haberlo visto en alguna ocasión vestido de uniforme. ¿Lo había reconocido? ¡Maldita fuera!

Acababa de perder la ventaja que creía tener sobre el hermano de ella. Si Dmitri Serguéievich descubría que no había muerto en la prisión Trubestskoy, no iba a parar hasta que lo estuviera, pero Alexéi se equivocaba. Había despertado el interés de la mujer pero en otro sentido muy diferente.

—¿Le interesa Katia Luzhin? —le preguntó la condesa.

Alexéi hizo un gesto negativo con la cabeza bastante elocuente. Era el tipo de mujer que le desagradaba profundamente. Los ojos oscuros le parecían los de un cuervo al acecho. Su delgado cuerpo ausente de formas se asemejaba al palo de una lanza. El exceso de maquillaje en el rostro la hacía parecer mayor.

—Me interés ahora mismo está encaminado a complacerla —las palabras debieron gustarle a la condesa porque rió con deleite.

—Me alegro de que haya decidido unirse a Jasán. Será un incentivo que avivará nuestro interés para venir a disfrutar de su extraordinaria compañía.

Alexéi tomó una copa de champán de una de las bandejas que llevaba un sirviente y se la ofreció. Natalia la tomó agradecida.

—Hábleme sobre usted —le pidió galante.

Y durante las siguientes horas escuchó con atención el discurrir de la vida de la condesa Aksiónov. Una vida sin ningún atractivo para una mujer de su alcurnia. Había sido atrapada en un matrimonio pactado con un hombre que por la edad podría ser su padre. Su vida había sido insulsa y carente de interés salvo en esas tardes noches cuando podía disfrutar de los chicos de Alisa Guseva.

—¿Cómo la conoció? —inquirió cuando vio la oportunidad perfecta para tratar de conocer detalles sobre Alisa—. Alisa es una mujer muy reservada con respecto a su vida privada.

Natalia Aksiónov no tenía modo de saber que Alexéi no conocía el pasado de Alisa. Lo miró confiada y sonrió al osado capitán que la conducía hacia los jardines traseros. Estaba encantada de haber captado su atención. Era, sin lugar a dudas, el hombre más viril y atractivo de cuantos había conocido.

—Como ya sabe —comenzó ella—, nuestra querida Alisa no llevó muy bien las murmuraciones.

Alexéi pensó que ahora llegaba el momento de mostrarse atento, como si conociera cada detalle de la vida de Alisa.

—Ninguna mujer lleva bien que se hable cuando no se ha producido el motivo para ello.

La mirada complacida de la condesa le indicó que su tiro había sido acertado. Cuando una mujer provocaba murmuraciones en otras mujeres, por regla general quería decir que, o bien ésta había cometido un acto deleznable, o había sido calumniada de forma injusta.

—Alisa fue muy querida por las matronas de Petersburgo pues su abuela y su madre eran respetadas en la nobleza. Las circunstancias extrañas sobre la muerte de su esposo no fueron del todo aclaradas y la perjudicaron gravemente.

Por alguna extraña razón Alexéi supo que el comisario Nicolay Visílievich estaba estrechamente relacionado con la muerte del esposo de Alisa.

—Siempre que hay una herencia de por medio, la especulación es imparable.

La condesa asintió mientras Alexéi la ayudaba a tomar asiento en uno de los bancos del jardín. El olor de algunas plantas resultaron muy penetrantes aunque agradable. Él, tomó asiento al lado de la mujer en un gesto cómplice que la agradó sobremanera. Si algo había aprendido de su madre, era lo que les gustaba a las mujeres que las escucharan. Ser el centro de atención de un hombre.

—Muchas de las nobles de Petersburgo se lanzaron como hienas a hablar y condenar las acciones de Alisa. La culpaban de la muerte de su esposo. Decían que lo había asesinado... —la condesa había bajado el tono de la voz hasta convertirlo en un susurro. Alexéi tuvo que contener una exclamación—. Todas las puertas fueron cerradas para ella.

Esa parte sí la conocía.

—Una situación bastante difícil para una mujer tan sensible como la señora Guseva.

—Ahora, después de tanto tiempo, todavía se la sigue insultando cuando aparece en algún acto benéfico o social. La siguen llamando *lady Caramel*, un apodo que ella detesta porque lo dicen con una connotación hiriente —Alexéi ignoraba ese detalle—. La aristocracia de San Petersburgo no perdonó que Irina Guseva se desposara con un extranjero.

Siguió escuchando a la condesa con vivo interés. La mujer siguió relatando los acontecimientos más burdos y encarnizados sobre la mísera vida que había llevado Alisa durante y después de su matrimonio.

—Fue en verdad sorprendente que los padres de Alisa permitieran el enlace de su hija con un depravado —no quiso interrumpir la charla de la mujer porque estaba llegando a un punto álgido de su revelación—. Un hombre que se interesaba por niños en un sentido sexual... ya me entiende.

Alexéi soltó el aire de forma lenta. Controlando la respiración y el pulso para que la condesa no se percatara de lo alterado que se sentía con su información.

—Quizás sus padres ignoraban las inclinaciones sexuales de su esposo.

Natalia calló durante un momento.

—Eso mismo alega Alisa, sin embargo, todo Petersburgo conocía la enfermiza atracción que sentía ese hombre por inocentes.

Alexéi no sabía qué responder. Estaba desangelado. Si el esposo de Alisa había sido un degenerado, en verdad su vida debía de haber sido un infierno.

—La sociedad está mucho mejor sin hombres como él —respondió al fin.

Y la condesa decidió cambiar de conversación y le preguntó sobre su vida antes de Jasán. Alexéi le contó la versión que había elaborado Alisa sobre su pasado y su familia.

CAPÍTULO 18

Seguir a Katia Luzhin no le resultó difícil pues la mujer iba muy confiada. Había prescindido del carruaje y eso le beneficiaba. La seguía a cierta distancia. Ahora se había detenido en la calle Pochtámtskaya, en ella se encontraba la Pochtamt, desde donde podría enviar mensajes urgentes a cualquier parte de la ciudad. Aunque imaginó que el mensaje que deseaba enviar no sería precisamente a Petersburgo.

La conversación que había mantenido la noche anterior con la condesa le había aclarado muchos asuntos, y no únicamente sobre Alisa, también sobre otras mujeres asiduas visitantes a la casa Jasán.

No tuvo que esperar mucho, Katia salió del lugar con la limosnera de mano sin cerrar del todo. Contaba las monedas que le quedaban en el minúsculo interior. Miró hacia la izquierda y hacia la derecha para comprobar que la calle estaba vacía, retomó su camino y enfiló su destino: la Catedral de San Isaac. Cuando la mujer estaba a una distancia prudente, Alexéi entró como una exhalación en el edificio. Tenía que averiguar el lugar hacia donde enviaba el mensaje. Se hizo pasar por un criado de Katia Luzhin, se mostró sin resuello, como si hubiera emprendido una carrera loca por petición de su ama. Le dijo que su señora había olvidado añadir un nombre muy importante en el mensaje que acababa de dejarle. El hombre no dudó de sus intenciones, le entregó el sobre que todavía no estaba cerrado. Alexéi lo tomó, así como la pluma que había sobre el mostrador. Leyó rápido el contenido e hizo como si escribiera algo al final. Introdujo la breve misiva dentro del sobre y lo cerró. Se lo entregó al hombre con una sonrisa y con unos cuantos rublos que fueron aceptados sin dilación.

Cuando salió a la calle, respiró profundamente tratando de despejar el martilleo incesante en su cabeza. No se había equivocado. Katia Luzhin le había escrito un mensaje a su hermano Dmitri Serguéievich, y lo había enviado a la ciudad de Grozni. No mencionaba su nombre. Le hacía partícipe de la última noticia que corría como la pólvora por las calles de Petersburgo: el asesinato del comisario Nicolay Visílievich. Además, mencionaba Jasán con una frase: está aquí. Alexéi se preguntó si se refería a su persona o quizás a otro miembro de la casa. Si no resultara tan sospechoso que un desconocido hiciera preguntas, se pasaría por el edificio de la Ojrana para tantear el terreno con algunos gendarmes recién incorporados. Jóvenes a los que les gustaba alardear de sus logros e importancia y que se iban de la lengua demasiado a menudo. Caminó unos pasos y de repente clavó sus ojos en el Severyanin, el lugar preferido donde los comisarios y gendarmes hacían un descanso antes de continuar con su trabajo. El pequeño establecimiento estaba atestado, sin embargo, él, encontró un lugar en uno de los rincones más apartados. Pidió un Sbiten, una mezcla de miel, agua y especias muy apropiada para tomar en invierno. Como había imaginado, en todas las mesas el tema de conversación preferido era el asesinato del comisario Nicolay Visílievich y el posible sustituto. Escuchó varios nombres que no conocía aunque los memorizó para indagar sobre ellos con Viktor, o con Ivan. Dejó sobre la mesa algunos rublos y se levanto con celeridad.

Durante el regreso a Jasán meditó en todo lo que había averiguado. Sabía que no tenía que ir en busca de Dmitri Serguéievich porque el mismo vendría él. Alexéi se juró

que iba a vengarse con todas sus fuerzas. Que le haría pagar todo el mal que le había causado. Más resolutivo que cuando se marchó, subió los escalones de Jasán. Hacía mucho tiempo que la pierna no le dolía, ni acusaba el esfuerzo del baile de la noche anterior. Se sentía ligero. Con un sentimiento de sosiego en el corazón como no había sentido en años. Cruzó raudo el vestíbulo, subió los escalones de dos en dos con una agilidad increíble, y en el rellano del primer piso se encontró con Alisa que lo miraba atentamente.

—Ignoraba que había salido.

—Me apetecía dar un paseo.

—Acompáñeme —suavizó la orden con el tono.

Alexéi lo hizo de buena gana. Estar unos momentos a solas con ella se había convertido en una necesidad para él. Observó el elaborado moño que dejaba el blanco y largo cuello a la vista. Caminaba con una gracia natural e iba dejando tras de sí un aroma que le gustaba especialmente. Olía a flores frescas. A tardes de primavera junto a la orilla del río Neva.

Alisa abrió la puerta de su estancia privada y se hizo a un lado para invitarlo a pasar. Alexéi lo hizo y se quedó plantado en medio de la estancia. Ello lo conminó a que se sentara junto a ella en el gran escritorio.

—La condesa Natalia Aksiónov está muy impresionada. Se deshace en elogios y cumplidos hacia usted.

Alexéi tensó la espalda y la pegó al respaldo del sillón. ¿Había visto Alisa a la condesa durante la mañana?

—Una encantadora mujer a la que le gusta la buena conversación —matizó el hombre en actitud serena.

Alisa sonrió de forma genuina.

—A media mañana llegó este paquete para usted. —Se lo tendió con la mano. Alexéi dudó en cogerlo—. No le morderá.

Curiosamente esas palabras se las había dicho Viktor la noche anterior cuando le presentó a la condesa.

—¿Qué contiene? —mostró desgana.

—No lo sé —respondió ella.

Finalmente Alexéi lo tomó y lo sopesó. Era liviano aunque estaba envuelto con gusto y olía al perfume de la condesa. Un aroma muy diferente al de Alisa.

—¿No piensa abrirlo? —inquirió.

Alexéi hizo un gesto negativo.

—Si contiene algo vergonzoso, es mi deseo sufrir su descubrimiento en la privacidad de mis aposentos.

—Como guste —aceptó Alisa sin abandonar el gesto de humor que se advertía en sus

hermosos ojos—. ¿Qué le pareció la velada de anoche? ¿Disfrutó?

—Resultó interesante —reveló sin doble intención.

—Las damas disfrutaron como nunca de su danza —Alexéi advirtió un tono de hilaridad en la voz femenina, aunque no lo molestó, al contrario.

—No fui el único en bailar. Viktor fue el primero en lanzarse a la aventura.

—Pero no fue un baile cualquiera —matizó ella—. Las mujeres de la nobleza muy pocas veces tienen la oportunidad de disfrutar de una danza Hopak. Es una danza que contiene muchos saltos y elementos acrobáticos. Una forma muy especial de entrenarse los cosacos antes de la batalla. ¿No es cierto?

Alisa había podido contemplar una de esas danzas cuando su marido todavía vivía. Era muy amigo de entretenimientos exóticos. De juergas extremas y de lealtades enfrentadas.

—Los chicos y yo improvisamos sobre la marcha y ninguna de las damas se percató de ello. No fue realmente una danza Hopak.

Alisa sonrió todavía más. Le había gustado mucho la forma cariñosa de referirse a Viktor, Denis, Yuri y Mijaíl.

—Es un placer tenerlo aquí en Jasán —le confesó complacida.

Alexéi logró percibir en la voz de ella una cierta ansiedad, como si contemplara su marcha y le desagradara.

—Espero disfrutar todavía de la hospitalidad que me brindó, al menos durante un tiempo.

Alisa suspiró suavemente.

—Los chicos lo admiran —le confesó con nerviosismo—. Es como el hermano mayor que nunca tuvieron —esas palabras lo desarmaron—. Es una buena influencia para ellos.

—Yo también les profeso cierto afecto —confesó contrito y completamente turbado. Estar en presencia de Alisa lo volvía caótico.

Alexéi estaba expuesto. Temía que sus sentimientos lo delataran. Estaba frente a él confiada. Sonriéndole de una forma que desencajaba sus ideas. De repente, Dmitri Serguéievich, Nicolay Visílievich, y el tiempo que había pasado en Trubestskoy, le parecían algo lejano. Como si una nebulosa llenara su cerebro y solo fuera capaz de mirarla y sentirla. Carraspeó tratando de encontrar una posición cómoda en el sillón.

—¡Quédese en Jasán! —exclamó de improviso—. ¡Le necesitamos!

El corazón se le paró en el pecho. Se quedó trabado en un latido largo y doloroso, y vio claramente que si se quedaba en Jasán como ella le pedía, se olvidaría de su venganza. Del dolor que todavía lo martirizaba por las noches. No, Alexéi no podía olvidar ni quería, aunque Alisa representaba una tentación muy grande para desear hacerlo.

—¿Por qué? —quiso saber él y aventurándose a recibir una respuesta indeseada.

Alisa lo miró con ojos brillantes.

—¿Por qué lo necesitamos? —repitió.

—¿Me necesita, Alisa Guseva? —profundizó él que había entrecerrado los ojos.

—¡Por supuesto! —admitió franca.

—¿Me dejaría ayudarla?

—¿Ayu...darme? —casi balbuceó.

Alisa no comprendía el brillo que advertía en la mirada masculina. Se había tornado intensa, abrasadora. Parecía que la pregunta se la había formulado con una doble intención.

—A curar sus heridas como usted curó las mías. —Alisa tragó de forma dificultosa. Él no tenía ni idea de la clase de heridas que escondía. De repente, a sus ojos acudió un brillo de alarma que Alexéi interpretó correctamente—. Viktor no me ha contado nada —afirmó algo seco.

Respiró aliviada. Había creído durante un momento que Viktor había sido desleal con los secretos que conocía sobre su vida. Se sintió un tanto avergonzada por haber pensado mal del hombre al que consideraba más que un amigo.

—Me siento en clara desventaja —siguió él, y controlando el tono para no parecer una adolescente nervioso.

—¿Por qué?

—Porque conoce mis heridas. Me ayudó a sanarlas.

Alisa entendió que él se refería a las heridas físicas de su cuerpo y no a las de su alma. Alexéi era un hombre maduro que la observaba de una forma que le provocaba mareos. Por primera vez unos ojos no la ofendían al mirarla, todo lo contrario, la hacían sentir especial. Pero ella estaba muy lejos de permitirse una distracción de semejante envergadura. Muchos dependían de ella, y no podía fallarles enredándose en una relación que solo le reportaría angustia y desconsuelo. Alexéi no era un hombre para Jasán aunque se repitiera hasta la saciedad que podría tratar de convencerlo para que lo fuera. No, él tenía muy claras sus prioridades y entre ellas no estaba incluida Alisa, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. Solo había un camino para que él la viera como realmente era. Como la mujer herida que jamás podría recuperarse. Sin pensarlo, comenzó a desabrocharse los botones de la parte superior de su vestido.

Alexéi parpadeó atónito. ¿Por qué comenzaba a desnudarse delante de él? Su corazón comenzó a cabalgar sin control en el interior de su pecho.

—¡Alisa, por Dios, no! —exclamó vehemente.

Aunque la había imaginado desnuda entre sus brazos en infinidad de ocasiones, no había pretendido que lo hiciera de esa forma tan fría y ausente de sensibilidad. Por un momento, Alexéi fue consciente que ella no compartía lo mismos sentimientos de él. Para ella seguía siendo un acompañante como los otros. Tuvo que respirar profundo varias veces mientras ella continuaba con la labor de desnudarse de cintura para arriba. Cuando todos y cada uno de los botones quedaron desabrochados, Alisa se bajó la camisola y le

mostró los senos.

Alexéi lanzó una exclamación violenta seguida de un juramento obsceno. Los blancos senos de Alisa estaban llenos de cicatrices aunque estas no llegaban a los rosados pezones, sin embargo, la visión resultaba en verdad grotesca. Ella percibió con notable claridad el rechazo que durante un instante brilló en los ojos azules.

—¿Puede curar estas heridas, Alexéi Yakov? —lo había llamado por su nombre, y ello quería decir que Alisa ponía de nuevo distancia entre ambos.

—¿Qué hijo de puta...? —No pudo continuar.

La visión lo había perturbado más de lo que quería admitir. Sin embargo, Alisa había equivocado la mirada porque Alexéi no sentía repulsa ni rechazo por las cicatrices, sino por lo que debían significar para ella. Ninguna mujer se merecía actos deshonorosos como esos. Ninguna.

Alisa comenzó a taparse y a abrocharse los botones. Dejó su escote cerrado, cubriendo a la vista de los demás la amargura que escondía en su alma. Era una mujer mutilada en su femineidad porque los cortes le habían seccionado los canales de conducción de la leche materna. Nunca podría amamantar a un hijo. La habían despojado de su dignidad como mujer porque nunca más sería como el resto de mujeres con sus senos intactos. Bellos, suaves....

—Y ahora le ruego que me deje sola —le imploró.

Alexéi continuaba sin poder moverse. Seguía con la vista clavada en la tela del vestido que ocultaba el horrible maltrato que había sufrido.

—¡Alisa! —exclamó levantándose y yendo a su lado.

Ella había comenzado a sollozar.

Se arrodilló a su lado y la abrazó con fuerza. Alisa escondió el rostro en el fuerte y ancho hombro. En ocasiones necesitaba consuelo, y esta era una de ellas.

Alisa sollozó mas fuerte. Era como una presa contenida y que muy pocas veces se desbordaba. Había desarrollado un fuerte control sobre sus emociones, sin embargo, Alexéi la dejaba indefensa. Enmarañada en sentimientos que no controlaba.

—¿Está vivo?

—Ya no puede hacerme daño —murmuró callada y tratando de controlar las lágrimas. No era la primera vez que él la veía llorar, y tampoco le importó. Alexéi era maduro y fuerte. La clase de hombre que una mujer necesitaba en situaciones de angustia y desesperación.

Alexéi se preguntó en qué momento concreto habían pasado de hablar de forma despreocupada por la velada de la noche anterior a estar así, íntimamente abrazados. Ambos tenían profundas cicatrices que los martirizarían el resto de sus vidas. Y lamentó, durante un momento largo y pesado, el odio que lo cegaba y le impelía a consumir una venganza absoluta.

Ella recuperó el aplomo al fin y se separó de la presencia turbadora de él. Sin embargo, ambas cabezas seguían muy juntas. Los alientos de los dos se entremezclaban.

Alisa abrió los labios y resultó la perdición de Alexéi. Fue al encuentro de ellos hambriento. Furioso. Lleno de miedo pero decidido. El contacto resultó devastador, como si los hubiera azotado un huracán. Era como si él quisiera borrar cada una de las cicatrices que había visto en ella.

Alisa recibía el beso porque estaba sedienta de afecto. Necesitaba sentirse protegida, amada.... la revelación la golpeó con furia. De forma brusca terminó el beso y giró el rostro. Ante todo no podía permitir que Alexéi viera cuánto la había afectado. El anhelo que sentía, y el dolor lacerante que la azotaba.

Él creyó que la había ofendido.

—¡Izviní! ¡Izviní! —Alexéi se disculpaba de forma sincera, y con las palabras de su tierra en Smolensk, el lugar de donde procedía.

Los dos pusieron bajo un acérrimo control lo que comenzaban a sentir el uno por el otro.

Alexéi se levantó y le dio la espalda. Alisa aprovechó para secarse las lágrimas de las mejillas al mismo tiempo que se tocaba los labios porque los sentía arder. Todavía percibía en el interior de su boca el sabor masculino. Había probado su fuerza y deseo, y temió que ese acto espontáneo fuese demoledor para ella. Alisa no se podía permitir flaquear. No podía porque significaría su fin.

Él se giró de nuevo hacia ella y lo que vio Alisa en la profundidad de su mirada fue un remordimiento que le resultó abrumador. Lo sintió como una puñalada certera en el centro de su mismo corazón.

—Olvidemos este incidente —le aconsejó firme.

Los ojos de él se habían convertido en dos pozos insondables que rezumaban amargura. Los de Alisa en dos muros infranqueables.

—No me quedaré en Jasán mucho tiempo —anunció Alexéi cuando fue consciente del alejamiento y de su postura firme de rechazo.

Alisa se temía esa resolución. Se alegró del abismo que en ese momento los separaba porque le permitía recuperar el aplomo y la razón para mantenerse erguida.

—Aceptaremos lo que decida sobre su futuro —le dijo en voz baja, tanto, que a le costó entenderla. Sin despedirse se giró hacia la puerta y se encaminó hacia la salida—. Espere... se deja esto.

Alexéi se había olvidado del paquete de la condesa. Reticente caminó dos pasos hacia atrás y lo cogió, no pudo evitar que los dedos de ambos se rozaran. Tuvo que tragar con dificultad. Ella no parpadeó. Lo vio salir de la estancia con paso apresurado. Entonces, se dejó caer sobre el sillón y entrecerró el rostro entre las manos para abandonarse al desaliento.

CAPÍTULO 19

Como Alexéi había terminado el entrenamiento, Elina, Tatiana y Natalia habían desaparecido de su entorno. Todavía se preguntaba si vivían realmente en Jasán porque ninguna de ellas daban señales de vida o de morar en la misma casa que ellos. El paquete de la condesa seguía sin abrir sobre el escritorio. No sentía ningún interés por conocer lo que contenía su interior. Miró hacia el ropero abierto y contempló los variados trajes que le habían traído hacía muy poco. Cada uno de ellos debía de costar cientos de rublos. Las telas brillantes y los engorrosos elementos que los acompañaban le hacían sentir un fuerte rechazo. Él, no podía vestirse con encajes y sedas como Viktor, Mijaíl, Denis o Yuri. Era un hombre, no un galán refinado. Lamentaba el dinero que se había gastado Alisa, se lo devolvería, no obstante, le desagradaba enormemente que los hombres rusos hubieran adoptado de forma tan rápida las costumbres inglesas y francesas.

Rusia se estaba convirtiendo en una completa desconocida.

—Gracias, acepto esa copa de vodka —Viktor no había tocado a la puerta ni había esperado el permiso suyo para entrar en la alcoba de Alexéi.

—Aquí no encontrarás vodka —le dijo mientras observaba la forma descuidada que adoptaba al sentarse sobre los pies del lecho.

—¿Coñac, quizás?

Alexéi rechazó el ofrecimiento. Tenía grabado a fuego el rígido entrenamiento militar. Por sus venas seguía circulando años de control y dominio sobre el cuerpo. También sobre las necesidades físicas y mentales. El alcohol nunca había sido para él un buen compañero.

—Las bebidas están en la biblioteca, como creo que ya sabes.

Viktor sonrió. Alexéi seguía asombrándose de la capacidad que tenía para mostrarse jovial y alegre la mayor parte del tiempo. Como si las dificultades no fueran con él.

—Tenemos que repetir el baile de la otra noche —las cejas de Alexéi se curvaron con sorpresa—. Las damas quedaron extasiadas.

—Me gustaría que me explicaras a qué vino eso de decirle a la condesa una mentira sobre mi origen —Viktor amplió todavía más su sonrisa—. Te recuerdo que mi nombre artístico es... —el hombre más joven soltó una carcajada que interrumpió la frase de Alexéi—. ¿Te provoca hilaridad?

—¿Nombre artístico?

El militar terminó sonriendo también.

—Te recuerdo que oficialmente soy Grigori Orlov, nacido en Vólogda. Soy el hijo ilegítimo de Pável Primakov, un almirante que murió durante la batalla de Navarino.

—Se ha aprendido bien su papel —le contestó Viktor.

—¿Y cuál es tu nombre no artístico? —se interesó.

—Me llamo Viktor Chernov. No me hizo falta cambiarme el nombre ni el origen. No

soy un traidor al zar Alejandro. —Los ojos de Alexéi se entrecerraron con cautela—. Ni estuve en la prisión Trubestskoy.

—¿Tratas de decirme que soy el único que no conserva su verdadera identidad?

Viktor negó de forma suave.

—Ivan también adoptó un nombre artístico —le aclaró él—. Así como Elina Makarova, nuestra preciosa profesora de música.

—Es un alivio saber que no soy el único impostor —terció con humor—. Por cierto que hace varios días que no veo a nuestras bellas profesoras.

—No las volveremos a ver —afirmó Viktor—. A menos que nuestra querida Alisa rescate de nuevo a un recluso desahuciado.

A Alexéi lo sorprendió la ligereza con la que se refería el joven a los presos condenados a muerte.

—Alisa posee un corazón demasiado grande.

La cabeza de Viktor negó reiteradamente. Alexéi lo miró con atención tras ese extraño gesto.

—Era el propio comisario Nicolay Visílievich el que le facilitaba los nombres de algunos detenidos como Buk Ivanov y el pequeño Oleg.

Tras la asombrosa revelación Alexéi se quedó pasmado. Si le hubieran cortado, no le habría salido ni gota de sangre.

—Por ese motivo tenía tanto poder sobre Alisa —Alexéi temía preguntar, así que optó por guardar silencio—. A cambio de la información obtenía algunos privilegios sobre ella.

Alexéi cerró los ojos. Esas afirmaciones le hacían comprender demasiadas cosas. El comisario le ofrecía los nombres de los niños que apresaban, y después la chantajeaba con ellos. Sin ser consciente apretó los puños con ira desmedida.

—¿Por qué le facilitaba los nombres de algunos presos? —quiso saber.

—Únicamente le suministraba los nombres de adolescentes y niños. Nicolay Visílievich conocía la debilidad de Alisa, y la exprimió al máximo, tanto, que se encontró con una muerte merecida.

Alexéi parpadeó por la implicación que contenían las palabras de Viktor. ¿Le estaba diciendo que Alisa había asesinado al comisario?

—¿Qué debilidad? —pero Viktor ya no le respondió.

Se levantó del lecho y caminó hacia el escritorio. Sus ojos habían descubierto el elegante paquete que no había sido abierto.

—No puedo creer que no sienta curiosidad por conocer el regalo de la condesa.

—¿Cómo sabes que es un regalo de la condesa?

Otra vez la maldita risa. Cuando Viktor sonreía, su rostro se iluminaba y dejaba de

parecer un tunante para convertirse en un ángel. ¿Por qué tenía que recordarle tanto a...? Alexéi masculló con fuerza.

—He recibido unos cuantos así —admitió.

Sin preguntar si podía tomó el paquete y rasgó el papel que lo envolvía. El redondo y costoso estuche era de ébano negro. Lo abrió sin vacilación y silbó al ver el contenido. Era un precioso y caro reloj de faltriquera. Sin lugar a dudas debía de ser de oro macizo a juzgar por su peso. Abrió la tapa redonda y leyó la grabación.

—“Para el mejor bailarín de Hopak” —Viktor le mostró el hermoso reloj, pero Alexéi siguió mostrando desinterés—. Podrá venderlo cuando decida marcharse.

Finalmente el joven lo dejó dentro del estuche.

—¿Has vendido las joyas que te han obsequiado las agradecidas damas? —la pregunta contenía trampa, pero Viktor la respondió igual.

—Muchas de esas joyas ayudaron a pagar la última cuota del préstamo sobre Jasán —Alexéi estaba cada vez más sorprendido—. Todos ayudamos a Alisa a lograrlo.

—Ignoraba que la situación fuera tan grave.

—Ahora ya no lo es —continuó Viktor—. Alisa vendió todas las propiedades que había heredado de sus abuelos maternos... Jasán es lo único que le queda de su herencia.

—¿Su esposo era amante del juego?

Viktor soltó una carcajada grave. Lo conmovía la ingenuidad del militar. No era un hombre de la calle. Ni había trapicheado con maleantes y asesinos

—La pasión por el juego era el menor de sus defectos.

—¿Fue el hombre que causó sus heridas?

Viktor parpadeó varias veces, y después trató de ocultar su sorpresa ante la pregunta inesperada, pero no fue lo bastante rápido. Alexéi había advertido el cambio casi inflexible en su voz y la transpiración en su piel.

—¿Le ha mostrado Alisa su secreto? —preguntó incrédulo.

—Ambos sentimos algo especial —trató de explicar Alexéi porque deseaba conocer más detalles.

—¡Se ha entregado a usted! —la sorpresa de Viktor era notoria.

Estuvo a punto de sacarlo de su error, no obstante, Alexéi juzgó que así obtenía cierta ventaja sobre Viktor por primera vez desde que se conocían.

—¿Parece tan improbable?

—Sí, porque piensa marcharse pronto.

—Estoy sopesando cambiar esa posibilidad.

—¿Por qué?

—Porque, definitivamente, necesitáis el ejemplo responsable de un hombre maduro a la hora de actuar y moderado a la hora de responder. Está muy claro que os ha faltado la

figura de un padre o un hermano mayor, y puedo llegar a serlo.

Viktor estaba más estupefacto todavía.

—No sé por qué motivo me ha recordado a Gustav Lébedev.

—¿Gustav Lébedev?

—El hombre que sembró de odio el corazón a Alisa —Alexéi se había quedado clavado a la silla. Contuvo la respiración para no perderse detalle de las palabras de Viktor—. El hombre que le causó la mayor de sus desgracias.

Las palabras de Viktor le indicaron a Alexéi que Gustav podría ser el gran amor de Alisa.

—¿Y fue por él que sufrió el castigo ejemplar de su esposo?

Viktor dudó en seguir contándole a Alexéi confidencias sobre Alisa, pero si ella había confiado, si se había entregado a él, ello quería decir que su corazón comenzaba a sanar.

Alexéi había atado cabos. Ningún hombre infringía un castigo semejante a una mujer salvo para tratar de reponer su orgullo de macho injuriado. Alisa debió de tener un amante, y su esposo terminó descubriéndolo. Mutilarla en su esencia de mujer era el más vil de los castigos, también el más efectivo.

—Alisa estaba encinta —continuó el hombre joven—. Las graves heridas que sufrió le provocaron una infección tan grave que la mantuvo entre la vida y la muerte durante muchos días. Perdió el bebé que esperaba.

El corazón de Alexéi sufrió lo indecible ante tamaña barbarie. Alisa no podía ser la persona que Viktor describía. Aunque todo comenzaba a encajar para él. La terquedad femenina. Esas ansias de hacerlo todo por ella misma. La desconfianza hacia los hombres. Su retraimiento voluntario...

—No sabía lo de Gustav Lébedev —admitió Alexéi.

—Ella no se lo dirá nunca —apuntó Viktor—. La decisión que he tomado de revelárselo en este momento es para impedir que le haga daño en el futuro.

Alexéi pensó que él jamás le haría daño, y al momento se amonestó. Alisa le pedía que se quedara, y él estaba demasiado cegado por el odio como para aceptar su petición. Comenzaba a sentir algo muy profundo por ella además de miedo. Alisa había penado mucho durante su vida, y él no podía incrementar ese sufrimiento con sus acciones, máxime cuando podía ser condenado de nuevo a muerte si cumplía su venganza sobre Dmitri Serguéievich.

—¿Ha sido sincero con ella? —la pregunta de Viktor lo trajo de vuelta de sus pensamientos—. ¿Le ha dicho el verdadero motivo para su marcha? —Alexéi decidió hablar con la verdad. Viktor era muy inteligente y debía sospechar que el ser acompañante en Jasán, nunca sería el verdadero motivo para marcharse—. Lo seguí hasta la ciudad mientras usted acechaba a su vez a Katia Luzhin.

—Nunca es bueno saber demasiado —respondió quedo.

—Hable con Alisa —le aconsejó—. Muéstrole la verdadera razón para su marcha de

Jasán.

—¿Qué conseguiría con ello?

—Obtener de ella la verdad. Únicamente la verdad sobre lo que realmente piensa y siente.

Ciudad de Grozni

La ciudad estaba situada a orillas del río Sunzha. Había sido fundada por el zar Alejandro I y en la actualidad estaba siendo utilizada como fortaleza defensiva pues en ella se escondía el mayor grupo de anarquista y opositores a los Románov. Dmitri Serguéievich era un revolucionario. Quería para Rusia otro futuro, máximo cuando estaba instigado un alzamiento contra Alejandro. Lo impulsaba el odio acérrimo que sentía hacia el zar. Ansiaba dejar el ejército, estaba preparado para ocupar un puesto importante en la ciudad de Moscú, pero seguía comandando a hombres inútiles y que no servían salvo para lamentarse. Dmitri inspiró profundamente. Había logrado quitar de en medio el mayor escollo para él y sus ansias de poder. Dmitri había desenmascarado a un traidor como Alexéi Yakov, el hombre encargado de detener el complot y descubrirlo. Estaba muerto y bien muerto. Ahora tenía que convencer al máximo líder de la resistencia de Grozni de la ventaja que supondría para Rusia desestabilizar al gobierno de Petersburgo y limitar la fuerza y el poder del zar. En el primer intento había fracasado por culpa de Alexéi, pero se lo había hecho pagar muy caro. El emblema de traidor se lo había endosado a él. Sus huesos debían de estar pudriéndose en Trubestskoy.

Dmitri Serguéievich leyó el mensaje de su hermana a la vez que entrecerraba los ojos de forma especulativa. La muerte del comisario Nicolay Visílievich era una buena noticia para él porque de esa forma podría obtener del zar el puesto que había ocupado el hombre dentro de la Ojrana. Estaba decidido a derrocar a los Románov, y pensaba llegar hasta el final para lograrlo. La mejor manera de hacerlo era controlando los servicios de seguridad del zar, y eso ya era un hecho.

Volvió a leer una palabra clave “está en Jasán”... Dmitri se había pasado años buscando a alguien en particular, y su hermana le decía que se encontraba en la casa de Irina Guseva. La mujer que lo había rechazado en el pasado para casarse con un extranjero. Se asombró de las ventajas que ofrecía la vida y el destino.

—¿Son buenas noticias? —uno de sus hombres había formulado la pregunta.

Dmitri no respondió. Siguió mirando la hoja escrita a la vez que tomaba y descartaba opciones. Debía regresar a Petersburgo. Solicitar una audiencia con el zar, y mostrarle lo ventajoso que sería que él ocupara la vacante del comisario Nicolay Visílievich en la Ojrana. Lograría ese codiciado puesto aunque tuviera que vender a los hombres que había reclutado para desestabilizar al gobierno zarista. Dmitri conocía que el ambiente en Petersburgo era muy desfavorable para el desarrollo de cualquier innovación política e incluso intelectual. Todos los principios de libertad de pensamiento y de iniciativa privada eran reprimidos de forma contundente. La censura personal y oficial era moneda corriente pues las críticas a las autoridades eran consideradas como un delito grave. Y él podría llevarle al zar la insurrección que él mismo estaba gestando a cambio de poder y un lugar donde ejecutarlo. Una vez establecido en su puesto, podría continuar liderando la revolución. Con la muerte del zar, Petersburgo caería.

Siendo comisario jefe de la Ojrana el control sobre los posibles revolucionarios y anarquistas estarían al alcance de su mano. Listos para obedecerlo.

—Mejor de lo que esperaba —admitió al fin.

El zar Alejandro no imponía sus ideas por la fuerza, tampoco se servía de ayudantes para dirigir sus proyectos, aunque sí que vigilaba cuidadosamente su poder autocrático y se resistía tenazmente a todo aquello que impulsara reformas de las que él no se sintiera inclinado a realizar. Ello había propiciado el crecimiento de un movimiento revolucionario que produjo el descontento hacia él. Algunos políticos estaban cansados, muchos militares también, y Dmitri utilizaba esa circunstancia en su favor. Todas y cada una de sus maniobras convergían en un fin determinado: un puesto de poder en Moscú. La ciudad que lideraría la gloria futura de Rusia, y él, el poderoso hombre que la gobernaría.

CAPITULO 20

Ivan Kuznetsov era un hombre silencioso por naturaleza. Apenas se dejaba ver por los pasillos y estancias de Jasán. Nunca intervenía en contiendas, ni se posicionaba a favor o en contra cuando los hombres mantenían alguna discusión entre ellos, por ese motivo se extrañó de la conversación que habían mantenido Ivan y él mismo sobre el joven Buk y el pequeño Oleg. Éste le había pedido ayuda para instruirlos. Alexéi había aceptado con agrado. El próximo lunes tenía pensado comenzar la instrucción de ambos.

Los días discurrían tranquilos y sin incidentes.

En la mansión se estaba celebrado una recepción más, y la condesa Natalia Aksiónov manipulaba por completo la atención de Alexéi a pesar de la protesta enérgica del resto de invitadas. Viktor les había prometido que a última hora de la velada volverían a bailar una danza Hopak para todas.

Alexéi, sentado junto a la condesa, veía bailar a Viktor con Katia Luzhin y se preguntó por enésima vez sobre la conversación íntima que mantenían. Parecían ajenos a todo. Solo eran conscientes el uno del otro, y su forma de interpretar la música que Denis arrancaba al piano.

Era indudable que Viktor poseía un carácter vivo y muy animoso. Era un hombre viril aunque demasiado impulsivo. Algo de pendenciero también tenía. Cultivaba los placeres de sus sentidos como si la vida le fuera en ello. Saboreaba el día a día con bocados grandes sin darle importancia al futuro. Se preguntó por qué motivo adoraba tanto a las mujeres dado que no discriminaba a ninguna, fuese alta o baja, delgada o voluptuosa, noble o doncella.

—Si Dios me hubiese premiado con un hijo —interrumpió la condesa—, me hubiese gustado que fuera como ese truhán encantador.

Alexéi pensó por el contrario que una temporada en el ejército no le vendría nada mal. Aprendería a controlar esa pasión desmedida que lo desbordaba todo.

Cuando la música cesó, Viktor giró el rostro para mirarlo sin perder la sonrisa que perpetuamente vestía su rostro. Le hizo un gesto a Yuri para que siguiera bailando con Katia Luzhin en la siguiente pieza. Denis comenzó un minué, y Viktor se disculpó con Katia y se digirió directamente hacia donde estaban ellos sentados. Cuando superó los pasos que los separaban, tomó la mano de la condesa y se la besó.

—Por favor, Grigori —le dijo sin mirarlo—. Ivan necesita sus servicios, ha surgido un problema con uno de los sementales en las caballerizas.

—¡Oh! —exclamó la condesa—. ¿Es algo grave?

Viktor le sonrió de oreja a oreja.

—Nada que nuestro apuesto y vigoroso capitán no pueda solucionar —la mujer suspiró con placer—. Mientras él se ocupa de los sementales, yo disfrutaré de acompañarla en el próximo baile.

Alexéi parpadeó con sorpresa aunque lo disimuló muy bien. Ivan jamás lo haría

llamar aunque Jasán se incendiara, por tanto, alguien necesitaba verlo en las caballerizas. Pensó en Alisa y se inquietó. Quizás había ocurrido algo importante.

Se disculpó con ambos y abandonó la estancia.

No tuvo que esperar mucho en la oscuridad del establo. Viktor llegó apenas diez minutos después.

—Confío que la condesa no se haya ofendido por tu abandono —bromeó él para restarle atención a la situación.

Viktor estaba tenso. Se advertía en la profundidad de sus pupilas una cierta preocupación que lo alertó.

—Dmitri Serguéievich ha llegado a Petersburgo —informó de sopetón.

Los dientes de Alexéi crujieron en el interior de su boca.

—¿Es cierto eso?

—Ya no es un secreto a voces que el zar lo ha nombrado comisario jefe de la Ojrana.

¡No podía ser cierto! ¡El hombre que le había arruinado la vida no podía obtener el favor del hombre que había pretendido matar meses atrás!

—¡Es imposible! —bramó con furia.

Viktor observaba con atención la reacción de Alexéi. Había hecho averiguaciones por su cuenta y había descubierto muchas cosas interesantes sobre él. Al ser militar no era conocido en los círculos de la nobleza, sin embargo, una de las damas que asistían a las recepciones de Jasán era sobrina de un alto oficial muy cercano al zar Alejandro.

—Últimamente se relaciona mucho con Andrey Kozyrev —el mentón de Alexéi se tensó al máximo por la ira que sentía—. ¿Conoce a...? —Viktor no concluyó la pregunta.

Claro que lo conocía. A parte de ser la mano armada de Dmitri Serguéievich, Andrey Kozyrev servía en la escolta personal del zar Alejandro, por eso había podido planear con minuciosidad el fallido atentado. Alejandro no era consciente del peligro que corría su vida.

—Lo conocí —respondió seco.

Alexéi no quería revelar que lo había visto incendiar la casa de sus padres en Smolensk. Ni que lo había obligado a mirar como Dmitri degollaba a su padre indefenso. El recuerdo le crispó los nervios. Llegó a tenerlos cercados, pero los hombres que había llevado consigo se pasaron al bando rebelde. Dmitri conocía muy bien el descontento de los militares que él comandaba. La falta de integridad de algunos, sin embargo, nunca podría haber sospechado que en su unidad había un buen número de desleales a los Románov. Alexéi deseó morir allí mismo con sus padres. Dentro del único hogar que había conocido. Los recuerdos demoledores le hicieron tragar con dificultad.

—Algunos mandos del ejército están planeando un atentado contra el zar con la complacencia de algunos políticos, ¿no es cierto?

—Esa información puede costarte la vida —contestó en un susurro.

—Lo sé —respondió ecuánime—. El zar no le creyó, ¿verdad?

Alexéi confirmó con un gesto la pregunta de Viktor.

—Andrey Kozyrev tenía acceso a documentos oficiales. Elaboró y preparó la información que me mostraba como un traidor —relató Alexéi casi en un murmullo. Recordar era doloroso—. Varios hombres de mi regimiento corroboraron su acusación. La información detallada que suministró Dmitri resultó decisiva, así como la de sus hombres. Para el zar Alejandro era yo el que lideraba a los rebeldes de Grozni.

—¡Increíble! —exclamó el otro.

—Pasé varios meses en Trubestskoy hasta que el zar decidió su veredicto: mi condena de muerte. El resto ya lo conoces.

Viktor iba a decir algo pero Alisa venía corriendo por el patio en busca de ellos. El corazón de Alexéi dio un salto mortal dentro de su pecho porque estaba aterrada.

—¡Viktor! ¡Viktor!

El mencionado dejó de mirar a Alexéi y clavó sus ojos en ella. Cuando llegó hasta ellos, a pesar de la escasa iluminación de las caballerizas, pudo ver el terror en el rostro femenino.

—¡Se ha confirmado! —gritó jadeante—. Vienen a detenerte.

Viktor la miró sin mostrarse preocupado.

—¿Cómo sabes...?

Ella no lo dejó continuar con la pregunta.

—Ivan ha visto al comisario y varios de sus hombres cruzando el río. Ha cabalgado frenético para avisarnos.

—¡Rápido! —lo urgió Alexéi.

—El barco de la baronesa te espera en el Muelle de las Esfinges —siguió ella jadeante.

—¡No quiero marcharme! —protestó Viktor sin dejar de mirar el rostro de Alisa.

—No hay tiempo que perder —lo apremió ésta.

—Te acompañaré hasta el muelle —se ofreció Alexéi.

—No puedo irme sin nada...

Alisa sentía deseos de zarandearlo. Apenas les quedaba tiempo para poner distancia entre él y la Ojrana.

—Aquello que debías llevarte hace tiempo que está a buen recaudo en el barco de la baronesa. Lo preparé todo para tu marcha días atrás.

—¡Alisa! ¡No....!

Alexéi intervino. Sujetó el brazo de Viktor y lo empujó hacia la salida de la casa. De las monturas preparadas solo utilizaron dos. Buk sostenía las riendas con rostro serio. En el interior de la casa seguía la diversión.

—¡Apuraos! —insistió ésta.

Viktor y Alexéi montaron al unísono.

—¡No quiero dejarte! —protestó de nuevo Viktor.

Alisa tenía los ojos anegados en lágrimas. Apenas les quedaba tiempo para huir. Sin pensarlo, azotó el flanco derecho del animal con una palmada firme. El caballo comenzó un galope que fue seguido por el caballo de Alexéi.

—¡Te escribiré! —gritó cuando el polvo que levantaban los cascos le impedía verlos.

Alisa se giró hacia el adolescente

—Buk, avisa a Denis, a Yuri y Mijaíl. Explícales lo que ocurre. Que cierren con prontitud el ala izquierda de la casa y que las damas se preparen para la visita del comisario.

—No dará tiempo.

Alisa lo apremió.

—Las damas sabrán que hacer —le explicó—. Ya nos hemos enfrentado a situaciones similares en el pasado, y sabrán actuar.

—Muy bien —Buk echó a correr hacia el interior de la casa.

No era la primera vez que se desataban las alarmas en Jasán, y Alisa pensó que no sería la última.

CAPÍTULO 21

Cuando el comisario, seguido de varios policías, tocó la maciza puerta de la casa, en el salón principal se había orquestado una partida de cartas entre cuatro damas. Otras dos leían sendos libros sentadas de forma confortable en el largo diván de raso azul. Otra dama interpretaba al piano una lenta y suave melodía que acompañaba con su dulce voz. Había una bandeja de plata llena de deliciosos pasteles de crema. Diferentes dulces con frutos secos, así como una jarra de té especiado. Para cualquier persona que observara la escena, el conjunto le parecería una aburrida velada femenina de las que solían horrorizar a los hombres.

Dmitri fue invitado al interior del salón, y varios pares de ojos femeninos se clavaron en él.

—Bienvenido a Jasán —lo saludó Alisa con una fresca sonrisa en los labios y que escondía un nerviosismo creciente.

—Disculpe la visita a esta hora tardía —le respondió él—, pero un asunto de vital importancia nos trae hasta aquí.

Alisa le ofreció un té y le indicó que tomara asiento. Dmitri así lo hizo aunque bastante incómodo. No le gustaba ser observado por mujeres.

—Ayer tomé posesión de mi nuevo cargo como comisario. —Alisa hizo un gesto de comprensión con la cabeza—. Y me llevé la sorpresa de que existen varios asuntos sin resolver, uno de ellos requiere una pronta intervención.

—¿Y cómo podemos ayudarle en Jasán? —inquirió ella suavizando el tono.

El comisario no podía intuir que estaba nerviosa.

—Necesito mantener una conversación con Viktor Chernov.

Alisa inspiró profundamente para darse algunos segundos de tiempo. Le mostró su mejor sonrisa antes de responderle.

—El señor Chernov no se encuentra en Jasán.

La mirada de Dmitri le mostró a las claras que no la creía.

—Me permitirá comprobarlo por mí mismo.

Alisa no podía permitirlo.

—Comprenderá comisario que sería algo inusual y desacertado cuando la casa está llena invitadas distinguidas.

—Insisto —ordenó él con voz demasiado grave.

—Permítame que rechace su petición —reiteró mostrándose firme.

—Traigo conmigo una orden de arresto para Viktor Chernov.

Alisa se lo temía. El anterior comisario había movido los hilos. La pesada maquinaria de la Ojrana estaba en marcha.

—Ignoro donde se encuentra el señor Chernov en estos momentos —afirmó ella cautelosa—, pero no se encuentra en Jasán.

—Insisto, y no es una petición sino una orden.

Alisa sentía los latidos de su corazón en la garganta. Le sudaban las manos, y supo que no podía negarse por más tiempo.

—Está bien —aceptó al fin—. Acompañeme, por favor.

Varios policías se posicionaron para no permitir ni la entrada ni la salida a nadie en Jasán hasta que hubiera terminado la inspección.

Y la siguiente hora fue las más larga de la vida de Alisa. El recién nombrado comisario fue revisando alcoba por alcoba. Estancia por estancia hasta que no quedó ni un metro de vivienda que no hubiera sido examinado de forma concienzuda. Tampoco se libraron las caballerizas ni las dependencias de los sirvientes.

—Dos hombres de mi confianza harán guardia en Jasán hasta que el señor Chernov aparezca —el comisario no quería dejar ningún cabo suelto. Vigilando la casa se aseguraba de obtener el arresto de Viktor cuando apareciera—. Buenas noches, señora.

—Buenas noches —le correspondió.

Antes de darse la vuelta, Dmitri la observó de tal forma que Alisa sufrió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza.

—En días futuros confío en poder tomarle declaración sobre Viktor Chernov.

—¿Y que le podría informar que usted no sepa ya?

—Los habitantes de Petersburgo deben saber que el desorden, o confusión por ausencia o flaqueza de una autoridad ya no tiene razón de ser. Toda muestra de anarquía será controlada de forma categórica bajo mi mando.

Alisa entendió perfectamente la amenaza.

—En Jasán no hay anarquistas, comisario.

—Eso lo tendré que determinar yo mismo —su voz era fría como un glacial.

El comisario les hizo una leve inclinación de cabeza a las damas que seguían observando la conversación con suma atención. Dos policías se quedaron haciendo guardia en la puerta de entrada a la casa. Alisa se lo tomó como una afrenta, no obstante, era consciente que cuando se trataba de la Ojrana los derechos de las personas se diluían como el agua de la lluvia en el mar.

—Por favor, continúen jugando —les dijo a las damas—. Están en Jasán para divertirse.

Sin embargo, y tras la visita del comisario, eso era prácticamente imposible. La puerta del ala izquierda se abrió y Yuri, Denis y Mijaíl salieron por ella. Para no complicar la situación habían decidido mantenerse ocultos.

Cuando Alexéi regresó a Jasán todo estaba en silencio salvo los dos policías que

conversaban entre ellos custodiando la entrada principal de la casa. Tuvo que sufrir un pequeño interrogatorio, pero cuando confirmaron que él no era Viktor Chernov lo dejaron en paz. Cruzó el vestíbulo rápido y subió los escalones de dos en dos hacia la primera planta. Tenía que contarle a Alisa que el barco había partido sin incidentes. Sentía la urgente necesidad de decirle que todo estaba bien. Que ya no había motivos para preocuparse. Varias puertas se abrieron al unísono en el amplio corredor. Por los huecos abiertos aparecieron las cabezas de Mijaíl, Yuri, Denis y también la de Ivan que venía decidido hacia él.

—¿Todo bien?

—El barco ha zarpado sin contratiempos —respondió Alexéi.

Varios suspiros le arrancaron una mueca que parecía el inicio de una sonrisa.

—¿Y las damas? —preguntó al comprobar que la velada había quedado suspendida por la llegada del comisario.

—Cada una ha partido a sus respectivos hogares. Se quedaron un poco más para dar una apariencia de normalidad y para no levantar sospechas de la Ojrana —informó Ivan—. No es la primera vez que se presentan problemas.

Alexéi se alegró de verdad. Si bien los dos policías que custodiaban la puerta principal de la casa no presagiaba nada bueno para los siguientes días.

—Buenas noches —dijo Denis que había decidido retirarse en vista de las buenas noticias.

El resto lo imitaron. Alexéi se despidió de todos. También de Ivan que se dirigía ya a la zona de los establos para impartir órdenes a los chicos. Había preparado el resto de las monturas por si acaso.

Alexéi se encaminó hacia sus aposentos con la intención de dejar la capa, el sombrero y los guantes antes de presentarse ante Alisa para darle un informe detallado de lo acontecido. Justo cuando se desabrochaba el pañuelo del cuello, la puerta de su alcoba se abrió con sigilo. Alisa cruzó por ella. La miró y comprobó las profundas ojeras de angustia que mostraban sus ojos. Se veía más que nerviosa.

—La situación se ha complicado.

—¿Lo dices por los dos policías que esperan fuera de la casa?

—El nuevo comisario es un hueso duro.

—Lo sé —respondió Alexéi sin pensar, y al momento se arrepintió.

—¿Conoce al comisario Dmitri Serguéievich? —inquirió precavida.

Como si la respuesta de Alexéi pudiera complicar todavía más la situación.

El militar redujo los ojos a una línea para que ella no advirtiera el foganazo de odio que asomó a sus pupilas ante la mención de su enemigo. Lo detestaba con una intensidad tan abrasadora, que las entrañas se le hacían nudos, y decidió no mentirle.

—Asesinó a mis padres y los quemó en el interior del que fue mi único hogar en Smolensk —Alisa se tapó la boca para contener un gemido—. Mi hermano Alek todavía

estaba vivo cuando incendiaron la casa. Las dos puñaladas que le dieron no resultaron mortales. El fuego hizo el resto —Alisa no sabía si quería seguir conociendo la terrible historia de Alexéi.

—Lo lamento —sus condolencias eran sinceras.

Aunque parecía que él no la escuchaba. Seguía inmerso en recuerdos devastadores.

—Me tenían atado. Amordazado. Obligado a no perderme detalle de sus muertes. Todavía puedo oír los gritos de mi hermano. Todavía puedo oler la carne quemada... —tuvo que parar en su confesión porque se le había formado un nudo en la garganta que iba en aumento hasta provocarle un ahogo físico.

—¡Alexéi! —exclamó ella compartiendo su angustia.

—Me golpearon hasta que perdí el conocimiento —Alexéi continuó narrando los momentos más duros y difíciles de su vida—. Cuando desperté, estaba preso en una celda en Trubestskoy.

El rostro de Alexéi estaba como en trance. Recordando cada detalle de lo ocurrido a su familia. Reviviendo las brutales escenas como si fuera la primera vez.

—¿Por qué haría ese hombre algo tan horrendo?

—Porque descubrí un alzamiento contra el imperio y el atentado que pensaban perpetrar contra el zar, y que no sospechaba.

—¿Por qué matar a su padre? ¿Asesinar a su familia?

—Porque mi padre era un militar respetado y querido por el zar Nicolás. Lo tuvo en alta estima. Si Dmitri Serguéievich no hubiera matado a mi padre, el zar Alejandro habría tenido en cuenta su opinión en deferencia a su padre que había depositado su confianza en el mío. Habría escuchado su defensa hacía mí cuando me acusaron de liderar un alzamiento contra el gobierno y planear el atentado. Mi padre había sembrado la duda, además, muchos militares le eran fieles. Podrían haber propiciado una insurrección militar que no convenía a la política del imperio. Para contentar a los militares, se podría haber iniciado una investigación que no interesaba en absoluto a Dmitri Serguéievich.

Alisa estaba cada vez más atónita.

—¿Y no existía ningún conocido en toda Rusia que pudiera declarar a su favor?

Alexéi pensó en el amigo de su padre, Naum Seyavin, pero en el momento de su acusación y detención el almirante se encontraba lejos de Petersburgo.

—Estaba completamente solo —terminó confesando—. Ingenuamente pensé que como el zar me había escogido por mi abuelo y por mi padre porque ambos fueron militares excepcionales, y de la máxima confianza de su padre para que investigara una posible insurrección en Petersburgo, no creería semejante falsedad.

—Y sin embargo, a pesar de toda esa confianza y estima, lo envió a prisión. No dudó en la información falsa que le suministraron —Alexéi sonrió sin humor. Las pruebas habían sido demasiado explícitas y sorprendentemente abundantes para no tenerlas en cuenta—. ¡Desea matarlo! —afirmó ella de pronto con la mente lúcida sobre la explicación que había recibido.

—Es lo único que me mantiene cuerdo —contestó sin evasivas—. Matar a ese bastardo y llevar ante el zar a sus secuaces.

—¡Alexéi! —volvió a exclamar ella porque conocía muy bien esa ansia de venganza que lo convertía todo en sangre.

Alisa corrió hacia él y lo abrazó por la cintura. Dejó la mejilla reposando en el pecho masculino. Alexéi quedó desarmado porque había pasado del odio absoluto a la incertidumbre más plena.

—Lo lamento... lo lamento mucho —Alisa lo abrazó más fuerte.

Él, correspondió al gesto cariñoso. La encerró entre sus brazos y dejó descansar la barbilla en la coronilla femenina. Olió el perfume de su cabello. Se extasió con él, y de repente, el fuego de su odio se fue diluyendo en su sangre a medida que la sentía pegada a su cuerpo que se mostró ansioso. ¡Su piel tenía hambre de Alisa!

Lo que sucedió a continuación no fue en absoluto premeditado.

Las dos bocas fueron el encuentro, y, cuando se produjo el contacto, el roce de la piel de los labios de ambos quemaba. Era como lava de un volcán que no puede contenerse. Que emana y busca una salida a su potencia. Alexéi profundizó el beso, y lo hizo como si la vida le fuera en ello. ¡Se la bebía!

Alisa no podía pensar. Todo su cuerpo era un huracán que la rodeaba por completo. La hacía subir y bajar como si estuviera suspendida en el aire. Su mente era un caos maravilloso. Su boca, el aliento del que Alexéi se saciaba. Entre sus brazos se sentía una pieza valiosa. Una gema muy preciada. Los ojos se le llenaron de lágrimas ante el aluvión de sensaciones que el hombre le provocaba. Sabía arrancarle respuestas a su cuerpo adormecido. Alisa lo deseó. Quería la piel masculina pegada a la suya. Sentirlo muy dentro de ella mientras la devoraba a besos. No fue consciente de que Alexéi la llevaba hacia el lecho y la tumbaba de forma delicada sobre la gruesa colcha. Estaba de espaldas en el blando lecho, Alexéi seguía sujetándola por la cintura con una mano, con la otra le acariciaba el cuello mientras los labios la seducían. La impelían a rendirse a su voluntad. No podía pensar entre un beso y otro. No quería suponer sino sentir.

Ambos estaban sumergidos en una espiral de locura. Les urgía saciarse el uno del otro. Eran como dos fuentes que durante mucho tiempo han estado secas, y de pronto sienten la humedad del agua recorrer cada recoveco hasta salir al exterior para hidratar la tierra árida.

Alexéi la necesitaba. Era para él un potente afrodisiaco que le impedía pensar o razonar salvo la urgente exigencia de hacerla suya. Estaba tan absorto saboreándola que no fue consciente que había comenzado a desnudarla, segundos después se abrió la abertura de los pantalones.

Alisa percibió las manos firmes que rebuscaban entre su ropa la carne tierna y expectante. Dejó de pensar. Arrinconó los remordimientos. ¡Se necesitaban! Y ante ese conocimiento primario su cuerpo respondió de la única manera que podía: con más ardor e impaciencia.

Alexéi la penetró de una embestida y se quedó quieto sobre ella. Era maravilloso

sentirla suave y caliente. Perfecta en todo sentido. Tras recobrar el aliento, cerró los ojos y comenzó una suave acometida que ella se apresuró a seguir. Nada en el mundo podría ser más importante que ese momento. La carencia que sentía el uno del otro. A los besos urgentes se sumó el movimiento más rápido y firme.

Ambos estallaron al unísono.

CAPÍTULO 22

La calma tras el estallido pasional duró el tiempo preciso para que la razón se impusiera entre los dos. Ambos corazones tardaron un tiempo en normalizar sus latidos. Regresar del caos maravilloso hacia donde los habían conducido las ansias tantas veces reprimida por ambos.

Alisa cerró los ojos ante el desastre emocional que había provocado con su entrega, aunque no podía arrepentirse. Había anhelado ese momento desde el día que bailó con él. Su fuerza, su determinación, la habían cautivado por completo. Le gustaba su expresión seria. Su actitud protectora. No había planeado entregarse a él, si bien tampoco lo había impedido.

—Te amo —confesó Alexéi.

De todas las palabras, esas eran las menos acertadas porque le hicieron sentir los remordimientos que había estado evitando momentos antes.

—Tienes que marcharte —esa afirmación la sintió Alexéi como una estocada en el corazón, no obstante, le emocionó el tuteo de ella por primera vez—. No estás seguro en Jasán.

Se percató que había errado en la conclusión a la que había llegado. El alivio que sintió dentro de su pecho fue inmediato. Lo inundó como una oleada cálida.

—¿Por qué?

—Porque el comisario te cree muerto, y por nada del mundo debe descubrir que no lo estás —la lógica era aplastante. Alexéi la abrazó con más fuerza—. Ya ha dejado claro que seguirá viniendo a Jasán hasta que atrape a Viktor.

—Esa circunstancia no me preocupa.

Alisa comenzó a colocarse la ropa con ademanes algo bruscos.

—No salvé tu vida para que la entregues de nuevo al verdugo con tanto entusiasmo.

—Culminaré mi venganza, y tendrá que verme el rostro pues ha de quedarle muy claro quién es el hombre que se cobra su miserable vida.

Los ojos de Alisa se entrecerraron.

—Me has dicho que me amas —le recordó—, ¿es cierto?

—Sí —confirmó conciso.

—¿No deseas saber si siento lo mismo por ti?

Un silencio largo y pesado se instaló entre ambos como un muro infranqueable. Finalmente Alexéi respondió a su pregunta.

—Tu respuesta podría hacer tambalear mis prioridades —Alisa lo entendió perfectamente—, y no es lo que deseo, ni lo que necesito en este momento.

—Y entonces, ¿por qué me has revelado tus sentimientos? —inquirió ofendida.

—Porque mis actos van precedidos por mis emociones. Porque hacerte el amor ha sido lo que más deseaba en el mundo e inevitable —Alisa soltó el aliento poco a poco porque las palabras de Alexéi la confundían—. Si permito que me reveles tus sentimientos —continuó—, y corresponden a los míos, me pedirás que desista en mi deseo de venganza, y algo así es del todo imposible.

Alisa se sorprendió de que supiera exactamente lo que pensaba.

—Si te amara —Alisa dejó la posibilidad en suspenso—, sí te pediría que desistieras de la venganza. Tu vida me importa muchísimo.

Alexéi cerró los ojos. Lo había complicado absolutamente todo al hacerla suya.

—Si me amaras —repitió—, y me lo pidieras, sería lo único que no podría prometerte ni cumplir.

Alisa lo suponía. Comprendía muy bien los sentimientos del militar, no obstante, si descubrían en Petersburgo que seguía vivo, lo enviarían de nuevo a Trubestskoy y entonces nada ni nadie podría salvarlo.

—¿No puedo convencerte?

—¿Puedes comprender mi odio? —contraatacó él.

Alisa apartó un momento los ojos. Ambos jugaban al gato y al ratón.

—No solo lo comprendo sino que lo comparto —le aseguró—, aunque te prefiero vivo.

—No estoy vivo Alisa, soy un cascarón vacío al que se lo han arrebatado todo.

—¡Estás vivo!

Alexéi no sabía cómo hacerle entender lo importante que era para él acabar con Dmitri Serguéievich. Desentrañar un complot que tarde o temprano iba a cobrarse la vida del zar Alejandro.

—Los gritos de mi hermano me atormentarían durante el resto de mi vida si no vengo la muerte de mis padres —admitió triste—. Sus almas deben descansar en paz, y solo lo harán cuando lave mis manos con la sangre de sus verdugos.

—¿Es más fuerte tu odio hacia Dmitri Serguéievich que tu amor hacia mí?

La pregunta era demoledora. Alexéi no había planeado enamorarse de Alisa, pero había sucedido, y supo exactamente el momento en el que había ocurrido: cuando trató de instruirlo en el baile. Ese momento único e irrepetible había marcado un antes y un después entre ambos. A partir de ese momento, el corazón de Alexéi había sido como el timón de un barco que manejaba ella en la noche oscura en la que se había convertido su existencia.

—Conducirás a la Ojrana hasta ti. Volverás a ser detenido y condenado —le advirtió ella de forma sombría.

—Entonces, es mejor que no me ames Alisa, porque no deseo que sufras si se cumplen tus palabras —dijo Alexéi entre suspiros.

—Tienes que marcharte de Jasán —le recordó con voz grave.

Alexéi supo que tenía razón. Ya no estaba seguro en la casa cuando Dmitri Serguéievich seguía tras la pista de Viktor. Era un hombre implacable. Una bestia sedienta de sangre y de poder. Él mismo había catado su mordedura.

—Esté o no en Jasán, voy a matarlo —confirmó en un tono que no admitía discusión.

Alisa se levantó del lecho y se alisó la falda arrugada de su vestido. Había dejado de mirar a Alexéi porque temía flaquear en su decisión y comenzar a rogarle que desistiera de su venganza. Se había entregado a él sin esperar nada a cambio. Sin promesas. Sin esperanzas. Había sido muy claro con ella con respecto a lo que pensaba hacer con el hombre que había desgraciado su vida, y tenía que respetarlo.

—¿Podrás perdonarme? —quiso saber él.

Al escucharlo, Alisa lo miró con atención. Alexéi se había reincorporado también, pero a diferencia de ella a él no le importaba su aspecto desaliñado.

—No hay nada que perdonar.

—Te he decepcionado, y lo lamento.

Había llegado el momento de recuperar las bridas de la montura desbocada que sujetaba, o se estrellaría sin remisión.

—Ha sido una experiencia maravillosa —confesó emotiva—. El perfecto broche que cierra tu instrucción como acompañante.

Alexéi jadeó al escucharla. Él le había abierto su corazón, y ella se había dedicado a catar la mercancía que había entrenado.

Alisa percibió claramente el caos que le había provocado con sus palabras, y se arrepintió. Lo que habían compartido era hermoso, y no debía ensuciarlo con un comentario tan fuera de lugar aunque se sintiera herida porque prefiriera la venganza hacia Dmitri Serguéievich que su amor por ella.

—Me disculpo por mis desafortunadas palabras —a pesar de la rectificación de ella, la duda había sido sembrada en la mente masculina—. Me entregué a ti porque quería. Porque me gusta lo que me haces sentir cuando me miras, cuando me tocas....

—¿Me amas, Alisa? —le preguntó con un hilo de voz.

Alisa no respondió. Lo miró fijamente en silencio. Alexéi había cambiado mucho en los meses que llevaba en Jasán. Ella había creído de forma estúpida que los consideraba su familia, aunque, bien era cierto que lo desconocía casi todo de él hasta el momento de la confesión. No podía quedarse en la casa al margen de lo que sintiera ella porque estaba en peligro. Máxime ahora que conocía el rostro y el nombre de la persona que tanto odiaba él.

—Prepararé tu marcha de Jasán.

Un momento después abandonó la estancia sin mirar atrás.

Nuevamente se encontraba en el salón principal del palacio Kuskaia esperando la aparición de la baronesa Milenka Daugava. En cuestión de semanas, Alisa había visitado a la baronesa en más ocasiones que en vida de sus padres. Como no podía estarse quieta había optado por mantenerse de pie observando los amplios oleos que vestían dos de las cuatro paredes de la estancia. En uno de los cuadros estaba el fallecido barón de Kuskaia sujetando las bridas de un caballo mientras un mastín saltaba con júbilo alrededor de ambos. Los ojos del hombre eran fríos y distantes, como si estuviera cansado de la vida. En otro de los oleos, el barón estaba sentado en un despacho, lo acompañaba el único hermano que tenía, y que en ese momento servía en el [Goto Predestinatsia](#), buque insignia muy famoso en la marina rusa. Uno de los barcos más importantes del imperio.

—¡Querida Alisa! —exclamó la baronesa—. Debes dejar de visitarme de forma tan imprevista. ¡Así no puedo darte el recibimiento que mereces!

Ella se giró con una sonrisa sincera y llena de afecto hacia la mujer.

—Me avergüenza llegar de forma tan inapropiada, pero tengo un asunto urgente que tratar con usted.

La baronesa pidió que les trajeran un té. El mayordomo cumplió raudo la petición de su señora.

—Siéntate, por favor.

Alisa aceptó el ofrecimiento y tomó asiento en el diván de raso.

—Ante todo quería darle las gracias por la ayuda que le ha prestado a Viktor, nunca lo olvidaré —el agradecimiento en Alisa era veraz.

—Era lo menos que podía hacer, querida mía.... —el mayordomo traía una bandeja de plata con el servicio de té y unos bollos de mantequilla—. Su ausencia me favorece, aunque eso tú ya lo sabías.

Era cierto. Alisa le había brindado a la baronesa la ocasión perfecta de alejar a Viktor de Rusia, del peligro que representaba para ella y sus intereses.

El mayordomo se marchó silencioso como era habitual en él. La baronesa sirvió dos tazas de té y le ofreció una a Alisa que la tomó con una sonrisa educada.

—Dime, querida, ¿qué puedo hacer por ti?

Había meditado mucho en las palabras que podría decirle a la baronesa sin despertar sus sospechas o agudeza sobre los conflictos sentimentales en los que se debatía. Había practicado, aunque finalmente optó por ir al grano. No era mujer de andarse por las ramas.

—Fui testigo sin pretenderlo de una conversación de vital importancia para el zar Alejandro —los párpados de la baronesa se entornaron al escucharla mas no la interrumpió—. Necesito contactar con un militar fiel y leal al imperio.

Ahora estaba más sorprendida.

—Me preocupa preguntar qué escuchaste para que te muestres tan alterada de espíritu —mencionó la baronesa con la voz muy baja.

Alisa sabía que si había alguien en Petersburgo digno de confianza, esa era la

baronesa Daugava. Ambas eran testigos y cómplices de secretos que harían tambalear la nobleza rusa si hablaran.

—Mi niña, ¿estás pensando en mi cuñado Naum Seyavin Daugava? —Alisa no se pronunció.

Había llegado a la única solución posible. Si deseaba ayudar a Alexéi a limpiar su nombre y atrapar al culpable de todo, tenía que acudir a las personas adecuadas para que movieran los hilos necesarios hasta llegar al zar Alejandro. Pero Alisa ignoraba que el hombre en cuestión había sido amigo del padre de Alexéi. El militar había estado fuera de Petersburgo cuando lo apresaron y no pudo hacer nada para ayudarlo.

—Sí —respondió de forma concisa y directa.

La baronesa echó la espalda hacia el respaldo del sillón que ocupaba realmente interesada.

—La relación con mi cuñado se enfrió bastante poco después de la muerte de su hermano —Alisa ya conocía esos detalles porque se los había contado ella—. Apenas mantiene contacto con su única sobrina y heredera. Pero está previsto que regrese pronto a Petersburgo —continuó la baronesa—. Se encuentra en el mar de Laptev, frente a las Islas de Nueva Siberia.

—No conozco ningún otro militar fiel al zar y al imperio —contestó Alisa de forma sencilla—. O que me inspire la suficiente confianza para intentarlo.

—¿Qué has descubierto, criatura? —la alarma en el tono de la baronesa era claro.

—Un atentado fallido contra el zar Alejandro —la exclamación femenina no se hizo esperar—. Y que se volverá a repetir en breve.

Los ojos de la baronesa llamearon de horror.

—¡Dime que no he oído bien!

—Lamento ser portadora de nefastas noticias —contestó aunque suave—, pero hay que avisar al zar, y yo no tengo la suficiente fuerza y el necesario prestigio para hacerlo. Jamás pasaría de su interminable gabinete de asesores ni papeleo burocrático.

La baronesa se puso tres cucharadas más de azúcar en su té. Estaba anonadada por la revelación.

—El zar no es un hombre dado a actuaciones impulsivas, y castiga de forma ejemplar cualquier murmuración que dañe su reputación o cuestione su gestión del gobierno.

Ella era consciente, sin embargo, tenía la obligación de ayudar a Alexéi.

—Naum Seyavin Daugava es un almirante respetado por el zar, ¿no es cierto?

—Sí —admitió la baronesa—, es uno de los pocos hombres verdaderamente leales a los Románov que quedan en Petersburgo.

Alisa suspiró de alivio al comprobar que no se había equivocado. Iba a jugar sus cartas de forma meticulosa.

—Me alegra saber algo así —correspondió humilde.

—¿Deseas un encuentro a solas con él?

La baronesa había demostrado que era una ayuda excepcional en la vida de Alisa. Ambas estaban en deuda la una con la otra.

—¿Si hiciera correr un rumor bastaría para llamar su atención? —se aventuró Alisa con voz entrecortada.

La baronesa negó de forma categórica.

—Mi cuñado solo prestará atención por su parte cuando la información sea fiel, verdadera, y provenga de una persona de carne y hueso. No de un rumor en el viento.

—¡Esta información lo es! —protestó con énfasis.

—Dime algún nombre que pueda llamar su interés hasta el punto de lograr su atención para que comience una investigación por su cuenta antes de que se decida a contactarte contigo.

Alisa soltó el aire que contenía dentro de sus pulmones.

—El nuevo comisario de la Ojrana, Dmitri Serguéievich.

La baronesa parpadeó sorprendida. Hacía apenas unos días que el hombre había tomado posesión de su cargo en Petersburgo.

—Muchacha, espero que tengas suficientes pruebas o datos para señalar a un hombre tan importante de traidor al imperio y al zar.

Alisa se jugaba mucho, pero, ¡tenía que ayudar a Alexéi!

—Fue el cerebro de un atentado fallido contra el zar hace meses —continuó explicándole mucho más tranquila—. En la ciudad de Grozni sigue aguardando un grupo de rebeldes fieles al comisario. Esperan sus órdenes para atentar de nuevo.

—¿Estás segura? ¿Completamente segura?

Alisa había hecho algunas averiguaciones más con algunas damas de peso de la nobleza, y que el resto ignoraban porque no las consideraban importantes para la vida rusa. Así de estúpidos se mostraban porque, si alguien dominaba los rumores y cotilleos de lo que pasaba en la gran ciudad, eran precisamente esas matronas olvidadas y que ella tenía el gusto de atender en Jasán. Una de ellas, la condesa Natalia Aksiónov, le había hablado largo y tendido sobre Naum Seyavin Daugava. Lo conocía bastante bien porque había sido su amante en el pasado. Y le había jurado que era un hombre íntegro y leal al zar y al imperio. Un hombre de absoluta confianza.

—Pídale que investigue estos dos nombres —le dijo sería—. Dmitri Serguéievich y Andrey Kozyrev.

—¿Has pensado en las consecuencias? —quiso saber la baronesa.

—Dígale que yo le he señalado el hilo. Ahora solo tiene que tirar de la madeja. Se sorprenderá de los resultados.

—Si mi cuñado comienza a tirar y encuentra carroña, no parará hasta contactarte contigo, conmigo, y con cualquier persona que pueda aportar datos o detalles importantes

sobre este asunto. Sacudirá, de ser necesario, los mismos cimientos de Rusia.

Alisa lo sospechaba. Siempre se necesitaba llegar a la matriz de todo. Ya contaba con ello.

—¿Cómo va todo en Jasán? —preguntó la baronesa cambiando de tercio.

—Las veladas se han suspendido hasta que el comisario deje de hacer indagaciones y de visitar Jasán de forma imprevista. Nos tiene con el alma en vilo.

La baronesa meditó en las información que le había dicho Alisa.

—¿Y qué sucede con los acompañantes? —se interesó ella.

—Han sido colocados en varias casas nobles. Damas de la nobleza que se han ofrecido para ayudar hasta que todo vuelva a la normalidad. Denis trabajará de palafrenero, Yuri de asistente... así con todos y cada uno. —La baronesa soltó una carcajada. Imaginar a esos bravos y atractivos hombres en las casas de las damas a las que alegraban la vida, le pareció cómico y en cierta medida de justicia—. Saben que hay mucho en juego —recordó Alisa.

—¿Qué sucederá con Jasán?

Alisa inspiró tan profundamente aliviada que casi se ahoga con su propio aire.

—El último pago ya se efectuó al banco —le confesó dichosa—. La propiedad está libre como todos nosotros.

En verdad era una noticia muy buena. Durante años Alisa había sufrido lo indecible por salvar algo de su patrimonio. Lo había vendido todo para pagar deudas, y se alegraba enormemente que al menos pudiera conservar la casa de sus abuelos maternos.

El resto de la tarde la pasaron entre confianza y confianza. Alisa supo que todo podría mejorar para Alexéi e incluso para ella.

CAPÍTULO 23

Alexéi había abandonado la confortabilidad de Jasán para establecerse en un lugar anónimo y alejado del centro de la ciudad. Eludir a los guardias que custodiaban la puerta principal de la casa no había resultado difícil porque había contado con la inestimable ayuda de Alisa y de los muchachos, Buk y Oleg. Ahora su hogar se encontraba en el barrio que estaba situado en la plaza Sennaya y al que se conocía con el nombre de Dostoyevski. La vivienda que había alquilado estaba emplazada en una esquina y tenía ventanas a dos calles. El precio no era excesivamente elevado y estaba bien iluminada. Su situación era privilegiada pues la vivienda estaba cerca de una iglesia, si bien a él no le molestaba el repicar de las campanas, todo lo contrario, su sonido rítmico lograba calmar su espíritu pues en cierta forma le recordaba a su ciudad de Smolensk: el lugar donde había pasado su infancia. Los momentos más felices de su existencia.

La ciudad de Petersburgo, desde ese lugar en concreto, se veía muy triste. De un color gris apagado, repleto de charcos y de nieve sucia. Los días amanecían nublados y demasiado fríos. La plaza Sennaya tenía varios cafés muy baratos en los que se servía vodka de mala calidad. El ambiente resultaba bastante hostil, y aún así era el mejor lugar para pasar desapercibido. Era lo que pretendía: ser invisible al mundo.

Alexéi seguía mirando por la ventana ausente de cortinas. El vaho de su aliento dibujaba pequeños círculos en el frío cristal aunque no se percató. Estaba ensimismado pensando en Alisa. La mujer que había vuelto su mundo del revés. La que le hacía cuestionarse sus principios. Sus metas. Respiró hondo. Necesitaba recobrar el sentido común. Tenía mucho que pensar. Decisiones que tomar, y sin embargo, llegados a ese punto dudaba de todo. Sería tan fácil dejarse llevar por sus sentimientos. Huir juntos hacia un lugar inalcanzable para sus enemigos. Alexéi no estaba seguro de lo que sentía ella. Se mostraba escurridiza, distante, y él debía aceptarlo porque su misión en la vida era otra: eliminar a una bestia.

Trató de centrar su atención en Dmitri Serguéievich. Tenía que conocer todos sus movimientos. Comprobar si sus hombres lo habían seguido hasta Petersburgo o por el contrario continuaban en la ciudad de Grozni esperando sus órdenes. Alexéi estaba convencido que pensaba atentar de nuevo contra el zar. Un hombre tan ambicioso como él no se conformaba con un puesto de comisario en la Ojrana... unos toques en la puerta lograron traerlo de sus pensamientos. Se giró hacia ella y entornó los ojos. Nadie conocía su paradero. Nadie, ni siquiera Alisa, la mujer que ocupaba por completo sus pensamientos día y noche.

Con pasos medidos caminó hasta la puerta y la abrió. No hizo falta que tomara precauciones, no tenía nada que temer en ese rincón apartado y lúgubre de Petersburgo. Denis Solokov estaba plantado frente a él. Tenía la mano derecha apoyada en el marco de la puerta. La sonrisa tímida le hizo preguntarse cómo había dado con él.

—No sirvo para palafrenero —fue la sencilla respuesta a la pregunta que no le había formulado.

Alexéi se hizo a un lado para permitirle el paso hacia el interior de la vivienda. Denis

solo llevaba una pequeña valija en la mano.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido gracias a Ivan.

Alexéi tenía que haberlo supuesto. No había nada que ocurriera en la ciudad que Ivan no conociera, de hecho, la vivienda la había encontrado gracias a él.

—¿Mijaíl y Yuri están en la ciudad o en el campo?

Denis soltó la valija y tomó asiento en la silla cercana a la mesa del pequeño salón. Los muebles eran viejos y estaban muy gastados.

—Si no se adaptan a su nuevo trabajo imagino que nos buscarán.

Alexéi alzó ambas cejas en un arco perfecto con gran extrañeza.

—¿Nos buscarán?

—Es preferible estar juntos —le respondió con un alzamiento de hombros.

—No soy una buena compañía —advirtió él.

—¿Tiene un poco de té? —seguía hablándole con el mismo respeto que le mostraba en Jasán.

Alexéi no lo sabía. Aunque llevaba algunos días en la vivienda no había comprado víveres. Había tomado algo en la plaza. Estaba habituado a pasar tiempo sin alimentarse.

—No lo creo —le respondió un poco azorado—. No esperaba visita.

Denis lo siguió a la pequeña cocina. La visión le arrancó una pequeña exclamación.

—Esto es un agujero —dijo con un suspiro.

Alexéi le dio la razón. La cocina era pequeña, estaba mal ventilada, y no tenía hogar para cocinar.

—En la plaza hay un café donde podremos tomar algo —le dijo mientras salía de la cocina con urgencia.

—¿Nos matará?

La pregunta le había causado gracia. Denis no podía llegar a imaginar las penurias que pasaba un soldado en el ejército, sobre todo cuando entrenaba. Miró sus prendas de vestir, y aunque no eran tan lujosas como las que vestía en Jasán cuando se celebraba alguna recepción para las damas, eran de muy buena calidad. De salir así a la calle los dejarían desnudos en el momento que cruzaran la esquina.

—¿Tienes algo de ropa más apropiada para este lugar? No vas a ninguna recepción imperial.

Denis miró la túnica roja que vestía Alexéi y los pantalones negros. Lo único valioso de su atuendo eran las botas de caña alta.

—También puedo vestirme como un campesino —respondió el otro con humor.

Tomó su valija y se adentró en una de las alcobas sin preguntar. Se guió por instinto y

eligió una de las habitaciones vacías. Momentos después salió vestido casi como él salvo por la capa de lana gruesa.

—No quiero enfriarme —terció con una sonrisa cómplice.

Los dos bajaron a la calle y recorrieron los metros hasta el café de la plaza. Las esquinas comenzaban a llenarse de mendigos y borrachos. En el recorrido se encontraron con Yuri y Mijaíl. Denis no parecía extrañado de verlos.

—¿Hay lugar en el apartamento para nosotros? —preguntó Yuri con un tono de voz esperanzado.

—Vamos a tomar algo a la plaza.

Tres cabezas giraron al unísono para observar el lugar. Era tan deprimente que Mijaíl no pudo ocultar un chasquido de lengua.

—Subid al apartamento y acomodaos, yo compraré algo de comida.

Alexéi se sacó la llave del bolsillo y se la tendió a Denis. Éste le dio algunos rublos para la compra.

En un puesto de la plaza Alexéi compró Cheburekis, eran unas típicas empanadas rellenas de carne. Compró también un par de botellas de vodka. Los muchachos querían paliar un poco el frío y la noche se podía presentar larga. Pagó los rublos por los alimentos y regresó a la vivienda.

El día había amanecido gris y helado. Con una gruesa capa de nieve sobre los adoquines de la calle que anunciaban la estación más dura en Rusia: el invierno. La vivienda estaba muy fría. Faltaban mantas en los lechos. También una chimenea de carbón para calentar el núcleo de la vivienda, pero él no había tenido en cuenta ese tipo de cosas cuando rentó la casa. Ahora lo lamentaba por Yuri, Denis y Mijaíl.

Todos se reunieron en el pequeño salón y cada uno competía por echar más vaho que el otro por la boca. Mijaíl llevaba la manta enrollada al cuerpo igual que Yuri, Denis llevaba puesta la gruesa capa de lana sobre los hombros. Alexéi pensó que era posible que hiciera más frío en la vivienda que en la calle.

—¡Hace un frío de mil demonios! —exclamó Denis mientras se soplabá aliento en las manos, como si pudiera calentarlas con ese gesto.

—Compraremos una estufa de carbón —ofreció Yuri que rebuscaba entre los botes de latón de la cocina en busca de hierbas de té para calentar.

—¿Pensáis quedaros aquí? —la voz de Alexéi había sonado incrédula.

—Es mejor estar juntos —repitió Mijaíl—. Además, en este lugar pasamos mucho más desapercibidos que en un elegante salón de Petersburgo.

Esa era una deducción lógica.

—Este no es lugar para vosotros —apuntó Alexéi sin dejar de observarlos.

Denis caminó hacia la ventana y miró por ella. Seguía con la manta enrollada sobre el

cuero.

—Todos hemos incumplido la ley. Deberíamos de estar muertos —apuntó Denis sin dejar de mirar tras el cristal helado—. Creo que este lugar es muy apropiado.

Alexéi se había referido a las comodidades de las que habían disfrutado en Jasán. En ese rincón de la ciudad, todo era oscuro y deprimente.

—Volvemos a nuestros orígenes —dijo Yuri que había regresado con las manos vacías. No había encontrado nada que calentar en el pequeño hornillo de leña de la cocina —, aunque será por un corto periodo de tiempo.

Alexéi no estaba tan seguro. Si Dmitri Serguéievich lograba atentar contra el zar, lograría desequilibrar al gobierno zarista. El caos se apoderaría de las calles de las ciudades y la anarquía reinaría por doquier. Todo sería mucho más complicado. Ninguno de los tres hombres jóvenes eran conscientes de lo grave que sería desestabilizar el orden político y militar de un imperio como el ruso.

—Podéis quedaros —admitió Alexéi como si hubiese sido posible otra alternativa—. Nos acomodaremos como podamos.

Yuri y Mijaíl le mostraron sonrisas de empatía.

—Compraremos algunos enseres necesarios y comida —apuntó Denis que había abandonado su puesto en la ventana al mismo tiempo que se quitaba la manta enrollada.

—Por favor, sed discretos —les pidió Alexéi.

Él trataba de no llamar la atención y pretendía que ellos lo imitaran.

—Solo compraremos mantas, víveres y una estufa de carbón —dijo Denis—. Os aseguro que pensé durante la noche encender el hornillo de la cocina.

Esa posibilidad se le había ocurrido a más de uno, sin embargo, el pequeño hornillo de leña no servía salvo para calentar alimentos.

—Hemos quedado con Ivan en Isaakiyevskaya Ploshchad sobre las once —era la plaza más concurrida de la ciudad—. Es una forma de mantener el contacto con Alisa.

Las palabras de Denis dejaron pensativo a Alexéi. Le pareció lógico que ella deseara saber sobre los hombres que habían formado su familia los últimos años.

—Es una buena idea —respondió quedo.

—¿Desea acompañarnos? —preguntó Yuri con ánimo mientras se colocaba la capa sobre los hombros.

Alexéi desistió. Tenía que seguir a Dmitri Serguéievich hasta que controlara cada desplazamiento que hacía y los lugares que visitaba.

—Podéis tutearme. Tanta formalidad me hace sentir viejo.

—¡Eres viejo! —bromearon los tres al unísono.

—Ofrecedle mis saludos y respetos.

—Nos veremos por la tarde —le recordó Denis al mismo tiempo que abría la puerta y

la sujetaba para que salieran Yuri y Mijaíl.

—Llevad cuidado —les aconsejó Alexéi sin dejar de observarlos.

Un minuto después se quedó solo y con el silencio como único acompañante. Sintió un vacío en el estómago y cerró los ojos. Se olvidaba de comer, de beber, incluso de dormir pensando en Dmitri Serguéievich, y eso era algo que tenía que remediar. Tenía que ajustar cuentas con él, y debía hacerlo teniendo todas sus habilidades al cien por cien.

Se dirigió a la alcoba que ocupaba y tomó la gruesa capa negra que se colocó sobre los hombros. Cogió también el sombrero y los guantes. Salió de la vivienda con un propósito concreto y decidido a cumplirlo.

CAPÍTULO 24

Jasán había perdido parte de su vitalidad con la marcha de Yuri, Denis y Mijaíl, mucho más con la ausencia de Alexéi. El día a día se hacía más monótono. Salvo por los chicos Buk y Oleg que con sus discusiones quebraban el silencio que ahora imperaba en toda la vivienda. Alisa deambulaba por los largos pasillos de forma lenta, como si le faltara la energía necesaria para hablar o actuar en la mayor parte del día.

Dmitri Serguéievich había cumplido su palabra, y hasta en tres ocasiones había visitado Jasán de forma imprevista tratando de pillarlos desprevenidos y quizás confiados. Nuevamente había registrado la casa de forma concienzuda, pero salvo ella, Olga, los chicos y el personal de servicio, no había encontrado a nadie. Lo que había aumentado su frustración y testarudez a la hora de dar con Viktor. La amenaza que le había lanzado sobre ser cómplice la había entendido muy bien.

Días atrás Ivan le había comentado el encuentro que había tenido con Yuri, Denis y Mijaíl, no obstante, optó por no contarle que vivían en la misma vivienda de Alexéi. Creyó necesario obviarlo porque, cuanto menos supiera ella, más segura estaría.

Alisa miró a través de los grandes ventanales del salón y observó el exterior. Con las pupilas recorrió la vasta extensión de tierra que había pertenecido a sus abuelos maternos. Jasán, envuelta en las brumas de invierno o iluminada por el sol de medianoche en verano, era una de las dachas campestres más bonitas de Petersburgo. Sin embargo, ahora le parecía triste y silenciosa. Añoraba las risas de los hombres por las mañanas. Las absurdas discusiones sobre cual de ellos era más sagaz y elocuente, y entre esos recuerdos se filtró como arte de magia el día que bailó con Alexéi cuando trataba de darle una lección sobre cómo sujetar y guiar a una señora. Sin apenas darse cuenta, todo quedó en un segundo plano, la música, el entorno, las voces.

Alisa fue consciente de la fuerza de los brazos masculinos. Del fuego de las pupilas que la abrasaban. Del gesto serio y determinante de él al tratar de cuidarla en los pasos de baile para que no perdiera el equilibrio y cayera. Alexéi se había convertido de pronto en un hombre demasiado real. Alisa podría bailar con Yuri, Denis, Mijaíl e incluso Viktor sin que ninguno le despertara esa ansiedad desconocida en el vientre, ni el palpito en su pecho. Simplemente la cercanía de Alexéi lograba desestabilizar sus emociones y convertirlas en un caos. Una madeja de hilo llena de nudos que se enredaban con cada aliento. Con cada caricia de ojos...

Era la primera vez que se enamoraba realmente de un hombre. De su voz, de sus gestos, de su forma de mirarla.

—Un carruaje ha cruzado el paso de los abetos.

Las palabras de Olga Doronina la trajeron con brusquedad al presente.

—¿Un carruaje? —preguntó con cierta sorpresa.

—Ivan ha llegado de Petersburgo con el pequeño Oleg y las compras que encargó — le explicó—. Justo antes de llegar a la casa divisó el carruaje que cruzaba el puente y tomó el paso de los abetos. Cree que es un visitante extranjero.

—¿Un visitante extranjero? —repitió ésta.

Alisa pensó a toda velocidad. Ella no esperaba visita salvo la del comisario, aunque éste solía venir montado a caballo acompañado por dos de sus hombres y nunca en carruaje.

—Prepara un té para nuestro invitado inesperado —le dijo Alisa a Olga.

—Le diré a Ivan que se mantenga expectante y preparado —le aconsejó.

Alisa continuaba perpleja. A Jasán no llegaban extranjeros, y si alguna dama de la nobleza rusa decidía hacerle una visita fuera de las recepciones formales que se organizaban cada mes para ellas, recibía una tarjeta de aviso. Era la primera vez que la casa recibía a alguien de fuera. ¿Por qué motivo habría pensado Ivan que se trataba de un extranjero? Antes de poder profundizar en las preguntas que se hacía, Ivan tocó con los nudillos la puerta del salón. Ella le dio permiso para entrar.

—Lord Simon Manley —anunció.

Si ella esperaba alguna información más al respecto se equivocó. Ivan le pasó la tarjeta de visita. Alisa la tomó entre sus dedos y la observó. Simplemente tenía rubricado el nombre que ya le habían mencionado.

—Que pase.

Ivan actuó como un mayordomo y no como el hombre de confianza que era. Un señor alto y delgado avanzó hacia ella con rostro taciturno. Otro más bajo y grueso lo seguía de cerca.

—Lady Caramel —escuchar el apellido de su padre en labios de un desconocido y con acento británico, le arrancó una mueca.

Tras la muerte de su esposo, ese título se había convertido en un dardo afilado que la lastimaba cada vez que se lo lanzaban en los diferentes eventos a los que asistía, aunque estos se fueron esparciendo en el tiempo cuando abandonó por completo las relaciones con la nobleza rusa.

—Le presentó a mi ayudante, Peter Abbot.

Alisa se sorprendió de que le hablara en ruso.

—Señores —ella les correspondió en el saludo, permitiendo a cada uno de ellos que le besaran la mano—. Les doy la bienvenida a Jasán, y pueden hablarme en inglés, la lengua de mi padre.

Quería que ambos hombres se sintieran cómodos.

Olga hizo su entrada con una bandeja con té. Tras dejarla en la mesilla auxiliar, abandonó la estancia, sin embargo, Alisa no la reprendió por dejarla a solas. Ambos hombres tomaron asiento a instancias de ella mientras Alisa les servía una taza de té a cada uno.

—Y bien —comenzó ella—. ¿Cuál es el motivo de su visita a Jasán?

Alisa pensó que no iba a perder el tiempo dando un rodeo así que se mostró directa. El hombre alto se mostró asombrado al escuchar la pregunta femenina.

—¿Su padre no le habló de mí? —ella negó apenas con un gesto—. Pensé que reconocería mi nombre.

—¿Debería conocerlo? —apuntó de sopetón.

—Por supuesto —contestó él—. Soy su tutor.

La boca de Alisa se abrió perpleja. Cuando se percató la cerró y carraspeó. Se había llevado una sorpresa enorme.

—¿Mi tutor?

No podía parar de hacerse preguntas que parecían irrisorias. Su padre jamás le había hablado de un tutor. Es más, ignoraba que lo tuviera.

—He sido recientemente asignado asesor del embajador inglés en Petersburgo.

Y esa explicación, ¿qué querría decir? Se preguntó.

—No estoy al tanto de los nombramientos políticos —respondió—. Ni por qué motivo me revela que es mi tutor cuando no tengo los medios necesarios para corroborarlo.

—Mis disculpas, lady Caramel —nuevamente el título le arrancó una mueca.

Escucharlo en ese momento en un tono respetuoso no dejaba de ser chocante.

—He servido como diplomático en la India los últimos veinticinco años —le explicó lord Simon Manley—. Ignoraba que su padre había sido asesinado. Lo supe hace cuatro meses cuando concluyó mi trabajo y regresé a Londres.

A ella le parecía irreal que ese hombre distinguido estuviera sentado en su salón y mucho más que fuera en realidad su tutor como afirmaba.

—Pues me alegro de conocerlo Lord Manley, y le aseguro que le encantará nuestra hospitalidad rusa.

El hombre parpadeó al escucharla.

—Si su padre fue asesinado —dijo el hombre de pronto—, ello me convierte en su albacea, lady Caramel.

Si volvía a escuchar el título rompería a reír a carcajadas.

—No queda nada que supervisar lord Manley porque las deudas que me dejó mi esposo cuando murió devoraron toda mi riqueza y patrimonio. Incluso la pequeña fortuna que me dejó mi padre —le respondió—. Además, le recuerdo que soy mayor de edad y viuda para tener tutor.

Lord Manley entrecerró los ojos. Giró la cabeza y le hizo un gesto a su ayudante. Sacó una cartera de piel y tomó un documento que le pasó a ella.

—Por supuesto —reconoció él—. No obstante, soy albacea de sus propiedades en la India por petición de Robert Andrew Caramel —ella no comprendía nada.

—No tengo propiedades en la India —aseveró.

Esa posibilidad le parecía increíble cuando no estúpida. Alisa se quedó pensativa durante unos momentos. Sus abuelos se habían sentido tan defraudados con su padre, que no habían asistido a la boda ni habían consentido en conocer a la única hija que tuvo con Irina Guseva. Ante ese comportamiento irracional, su padre había decidido dejar todo y vender sus posesiones en Inglaterra para establecerse de forma definitiva en Petersburgo. El dinero obtenido por la venta y que le había dejado en herencia lo había tenido que emplear para pagar las deudas de Igor Medvédev, el hombre al que odiaba con todas sus fuerzas a pesar de que estaba muerto.

—Su padre poseía una gran propiedad en Calcuta que no vendió —continuó el tutor informándola—. Tenía que desplazarse hasta la India para hacerlo, e imagino que nunca quiso abandonar Rusia ni por un corto espacio de tiempo, además, por la carta que me envió su padre entendí que vuestra madre no deseaba deshacerse de esa propiedad en particular.

Alisa estaba sorprendida. El hombre le mostró otro documento legal donde quedaba registrado que su padre nombraba a Simon Manley su tutor y albacea de las propiedades que no había vendido.

—Con la muerte de sus abuelos, usted se convierte en la heredera legal de la propiedad de Howard Sotheby's en York. Y también de Zafhar Mazhal, la propiedad que su padre compró en Calcuta.

—No... tenía ni... ni idea —balbuceó Alisa mientras miraba las escrituras de ambas propiedades que lord Manley le había pasado.

—Además debo informarle que su padre fue un inversor próspero en La Compañía Británica de las Indias Orientales.

—¿La Compañía Británica de las Indias Orientales? —Alisa parecía tonta repitiendo cada frase del hombre, sin embargo, estaba demasiado sorprendida para que le importara ese detalle.

—Era una sociedad de inversores muy importante y que obtuvo una carta real de manos de su majestad la reina Isabel I de Inglaterra. Pretendían que les garantizara los privilegios que obtendría del comercio en la India. La carta real dio a la compañía, de la que era inversor su padre, el monopolio de todo el comercio en las Indias Orientales. Con el tiempo, la Compañía se transformó y mejoró, pasando de una simple unión comercial hasta convertirse en la empresa que ha gobernado el comercio de la India hasta su disolución que, lamentablemente, ha tenido lugar este año.

—¿La compañía se ha disuelto? —preguntó, el hombre le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Algunas decisiones y actos que tuvieron lugar en la Compañía Británica de las Indias Orientales provocaron revueltas de cipayos y civiles indios.

—¿Qué acciones? —Quiso saber ella que se sentía muy involucrada en los derechos de los menos favorecidos.

—La rebelión de los indios tuvo diversas causas religiosas, sociales, políticas y

económicas —comenzó el tutor—. Hacía tiempo que los cipayos acumulaban animadversiones contra la Compañía, principalmente por las diferencias étnicas entre los oficiales británicos y las tropas indias, pero no deseo aburrirla con temas políticos y sociales —ella desconocía todo eso. Rusia estaba alejado de todo. Y con los problemas que había sorteado en los últimos años, si había oído mencionar disidencias en Inglaterra, no había prestado atención. Gran Bretaña era para ella un lugar remoto y desconocido—. Al deshacerse la sociedad, su padre ha obtenido grandes dividendos.

—Mi padre... —no pudo continuar.

—La beneficiaria de esos dividendos es su heredera, usted, lady Caramel.

Alisa recordó las penurias que había pasado para proteger y mantener Jasán a salvo. Le parecía todo de una ironía increíble.

—Deseo venderlas —dijo de pronto.

El hombre se mostró asombrado por una decisión tan importante tomada en un instante.

—Se hará como usted desee, lady Caramel. Le aviso que estaré los próximos meses en Petersburgo, y me gustaría que lo reconsiderara.

—¿Por qué?

—Porque para vender una propiedad como la de Zafhar Mazhal, será necesario que se desplace hasta la India... —iba a protestar pero él no se lo permitió—. Mi consejo es que haga uso del dinero que la compañía ha depositado en una cuenta en el banco de Inglaterra mientras medita si desea vender o no Zafhar Mazhal.

—¿La cuenta está a nombre de mi padre?

—Puesto que la compañía desconocía la muerte de lord Robert Andrew Caramel, el dinero de la venta de las acciones fue ingresado en la misma cuenta de siempre.

—¿Tendré algún problema para reclamarlo?

—Ese es mi trabajo como tutor, lady Caramel.

Ella no pudo más que agradecer ese golpe de suerte. Dinero significaba el fin de las penalidades.

—¿Dónde se hospedarán? —se interesó.

—Con el embajador inglés.... —comenzó pero Alisa lo cortó.

—Me gustaría que fuesen huéspedes en Jasán —los invitó.

Lord Manley parpadeó con sorpresa y le mostró un gesto agradecido.

—No es habitual que los asesores diplomáticos se hospeden fuera de la jurisdicción y la protección de la embajada —apuntó él.

—Acepten al menos quedarse a cenar en Jasán. Tengo muchas preguntas que hacerle y vivo algo alejada de Petersburgo.

El hombre aceptó encantado. Tenía un trabajo que concluir y que tenía que ver con la

herencia que le había dejado lord Caramel.

—¿Por qué motivo le nombró Robert Andrew Caramel mi tutor?

El hombre no mostró extrañeza ante la pregunta, aunque sí ante el hecho de que mencionara el nombre completo de su padre como si fuera alguien lejano para ella.

—Ambos servimos en la Batalla de Navarino. Tras la victoria, su padre aceptó un puesto diplomático en Petersburgo, yo lo acepté en Nueva Deli. El exotismo de la India me atraía mucho, aunque lamenté separarme de un buen amigo.

—Por favor, continúe.

Alisa estaba feliz porque tenía sentado en el salón de Jasán a un inglés que conocía a su padre y que le podía relatar sucesos para ella desconocidos. Lo consideró un golpe de suerte.

Se dispuso a escuchar con atención mientras le servía otra taza de té

CAPÍTULO 25

Alisa no se había percatado, pero Alexéi la observaba desde la distancia. Ambos habían coincidido en la plaza Sennaya porque ese día había un gran mercado al aire libre, y que los petersburgueses disfrutaban a pesar de la brisa fría y de la nieve que se acumulaba en los rincones. Para las personas humildes, ese lugar era donde se vivía, trabajaba y se divertía el pueblo, a diferencia de los barrios aristocráticos y de alta burguesía situados cerca del Palacio de Invierno. Buk y Oleg la acompañaban discutiendo entre ellos como era ya costumbre. Cuando Alisa terminó de escoger algunas frutas y verduras, les dio la cesta de mimbre a los chicos y les hizo un gesto que ellos entendieron para que regresaran al carruaje y volvieran a Jasán, ella lo haría en un coche de alquiler. Le apetecía pasear un poco, un segundo después comenzó a caminar. Se dirigió al malecón del Canal Griboiédov hacia el oeste de la plaza. Iba a pasar muy cerca de donde vivía él en el barrio Dostoyevski que era la forma popular en la que se conocía esa zona en particular de la ciudad. Siguió caminando tras ella durante varios minutos hasta que llegaron al Puente de los Leones. Un momento después la vio dirigirse hacia la Catedral de San Nicolás. Alexéi no tuvo ningún reparo en seguirla como si fuera un espía y ella su principal objetivo.

Entró en el recinto sagrado un poco después de Alisa. La oscuridad le impidió verla en un principio, pero cuando sus pupilas se acostumbraron a la tenue luz, la vio sentada en una zona apartada y de espaldas a él. Se situó detrás de la delicada figura. Le gustó la ventaja de saber que ella ignoraba que estaba tan cerca. Que podía escuchar sus oraciones.

El murmullo de sus labios le provocó un vuelco en el corazón.

Estuvo observándola largo tiempo. Admiró los estrechos hombros que la capa cubrían. El largo y sedoso cuello que el moño dejaba al descubierto. Alisa se había quitado el sombrero y los cirios encendidos conferían a sus cabellos un brillo excepcional. Cada vez que se movía, parecía que la acariciaban lenguas de fuego. La escuchó rezar con fervor. De repente, no pudo contenerse más tiempo, se inclinó hacia ella y le puso la mano sobre los hombros. Alisa se asustó por el contacto inesperado e hizo ademán de girarse hasta que escuchó su voz.

—Si fuese un pintor, serías la musa perfecta para inspirarme. —Alisa no se volvió. Cerró los ojos ante el placer y la alegría que le producía escuchar su tono grave. Hacía semanas que no lo veía ni sabía nada sobre él—. Perdóname.

—¿Por qué? —susurró ella.

Alexéi no supo si la voz queda de Alisa era debido a la sorpresa que había recibido o por estar en un lugar sagrado.

—No he podido evitar seguirte —ella se preguntó desde cuándo la seguía. Cuántas veces lo habría hecho sin que ella lo supiera—. Como otras veces.

Había respondido a su pregunta sin que la formulara.

—¿Por qué hoy ha sido diferente? —se refería a la circunstancia de que se lo hubiera dicho.

—Porque vivo en un constante tormento desde que dejé Jasán —ella seguía sin volverse—. Desde que me marché.

Eran las palabras que toda mujer deseaba escuchar alguna vez en su vida. Tras oírlo sí que se volvió y lo miró con atención. Alexéi estaba más delgado y tenía en los ojos un brillo extraño que no supo interpretar. Dentro de la iglesia se estaba en penumbra, pero era capaz de ver hasta su misma alma con solo contemplarlo.

—Eres una sorpresa inesperadamente deliciosa —le dijo al fin con una sencilla sonrisa que derritió el corazón de Alexéi.

El tiempo se paró para los dos. En el silencio y amparados por la oscuridad, pudieron decirse con los ojos muchas cosas. Todas imprescindibles y que podrían negar después si la interpretación de lo que veían resultaba equívoca.

—¡Que hermosa estás!

Alisa bajó los párpados azorada.

—Me alegro mucho de verte —respondió con sinceridad.

El tiempo que habían pasado separados había sido largo, eterno, y lleno de miserias emocionales. Un distanciamiento que los había engullido por completo, y que los había empujado hacia un sentimiento de apatía peligroso.

—¿Todo bien en Jasán?

Alisa tenía muchas cosas que contarle, aunque valoró que el interior de una iglesia no era el lugar más apropiado para hacerlo.

—Si paseas conmigo —le ofreció ella—, te pondré al corriente de todo.

A él le faltó tiempo para sujetarla por el codo para ayudarla a reincorporarse. La guió por el pasillo oscuro antes de pasarle el brazo por los hombros y estrecharla contra su cuerpo que se mostraba ansioso por su contacto.

Ella se dejó abrazar con un profundo suspiro. ¡Lo había extrañado tanto!

Salieron de la iglesia como si fueran una pareja de enamorados, y, durante un instante, Alisa deseó serlo: que ambos fuesen uno de tantos amores que no soportan sobre su espalda la pesada losa de los errores cometidos.

—Los chicos no me preguntan por ti —le dijo ella con voz extrañada. Como si se hubiera percatado que en las visitas que le hacían Yuri, Mijaíl y Denis, omitieran de forma premeditada el nombre de Alexéi.

—Ya son unos hombres —respondió mientras la dirigía hacia un banco apartado del parque.

Entre algunas nubes el sol se dejó sentir, y él pudo contemplarla con todo sus matices y colores.

—Es cierto —aceptó Alisa—. Me cuesta ver que ya no son los adolescentes que recogí hace varios años —soltó el aliento que contenía—, pero los extraño mucho —admitió humilde.

—No eres su madre, Alisa —le dijo él sin intención de herirla pero constatando una verdad innegable—. Tienen que volar.

—Y volarán lejos, lo sé —apuntó triste—. Aunque siempre me preocuparé por ellos allí donde vayan.

Ambos ya estaban sentados en el duro banco de piedra. La brisa arrastraba hojas que iban dejando un rastro desigual en los gastados adoquines.

—La baronesa Daugava ha recibido noticias de Viktor —le informó sin dejar de mirar las hojas marrones—. Viktor creyó necesario no enviar la carta a Jasán para mantener mejor su escondite. —Alexéi se sintió mal por mantener silencio. Ella no debía sospechar que los muchachos vivían con él. Ni que conocía la carta que había enviado Viktor a la baronesa—. Llegó sin problemas a Inglaterra y ya se encuentra instalado en la casa de Milenka.

—Allí estará seguro —terció Alexéi.

—Pero está tan lejos.... —la voz de Alisa había sonado melancólica.

Alexéi sintió el bocado de los celos. Firme, directo. Dejándole una huella profunda a pesar de que las palabras de Alisa no habían sido pronunciadas para provocar esa reacción en su corazón.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Lo quise mucho —admitió ella—. Aunque no como una mujer debe querer al hombre de su vida.

—¿Hubo un hombre así en tu vida?

Alisa miró hacia el cielo. Las nubes dibujaban mapas de nata y vainilla. Era muy hermoso, casi idílico estar allí sentada junto a Alexéi compartiendo confidencias. Él, le sujetaba las manos entre las suyas. Sus cuerpos estaban tan juntos que podían percibir el calor que se transmitían el uno al otro.

Alexéi pensó que Alisa no iba a responderle, y en ese momento se percató de cuánto le importaba la respuesta de ella.

—No tienes que decírmelo si no lo deseas.

Alisa dejó de mirar al cielo y clavó sus pupilas negras en él.

—Igor Medvédev se casó conmigo para ocultar sus apetitos contra natura. Su interés carnal en niños —Alexéi ya lo sabía—. Era una muchacha ignorante que no sabía nada del amor ni del matrimonio. Que acepte la decisión de mis padres porque supuse que era lo que ellos deseaban para mí.

—Los padres siempre buscan la felicidad para sus hijos —esas palabras casi lograron que se le llenara los ojos de lágrimas—. Al menos yo lo quería.

Alisa lo encaró.

—¿Deseas tener hijos?

Alexéi pensó que la pregunta era muy inapropiada para formularla en una parque. Era

una cuestión profundamente personal, y que se merecía una respuesta igual de íntima.

—Una vez los deseé, pero después de pasar por Trubestskoy ya no.

Alisa podía comprender el motivo por el que se expresaba así. Allí le habían hecho cosas horribles, las mismas cosas que le hacían a los niños y adolescentes que eran condenados. Si no se podía proteger a los niños, ¿para qué traerlos al mundo?

—Durante los años que duró mi matrimonio —continuó ella—, mi vida fue un infierno. Igor Medvédev era un ser enfermo y vil. El hombre más despreciable de todos.

—¿Por qué motivo aceptaron tus padres un enlace con él?

Lo desconocía. Sin embargo, no culpaba a sus progenitores de su mala suerte. Sino a un cúmulo de errores y engaños que pagaron muy caro.

—Igor podía ser encantador si se lo proponía, además, era uno de los hombres más ricos e influyentes de Petersburgo —Alexéi pensó que esos motivos serían suficientes para unos padres ambiciosos. Alisa calló un momento—. Sus excéntricos gustos, y desmesurados apetitos carnales lo llevaron a la ruina. Tenía que silenciar muchas bocas. Detener a muchos enemigos.

—Pero no has respondido a la cuestión que te he planteado —preguntó de forma aguda.

—¿Cuestión?

—Si en tu vida ha existido un hombre único.

Alisa tardó unos segundos en responder. Los que necesitó para que en su mente se formara la imagen del único hombre que la había ayudado tras la muerte de su padre.

—¿Un hombre ejemplar a parte de mi padre? —preguntó pensativa—. El doctor que sanó mis heridas físicas —admitió vacilante.

—¿Gustav Lébedev? —se atrevió a inquirir Alexéi.

Alisa lo miró sorprendida. ¿Quién le había hablado sobre Lébedev? Tras un momento de confusión, sonrió sin ganas. Debía de tratarse de Viktor.

—Gustav Lébedev era el primo de mi esposo —aclaró ella.

A Alexéi se le cayeron los esquemas. Ya no sabía qué pensar. Durante muchas noches había pensado en el nombre sin rostro tratando de averiguar cuán importante sería para Alisa. Si lo había olvidado. Si sentía algo profundo e imborrable por él.

—Creo que estaba sumido en un error —trató de corregir Alexéi.

Alisa permitió que la mano de él tomara de nuevo posesión de la suya. Le parecía imprescindible el sentimiento de protección que le transmitía. Era como un alma sedienta que consigue por fin un poco de agua para calmar la sed.

—Gustav Lébedev fue una de las muchas torturas que me infringió mi esposo durante nuestro matrimonio —Alexéi cerró los ojos asqueado. ¿Qué marido podía utilizar a un familiar para infringir daño a su esposa? Lo maldijo una y mil veces—. El niño que concebí y perdí era de Gustav Lébedev. Concebido en una de las numerosas violaciones a

las que me sometió por orden de mi esposo para obligarme a guardar silencio sobre sus apetitos amorales.

Un silencio espeso se instaló entre ambos tras la brutal confesión. Alexéi cerró los ojos y tragó con fuerza. Comparó el trato que le habían dado en la prisión Trubestskoy con el trato que había sufrido Alisa en su matrimonio.

—Me admira que no estés quebrada como yo —la confesión de él le hizo alzar las cejas con un interrogante—. Que hayas controlado tu miedo y tu odio hasta el punto de poder vivir en paz con el mundo y contigo misma.

Alisa sintió deseos de reír. Ella no vivía en paz porque guardaba muchos secretos y demasiado dolor en su alma.

—El milagro fue obra de Viktor —reconoció sincera—. Cuando lo conocí era una mujer desmembrada. Un ser humano desahuciado de la vida —Alisa miró a Alexéi con suma atención para ver la reacción a sus palabras—, como tú en la prisión Trubestskoy.

—¿Cómo se operó el cambio?

—¿De verdad no lo sabes? —le preguntó—. Solo tendrías que observar durante un momento a Viktor para comprender la luz que irradia. La armonía en su espíritu. Su poderosa fuerza de voluntad. El inquebrantable dominio que mantiene sobre sus acciones.

Era cierto. Gracias a ese hombre él se había quedado en Jasán. Le había enseñado una valiosa lección sobre la vida, pero él tenía prioridades que no podía olvidar. El deseo de venganza era como una droga que lo mantenía cuerdo. Vivía y respiraba para ejecutarla, para ver a sus enemigos doblegados a sus pies. Comprobar con sus ojos que regaban con su inicua sangre la tierra reseca.

—Yo no poseo la fuerza de voluntad de Viktor —el humilde reconocimiento de sus limitaciones le arrancó a Alisa una sonrisa—. Vivo para vengar a mis padres. Respiro para ejecutar mi venganza, y nada ni nadie me apartará de ella.

Alisa separó el rostro para que Alexéi no se percatara de cuánto la había herido con sus palabras. Viktor logró enseñarle que el amor era más fuerte que el odio. El perdón más fuerte que la venganza. La verdad más fuerte que la mentira. Durante mucho tiempo Alisa había sido un ser vacío. Un alma en pena que no encontraba el camino para redimirse.

—¿Y tú? —contraatacó ella—. ¿Ha existido en tu vida una mujer única?

Alexéi se merecía esa pregunta, sin embargo, a ella no la habían hostigado los celos para formularla. Lo preguntaba como mera curiosidad, y ese detalle logró molestarlo aunque no lo demostró.

Simplemente hizo un gesto negativo con la cabeza antes de sincerarse.

—Mi ilusión fue el ejército, y los hombres que estaban bajo mi cuidado. —Alisa le apretó los dedos de forma comprensiva—. Mi vida quedó dividida entre el ejército y la prisión Trubestskoy.

Ya no se dijeron nada más durante un tiempo largo. El que necesitaron para ordenar sus pensamientos. Para calmar los latidos de ambos corazones que se habían lanzado a un galope temerario por el hecho de estar de nuevo juntos.

—Acompáñame —le dijo de pronto Alexéi—. Tengo una sorpresa que te encantará conocer.

Alisa se preguntó hacia donde la dirigía con tanto ímpetu, pero lo siguió sonriente porque encontrarlo y poder conversar con él era un regalo inesperado que pensaba aprovechar al máximo.

—¿Dónde me llevas? —quiso saber.

—Deseo mostrarte el lugar donde vivo.

CAPÍTULO 26

Alisa irradiaba felicidad. Jamás podría haber sospechado que el encuentro casual con Alexéi la iba a acercar tanto a lo que era su vida en ese momento.

Observó la estancia con atención, sin perderse detalle. La vivienda de Alexéi logró sorprenderla porque no era lo que esperaba. Las ventanas no tenían cortinas. Los muebles estaban gastados y viejos, pero se respiraba vida en el interior. Complicidad. Alisa se percató que no vivía solo en el pequeño apartamento. Había libros, prendas, y demás objetos variopintos que mostraban la convivencia de una familia compenetrada. Pudo oler el aroma del té que todavía se respiraba en el ambiente. El olor de los bollos de mantequilla mezclado con el peculiar aroma de la leña en el fuego.

—No es Jasán —le dijo él mientras la ayudaba a deshacer el nudo que cerraba su capa al cuello.

Alisa se quitó el sombrero y los guantes de piel.

—Me alegra saber que compartes vivienda —apuntó ella—. La soledad es el peor enemigo que existe.

En su voz se apreciaba una nota de amargura.

—Mis compañeros de renta son bastante peculiares, lo admito —dijo él con una ligera sonrisa que lo transformó por completo—. ¿Deseas un té? —Alisa negó—. ¿Un poco de vodka tal vez?

Alexéi se burlaba de ella y por ese motivo decidió seguirle el juego.

—Un poco de vodka estará bien.

Él, no le permitió arrepentirse de su elección. Buscó dos vasos y vertió en ellos un par de centímetros del fuerte licor espirituoso. Se giró hacia Alisa y le tendió el vaso. Ella lo tomó sin un parpadeo.

—Por Jasán —brindó Alexéi.

—Por Jasán —aceptó ella.

Ambos se bebieron el vodka de un trago, y si Alexéi esperaba algún carraspeo por parte de ella, se equivocó. Alisa le tendió el vaso para que le pusiera más licor.

—Puedes emborracharte —le advirtió.

—No conozco una forma mejor para entrar en calor.

Esas palabras lograron que Alexéi entrecerrara los ojos. La había invitado a su vivienda porque ansiaba abrazarla, besarla, y un jardín al aire libre no era el lugar más apropiado para hacerlo. La había traído a la casa porque deseaba mirarla hasta saciarse. Necesitaba sentirla como aquella única vez en Jasán cuando le confesó lo mutilado que estaba tanto emocional como físicamente.

—Yo sí conozco una forma mejor de hacerte entrar en calor.

Alexéi se abalanzó sobre ella con desesperación. La encerró entre sus brazos y buscó

los labios femeninos para besárselos con un anhelo desconocido. Como si pretendiera beberse el aliento de Alisa hasta dejarla sin un suspiro. Ella le correspondió en el abrazo. Le permitió que atacara sus sentidos porque lo deseaba tanto o más que él, y durante muchos minutos solo se escucharon en el apartamento los jadeos y los murmullos de placer que ambos sentían.

Las manos de Alexéi buscaron los botones del vestido de Alisa para abrirlo. Encontrar el calor de la piel de ella se había convertido en su máximo objetivo, pero la delicada mano lo detuvo cuando casi había alcanzado su meta. Seguía besándola mientras la dirigía hacia la alcoba. La recostó en el estrecho pero blando lecho y la acomodó entre sus brazos para continuar deleitándose con su sabor. Con el delicioso aroma que desprendía su piel. Otra vez trató de llegar al busto que ansiaba saborear y acariciar, no obstante, la mano de Alisa lo detuvo. Alexéi inclinó la cabeza para arrancar con los dientes los botones que ella se esmeraba en mantener cerrados.

—Necesito tocarte —le explicó—. Lamerte para comprobar si tu sabor es tan dulce como tu olor.

Alisa respiraba hondo para tratar de controlar los latidos y la respiración. Cuando Alexéi la besaba, le provocaba un caos mental del que le resultaba imposible poner orden.

—Espera... —le dijo en un murmullo de voz—, deseo que me hagas el amor como aquella noche en Jasán —le suplicó.

Alexéi recordó que se había abalanzado sobre ella y sin desnudarla la había penetrado como un loco. Se había portado como un mozuelo sin experiencia, si bien ahora quería hacerlo de forma mucho más lenta. Necesita verla. Memorizar con sus manos cada recoveco de piel satinada.

—Allí me comporté como un adolescente ante su primera vez —trató de explicarle—. Aquí soy un hombre que desea hacerte el amor de una forma completa y absoluta —la mano de Alexéi alcanzó los botones. Sus ojos no se perdían detalle del rostro femenino. De los mensajes contradictorios que le enviaban.

—¡No! —exclamó ella de nuevo—. No me desnudes —le pidió—. No lo necesitas para hacerme el amor.

—Deseo hacerlo.

La parte superior de su vestido ya estaba prácticamente abierto. Lo único que se interponía entre la piel femenina y los ojos de Alexéi era una fina camisola.

—¡No! —volvió a exclamar con un tono de voz ronco.

Alexéi creía conocer el motivo de la tajante negativa femenina.

—No te preocupes Alisa, de verdad que no —a ella se le llenaron los ojos de lágrimas—. Ya he visto tus cicatrices y no me importan. Solo quiero besarlas.

Alisa giró el rostro tratando de contener las lágrimas. Era una mujer fuerte que tenía una única debilidad. Cuando trató de colocar la tela de su vestido sobre su escote, Alexéi se inclinó hacia ella para impedirsele. De nuevo atrapó la tierna boca y tomó posesión de ella de una forma completa. Alisa decidió cambiar de estrategia porque ansiaba que le

hiciera el amor, sin embargo, no deseaba que viera ni tocara sus marcas de esclavitud pues así las consideraba. En los años que había durado su matrimonio, había sido una esclava a merced de un amo cruel y violento.

Mientras Alexéi la besaba y le volvía a abrir el escote de su vestido, ella hizo lo mismo con la bragueta de él. Cuando los pantalones cedieron a la presión de sus dedos, dirigió la mano hacia sus glúteos y acarició la grieta que los dividía. Alexéi saltó como un resorte del lecho y la miró con ojos que destilaban ira y confusión.

Alisa no supo si los jadeos y la dificultad que tenía al respirar había sido provocado por lo que sentía hacia ella, o porque había intentado acariciarlo.

—¡Jamás vuelvas a tocarme ahí! —exclamó en un tono de voz amenazante.

Alisa se reincorporó en el lecho y lo miró con infinita pena.

—Y no lo haré si tú me lo pides —concedió con un hilo de voz—. De la misma forma te pido que respetes mi opinión sobre ver y besar mis pechos.

Alexéi la miró sin comprender. A él le gustaban sus pechos a pesar de las marcas. Quería besarlos, lamerlos, succionarlos.

—Ya he visto las cicatrices de tus pechos y no me importan —le recordó Alexéi.

Ella tomó aire y lo contuvo dentro de su cuerpo antes de responder.

—Ya he visto tus cicatrices y no me importan —le respondió utilizando sus mismas palabras.

—¡No es lo mismo, por San Nicolás! —Alexéi se mesó el pelo de forma brusca. Estaba plantado frente a ella con los pantalones caídos hasta la mitad de las caderas. Podía ver con claridad la uve de bello rubio del comienzo de su pubis y que él no trató de ocultar—. ¡Me violaron! —confesó herido en su hombría.

Alisa cerró los ojos con cansancio. Las lesiones de Alexéi no eran solo físicas sino emocionales. Las mismas que ella había sufrido en el pasado, y que había logrado superar gracias a su fuerza de voluntad y a un hombre excepcional como Viktor.

—¿Y cómo crees que me doblegaba mi esposo? —le preguntó ronca.

Los ojos de Alexéi la miraron sin comprender, y cuando su mente captó el significado, soltó un exabrupto.

—¡Alisa! —logró exclamar con ira y consternación en el mismo porcentaje.

Ante Alexéi se abría un sin fin de nuevas formas de tortura que jamás habría podido llegar a imaginar.

—Si no deseabas que viera tus pechos, ¿por qué motivo me los enseñaste?

Ella tardó una eternidad en responder, aunque lo hizo al fin.

—Era mi forma de ayudarte en tu recuperación. Mi propósito era que no te sintieras en desventaja porque yo había visto tus cicatrices. Tu tortura, que era similar a la mía.

—No es lo mismo —siguió defendiendo él.

Ahora sí que tuvo que controlar las ganas que sentía de llorar.

—¿Porque eres hombre? —quiso saber.

—Porque me ultrajaron hombres —matizó de forma concluyente.

Alisa abrió la boca atónita por la respuesta.

—¿Tratas de decirme que si me hubiesen ultrajado mujeres estarían mejor justificados mis sentimientos de odio, rechazo y repugnancia? —Alexéi no sabía qué decirle. Se encontraba enredado en una situación de la que no tenía control ni sabía cómo alcanzarlo—. ¿Qué la felonía es menor porque la efectuaron hombres?

—No quise decir eso —se justificó él—. Me has interpretado mal.

Alisa estaba perdiendo el control.

—No deseo que veas mis pechos ni que los acaricies —le dijo elevando la voz y sin apartar las pupilas de las masculinas—. Me duelen. Me avergüenzan. Son mi debilidad. El recordatorio constante de un monstruo... —ya no pudo continuar.

—Alisa... —pronunció el nombre, pero no se acercó hasta ella porque supuso que sería rechazado.

Alexéi había encarado mal todo el asunto, era consciente de ello. Sin embargo, Alisa había cometido un acto suicida al tratar de acariciarlo allí donde se sentía ultrajado, vulnerable, avergonzado.

—Será mejor que me marche —dijo ella.

Escuchó sus palabras pero su mente no fue capaz de registrarlas. Seguía en la misma postura. Tenso. Respirando de forma anárquica. Mirando sin ver.

—No quise hacerte daño —admitió quedó.

Alisa lo miró durante un instante largo y lleno de incertidumbre.

—Yo tampoco, Alexéi, yo tampoco.

Instantes después Alisa abandonó la vivienda con pasos rápidos. Cuando llegó a la escalara de bajada apenas veía nada porque tenía los ojos anegados en lágrimas. Lloró por ella, por él, por la miserable vida que les había tocado vivir. Se desconsoló tanto y de tal manera que cuando llegó a la calle tuvo que apoyarse en la pared para dar salida a la angustia que sentía.

Alisa estaba rota. Sus sentimientos se habían convertido en cenizas grises que ya no servían para nada. Le dolía Alexéi. La afligía su forma de verla y tratarla. Con su comportamiento, con sus palabras, la había empujado a un callejón oscuro y donde la única forma de salir era continuar avanzando a pesar de la negrura que la engullía y el silencio que la aplastaba.

Se secó el rostro con el tejido de su capa. La prenda que había cogido sin mirar porque su urgencia en salir de la vivienda había sido demasiada para detenerse a comprobar si la prenda era suya o de otra persona que morase allí. Alisa recompuso su ropa y comenzó a caminar. Primero un paso, después otro. No miró hacia atrás, a pesar del deseo que sentía de hacerlo. Continuó alejándose de Alexéi y sus demonios. Del amor que

sentía y del rechazo que le provocaba. Respiró hondo de forma repetida y continuada porque era la forma más eficaz de contener el llanto. Detuvo un carruaje de alquiler y logró dar la dirección al cochero sin que le temblara la voz. Cuando metió la mano en el bolsillo de su capa para buscar el pequeño monedero se percató que esa capa no era la suya. La había llevado encima sin darse cuenta que el tejido arrastraba un palmo por el suelo. Además, se había dejado el sombrero y los guantes en la vivienda de Alexéi.

—Le pagaré cuando llegemos a Jasán —le dijo al cochero.

Una vez en el interior oscuro, se sentó en el mullido asiento y se abandonó a la desdicha.

CAPÍTULO 27

Cuando Denis llegó al apartamento todo estaba a oscuras. El silencio inundaba cada rincón de la vivienda, y se preguntó dónde estaría Alexéi. Era muy tarde, y aunque Yuri y Mijaíl no regresarían hasta bien entrada la madrugada, el militar no solía trasnochar. Siempre llegaba a la vivienda mucho antes que ellos, e incluso en ocasiones les preparaba algo ligero para tomar antes de que se marcharan a dormir. Era el perfecto hermano mayor, el que nunca habían tenido por las circunstancias de la vida de cada uno.

Husmeó el aire y arrugó el ceño. El pequeño salón olía a perfume de mujer. Inspiró más profundo y lo reconoció, ¡era el perfume de Alisa! Se desató la capa y la dejó colgando del sillón junto a los guantes y el sombrero. Encendió la lámpara de gas y la tomó decidido. Nunca le había gustado especialmente la oscuridad porque le recordaba a los días que estuvo preso en Trubestskoy.

Cuando la suave luz amarilla lo impregnó todo, contempló el resto de estancias, pero no había nadie. La última en revisar fue la de Alexéi, y entonces lo vio tumbado de espaldas al lecho. Con el brazo izquierdo se tapaba el rostro, y estaba a medio vestir o medio desvestido no tenía modo de saberlo. Denis ignoraba que llevaba en esa postura horas: todas las que se habían consumido desde la partida de ella.

—Me pareció oler el perfume de Alisa.

Alexéi no lo miró. Seguía con el rostro parcialmente tapado. Denis pensó que podría estar durmiendo, en el último instante le respondió.

—Se marchó hace mucho tiempo.

El rostro de Denis fue un cúmulo de sensaciones que iban desde la sorpresa a la duda. ¿Por qué no lo había esperado? Se llamó estúpido un montón de veces. Alisa ignoraba que ellos vivían con Alexéi.

No le habían dado la oportunidad de negarse. Los tres se habían instalado junto a él sin un asomo de reparo. Observando la escena, Denis se percató que había una botella de vodka vacía junto al lecho. Si sus deducciones eran ciertas, era la primera vez que veía al militar ebrio. Su mente se llenó de interrogantes. ¿Qué habría sucedido en el apartamento? ¿Por qué tenía Alexéi ese gesto inusual de derrota en el cuerpo?

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció sincero.

—¿Puedes borrar el pasado?

Denis optó por sentarse en el arcón situado a los pies del lecho. Alexéi no se movió ni abrió los ojos.

—Nadie puede limpiar el pasado salvo uno mismo —le contestó con doble intención.

—Entonces, no puedes ayudarme. Nadie puede.

Denis cruzó una pierna sobre la otra en un claro gesto de paciencia.

—Soy bueno escuchando —se ofreció—. Es la cualidad que más aprecian las damas sobre mi persona, adoran que las escuche todo el tiempo.

Alexéi chasqueó la lengua con hastío. Se había pasado las últimas horas lamentándose. Cociéndose en su propio jugo de insatisfacción. Cuando Alisa no estaba presente, la meta de su venganza se hacía clara y cercana, pero cuando ella lo perturbaba con su presencia, se volvía un títere del que manejaba los hilos un destino caprichoso y voluble.

—¿Quieres más vodka? —lo tentó Denis.

Alexéi pensó que todo el alcohol del mundo no lograría calmar los sentimientos autodestructivos que sentía. Por momentos hervía de odio. En otros la sensación de derrota era tan grande que sentía que se ahogaba. Estaba dividido entre la venganza y el amor. Unos días el primero era demasiado intenso, tanto que eclipsaba por completo al segundo. No obstante, esa tarde el segundo se había impuesto sobre el primero y lo había dejado tambaleando y cubierto de incertidumbre.

—Yo sí necesito un poco de vodka.

Denis lo dejó solo y Alexéi aprovechó para sentarse sobre el lecho. Pasó con ternura la palma de la mano sobre la colcha como si quisiera atrapar con ese gesto el recuerdo de Alisa. Sus dedos tropezaron con un botón del vestido de ella, y soltó un juramento obscuro.

—¿Te has caído? —escuchó que preguntaba a Denis desde la otra estancia.

Un momento después regresaba con una botella de vodka y dos vasos. Los llenó casi hasta el borde y le pasó uno a Alexéi que lo tomó por inercia.

—Si la amas, no deberías tratar de negártelo.

Denis le soltó la frase así de sopetón, y el corazón de Alexéi sufrió un sobresalto que se reflejó en la mano que sostenía la bebida. Derramó sobre sus pantalones la mitad del líquido.

—¡Maldita sea! —exclamó con voz ronca.

—Lo lamento —se disculpó Denis—, no pretendía alterarte.

Alexéi lo miró y se preguntó en qué momento había encendido las luces del apartamento. En qué momento lo había zarandeado para sacarlo del estupor dañino en el que se encontraba. En qué momento se había despertado en él las ganas de golpearlo hasta dejarlo sin sentido.

—No lo has hecho —mintió de forma queda.

Alexéi se tomó de un trago el vodka que quedaba en el vaso.

—Yuri y Mijaíl no se van a creer esto, ni aunque lo jure sobre la tumba de Ivan el Terrible.

Alexéi hizo amago de levantarse, no obstante, lo pensó mejor. Denis estaba repantigado en una silla y parecía muy cómodo conversando con él. Bebía pequeños sorbos, como si saboreara el fuerte licor.

—¿Qué cosa no se van a creer Mijaíl y Yuri? —preguntó mientras le extendía el vaso para que se lo llenara de nuevo.

—Que nos hemos puesto de vodka hasta las cejas. —Alexéi terminó por sonreír ante la ocurrencia—. El pragmático y controlado capitán de los húsares bebiendo junto al mejor oído de todo Petersburgo.

—Nunca he pertenecido al regimiento de caballería de los húsares —admitió sin dejar de mirar el rostro de Denis.

—Solo bromeaba —confesó el joven con un movimiento leve de la cabeza.

—Háblame sobre Alisa —pidió de pronto.

Denis mostró en su rostro la sorpresa que le produjeron las palabras del militar.

—¿Qué deseas saber?

—El nombre del doctor que la atendió cuando perdió al bebé que esperaba.

La sorpresa aumentó en Denis. Le costaba comprender que si Alisa le había hablado de su aborto no le hubiera mencionado el nombre del doctor.

—Nicolái Golitsyn.

La mente de Alexéi trato de recordar el nombre, si bien no lo consiguió. Le resultaba completamente desconocido. Sin embargo, ahora que conocía el nombre del amor de Alisa se sentía peor.

—¿Vive? —se obligó a preguntar.

Denis no vio peligro ni segundas intenciones.

—Es el médico personal de la baronesa Daugava —Alexéi tenía que haberlo sospechado—. Su hogar está muy cerca del puerto.

—Me gustaría conocer más detalles.

—Podrías preguntarle a Alisa directamente.

No pensaba hacerlo ni aunque su vida dependiera de ello. Estaba celoso de un hombre que no conocía, pero del que estaba dispuesto a saber hasta el mínimo detalle.

—Hay aspectos que es mejor que los cuente un hombre. —Denis entrecerró los ojos ante el comentario que le había sonado despectivo—. Lo siento —se disculpó Alexéi sincero—, no pretendía parecer grosero.

—Pues me lo ha parecido —protestó el otro.

—Alisa es un enigma del que no tengo todos los datos —confesó mientras se bebía el vodka que le había servido Denis—. Es el huracán que zarandea mis sentimientos y emociones. Cuando pasa a mi lado todo lo que pienso se desdibuja en el tiempo y en la forma.

—¿Se lo has dicho? —no hizo falta que lo confirmara. La expresión de Alexéi resultó elocuente y muy reveladora—. ¡Estás enamorado!

—Hasta los huesos —confesó con cierta turbación. La risa de Denis lo pilló desprevenido—. ¿Te resulta gracioso? —inquirió algo molesto. No llevaba bien las burlas cuando decidía sincerarse sobre lo que sentía.

—En absoluto —respondió Denis—. Me resulta cuanto menos interesante.

—Alisa es un ser hermoso, inteligente y lleno de vida.

—No es necesario que enumeres sus virtudes —lo aplacó Denis—. Soy consciente de la maravillosa mujer que es. Creo que todos la amamos —Alexéi se puso en guardia tras escucharlo, pero se equivocó en la apreciación—, aunque no de la manera que la amas tú.

—¿Qué fue del médico? —Alexéi tenía ganas de seguir conociendo más detalles sobre el hombre que había amado Alisa.

—Cuando Igor Medvédev descubrió lo que sentía Alisa, ordenó asesinarlo.

—¡Un hombre no puede actuar tan impunemente!

—Cuando se es un hombre con el poder de Medvédev, sí. —Durante unos momentos, ambos hombres se quedaron en silencio contemplándose.

—Entonces está mejor muerto —afirmó Alexéi.

—Afortunadamente tuvo el final que se merecía —las pupilas de Denis brillaron de una forma enigmática al decirlo—. Si estuviera vivo, creo que lo mataría con mis propias manos.

Denis siguió desgranando detalles sobre la vida de Alisa antes de enviudar.

—Si Alisa mostraba interés por algo o por alguien, su esposo se encargaba de destruirlo. —Alexéi no podía creer que un hombre fuera tan monstruoso—. Le cortó la patas a su mejor semental y lo dejó morir desangrado —continuó explicándole con todo lujo de detalles. Alexéi cerró los ojos con pesar—. Envenenó a su perro, y despidió a toda doncella o sirviente que le mostrara un poco de empatía. Hizo de su vida un infierno.

—Creo que no deseo saber nada más.

La verdad era mucho más cruel de lo que Alexéi se había imaginado. Y se maravilló y la amó todavía más.

—Lo peor de todo es que su esposo la privó de la posibilidad futura de ser madre. Es la parte que peor lleva.

Alexéi entendía ahora mucho mejor el motivo para ocuparse de los niños de la calle con ese altruismo y dedicación. Sin pretenderlo, todavía le quedaba escuchar una parte sobre ella que lo iba a dejar asqueado. No se había percatado que Denis había bebido más de la cuenta, por ese motivo no sujetaba su lengua ni escatimaba en detalles sobre Alisa. Casi se arrepentía de haberlo incitado a que le contara.

—Cuando su esposo murió en el incendio, todo el mundo la culpó. Le negaron el saludo y comenzaron a darle la espalda en los diferentes eventos a los que asistía. Esa actitud le impidió mantener de forma natural la relación con el resto de mujeres de la nobleza. De pronto se convirtió en una paria social.

—Me sorprende la capacidad que tiene de superación. Nunca he conocido a una mujer igual —la valoró Alexéi.

—Ni la conocerás —afirmó Denis que ya comenzaba a trabársele la lengua.

—Creo que es mejor que no bebas más —le aconsejó cuando fue consciente que la botella de vodka estaba prácticamente vacía.

—Las cosas que le hacía hacer el comisario Nicolay Visílievich cuando lograba detener a uno de los chicos, todavía me provoca náuseas. —Alexéi no quería seguir escuchando—. La chantajeaba. La doblegaba...

—¡Basta! —exclamó Alexéi que había cerrado los ojos ante el horror y la repugnancia que sentía.

—Pero nos amaba tanto. Éramos tan importantes para ella que no le importaba rebajarse para liberarnos de las garras de Visílievich.

Alexéi terminó por recostarse de espaldas en el lecho. Le temblaban las piernas y le costaba respirar. Se tapó los ojos con la yema de los dedos y se percató que se le humedecían.

¿Qué ser humano podía soportar semejante felonía? ¿De qué material estaba hecha Alisa Guseva? Cuando pudo controlar de nuevo la respiración miró hacia Denis y comprobó que se había quedado dormido en la silla. Respiró hondo y se dispuso a llevarlo a su alcoba. No quería pensar. No quería sentir, y su sufrimiento le parecía cada vez más lejano e insustancial.

CAPÍTULO 28

No tendría que estar en la recepción que se daba en ese momento en el palacio Kuskaia. Le tenía mucho aprecio a la baronesa Daugava, pero aceptar su invitación había sido una insensatez porque la nobleza no había olvidado el sentimiento de rechazo que sentían hacia ella. Alisa seguía siendo el chisme del que todos opinaban. Sin pretenderlo continuaba alimentando las críticas en las diversas reuniones y eventos que se celebraban en la ciudad, por ese motivo había decidido apartarse de ese mundo años atrás, sin embargo, la baronesa había insistido en que asistiera, y ella no había podido negarse por el gran respeto que le profesaba.

Seguía de pie en uno de los rincones del enorme salón bellamente decorado. Sostenía en su mano una copa de champán que ya se le había calentado, pero su interés estaba centrado en la numerosa multitud que llenaba el palacio, y en la diversidad de personajes que frente a ella desfilaban ignorándola por completo. Aunque lo prefería así. Todos le parecían unos hipócritas. Unos falsos que se regodeaban en sus miserias. Petersburgo estaba sumido en la más absoluta ruina moral, pero en esos círculos parecía que no llegaba el infortunio ni la mezquindad cuando ella sabía que no era cierto. Los nobles eran unos avariciosos desgraciados llenos de ego.

Alisa pensó en Alexéi, en el momento de la separación de ambos, y que tan mal sabor de boca le había dejado. Si ahora regresara atrás, permitiría que él le hiciera el amor porque era lo que más ansiaba en el mundo. Dejaría atrás sus escrúpulos, su ira, y se centraría en agotar los minutos a su lado porque eran pocos y efímeros.

—¿Qué haces aquí tan sola? —la pregunta de la baronesa la trajo de forma brusca a la realidad.

La música se escuchaba de fondo, y los invitados disfrutaban con conversaciones sobre la política de Rusia, aunque sin profundizar. A ninguno le gustaba escarbar más de lo necesario en temas que consideraban problemáticos.

—Estaba observando a los invitados —respondió concisa.

La baronesa aceptó una copa de champán que uno de los criados le sirvió. Y durante unos minutos ambas mujeres se mantuvieron en silencio. Cada una observando un punto determinado del salón. De pronto, Alisa lanzó un gemido de angustia e hizo que la baronesa la mirara con suma atención.

—¿Qué sucede? —los ojos de Alisa estaban clavados en un hombre que acababa de hacer su entrada en la estancia—. ¡Gustav Lébedev! —exclamó la baronesa—. No estaba invitado a la recepción —Alisa había cerrado los ojos para ocultar el brillo de miedo que acudió a ellos.

Junto a Gustav Lébedev se situó Dmitri Serguéievich. Los dos hombres observaban con atención a los invitados congregados, como si buscaran algo.

—Me marchó —Alisa dejó la copa sobre una de las bandejas de plata que había colocadas en lugares estratégicos de la sala, y donde los sirvientes las recogían sin hacerse notar.

—No permitas que vean que les tienes miedo.

No era miedo, se dijo Alisa, sino un terror atávico.

—No debí aceptar la invitación —admitió con un quejido que sonaba completamente arrepentido.

Y era cierto. Durante años se había mantenido alejada de cualquier evento social porque no quería provocar un encuentro con la persona que le había causado tanto daño en el pasado. Lo había llegado a odiar incluso más que a su propio esposo.

—Las malas hierbas proliferan —dijo la baronesa observando a los dos hombres que analizaban a cada invitado con un desdén que rayaba el desaire—. Te pediré un carruaje —ofreció la baronesa.

Alisa ya se daba la vuelta para escapar rápida aunque con toda la dignidad que le permitía el pavor que sentía.

—Esperaré en el vestíbulo —concedió Alisa, y sin mirar atrás.

—Le pediré a Nicolái Golitsyn que te acompañe —sugirió la baronesa.

—De verdad que no será necesario.

Cuando ya le faltaba poco para alcanzar la puerta de salida un hombre se cruzó en su camino y le impidió avanzar. Ella no lo miró, no podía hacerlo porque se quebraría allí mismo. Recordaba perfectamente su olor, y a su garganta subió un estertor de vómito que logró controlar a duras penas.

—¿Cómo es posible que te marches sin saludar antes a la familia? —el hombre cogió su mano pero ella la soltó de forma brusca. Se insufló valor para alzar los ojos y los clavó en Gustav Lébedev; el comisario se había posicionado a su lado de forma intimidante—. ¿Conocías a mi prima, Alisa Guseva? —le dijo al comisario.

—He tenido el placer de saludarla en Jasán —confesó éste al mismo tiempo que se inclinaba sobre ella y le besaba la mano—. Me llevó hasta allí un asunto inconcluso con uno de sus invitados —Alisa deseó frotar la piel en el tejido de su vestido para limpiar el contacto que habían mantenido—. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

Alisa sopesó no responderle. No hizo falta porque la baronesa acudió en su ayuda. Regresaba de dar las órdenes pertinentes para que le prepararan un carruaje para volver a Jasán.

—¿Qué lo trae por Kuskaia, señor Lébedev? —le preguntó la baronesa con voz fría—. Aunque agradezco que no tomara en cuenta mi omisión al no enviarle una invitación formal.

Con esas palabras le había dejado claro que no había sido invitado de forma premeditada. El hombre no pudo responderle porque en ese preciso momento hacía su espectacular entrada el zar Alejandro. Alisa se encontró retrayéndose hacia el punto más alejado de la entrada. Como la atención de los dos hombres ya no estaba puesta en ella sino en el zar, vio el momento idóneo para desaparecer. No fue lo suficientemente rápida. Alguien la sujetó del codo y ella giró la cabeza soliviantada, era Nicolái Golitsyn, que había acudido en su ayuda por petición de la baronesa. El hombre mayor y de cabellos

blancos le sonrió con verdadero afecto. Alisa sintió deseos de llorar porque su mente se llenó de recuerdos de su vida pasada. Nicolái Golitsyn había sido, en su mundo limitado, una tabla de salvación. Un vaso de agua fresca en medio de su sequía emocional.

—Lamento mi ausencia que no ha sido premeditada, se lo aseguro. Me despisté un momento —le dijo él. La atención de Lébedev y de Serguéievich regresaron de nuevo a ella—. ¿Nos vamos? —le preguntó Golitsyn.

Alisa se cogió al brazo masculino como si tratara de huir de un fuego que amenazaba con consumirla.

—No puedes dejar la recepción —le dijo Lébedev intentando cogerla del brazo.

Nicolái Golitsyn fue muy rápido y logró impedir que la sujetara.

—Confío que no haga una escena, señor Lébedev —le advirtió—. Estamos en Kuskaia, y bajo la presencia del zar.

El primo de su esposo apretó los labios en un claro gesto de ira. Por supuesto que no pensaba dar un espectáculo cuando varias miradas ya se habían posado sobre ellos.

—Tengo que hablar con mi prima Guseva —ordenó sin contemplaciones.

Alisa no pensaba quedarse ni un minuto a solas con el hombre que detestaba con todas sus fuerzas.

—Necesito hospedarme en Jasán pues asuntos urgentes me reclaman en Petersburgo.

El suspiro largo y caliente que lanzó Alisa hizo que Golitsyn cubriera la mano que ella mantenía sobre su brazo en un intento de tranquilizarla.

—Es impensable que pueda hospedarse en Jasán —le dijo el hombre que ya les hacía una breve inclinación con la cabeza a modo de despedida.

—¿Por qué? —inquirió Lébedev con voz aguda—. No tengo más familia en Petersburgo que la esposa de mi primo.

Alisa sentía que se iba a desmayar de un momento a otro. Hospedar en Jasán al primo de su esposo era el último de sus pensamientos.

—No es apropiado —le dijo Golitsyn—, recuerde que Alisa Guseva es una joven viuda con una reputación que mantener.

Las cejas pobladas de Lébedev se alzaron con sorna.

—Mi petición no admite negativa —espetó de pronto—. Necesito hospedarme en Jasán y no hay nada que ella pueda argumentar al respecto.

Alisa miró al hombre de forma directa. Sujetando a duras penas la aversión que le provocaba.

—Entonces iré a Jasán y daré órdenes de que le preparen una alcoba —la voz había salido seseante—. Y ahora si me disculpan.

Alisa abandonó la vivienda de la baronesa con el alma en vilo. Una de sus peores pesadillas acababa de hacerse realidad. Uno de los monstruos de su pasado regresaba para atormentarla. Golitsyn la ayudó a subir al carruaje, pero contrariamente a lo que había

esperado Alisa, tomó asiento frente a ella.

—¡Oh! Pero... no... no hace falta que me acompañe —la voz se le había quebrado.

—No pienso dejarla sola cuando está tan alterada —reveló firme.

Alisa sentía un nudo en su garganta que aumentaba de tamaño hasta impedirle respirar con normalidad.

—Una vez lo hice, y todavía sufro remordimientos. —La mujer cerró los ojos y giró el rostro hacia la ventanilla tapada—. No pienso abandonarla.

Mientras el carruaje seguía su destino, el corazón femenino se llenaba de angustia e incertidumbre. Pensó en su esposo muerto. En el primo de él que la había tratado como si fuera un animal. Y frente a ella tenía sentado al único hombre que había admirado y querido porque se había mostrado con ella amable y cariñoso.

—Aquello ya está olvidado —le dijo Alisa en un susurro.

—No lo está —sentenció él—. Al menos, no para mí.

Un recuerdo doloroso acudió a la mente de Alisa. Vislumbró el momento exacto en el que Golitsyn estuvo bajo las ruedas de un carruaje. Para todos había sido un desafortunado accidente, sin embargo, ella sabía que había sido un intento de asesinato. Desde aquel momento, Alisa se había encerrado en sí misma y alejado de todo lo que significara algo importante para ella.

—Le advertí que su vida corría peligro si seguía atendiéndome —el hombre mayor soltó un suspiro largo y profundo—, y nada ha cambiado pues en Petersburgo está el hombre que lo propició.

Alisa se refería a Gustav Lébedev, el perro guardián de Igor Medvédev.

—Su esposo ya no está para atormentarla ni para amenazar a aquellos que sentimos afecto por usted.

La mujer dejó de mirar la cortinilla de terciopelo. La oscuridad del carruaje apenas le permitía visualizar sus rasgos.

—Todos los que me profesaban cariño están muertos o desaparecidos —contestó en un susurro estrangulado—. Mi esposo se encargó de ello.

—Pero ya no está vivo para que sienta tormento.

Alisa pensó que eso no era del todo cierto. Aún desde la tumba, Igor Medvédev tenía la facultad de provocarle aflicción o disgusto, todavía más cuando seguía con vida el hombre que la había violado y golpeado tantas veces. Y se preguntó por enésima vez qué buscaba Gustav Lébedev en Petersburgo y por qué motivo quería hospedarse en Jasán cuando era consciente de la animadversión que sentía hacia él.

—Puedo hospedarme en Jasán si lo desea —se ofreció el médico.

Alisa retuvo el aliento dentro de sus pulmones. El pulso se le había acelerado. El corazón le palpitaba en las sienas.

—Tiene una familia que atender —le persuadió Alisa que no había olvidado las

dificultades a las que se había enfrentado en el pasado por ayudarla—. Buscaré a Denis, Yuri y Mijaíl para que se queden conmigo. El primo de mi esposo no osará ofenderme o lastimarme si están ellos.

Golitsyn tocó con el bastón el techo del carruaje para que se detuviera.

—¿Dónde desea que la lleve? —preguntó solícito.

—A la plaza Sennaya, al barrio Dostoyevski.

Nicolái Golitsyn le dio al cochero la nueva dirección y hacia allí se dirigieron ambos. Alisa sumida en una angustia verdadera, y el doctor preocupado por lo que reflejaban los ojos femeninos. Alisa tenía que preguntarle a Alexéi dónde podía encontrar a los chicos porque hacía semanas que no sabía nada de ellos y desconocía su paradero.

CAPÍTULO 29

El doctor Nicolái Golitsyn había aceptado esperarla en el carruaje. Alisa subió las estrechas escaleras con decisión. Le causaba aflicción enfrentar a Alexéi cuando los dos se habían separado de forma tan hiriente, pero su sorpresa fue enorme cuando el que le abrió la puerta de entrada no fue el militar sino Denis Solokov.

—¡Alisa! —exclamó el joven.

Se quedó parada en el umbral muy sorprendida.

—¡Denis...! —logró balbucear.

El hombre se hizo a un lado para permitirle el acceso al interior de la vivienda. Alisa aceptó la invitación. Se quitó los guantes y la capa que cubrían sus hombros.

—¡Pero qué guapa está! —silbó con admiración.

Alisa no se había cambiado el vestido de gala. Del palacio Kuskaia había ido directamente a la plaza Sennaya.

—Ignoraba que conocías el paradero de Alexéi.

Las cejas de Denis se alzaron con preocupación. Ninguno de los tres le había informado que vivían con el militar.

—Nos pareció la mejor opción. No soportábamos estar separados.

Alisa tenía que haberlo sospechado. Denis, Mijaíl y Yuri estaban acostumbrados a acompañarse mutuamente. A compartir vivencias. No le extrañaba nada que hubiesen manejado los asuntos para terminar viviendo juntos, aunque la sorprendió que lo hicieran con Alexéi.

—¿Qué la trae por aquí?

La mujer soltó el aire de forma lenta. Como si buscara con ese gesto las palabras sencillas y directas que explicaran su situación actual.

—Gustav Lébedev piensa hospedarse unos días en Jasán.

El hombre se mostró anonadado por la noticia.

—¿El sabueso de Medvédev? —Alisa hizo un gesto afirmativo.

—No deseo estar a solas con él en la casa —continuó explicando—, y me preguntaba si queríais acompañarme en Jasán hasta que se marche.

Denis sujetó las manos femeninas y las encerró entre las suyas. Alisa temblaba como una hoja. La acompañó a la mesa del pequeño salón y la instó a que tomara asiento.

—Por supuesto que estaremos en Jasán —respondió con voz llena de empatía y sin dejar de mirarla—. Nada nos gustaría mas que regresar a nuestro hogar, pero nos preocupa que tenga problemas con el comisario.

Alisa sentía deseos de llorar. Desde que había visto en la recepción de Kuskaia al primo de su esposo, no lograba controlarse, por ese motivo le preocupaba tan poco el

comisario jefe de la Ojrana.

—Ignoro por qué motivo ha dejado Kiev —Kiev era la ciudad donde residía Gustav Lébedev—. Qué busca en Petersburgo, y por qué desea hospedarse en Jasán.

Denis la observaba con atención,. No pudo responderle ya que la puerta de la vivienda acababa de abrirse y por el hueco abierto entró Alexéi. La respiración de Alisa se aceleró. El estómago se le encogió de una forma dolorosa.

Las pupilas masculinas quemaban. Alexéi se fijó en el vestido de raso azul que vestía ella, en los pendientes de perlas y el elaborado peinado. Sin ser consciente entrecerró los ojos. Ninguno de los tres se percataron del tiempo que había transcurrido desde que hiciera su aparición el militar, y hasta que avanzó hacia la mujer y hacia Denis.

—Me alegro de verte —le dijo a Alisa en un tono de voz que rezumaba sinceridad. Ella le correspondió con una sonrisa trémula.

—El sentimiento es mutuo.

Tomó asiento a su lado y se fijó que Denis sostenía las manos femeninas entre las suyas en un claro gesto de intimidad. ¿Por qué motivo todos sentían la necesidad de tocarla? ¿Reconfortarla?

—Alisa necesita que regresemos a Jasán. —La mirada de Alexéi resultó imperturbable—. Un viejo conocido ha regresado para martirizarla.

Denis no se explayó en los detalles ni pronunció el nombre, quizás para no martirizarla más de lo que la veía.

—No puedo volver a Jasán —explicó Alexéi de forma llana—. No, mientras el comisario Dmitri Serguéievich siga tras la pista de Viktor.

Alisa se humedeció el labio con tristeza. Ella solo pretendía que regresarán los muchachos, no Alexéi, y así se lo hizo saber.

—Será suficiente con la presencia de ellos —explicó en voz baja—. Además, no me gustaría hacerte perder el tiempo.

Alexéi entendió la crítica. Ella lo necesitaba, y él no podía hacer nada para cambiar esa circunstancia. Si se ponía en el camino de Dmitri, su venganza quedaría inconclusa. No obstante, sintió el impulso de tomarla de las manos y tranquilizarla. Decirle que todo estaba bien, que la protegería...

Unos golpes en la puerta logró que las tres cabezas se giraran hacia ella. El doctor se había cansado de esperar en el carruaje, y sospechando que Alisa podría tener problemas en un barrio tan peligroso, había decidido ir en su busca. Denis se levantó para abrir la puerta, instantes después el doctor hacía su entrada en el salón justo después de Denis.

—¡Alisa, estaba preocupado!

El hombre mayor detuvo sus pasos cuando vio sentado a Alexéi. Denis ocupó el asiento que había dejado libre.

—Tome asiento, por favor —lo instó ella con una mano extendida.

El hombre dudó pues la mesa era muy pequeña y los hombres que estaban sentados

alrededor de ella muy grandes. Lograban que la estancia pareciera minúscula. Finalmente tomó el respaldo de una silla y la acercó hacia donde estaban sentados.

—Les presento a Nicolái Golitsyn —lo honró Alisa—. Un gran amigo.

Quizás fuera el nerviosismo que había sentido ella durante la velada en Kuskaia. Quizás las ansias que le había provocado ver de nuevo a Alexéi, o la sombra negra que se cernía sobre su futuro, pero percibió de forma contundente la tensión en el cuerpo del militar al escuchar el nombre. El desagrado profundo que mostró ante la presencia del doctor, y se preguntó el motivo para ese rechazo adverso. El hombre de mayor edad les extendió la mano en señal de saludo.

—Es un placer, caballeros.

El primero en corresponder fue Denis que no se preocupó en mostrar una sonrisa. Era extrovertido por naturaleza, sin embargo, Alexéi era harina de otro costal. A las claras se veía que no le apetecía en absoluto corresponder al saludo, no obstante, su falta quedó en el aire porque Yuri y Mijaíl hicieron su entrada en la vivienda en ese preciso momento.

El militar no miró la puerta. No perdió un segundo en la mano que seguía extendida hacia él. Sus pupilas seguían clavadas con verdadero interés en Alisa. En la circunstancia de encontrarla en su vivienda. En la singularidad de que estuviera acompañada por el hombre que había significado todo para ella.... su mente era un caos. Los latidos de su corazón se habían convertido en hierro pesado que le provocaban un dolor agudo.

—¡Alisa! —exclamaron los recién llegados. Ella se levantó para abrazarlos con auténtico cariño.

Los había extrañado mucho.

—Regresamos a Jasán —aseveró Denis sin ofrecer un detalle más al respecto y sin abandonar su posición sentada.

Alexéi observaba con atención el intercambio de información y de palabras entre los hombres jóvenes y la mujer que ocupaba todos y cada uno de sus pensamientos. La sintió inquieta. Con un brillo de temor en la profundidad de sus pupilas que no había observado antes. Alisa estaba desconocida para él. Se le antojaba una cervatilla herida, y percibió en sus entrañas nudos de angustia. Sus ojos dejaron de contemplarla renuentes y se fijaron en el hombre que miraba todo con un gesto extraño de nerviosismo, como si temiera estar reunido allí con ellos.

Lo sorprendió su edad pues debía pasar de los cincuenta. Su rostro estaba marcado por profundas arrugas que evidenciaban una vida de arduo trabajo. Tenía el cabello blanco por completo. Su porte y su actitud denotaban a las claras que era un hombre con una educación excelente. Alexéi observó las manos que sostenía el puño del bastón. Eran menudas y cuidadas. De largos dedos y uñas bien recortadas: manos de doctor. Vestía un abrigo negro de piel y llevaba el sombrero ladeado hacia la derecha.

Como si presintiera que estaba siendo observado, giró el rostro hacia el militar y lo miró con cierta sorpresa. El hombre no se parecía en nada a ninguno de los tres hombres jóvenes que conversaban con Alisa, incluso podría pasar por el padre de alguno de ellos.

—Nos vamos —dijo Alisa de pronto trayendo al presente tanto al doctor como al

militar.

—Entonces —les dijo Denis a los otros—, yo me quedé desde hoy mismo en Jasán y mañana podéis llevar mis pertenencias a la casa.

—No será necesario —apuntó Mijaíl—. Alexéi puede hacernos llegar nuestras pertenencias en un carruaje de alquiler a primera hora de la mañana.

El militar se había perdido. Había estado tan absorto examinando al doctor que había desatendido la conversación.

—En Jasán seguís teniendo la mayoría de vuestro vestuario —les recordó Alisa.

La dulce voz contenía un matiz que no acertaba a comprender. El rostro de ella mostraba un rictus de miedo, aunque la aterciopelada voz mostraba seguridad, Alexéi imaginó que ella hacía un verdadero esfuerzo para mostrarse calmada.

Una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Podéis llevaros lo más preciso, y del resto me encargaré personalmente de enviároslo.

Alisa no quería mirarlo aunque todo su ser clamaba por ello. Su sola presencia la perturbaba hasta un punto increíble y se llamó estúpida un centenar de veces. Ella tenía sus propios demonios, Alexéi los suyos, y por ese motivo ambos debían caminar por sendas diferentes. A pesar de lo que sentía su corazón, a pesar de lo que le dictaba la mente, Alexéi vivía y respiraba por la venganza. Ella vivía y respiraba tratando de no sentir miedo. Un terror que la paralizaba por completo y la reducía a un guiñapo. Si Gustav Lébedev estaba en Petersburgo era por algo muy importante relacionado con las conspiraciones que había descubierto recientemente y que implicaban al zar Alejandro.

Alisa no tenía modo de saber que sus deducciones se acercaban peligrosamente a la realidad, y que el primo de su esposo ansiaba algo de ella y que estaba decidido a obtener por encima de todo.

CAPITULO 30

Alisa se encontraba en las cocinas conversando con Olga sobre las diferentes comidas que se tendrían que servir en los días sucesivos. También de la necesidad de contratar a un par de doncellas para la casa. Ignoraba cuánto tiempo pensaba quedarse Gustav Lébedev, y por ese motivo tenía que mostrarse precavida. Cuando regresó la noche anterior, él, no estaba en la casa. El hombre llegó tiempo más tarde acompañado de un pequeño séquito de sirvientes personales, pero Alisa había dejado órdenes a Ivan para que fuera atendido por Vassily y Boris, los jóvenes lacayos que estaban completando su formación en Jasán para entrar a trabajar posteriormente en otras casas importantes de Petersburgo. Los dos tendrían la facultad de dirigir a los hombres que acompañaban a Gustav Lébedev durante el tiempo que se quedara en la vivienda. Su ausencia a la llegada de él era una clara muestra de grosería, no le debía ningún respeto y no pensaba ofrecérselo.

Alisa rogaba por encontrarse lo mínimo imprescindible con él.

Yuri tapó parte del hueco abierto de la cocina. Le sonrió pícaro a Olga que le devolvió el gesto cómplice. Jasán no era lo mismo sin ellos. Sin esa alegría desbordante que lo ocupaba todo.

—Se nos ha hecho un poco tarde para el desayuno —dijo el hombre apoyando el hombro en el marco de madera.

Alisa hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Vamos entonces para no demorarnos más.

Alisa le dio la espalda a Olga que comenzó a seguirla. Yuri le ofreció el brazo de forma galante para que se apoyara, así lo hizo.

Juntos recorrieron la distancia que los separaba del comedor principal de Jasán.

Gustav Lébedev estaba sentado en el lugar preferente de la larga mesa. Alisa no pudo evitar apretar los labios con disgusto. Jasán era la casa de sus abuelos. Ella decidía quién ocupaba el lugar de honor. Se obligó a controlarse. Miró a Gustav y le hizo un gesto altanero, lo único que podía ofrecerle sin escupirle.

Yuri la ayudó a tomar asiento mientras Denis y Mijaíl se levantaban para ofrecerle los respetos que se merecía como señora y dueña. Las bandejas del desayuno fueron puestas frente a los comensales pero Alisa no sentía apetito. Parecía que tenía la boca llena de serrín, lo empujaba hacia abajo y se le quedaba atascado en la garganta. Carraspeó en un intento de serenarse. No se percató de que Ivan hacía el papel de mayordomo y que le ponía una taza con té que humeaba. Lo tomó por inercia y se lo llevó a los labios. Denis, Yuri y Mijaíl comenzaron a dar buena cuenta de los blinis con nata agria.

—Me asombra que no hayas remodelado Jasán —la conversación trivial que comenzó Gustav la puso alerta.

—Los costes de reparación son elevados porque la propiedad es demasiado grande.

—La respuesta había sonado educada aunque fría—. Espero que un día recobre el esplendor de su pasado.

En los siguientes minutos, Alisa se sintió inmersa en una conversación con Denis y Yuri sobre caballos, cultivos, y de forma discreta, sobre la política de Petersburgo.

—Dígame, señor Lébedev —comenzó Denis—. ¿Hay prevista alguna operación militar por parte de Rusia contra Crimea? —los ojos del hombre se entrecerraron con atención—. Me gustaría conocer qué se comenta socialmente en los círculos aristocráticos y militares de Kiev.

Kiev era un centro cristiano de primer orden pues atraía a cientos de peregrinos, además era la cuna de figuras religiosas muy importantes. Durante toda su historia, Kiev había sido una de las ciudades más antiguas de la ruta del Este. Un centro importante de negocios en la gran ruta comercial entre Escandinavia y Constantinopla. Pero Kiev se había convertido en la actualidad en una ciudad provincial de importancia marginal en las afueras de los territorios controlados por su potentes vecinos de Moscú y Petersburgo, situación que los kievitas no llevaban muy bien.

—Kiev seguirá suministrando soldados fieles a la causa de Crimea —respondió cauto. Con esas palabras esperaba dejar zanjada la conversación.

—¿Y qué le trae a Petersburgo? —inquirió de pronto Yuri que no dejaba de mirar a Gustav con un reto en sus ojos.

—Algunos negocios que deseo comenzar con empresarios ferroviarios.

Yuri sabía que las empresas que se dedicaban al ferrocarril en Rusia eran en su mayoría privadas. La expansión estaba comenzando de forma muy lenta, aunque en vista del buen resultado obtenido en Europa, muchos rusos deseaban participar en un negocio que se preveía lucrativo, pero eran conscientes que para tener derecho a un trozo del jugoso pastel necesitaban mucho dinero.

Alisa echó el cuerpo hacia atrás y lo dejó apoyado en el respaldo del sillón. Gustav Lébedev no poseía fortuna propia ni los suficientes rublos como para empezar un negocio ferroviario con empresarios de Petersburgo y Moscú. No olvidaba que era un hombre muy ambicioso. No tenía la menor duda que había sido el artífice para que se conociera los apetitos sexuales de su marido, y de que tuviera tantos chantajistas que lo llevaron a la ruina. El número había sido tan elevado que su esposo había utilizado prácticamente toda su fortuna pagando silencios convenidos.

—Invertir en negocios ferroviarios requiere una suma considerable de dinero —apuntó ella sin dejar de mirarlo.

Cada vez tenía más claro el motivo de la visita del primo de su esposo a Petersburgo: conseguir financiación de algún incauto o estúpido. Algo en las pupilas masculinas la puso alerta. Un escalofrío la recorrió por completo.

—He reunido algunos cientos de rublos.

Alisa estuvo a punto de soltar una risa irónica. ¿Unos cientos de rublos? Para comenzar a negociar debía poner sobre la mesa algunos miles de rublos, y ello no le garantizaría que los negociantes lo admitieran en ese círculo cerrado. Ella no entendía

mucho de economía, pero no era tonta.

—Buena suerte entonces.

El resto del desayuno transcurrió sin incidentes y en silencio, todos meditaban en las palabras de Gustav. Cuando el desayuno concluyó, Alisa se dispuso a encerrarse en la biblioteca, ya se levantaba cuando las palabras del primo de su esposo la detuvieron.

—Un momento, Alisa —ella se paró y quedó de espaldas a él—. Me gustaría hablar contigo de un asunto importante.

Alisa pensó que debía estar loco si acaso creía que iba a ofrecerle la oportunidad de estar a solas con ella.

—Tengo muchos asuntos que atender —le respondió en voz baja para que no se percatara del malestar que se sentía—. Tendrá que ser en otro momento.

—Este asunto importante no puede esperar —siguió él en un tono demasiado duro—. Podría perder un tiempo valioso del que no dispongo.

Alisa se mordió inconscientemente el labio inferior. Inspiró hondo y se giró para enfrentar la mirada masculina.

—Trataré de hacer un hueco a primera hora de la tarde —le anunció de una forma que no admitía discusión.

Gustav aceptó que la mujer que estaba plantada frente a él no se parecía en nada a la asustada chiquilla que se había casado con su primo. Había disfrutado mucho sometiéndola. De provocarle dolor y sufrimiento. Le gustaba observar el miedo en sus pupilas, pero había cambiado y no le gustaba en absoluto la mirada de desprecio que observó en los ojos de ella.

—Como desees —admitió al fin—. Hablaremos a primera hora de la tarde.

Sin despedirse, el hombre salió por la puerta. Había dado orden de que ensillaran su caballo y se marchó a todo galope. Hasta que no dejó de escuchar los cascos de la montura, Alisa no soltó el aliento. Seguía de pie inmóvil en silenciosa inquietud igual que Denis, Yuri y Mijaíl.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó éste último.

Ella no sabía a qué se refería.

—Quiere dinero —apuntó Denis pensativo.

—Exigir dinero querrá decir —apuntó Yuri que veía claramente el motivo de la visita del primo político a Jasán.

—Lo sé —confesó ella—. Aunque se llevará un desengaño porque no poseo dinero ni nada de valor para entregarle.

—No hay que descartar una nueva imposición sobre Jasán. Es una propiedad grande y bien valorada.

Alisa no quería considerarlo siquiera pues apenas la había liberado de las garras del banco. Pensar en la posibilidad de hipotecarla de nuevo la ponía todavía más nerviosa.

—¿Puede obligarla? —inquirió Denis contemplándola serio.

Alisa se mostraba nerviosa. Pensativa en exceso. La veía tomar y descartar opciones a toda velocidad.

—No —afirmó contundente—. Yo no soy Igor Medvédev.

—Podría amenazarle con airear trapos sucios sobre su vida —apuntó Denis cauto.

Los ojos de Alisa se anegaron en lágrimas de nuevo. Odiaba esa debilidad que la hacía tan vulnerable.

—No hay nada sobre mi pasado que no se sepa en cada rincón de la sociedad de Petersburgo —continuó ella—. No quedan trapos sucios que sacar a la luz.

—No permitiremos que esté a solas con él.

La voz de Yuri le llegó alta y clara. Alisa sonrió al percibir la determinación en el hombre.

—No lo permitiremos —afirmaron los otros dos.

Una vez instalada en sus dependencias privadas, se dispuso a examinar el diverso correo que habían depositado en una pequeña bandeja de plata. Muchas de las cartas fueron directamente descartadas, pero una le llamó poderosamente la atención. La carta había sido remitida desde la embajada inglesa. Abrió el sobre y leyó el contenido. Era una invitación a una recepción que ofrecía el embajador para el próximo viernes. Alisa parpadeó porque la invitación le parecía fuera de lugar. Sondeó con la mirada el resto de sobres y tomó otro que sobresalía de lo normal. El papel era más grueso y en un tono azul muy claro. Rasgó el sobre y sacó la misiva del interior, era de Simon Manley, el hombre que su padre había designado como su tutor. Leyó las letras pulcras y bien delineadas, en ellas le explicaba que el embajador deseaba conocerla en persona, y por ese motivo había extendido una invitación especial para la próxima recepción que iba a dar la embajada a la cual asistiría la flor y nata de la sociedad de Petersburgo, así como diferentes personalidades, también la asistencia de artistas y comerciantes ingleses que se encontraban de paso en la gran ciudad del río Neva.

Alisa tomó una hoja y un sobre de uno de los cajones que tenía su escritorio particular. Mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir la negativa que le haría llegar al embajador inglés y a su padrino. No había llegado a escribir una sola letra cuando lo pensó mejor. Simon Manley le decía entre líneas que era posible que el zar asistiera a la recepción. Era una oportunidad que no volvería a presentársele de tratar de hablar con el zar en persona y escuchar a los diferentes invitados. Podría indagar amparándose en su desconocimiento sobre la vida económica de la ciudad. Preguntaría sobre la futura expansión del ferrocarril, y buscaría entre los invitados a personal de confianza del zar.

Era una oportunidad única y pensaba aprovecharla.

CAPÍTULO 31

Tras el almuerzo al que no había asistido Gustav, Alisa se volvió a encerrar en sus aposentos. Tenía innumerables cartas que responder. Antes de poder tomar asiento, unos golpes en la puerta cerrada la detuvieron. Con voz clara concedió el permiso para que la persona que esperaba fuera pudiera entrar. Mientras la madera se abría de forma sigilosa, Alisa tomó asiento y comenzó a ordenar unos documentos.

—Gracias por atenderme.

Alzó el rostro al escuchar la voz de Alexéi. La visita inesperada la había pillado por sorpresa y con la guardia baja. Vestía completamente de oscuro, la capa y los guantes lograban crear sobre él un efecto de hombre peligroso.

—He traído las pertenencias de los chicos —con esas palabras aclaraba su oportuna presencia en la casa.

Alisa pensó que era una tonta consumada pues había olvidado por completo ese detalle. Le hizo gracia su forma de dirigirse a ellos cuando todos habían pasado los veinticinco años. Ya no podían considerarlos chicos, no obstante, siguió callada.

—Estás muy hermosa —fue lo siguiente que escuchó.

La mujer se posicionó mejor en la silla y lo observó de forma directa. No era justo que el hombre que más le importaba en el mundo, el que le impedía el sueño por las noches, y llenaba sus horas diurnas de ansia y anhelo, estuviera de pie frente a ella diciéndole lo hermosa que estaba. No, Alisa se dijo que era muy injusto para ella y su corazón que seguía en el sendero anárquico de los sentimientos no correspondidos.

—Me alegro de verte —correspondió en un susurro.

Un instantes después carraspeó porque se le había esfumado la voz.

—¿Puedo sentarme?

Ella le hizo una ligera inclinación con la cabeza sin despegar los ojos de Alexéi, ni se perdió detalle de sus ademanes suaves aunque precisos. Era un hombre con una confianza en sí mismo abrumadora.

—He hecho algunas averiguaciones —comentó tras unos segundos de silencio.

—¿Averiguaciones? —repitió.

—El motivo para que haya llegado a Petersburgo el primo de tu difunto esposo, Gustav Lébedev.

Alisa apretó los labios al entender. Alexéi conocía quién era ese hombre y lo que había significado en la vida de ella en el pasado. Le dolió el corazón que percibiera su angustia. El terror que lograba paralizarla. Alexéi siempre lograba hacerla sentir indefensa, porque no era lo mismo sentir miedo que indefensión.

—Es por asuntos de negocios —concretó—. Creo que quiere invertir en el ferrocarril.

Alexéi negó con la cabeza. Alisa no dejó de mirarlo.

—Todo noble y hombre de negocios conoce que el zar es un reformador, además de un partidario de la paz. —Ella continuó esperando—. Tiene que hacer frente a numerosos descontentos. Al nacionalismo de sus súbditos, y ello está alimentando y extendiendo las ideas revolucionarias.

—Lideradas por Dmitri Serguéievich —apuntó la otra.

—La aparición de Gustav Lébedev no es fortuita ni causal —reveló él.

—¿Y entonces?

—Formar un pequeño ejército que derroque al zar y retome el control de Petersburgo cuesta mucho dinero —continuó—, y ni Dmitri ni Gustav lo tienen.

—Mayor motivo para no preocuparnos —dijo Alisa intentado aligerar el tema tan importante sobre el que discurrían.

—Pero piensan obtenerlo, y temo que ambos han puesto sus miras en ti.

—No tengo dinero —aseveró—, lo gasté todo en recuperar la propiedad de mis abuelos, y Jasán se encuentra demasiado deteriorada.

Alexéi se mantuvo en silencio sin dejar de mirarla diciéndole con los ojos todo aquello que silenciaban sus labios. Alisa no tenía forma de imaginar el enorme esfuerzo que realizaba para no cogerla entre sus brazos y besarla con una pasión loca y desmedida. La llevaba en la sangre. Su esencia la impulsaba su corazón en cada latido y lo enviaba a cada pliegue de su piel para volverlo más loco todavía.

Alisa analizó las palabras de Alexéi, y de pronto sus ojos se abrieron de par en par. Le parecía demasiado oportuno que la visita del primo de su esposo coincidiera con la de su recién descubierto tutor. El hombre que le había anunciado que poseía dos propiedades, una en Inglaterra y otra en la India, además de la fortuna que le había dejado su padre cuando la Compañía Ferroviaria de las Indias se disolvió. Se llevó la mano a la boca y contuvo un gemido. ¿Cómo habría llegado esa información hasta Gustav Lébedev?

—Katia Luzhin —afirmó Alexéi—. La hermana de Dmitri Serguéievich.

Alexéi le había leído el pensamiento.

—¿Hermana? —logró preguntar con la sorpresa reflejada en el rostro.

Alisa pensaba a toda velocidad. Ella la había conocido siempre como Katia Luzhin, y se llamó ilusa porque ese era el apellido de su difunto esposo.

—El círculo se cierra —apuntó Alexéi porque entendía las emociones contradictorias que veía en sus pupilas—. Andrey Kozyrev, Dmitri Serguéievich, y Gustav Lébedev.

—Gustav Lébedev no es militar —afirmó ella.

Alexéi seguía bebiéndosela con los ojos. Alimentándose de los suspiros que lanzaba. Estaba a un paso de romper el control que ejercía sobre sus brazos y su cabeza para mantener una serenidad falsa. Una tranquilidad que comenzaba a devorarlo por dentro ante el deseo largamente reprimido.

—No hace falta que sea militar —respondió con voz neutra—. Conoce a gente importante en Kiev, como Dmitri en Grozni y Andrey Kozyrev en Petersburgo. Un

triángulo muy peligroso donde se puede tramar y dar forma a una conspiración contra Rusia.

Alisa se resistía a contarle sobre su tutor. Sobre las propiedades en el extranjero, y sobre las libras en efectivo que poseía en el banco de Inglaterra tras la venta de las acciones de su padre. Y recordó convenientemente que el primo de su esposo conocía demasiados secretos sobre nobles que habían mantenido relaciones estrechas y asuntos turbios con Igor Medvédev. Si se lo proponía, podría causarles un verdadero prejuicio social. Moral y financiero.

—Si algo te sucediera —le dijo Alexéi, Alisa iba a protestar pero él no se lo permitió aunque la veía nerviosa—, ¿quién heredaría la propiedad de Jasán?

Cerró los ojos y se derrumbó ante lo inevitable. No tenía familia paterna ni materna. La línea Caramel y Guseva se terminaban con ella. Ante la ley rusa, Gustav Lébedev era su único pariente aunque no consanguíneo que podría reclamar Jasán. En realidad todo lo que le pertenecía, incluido el valioso Sarafan Rojo de su abuela materna. Ya sin querer evitarlo, se puso las manos sobre el rostro y lanzó un suspiro largo y profundo que sonó a derrota.

—No tengo descendencia —susurró angustiada—. Ni aunque me casara podría proteger Jasán porque mi vientre está dañado por el aborto que sufrí. Conmigo se termina la continuidad de los Caramel y de los Guseva.

La mención del matrimonio por parte de ella hizo que el corazón de Alexéi saltara dentro de su pecho. Le enloquecía perderla. Lo abrumaba que considerara siquiera casarse con otro que no fuera él para proteger Jasán, pero Alexéi recordó que había elegido la venganza por encima de todo, incluso de ella.

—¡Alisa! —exclamó Alexéi con una leve flexión en la voz, señal inequívoca de que estaba más afectado de lo que pretendía mostrarse.

Seguía perdida en pensamientos negativos. Tomando y descartando opciones.

—Aunque donara Jasán y todo lo que poseo a la beneficencia, Gustav podría reclamarlo legalmente —esa era una posibilidad bastante cierta pensó Alexéi—. Tengo las manos atadas con respeto a este asunto.

—Me preocupa enormemente que no esté dispuesto a esperar que mueras de forma natural —los ojos de Alisa se entrecerraron considerando esa posibilidad. Y creyó que el primo de su esposo era capaz de buscar su muerte—. Que atente contra tu vida y que se la cobre.

Alisa lo miró con ojos brillantes.

—Si está decidido a provocarme una muerte prematura, no puedo hacer nada al respecto para evitarlo.

—Sí que puedes.

—No, no puedo.

—Vende Jasán y vete —le aconsejó—, huye al lado de Viktor. Ponte a salvo.

Alisa parpadeó varias veces para enfocar la visión porque lo veía todo desdoblado

tras esas apremiantes palabras.

—¿Cómo puedes sugerirme algo así de insensato? —se defendió.

—¿Salvar tu vida te parece insensato? —contraatacó.

—Insensato es renunciar a todo lo que soy, a todo cuanto conozco.

Un silencio largo y pesado se instaló entre ambos tras esa afirmación apasionada por parte de Alisa. Alexéi cerró los párpados durante unos instantes, y ella se preguntó si acaso no quería que viese la confirmación a sus palabras.

—Como renuncié yo a lo que era. —Alisa sintió como una bofetada sus palabras porque eran ciertas. Demoledoras—. Para seguir vivo debo ser Grigori Orlov, un completo farsante.

Se había quedado sin argumentos.

—Mi presunta muerte solo es una suposición —afirmó ella aunque poco convencida—. Y de no serla, no pienso rendirla tan fácilmente.

—Dmitri Serguéievich es un hombre muy peligroso como imaginas que es Andrey Kozyrev aunque no lo conozcas, y como has comprobado en Gustav Lébedev. Hombres que no se detendrán ante nada para lograr sus propósitos.

—Y en esos propósitos se interpone mi vida.

Alisa había comprendido al fin hacia dónde la dirigía Alexéi.

—Cualquier vida —la respuesta masculina estaba preñada de razón.

Ella sondeó la expresión de él. Alexéi ya había probado en carne propia el afán de poder de Dmitri y de Andrey. Lo habían despojado de todo hasta reducirlo a un despojo, y podrían volver a hacerlo con todo aquel que no fuera partidario de sus ideas y política. Si lograban el éxito en un atentado contra el zar y se hacían con el poder del Imperio, serían intocables.

—Temo por tu integridad —confesó el hombre con emoción—. Vende Jasán y vete rápido —ella no podía irse de Rusia. No podía abandonar a Olga, a Yuri, Denis y Mijaíl. Tampoco a los chicos y parte del servicio que habían decidido quedarse con ella cuando estuvo a punto de perder la casa—. Ellos te seguirán Alisa —trataba de conmovérla con sus palabras—. Yo te seguiré...

La esperanza arraigó con fuerza en el corazón femenino. Alisa comenzó a transpirar. Alejarse del peligro junto a Alexéi no le parecía tan descabellado.

—... te seguiré cuando haya concluido mi venganza.

Su ánimo bajó tan rápido como la espuma de la cerveza en un día de verano. Alexéi le pedía que se marchara, que lo abandonara todo.

—¿No temes a la muerte, Alexéi?

El militar negó con fervor.

—No la temía ni cuando me enfrentaba a los enemigos en el ejército.

Ella decidió profundizar todavía más en la herida que sentía Alexéi.

—¿No temes verte de nuevo en Trubestskoy padeciendo los mismos maltratos por perseguir una venganza, y por los mismos verdugos?

Alisa acababa de hundirle una hoja de acero en el vientre. Sabía... era consciente de lo mucho que había sufrido allí. Sin embargo, las muertes de sus padres y de su hermano le provocaban un tormento mucho más profundo y agónico.

—Cuento con una ventaja muy significativa —no lo comprendió—. Dmitri Serguéievich me tiene por muerto. Existe un documento que lo demuestra, ¿no es cierto?

Era el documento que ella exigía al responsable de los presos de Trubestskoy antes de pagarle por las vidas que de allí se llevaba.

—Ya logró vencerte una vez —le recordó ella.

—Pero eso fue antes de saber que era un traidor —la entrada abrupta de Yuri les impidió a ambos que siguieran lanzándose dardos envenenados.

—Dmitri Serguéievich ha alcanzado la alameda. Viene derecho a Jasán.

—Rápido, mis aposentos —le dijo con urgencia a Alexéi—, serán los únicos que no revisará —Alexéi aceptó la sugerencia de encerrarse allí.

Estaba profundamente agotada. Dmitri Serguéievich no había llegado solo a Jasán, lo había hecho acompañado de Gustav Lébedev, y aunque el comisario no había pedido revisar de nuevo la casa, los dos hombres se habían quedado prácticamente todo el día tratando asuntos que se le escapaban. Como Gustav Lébedev era un invitado en Jasán, Alisa no podía evitar ni impedir que tratara asuntos de negocios en la propiedad. Todo había discurrido con normalidad aunque con cierta tensión que podía respirarse en el ambiente. A ella no se le escapaba que ambos hombres esperaban que sucediera algo.

Tener bajo el mismo techo a Alexéi y al hombre que causó su desgracia, la mantenía en vilo. Ella misma era consciente de lo contraproducente que resultaban las ansias de venganza. Y durante el largo día lanzó varias plegarias para que Alexéi no se rindiera a la necesidad de enfrentar a su verdugo. El momento más crítico resultó el de la cena porque se había alargado de forma alarmante. El comisario retrasaba la hora de marcharse, y ella se preguntó el motivo. ¿Qué esperaba? Cuando salió al corredor principal, un ruido que provenía del vestíbulo le llamó poderosamente la atención. Su sorpresa fue enorme cuando pilló al joven Buk saliendo por la puerta que cerraba el ala izquierda que no se utilizaba en Jasán salvo para las recepciones con las damas.

—¿Qué haces aquí solo? —preguntó de pronto.

El muchacho se sobresaltó al escucharla. La miró con miedo en el rostro y Alisa se preguntó el motivo. Tenía una expresión de culpabilidad. Un ramalazo de duda la invadió y se sintió sobrecogida por sus pensamientos. Algo en la postura y en forma de actuar de Buk le indicaba que el joven no era sincero con ella. Era como si ocultara algo gravísimo.

—Quería asegurarme que no había nada a la vista. Que todo estaba perfectamente guardado y en su sitio.

Alisa pensó que era muy extraño que el chico anduviera solo por la casa cuando todos dormían. También que saliera por la puerta que cerraba la zona deshabitada.

—Regresa a tus aposentos —le aconsejó.

El muchacho emprendió la carrera. Alisa lanzó un suspiro y se encaminó también hacia la planta superior de la mansión. Ahora que había oscurecido por completo. Cuando el silencio se había adueñado de cada rincón de la casa, podía darse el lujo de relajarse. Confiaba en encontrar en el interior de su alcoba a Alexéi. Lo ayudaría a escapar durante la madrugada cuando el peligro fuese menor. Accionó el picaporte de la puerta y entró con paso sigiloso. La estancia estaba iluminada por una única lámpara de gas en un rincón. Buscó con los ojos la figura de Alexéi y lo encontró sentado y dormido en el único sillón de piel que había en la estancia y junto a la chimenea que ardía. Se dedicó a observarlo con atención, con el interés propio de un corazón que siente un amor profundo y desmedido.

La chaqueta, la capa, los guantes y el sombrero reposaban en una silla adosada a la pared junto al ropero. Alexéi vestía únicamente los pantalones negros y la camisa blanca que estaba parcialmente desabrochada. Dio un paso y él despertó sobresaltado. Alisa lo lamentó.

—Siento haberte asustado.

Alexéi se masajeó el cuero cabelludo, quizás para eliminar la tensión acumulada durante las horas que había estado encerrado.

—Y yo lamento haberme dormido —Alisa caminó un paso hacia él.

—El comisario Dmitri Serguéievich se ha marchado de Jasán hace escasos minutos —le informó mientras encendía una segunda lámpara.

—Entonces será mejor que me marche —Alexéi ya se levantaba del sillón.

Alisa se interpuso entre él y la puerta.

—Es mejor esperar unas horas —le aconsejó—. De esa forma evitaremos la posible guardia que pueda hacer Dmitri sobre la casa. —Alexéi pensó que Alisa hablaba con lógica razón—. Busca algo de Jasán.

—Regresaré a mis antiguos aposentos.

Alisa lo sujetó del brazo y Alexéi pudo apreciar el calor que emitía la piel de ella. La respiración entrecortada que ni se molestaba en controlar.

—¡Quédate conmigo! —la exclamación aguda de ella lo pilló completamente desprevenido.

Ahora se cambiaron las tornas. Era la piel de Alexéi la que ardía. Era su pecho el que subía y bajaba en una respiración loca y febril.

—No podría quedarme contigo y sobrevivir a lo que siento.

—¿Qué... que sientes? —balbuceó con la esperanza acariciando su corazón enamorado.

Alexéi tardó un solo instante en responder, sin embargo, a ella se le antojó eterno.

—Un deseo abrasador, una locura ciega, un amor imposible de contener.

Alisa no supo cómo, pero de pronto se encontró encerrada entre los brazos fuertes de Alexéi. Buscando la boca masculina con ansia. Cuando él se rindió a besarla, Alisa casi se deja caer al suelo del alivio que sintió. El beso se tornó duro, exigente. Tierno y dulce a la vez.

Era como estar en el centro de un torbellino. En medio del paraíso.

—Te amo... te amo, Alisa —pudo decir mientras seguía besándole la sien, la mejilla. Mientras la abraza con fuerza, como si temiera que fuera a escaparse del encierro de sus brazos.

—Te amo... te amo, Alexéi —repitió la pequeña figura mientras pegaba la mejilla al fuerte pecho. Contaba los latidos del corazón masculino como si fuera el suyo propio, y se bebía las palabras una a una como si se tratara de un néctar.

El necesario alimento para su alma henchida de amor.

—Por favor —le pidió ella—, no pares de besarme —a él le sorprendió la solicitud apremiante—, o me desmayaré por el ansia que me haces sentir —Alexéi la abrazó más fuerte.

Alisa se lamió los labios con atrevimiento sin ser consciente.

—Bésame, y no pares.

—Si lo hago —le informó—, te tumbaré en el lecho y te haré el amor aunque no me lo pidas.

La mujer le acarició el rostro mientras él la miraba de una forma que la devoraba. Sintió bajo la yema de sus dedos la piel ardiente, y su corazón saltó dentro de su pecho provocándole un jadeo involuntario, también, una palpitación en el vientre. Era la primera vez que ambos se rendían a lo que sentían. El amor superaba a la cautela.

¿Cómo podía provocarle esas sensaciones solamente con mirarla?

Cada vez que se movía, la camisa de fino tejido le dejaba entrever el torso duro que la atraía como un imán, apenas podía despegar la vista de la piel cremosa y del suave vello dorado.

Él puso las manos en las caderas y le mostró una mirada abrasadora.

—No solo voy a besarte, voy a beberte hasta dejarte sin una gota de esencia...

Se abrazó al fuerte cuello y ya no lo soltó. A los besos se sucedieron las caricias. Se despojaron de la ropa aunque Alisa terminó conservando la fina camisola para proteger sus pechos de la mirada de él. Alexéi había aprendido la lección en su pequeño y viejo apartamento de un barrio marginal de Petersburgo. Ella tenía sus propias heridas como él y tenía que respetarlas. Por ese motivo, las caricias que le prodigó nunca tocaron sus pechos a pesar del acuciante deseo que sentía de hacerlo. Alisa se entregó en cuerpo y alma al único hombre que había amado de verdad, al que quería y deseaba con todas sus fuerzas.

Alexéi era para Alisa lo más importante en su vida, y aceptó que la venganza lo era

en la de él, no obstante, ya no le importó.

CAPÍTULO 32

Se sentía como un pez fuera del agua. La embajada estaba llena de personalidades. También de un gran número de ingleses que hacían negocios con personalidades rusas. Había también artistas que encontraban inspiración en la bonita ciudad y sus alrededores. Lord Simon Manley no la dejó sola en ningún momento, y cuando el protocolo o el mismo embajador lo reclamaba, la dejaba al cuidado de su ayudante Peter Abbot. Alisa aprovechó la oportunidad para hacerle preguntas sobre los asistentes. Así pudo conocer a algunos grandes empresarios que se habían embarcado en la aventura del ferrocarril. De militares que mediaban con Inglaterra en diversos asuntos con el gobierno zarista. Alisa conocía a muy pocos asistentes aunque recibió una grata sorpresa, su amiga Daugava había sido invitada junto a su fiel amigo Nicolái Golitsyn. Los dos se dirigieron directamente hacia ella nada más presentar sus respetos al embajador.

—Querida amiga —expresó la baronesa—. Me alegra comprobar que vas despojándote de ese caparazón en el que te has protegido estos años para mantenerte alejada de la vida social de Petersburgo.

—Un placer, señora Guseva —Alisa agradecía enormemente que las personas que la apreciaban no la llamasen por el apellido de su esposo que detestaba.

Un trato deferente que la llenó de inmensa gratitud.

—Me alegro mucho de verlos a ambos —respondió con una auténtica sonrisa.

—¿Me permites que te presente a alguien? —le preguntó la baronesa—. Tiene mucho interés en conocerte.

Alisa miró a Peter Abbot que se excusó de forma galante, y entonces acompañó a Milenka Daugava hacia una de las esquinas del gran salón donde se encontraban tres hombres conversando de forma sobria.

—Querida —comenzó Milenka cuando los tres hombres se giraron hacia las dos mujeres—. Te presento a mi cuñado Naum Seyavin Daugava —Alisa hizo una profunda inclinación con la cabeza—. A Yerik Luzhin, hermano del difunto esposo de Katia Luzhin, y Andrey Kozyrev, hombre de confianza de nuestro zar.

Alisa entrecerró los ojos para que los hombres no advirtieran el fogonazo de interés que asomó a ellos tras escuchar el último nombre. ¡Era uno de los traidores!

—Señores, es un placer —uno a uno besaron la mano que Alisa mantenía extendida hacia ellos.

—Tenía mucho interés en conocerla —dijo Naum Seyavin que había sido el último en rendirle los honores—. Mi cuñada habla maravillas sobre la amistad que le profesa.

Alisa no pudo contener un leve estremecimiento. De forma muy discreta el militar comenzó a acaparar su atención haciéndole preguntas sobre la ciudad, el campo, y la hermosa propiedad de Jasán.

Los otros dos caballeros no sintieron el más mínimo interés en la conversación intrascendente que Naum Seyavin y la mujer mantenían. La baronesa les sonrió a ambos y

les pidió que la acompañarán pues deseaba presentarles al ayudante del embajador inglés recién llegado de las Indias. Los dos la siguieron con premura.

—Me gustaría que conversáramos en privado —le soltó de pronto el militar cuando ningún oído escuchaba salvo el de ella.

Alisa observó las medallas que cubrían el pecho del almirante, había contado un total de doce.

—Será un placer conversar con usted, señor Daugava.

Le ofreció el brazo y ella lo tomó con delicadeza. El hombre la fue conduciendo hacia el vestíbulo de la embajada para posteriormente dirigirla hacia la biblioteca. Alisa se encogió un poco ante la perspectiva de quedarse a solas con él. Como si el militar supiera la desconfianza que le despertaba, la tranquilizó.

—No se preocupe —respondió con voz grave—, en la biblioteca nadie nos molestará y su reputación no se resentirá pues mi cuñada vendrá enseñuida para acompañarnos en un discreto silencio.

Alisa aceptó. Había llegado el momento de hablar cara a cara con el único hombre que podía desenmascarar al comisario jefe. Descubrir el complot y restablecer el honor y el nombre de Alexéi. Debía de haber hecho ya algunas indagaciones a propuesta de la baronesa y obtenido resultados. Se moría por conocer los detalles de la investigación que había llevado a cabo.

Una vez en la biblioteca que servía a su vez de salón de visitas, el militar le propuso que se sentara, así lo hizo, un instante después entró en la estancia la baronesa que tomó posición en un discreto lugar para ofrecerles la suficiente intimidad como para conversar de forma tranquila.

—No me importa que esté su cuñada a mi lado en esta conversación. No tengo nada que ocultar.

El militar le hizo un gesto a Milenka para que se sentara junto a ellos. La mujer aceptó. Si alguien entraba a la biblioteca de improviso podría pensar que las personas allí reunidas mantenían una conversación mientras descansaban del resto de voces que se elevaban en el gran salón de recepciones de la embajada.

—¿Qué sabe sobre Dmitri Serguéievich?

La pregunta del militar la pilló de improviso.

—Que es el nuevo comisario jefe de la Ojrana —respondió tranquila.

—Mi cuñada me transmitió sus sospechas sobre un posible atentado contra el zar Alejandro —Alisa hizo un gesto afirmativo.

—¿No será peligroso mantener una conversación tan importante en un lugar tan poco seguro como la embajada Inglesa? —preguntó ella a su vez.

—De todo Petersburgo —respondió el oficial—, este es el lugar más seguro para tratar un de asunto tan delicado.

Alisa bajó los párpados algo turbada. Una cosa era contarle sus temores a la amiga de

su madre, y que la consideraba como propia, y otra ser interrogada por un hombre como el cuñado de ella.

—Comprendo —la voz de Alisa se había convertido en un susurro.

—¿Conoce al oficial Andrey Kozyrev?

—Lo he visto hoy por primera vez.

—¿Y entonces? —indagó el hombre.

Alisa mantuvo el silencio durante un momento largo que se antojó pesado.

—Puedes confiar en él —la animó Milenka al comprender que dudaba.

—Escuché fortuitamente una conversación que me inquietó —respondió al fin.

—¿Sobre un complot para derrocar al zar Alejandro?

—Un complot para asesinarlo.

Entre las tres personas que se habían reunido en la biblioteca se hizo un silencio pesado.

—¿Dónde escuchó esa conversación y por quiénes? —inquirió el militar sin darle tiempo a que se negara a responder.

—¿Qué pruebas existían para el arresto y condena del capitán Alexéi Yacov? —contraatacó Alisa que no pensaba ofrecer información de forma gratuita.

El almirante parpadeó al escuchar la pregunta.

—Oficialmente fue declarado traidor y conspirador contra el Imperio, además de organizar un atentado contra el zar que, afortunadamente, no llegó a realizar.

Alisa no pudo quedarse callada.

—Y los hombres que descubrieron la conspiración eran precisamente Andrey Kozyrev y Dmitri Serguéievich.

Ahora fue el militar el que se quedó callado durante un momento.

—Dmitri Serguéievich servía como teniente a las órdenes del capitán Alexéi Yacov.

Alisa soltó el aliento de forma brusca porque desconocía ese detalle.

—¿Y conoce que la familia del señor Yakov fue asesinada por Dmitri Serguéievich?

—Esa es una acusación que no se puede demostrar.

—¿Cuál fue la versión oficial? —indagó ella.

—Yuri Yakov, Tatiana Lavrov, y el joven Alek fueron asesinados por las tropas tártaras del este comandadas por Kozak.

—Esa información —comenzó Alisa—, ¿fue suministrada por Andrey Kozyrev?

El militar de amplios bigotes blancos tensó la espalda y entrecerró los ojos. Esa era una información que no había trascendido fuera del ámbito militar. El hombre se preguntó cómo lo había descubierto la mujer.

—¿Qué escuchó concretamente y en qué lugar?

Alisa no tenía nada que perder y sí mucho que ganar salvo que el hombre que tuviera enfrente fuera un enemigo del régimen: un anarquista encubierto. Ante esa posibilidad, dudó seriamente.

—Puedes confiar en él —la apremió la baronesa.

—Conozco a una persona que a su vez conocía al capitán Alexéi Yakov.

El militar parpadeó una sola vez.

—Necesito más detalles —le ordenó.

—Y yo algunas respuestas.

—El padre del capitán Yakov y yo servimos juntos durante algunos años. Era un buen hombre y mejor marino. Era leal como no he conocido a ningún otro en toda mi vida —Alisa siguió esperando—. Nunca creí la versión oficial de su muerte a manos de los tártaros.

Ahora soltó el aire que había estado conteniendo.

—La persona que conoce también al capitán Yakov me aseguró que era inocente. Que le habían tendido una trampa.

—Creí entender que había escuchado una conversación fortuita.

Alisa lamentó el desliz y no supo cómo arreglarlo.

—Sobre el intento de atentado contra el zar Alejandro, sí —se aventuró.

—Deseo conocer a la persona que le habló sobre el capitán Alexéi Yakov.

Eso era prácticamente imposible se dijo Alisa. El militar no podía saber que seguía vivo y que esperaba para ejecutar su venganza sobre Dmitri Serguéievich.

—Mi confidente... —continuó ella—, no querrá hablar con usted.

El hombre desvió los ojos y los clavó en las altas estanterías repletas de libros. Momentos después los clavó de nuevo en ella.

—¿Está vivo el capitán Alexéi Yakov?

La pregunta a bocajarro la sobresaltó. Alisa se tomó su tiempo en poder responderla.

—Dígame usted —contraatacó—. Escuché que había sido condenado a una muerte no pública, como la que obtienen algunos militares con responsabilidad.

—Efectivamente —reconoció el militar—. El capitán Alexéi Yakov era muy conocido y respetado por varios oficiales. Con una muerte no pública se evitaba un posible disturbio o alzamiento por parte de los hombres que comandaba y que le eran fieles.

Era lo mismo que le había explicado Alexéi. Por ese motivo estaba en la prisión Trubestskoy e iba a ser colgado al día siguiente como si fuera un delincuente sin nombre ni familia. Era como si Alexéi no hubiera existido anteriormente para el ejército ni para Rusia.

—Era inocente —afirmó ella.

—Pero ya no hay forma de demostrarlo, ¿no es cierto?

Alisa no pensaba caer en la trampa. Entendía demasiado bien que el militar era un nombre muy astuto. Sabía más de lo que dejaba entrever, y ese detalle le preocupaba enormemente porque podía perjudicar a Alexéi si no llevaba cuidado.

—Los rumores que escuché sobre un atentado contra el zar no son cosa del pasado —continuó firme—. En Grozni un grupo de anarquistas esperan órdenes de Andrey Kozyrev.

—¡Alisa! —exclamó la baronesa—. Esa es una acusación muy grave.

Ella lo sabía, sin embargo, era tanta su ansia por ayudar a Alexéi que no midió sus palabras ni su impulsividad.

El militar la observaba con atención. Cada gesto, cada suspiro. La forma de mover las manos llenas de nerviosismo. Su agitación interior.

—Dígale a su informador que tendré un encuentro con él en Nachthexen el próximo miércoles sobre las siete —Alisa lo miró debatiéndose entre confiar o no.

Nachthexen era una taberna de mala muerte a las afueras de Petersburgo. Era un lugar nada recomendable, pero muy apropiado para mantener encuentros secretos sin despertar el interés o la sospecha de nadie.

—No creo que acepte —respondió ella algo turbada.

—Su informador entenderá por qué motivo lo cito en Nachthexen.

Alisa no pudo responder porque la puerta de la biblioteca se abrió de golpe. Lord Simon Manley asomó por ella.

—La buscaba. Pensé que se había marchado —le dijo extrañado.

—Me sentí un poco sofocada —respondió con cierta cautela—. Hacía mucho tiempo que no asistía a un evento con tantos invitados.

El inglés miró a su vez a la mujer que ya se alzaba y del militar que no dejaba traslucir nada en su rostro.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó caballeroso.

Alisa inspiró hondo y encauzó los pasos hacia la puerta. La baronesa y el militar la seguían de cerca.

—Mucho mejor —reconoció sonriente—. La señora Daugava y su cuñado han tenido la amabilidad de acompañarme mientras me recuperaba.

Lord Simon Manley le ofreció el brazo y la llevó de vuelta al gran salón donde la esperaba el embajador inglés y el resto de invitados.

Denis Solokov miraba fijamente a Alisa mientras la escuchaba con atención. Era una hora tardía de la madrugada cuando había tocado con bastante apremio la puerta de su alcoba. Vestía de gala y estaba muy hermosa. Con esa sencillez que solía caracterizarla. Denis se había hecho a un lado para permitirle el paso.

—¿No puedes dormir? —la broma no fue correspondida.

—Necesito que mañana a primera hora vayas a Sennaya para darle un mensaje a Alexéi.

Denis alzó las cejas con extrañeza en un perfecto arco.

—¿Ese es el motivo de tu agitación?

Alisa se paseaba de un lado hacia otro con la mano puesta en la barbilla. El elaborado moño estaba algo desgredado.

—Dile que el oficial Naum Seyavin Daugava lo espera en la taberna Nachthexen el próximo miércoles sobre las siete.

Denis silbó al escucharla.

—Ese lugar es un antro de mala muerte.

Era verdad, sin embargo, existía una razón que ella desconocía para que el militar hubiera citado a Alexéi precisamente allí.

—Es necesario que vaya. Es importante para él.

Denis trataba de comprender el apremio de ella.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó con voz suave.

—El oficial necesita una información valiosa que solo Alexéi conoce.

—¿Puede perjudicarlo?

Era lo que más temía Alisa, equivocarse con el oficial. Que mandara apresar de nuevo a Alexéi, sin embargo, algo en la mirada de él en la recepción de la embajada le había indicado que podía confiar.

—Necesito convencerme de que hice lo correcto —las palabras sonaron a lamento—. Alexéi es el que tiene la última palabra para reunirse o no con el oficial.

—¿Tiene que ver con la visita a Jasán de Gustav Lébedev?

Alisa paró sus pasos anárquicos. No quería contarle nada a Denis para no implicarlo si todo resultaba después en un desastre. Si la confianza que había depositado en el cuñado de Milenka Daugava resultaba errónea, ella arrastraría a Alexéi lejos de Petersburgo. Lo más lejos posible del peligro.

—No me hagas preguntas —le rogó—, no deseo involucrarte.

Denis cruzó los brazos al pecho y sondeó el rostro femenino. La veía en verdad angustiada y lamentaba profundamente no servirle de más ayuda.

—A primera hora marcharé a Sennaya y contactaré con Alexéi —Alisa suspiró aliviada—. Le transmitiré con urgencia el mensaje.

La mujer ya no esperó más. Le dio las gracias a Denis y se marchó hacia su alcoba.

CAPÍTULO 33

El invierno era largo en Petersburgo, llegaba en el mes de noviembre y se marchaba en abril. Ese día en concreto el viento que penetraba por las bahías se convertía en afiladas agujas de hielo. Dolía percibirlo. Por la empedrada calle uno solo podía moverse de refugio en refugio buscando algo de calor.

Alexéi pensó que en pocos lugares se podía encontrar tanta influencia de lo oscuro, lo violento y lo extraño sobre el alma humana como en una riumóchnaya, y la taberna de Nachthexen lo era. En ella jaraneaban, como si fuera su última noche, trapicheros, malversadores y atracadores. Nachthexen era un lugar de reunión y debate de anarquistas. De intercambio de información de espías... y Alisa había preparado un encuentro entre él y Naum Seyavin Daugava precisamente en ese sitio: el lugar donde su padre solía reunirse con su mejor amigo y lejos de oídos y miradas indiscretas. ¿Cómo había logrado Alisa contactar con el almirante? Al momento se amonestó porque había olvidado que su buen amiga la baronesa Daugava era cuñada de Naum Seyavin. En ese momento lamentaba no haber sido él quien le hablara sobre el oficial.

Alexéi había llegado mucho antes y se había instalado en la segunda planta. El establecimiento de doble altura tenía una pequeña sala abierta y comunicada con el gran salón inferior, se accedía a ella por unas escaleras adosadas a una de las paredes. La barandilla se extendía por todo el frente, por ese motivo las pocas mesas y sillas quedaban escondidas tras ella. Era el lugar perfecto si se quería disfrutar de un poco más de intimidad. Tras los gruesos barrotes de madera se encontraba Alexéi, y tenía una vista inmejorable de la mitad inferior salvo el mostrador donde se servía las diferentes bebidas, tampoco le hacía falta verlo porque sabía cuántas personas había en la taberna en esos momentos. Tenía la puerta de entrada localizada. Todo el que entrase o saliera del lugar sería visible para sus ojos. Tomó la botella de vodka y se sirvió una pequeña ración en el vaso mientras esperaba. Cuando Denis le transmitió el mensaje, su primera reacción había sido de infinita preocupación. Alisa se había colocado en una situación difícil, y ahora que peligraba su integridad física, Alexéi no sabía cómo protegerla. Ignoraba qué le habría contado para que accediera a tener un encuentro con él. Se preguntó qué pretendía lograr el almirante con esa cita entre ambos, si bien como hombre práctico que era, había decidido utilizar todas y cada una de las posibilidades para saber qué se movía en los círculos más cercanos al zar. En qué sentido se dirigía la política del Imperio, y qué hombres verdaderamente fieles quedaban en Petersburgo.

Nuevamente pensó en Alisa y se descorazonó. Ahora que conocía el motivo de la visita del primo político de ella, no podía dormir por las noches. La imaginaba indefensa, asustada, y se despertaba con sobresalto. Sería más práctico quedarse en Jasán protegiéndola, aunque algo así sería contraproducente porque Dmitri tenía vigilada la casa. Buscaba algo, y, no saber qué era, le superaba. ¿Qué tenía Alisa en Jasán que despertaba el interés desmedido del comisario de la Ojrana? Tenía que averiguarlo. Le resultaba imperioso.

La puerta de la calle se abrió y por ella cruzó un hombre de cabellos y bigotes blancos. El corazón de Alexéi se detuvo. Llevó su cuerpo hacia atrás en la silla para

resultar invisible a los ojos inquisidores. Naum Seyavin Daugava no había cambiado nada. Seguía siendo el mismo hombre que él conoció en el pasado gracias a su padre. Lo observó atento. Había tomado asiento justo en medio de la sala, de espaldas a él y de cara a la puerta de entrada; no pudo ocultar una sonrisa. Mostraba la actitud de un hombre que no teme a nada ni se oculta de nadie. El dueño le preguntó qué pensaba tomar, pero Alexéi ya no pudo escuchar su respuesta. Momentos después observó que dejaban sobre la mesa una tetera humeante y una taza.

El tiempo comenzó a transcurrir de forma lenta e inexorable.

Alexéi no sabía a qué atenerse. Creía que de un momento a otro en la taberna haría su entrada intempestiva tanto Dmitri Serguéievich como Andrey Kozyrev, y que obstruirían la única vía de escape para él. No ocurrió. El oficial seguía solo sentado en la silla de madera y tomando tranquilamente su taza de té.

Naum Seyavin Daugava lo observaba todo con la minuciosidad que otorgaban los años y la experiencia. Esa tarde en concreto no había mucha gente en Nachthexen, también era una hora temprana. Cuando el día estuviese a punto de concluir, entonces se llenaría hasta reventar y el ruido resultaría ensordecedor. En una esquina del largo mostrador había dos obreros tomando vodka. En una de las esquinas frente a él había otros dos que susurraban, le parecieron dos maleantes sin importancia que trataban de intercambiar género. Tres mesas a su izquierda estaba un hombre que no bebía. Se limitaba a mirar al dueño del establecimiento con atención. Supuso que podría ser el encargado de evitar las diversas peleas entre los bebedores inconformistas cuando los ánimos se calentaban. Naum Seyavin no vestía uniforme, lo había creído innecesario además de un peligro para ese lugar en concreto. Por sus ropas podía pasar por un comerciante medio, y esa había sido su intención: despertar la mínima curiosidad sobre su persona.

Giró la cabeza hacia la derecha y miró la cortina sucia que cubría una de las tres ventanas. Aunque no había calefacción en el establecimiento, no hacía el frío gélido del exterior.

—Un lugar extraño para un hombre como usted.

El oficial reconoció la voz. Dejó de mirar la ventana y clavó sus ojos en el capitán Alexéi Yacov, el hombre que él creía muerto. Durante un tiempo no pudo decir nada pues seguía con la sorpresa agitándole el cuerpo. Finalmente lo invitó a sentarse pero el hombre desistió.

—Tengo un lugar reservado en la planta superior —le dijo—, me gustaría que me acompañara. Tendremos más intimidad para conversar sin interrupciones.

Naum Seyavin hizo un gesto afirmativo. Pagó una botella de vodka al dueño de la taberna y pidió que se la subiera un poco más tarde. Instantes después siguió a Alexéi escaleras arriba.

Había cambiado. Estaba irreconocible; mucho más delgado y con un brillo de miseria humana en los ojos como no había contemplado nunca en un mortal. Ofreció una plegaria silenciosa porque el padre de Alexéi ya no podía ver en lo que se había convertido su primogénito. Llegaron a la mesa que había ocupado anteriormente, y tomó asiento justo

enfrente.

—Pensé que rechazarías encontrarte conmigo —le dijo el hombre mayor.

Alexéi no respondió de inmediato. Se tomó su tiempo porque ver al oficial le había traído recuerdos muy dolorosos.

—¿Cómo sabía que vivía?

—Lo sospeché.

—¿Desde cuándo?

—Desde que mantuve una conversación muy interesante con una viuda hermosa amiga de mi cuñada Milenka.

—Desea ayudarme —la defendió.

—La pregunta sería, ¿puede hacerlo? —se habían cambiado las tornas de preguntas. Ahora era el oficial el que interrogaba—. ¿Cómo has burlado a la muerte? ¿Quién te ayudó? ¿Fueron tus hombres?

Alexéi tuvo ganas de soltar una carcajada. Para un militar entrenado como Naum Seyavin, un condenado solamente podía ser salvado por los hombres de uno, y en el caso de Alexéi, por aquellos que no se habían sumado a la traición.

—Estuve a unas horas de ser colgado —Naum Seyavin lo miraba sin perderse detalle—. Pero mi salvación vino a través de un ángel.

—Lamenté la muerte de tus padres.

—Fueron asesinados —corrigió.

Y un dolor agudo subió por el pecho de Alexéi porque no había podido hacer nada para salvarlos. Cuando buscó ayuda para desenmascarar a Dmitri, se encontró solo. Abandonado por aquellos que él creía amigos. Compañeros.

—También lamento no haber estado aquí para escuchar cómo defendías tu inocencia —la explicación sobraba para Alexéi pues conocía que el almirante estaba de maniobras en el mar de Laptev, frente a las Islas de Nueva Siberia.

—No pude demostrarla —admitió con sencillez—. Las pruebas en mi contra resultaron demasiado explícitas. Muy convenientes.

Naum Seyavin Daugava parpadeó levemente al escuchar a Alexéi. Él había regresado hacía muy poco tiempo. Se había pasado varios meses en el mar, y ahora que podía disfrutar de un pequeño descanso, se encontraba investigando un asunto muy grave y peligroso y que podía desencadenar una guerra entre los propios rusos. Los partidarios del zar y los revolucionarios.

—He tirado del hilo siguiendo el consejo de la mujer que defiende tu inocencia.

El pecho de Alexéi se llenó de un amor profundo hacia Alisa. De todas las personas a las que podía haber acudido para buscar ayuda, Naum Seyavin Daugava era el indicado. Aunque estaba convencido que ella ignoraba que ambos hombres se conocían desde que Alexéi era un niño. El almirante era el hombre que podría haberlo ayudado si hubiera

estado en Petersburgo cuando fue acusado.

—No soy el traidor que todos creen.

—Eso hay que demostrarlo.

—¿Cómo? —preguntó Alexéi en tono airado—. ¿Yendo al zar y diciéndole que las pruebas que le pusieron entre las manos eran falsas? ¿Qué el hombre que lo protege es el que conspira para matarlo?

—Necesito el nombre de algunos de tus hombres, aquellos en los que más hayas confiado. —Alexéi chasqueó la lengua. El hombre en el que más había confiado era el causante de su desgracia—. Necesito pruebas, y solo tus hombres conocen la traición de la que fuiste objeto.

—No confío en ninguno de ellos —se atrevió a confirmar. Cuando el zar lo había escogido para encontrar a los anarquistas y detenerlos, Alexéi había tenido mucho cuidado en seleccionar a algunos hombres de su unidad. Los que lo acompañarían en su misión. Dmitri había sido su mano derecha. Había aceptado de inmediato el trabajo, después comprendió el motivo—. Llegar hasta el zar Alejandro con un supuesto complot del hombre en el que confía y que defiende su integridad física, es poco menos que imposible —afirmó Alexéi con rostro serio.

—Si permitimos que los rebeldes se alcen —apuntó Naum Seyavin—, puede ser demasiado tarde para salvar el Imperio.

—Ese momento es inevitable pues en el corazón de Rusia hay enterrado un polvorín que nos va a estallar en cualquier momento. —Naum Seyavin se sorprendió al escucharlo. Que un hombre de su talante reconociera que Rusia tenía un problema en sus mismas entrañas, era cuanto menos preocupante.

—¿Te refieres al fin de la Guerra de Crimea que ha azotado el sur de nuestra amada Rusia? —Alexéi negó levemente—. Olvidas que la ciudad de Sebastopol albergaba la base de la Armada rusa del mar Negro —continuó el almirante—. Es un hecho que debido a los errores en la planificación y abastecimiento militar, el país no podía resistir con éxito los ataques de sus rivales: el imperio otomano, Francia, Inglaterra, Austria y Prusia. Demasiados enemigos.

—Por ese motivo el zar ordenó firmar la paz de París —le recordó Alexéi.

—Y prohibió que Rusia tuviera buques de guerra en el mar Negro, y esa paz es el motivo para que nuestra amada patria haya perdido varios territorios que se conquistaron siglos atrás —el almirante se tomó un respiro antes de continuar—. Muchos militares están cuestionando las decisiones del zar.

Alexéi meditó las palabras del almirante antes de tomarse un gran trago de vodka, y se preguntó si el hombre que tenía enfrente era uno de los que se sentían decepcionados.

—¿Piensa que el descontento del ejército es el mayor problema del zar Alejandro? —la sorpresa quedó bien reflejada en el rostro del almirante era exactamente lo que pensaba—. No, querido amigo, son los siervos.

Naum Seyavin estaba atónito por esa conclusión.

—¿Los siervos? —preguntó con gran incredulidad.

—Hay terratenientes que poseen más de mil almas —esa forma de referirse a los siervos le mostró a Naum Seyavin que Alexéi estaba hecho de otro material muy diferente al resto de ellos—. Debe saber que la fortuna de los nobles no se mide por los terrenos agrícolas que poseen sino por el número de almas, campesinos siervos que tienen en su haber —Naum Seyavin mostró en su rostro que no comprendía hacia dónde lo dirigía Alexéi.

—No entiendo qué problema puede existir con los siervos —apuntó el almirante.

Alexéi pensaba ponerle un ejemplo.

—El duque Nicolás Yusupov posee 250.000 hectáreas repartidas en diecisiete provincias y pobladas por más de 17.000 siervos varones. —Naum Seyavin silbó al escuchar las cifras. ¿Cómo las había obtenido Alexéi?—. El hetman, gobernador de Ucrania, príncipe Razumovski, posee 140.000 almas, y con sus familias rebasan la cifra de 300.000 siervos.

—¿Y por qué piensas que es un problema que los nobles tengan un número ilimitado de siervos? —indagó.

—Porque salvo un pequeño grupo de campesinos libres, los campesinos siervos constituyen la mayoría de nuestra población rural. El gran problema radica en la indignidad de su estado, en su analfabetismo total, en su hundimiento espiritual y físico.

—Estoy oyendo hablar a tu padre —respondió el almirante con ojos entrecerrados—. Un libre pensador que no tenía que haberse dedicado al ejército sino a la enseñanza filosófica —la crítica era demoledora.

El padre de Alexéi había sido un militar comprometido con el Imperio y su cargo, pero no por ello había dejado de tener opinión propia. Era un hombre que no soportaba las injusticias. La degradación del ser humano.

—¿Recuerda la sublevación de hace diez años? Se produjeron 650 levantamientos. Las causas siempre son las mismas: severidad excesiva, actos de brutalidad, derecho de pernada... ¡Tenemos que erradicar esas prácticas de Rusia!

—Son siervos —contestó tajante el marino.

—Los siervos son el verdadero problema de nuestra amada Rusia, no un puñado de militares decepcionados con la política del zar —concluyó Alexéi con cierto enojo que no se molestó en ocultar—. Los campesinos tienen que ser hombres libres.

—Eso es un dislate —protestó el almirante—. El verdadero problema de Rusia son hombres como Andrey Kozyrev. Hay que seguir tirando del hilo y acorralarlo.

Alexéi ya conocía la información sobre el hombre que servía en la escolta personal del zar Alejandro. El encargado de protegerlo. La ironía le pareció absurda.

—El verdadero problema de Rusia —reiteró Alexéi—, es otro mucho más complicado y difícil de solucionar.

—Nuestro problema inmediato es seguir tirando del hilo —le recordó Naum Seyavin—. Y nos llevará al nudo.

—El hilo se ha convertido en una telaraña. Y debemos llevar mucho cuidado para no quedar atrapados en ella.

Esa era una verdad incuestionable.

—Te ayudaré —aseveró rotundo el almirante—. Conozco algunos oficiales retirados en Kiev —dijo en voz alta—. También en Grozni. Se prestarán a ayudarnos.

—En Grozni se encuentra el pozo caliente del anarquismo —matizó el otro.

—No podemos acudir a la Ojrana porque su comisario jefe es precisamente uno de los traidores —arguyó de nuevo en voz alta el almirante.

—Si cortamos la cabeza militante, acabaremos con el problema en el ejército.

El oficial no lo tenía tan claro. Había que dinamitar el mismo corazón anarquista. Estaba convencido que Andrey Kozyrev y Dmitri Serguéievich eran una parte de la cabeza visible de la conspiración, sin embargo, él pretendía llegar hasta el cerebro. Los dos hombres habían sido colocados en sus puestos correspondientes por alguien muy importante y del que no sabían nada todavía. Tenían que seguir tirando del hilo.

—Daremos caza a los verdaderos culpables, y recuperarás tu honor y buen nombre —Alexéi no lo creía probable, sin embargo, se conformaría si vengaba a sus padres, a su hermano. Además, evitando el futuro asesinato del zar, Alejandro podría terminar con las injusticias de los siervos. Otorgarles la libertad—. ¿Dónde puedo encontrarte?

La pregunta de Naum Seyavin lo puso alerta.

—Es mejor que no lo sepa —le respondió—. Si algo sale mal, será conveniente que desconozca el lugar donde me refugio.

—Entonces, ¿cómo puedo ponerte en contacto contigo?

—Mi ángel guardián me hará llegar cualquier mensaje. Nos reuniremos cuantas veces necesite aquí en Nachthexen.

—¿Qué harás mientras tanto? —quiso saber el oficial.

Alexéi calló durante un instante, buscando las palabras adecuadas.

—Perseguir y acorralar a una bestia por segunda vez.

Y ya no se dijeron nada más.

CAPÍTULO 34

Alisa se había ausentado durante toda la mañana de Jasán. Había tenido que hacer algunas gestiones en Petersburgo. Ignoraba donde se encontrarían Yuri, Denis y Mijaíl dado que no los había visto en el almuerzo, afortunadamente tampoco había visto al primo de su difunto esposo.

El carruaje se detuvo en la escalinata empedrada que accedía a la vivienda. Ivan no acudió a recibirla y le extrañó. Recogió los diferentes paquetes del interior del carruaje y se dispuso a subir las escaleras para entrar a la casa. Cuando lo hizo se percató que nadie acudía a su llamada.

—Estamos aquí, señora Guseva —la fuerte voz de Ivan le llegó a través de la puerta del salón.

Cuando accionó el picaporte y empujó la hoja se quedó pasmada. Ivan, Olga, Vassily y Boris estaban sentados formando un cuadrado en el extremo más alejado del salón. Custodiados por cinco agentes de policía que les impedía moverse. Soltó los paquetes que cayeron al suelo con estrépito.

—¿Qué sucede aquí? —Preguntó en un tono de voz que rayaba entre la incredulidad y el enojo.

—Gustav Lébedev junto al comisario Dmitri Serguéievich están inspeccionando la parte de Jasán que no se mantiene abierta.

La explicación de Ivan la dejó fuera de juego.

—Siéntese, señora Guseva —le aconsejó uno de los agentes—. El registro concluirá muy pronto.

Pero los policías estaban locos si se creían que ella iba a quedarse quieta viendo cómo registraban su hogar.

Sin previo aviso echó a correr hacia el vestíbulo. Como la puerta que cerraba el ala deshabitada de Jasán no estaba abierta, ella no había sospechado que estaba siendo objeto de una inspección que le pareció exagerada. En esa parte de la casa no había nadie. Únicamente se utilizaba en las recepciones. Dos de los guardias que custodiaban a Ivan, Olga y los muchachos, salieron corriendo detrás de ella. La alcanzaron cuando llegaba al salón dorado. Allí se encontraba el comisario junto a dos hombre más que ella no había visto.

—¿Qué diantres están haciendo? —Preguntó airada.

El comisario les hizo un gesto a los hombres que la habían perseguido para que volvieran de nuevo con el resto de personal de la casa.

Alisa observó atónita que cada mobiliario había sido abierto y su contenido esparcido por el suelo. Se habían movido tapices. Alfombras. Aparadores y armarios. Todo quedaba expuesto a la vista.

—Aquí no se esconde Viktor Chernov —les increpó ofendida por el caos que estaban

organizando.

—Sabemos que el señor Chernov no se encuentra en Rusia —respondió el comisario mientras tiraba diversas prendas al suelo.

—Esto es un agravio sin precedentes —acusó ella soliviantada.

—Esto es un registro legal —contestó Dmitri Serguéievich.

—Díganme qué buscan, y si se encuentra aquí, yo misma se lo entregaré.

—Buscamos la daga con la que asesinaron al comisario Nicolay Visílievich.

Alisa parpadeó varias veces tratando de asimilar la información.

—¿Y suponen que dicha daga está en Jasán?

El nuevo comisario no la miró, continuó con la inspección en silencio. Los dos hombres que lo acompañaban habían terminado en esa estancia y se dirigieron hacia la sala donde estaba el piano. Alisa los siguió con el alma en vilo. No entendía lo que sucedía a su alrededor, pero parecía que los hombres sabían lo que buscaban. ¿Cómo? ¿Por qué? Al comisario y los agentes que destrozaban su hogar se sumó otra complicación.

—Comisario... —uno de los hombres que había comenzado a registrar el salón de música era el que había llamado a Dmitri Serguéievich—, venga a ver esto.

Todos se dirigieron hacia la voz. El policía había levantado la tapa del hermoso piano. El cordal y el bastidor quedaron a la vista. El comisario inclinó la cabeza hacia el lugar que le señalaba su subordinado. Metió la mano y sacó algo del interior. Cuando Alisa contempló el arma, se quedó helada.

—¿La reconoce?

Alisa se sentía incapaz de decir nada. Miraba la hoja afilada. Cerró los ojos ante el desastre que iba a acontecer de un momento a otro. Ella nunca había visto esa arma, y se preguntó si acaso no la habría colocado de forma conveniente alguno de los hombres del comisario para inculparla. De pronto recordó que, día atrás, el joven Buk había salido de forma intempestiva del ala este, y con la culpabilidad dibujada en su rostro.

—Nunca la había visto, lo juro.

Dmitri Serguéievich seguía observando la hoja con suma atención porque había una inscripción en ella.

—¡Detenedla! —Ordenó con voz grave—. Hay que interrogarla.

El corazón de Alisa comenzó un galope temerario, creyó que si abría la boca podría salir por ella.

—¡El arma es mía! —gritó Buk Ivanov de pronto.

Alisa miró hacia la puerta y se preguntó cuándo habría llegado porque no lo había visto antes en la casa. Estaba tan sorprendida que no podía reaccionar. En la puerta abierta se encontraba Gustav, y los dos policías que habían registrado la sala, quizás por ese motivo no lo había visto antes, porque los hombres lo tapaban.

—¿Y usted es....? —preguntó el comisario sin dejar de observar al joven con ojos

entrecerrados.

El muchacho dio un paso al frente y se distanció de los tres hombres. Alisa sintió el impulso de abrirle los brazos para recibirlo, pero se contuvo.

—Buk Ivanov —respondió conciso.

Los ojos del comisario lanzaron un destello al escuchar el nombre y Alisa se preguntó si acaso lo conocía. Como estaba conmocionada por los acontecimientos, pensó que lo habría imaginado.

—¿Dices que este arma es tuya? —inquirió sin soltarla de sus manos.

El joven le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es lo único que me queda de mi madre —reveló de pronto—. Tiene sus iniciales grabadas en la hoja. Se la regaló el hombre que me engendró.

El comisario ya lo sabía porque las había visto las letras desde el principio.

—¿Y por qué motivo la esconderías en un lugar tan insólito como el interior de un piano?

Alisa trataba de comprender la pregunta que le había formulado el comisario. ¿Por qué motivo se escondía un arma? ¿Para que no la encontraran!

—Yo asesiné al comisario Nicolay Visílievich —confesó el muchacho de pronto.

Alisa no pudo contener una exclamación violenta.

—¡No, Buk! —gritó corriendo hacia él, sin embargo, uno de los policías logró sujetarla a tiempo.

Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro mientras se debatía entre los brazos que la sujetaban. Una confesión así equivalía a la horca.

—Lo sé —la afirmación del comisario resultó inesperada y asombrosa—. Era solo cuestión de tiempo que te descubriéramos.

Alisa miraba al chico y al comisario de forma alternativa. Estaba hecha un lío. Buk miró el rostro femenino con ojos llenos de arrepentimiento.

—Sé, lo que le hizo el comisario —le reveló de pronto—. Por mi culpa le hizo daño, y pretendía hacérselo de nuevo. No podía permitirlo. Por ese motivo acabé con su miserable vida, y no me arrepiento.

Alisa no podía apartar sus ojos del muchacho. Sentía un nudo en el estómago y un sudor frío en las manos. Logró preguntar al comisario aunque con un hilo de voz.

—¿Por qué... por qué sospechaban de Buk Ivanov? ¿Por qué motivo nos hicieron creer que sus pesquisas giraban en torno al señor Viktor Chernov?

El comisario no respondió de momento. Se tomó su tiempo para hacerlo.

—Porque al comisario Nicolay Visílievich lo asesinó una persona zurda. —Alisa cerró los ojos ante el mareo que sufrió. Efectivamente, Buk era zurdo, aún así le parecía increíble que hubiera cometido un asesinato—. Y pudimos constatar que el señor Chernov

no lo era. —Alisa seguía escuchando muy atenta—. Porque un policía pudo hacer una descripción muy acertada del posible asesino, y porque el mismo se dejó la vaina del puñal junto a un gran charco de sangre.

Alisa inspiró de forma profunda. ¡Viktor había sido para ella el principal sospechoso! Se arrepentía de corazón por haber pensado mal de él. Sin embargo, imaginar al joven Buk como asesino, le erizaba el cabello de la nuca.

—Tendrá que acompañarnos para tomarle declaración. Tiene muchas cosas que explicar —las palabras iban dirigidas hacia ella.

Uno de los policías ya había sujetado al muchacho y lo llevaba custodiado fuera de la casa. A su conmoción se sumó la llegada de Ivan que tenía una mirada de lo más extraña. También Olga que corría hacia ella porque la veía muy pálida.

—¡No puede ser cierto! —exclamó acongojada.

Olga la abrazó por los hombros y la condujo hacia el exterior. Todo en esa parte de la casa estaba hecho un caos: ropa, tapices, muebles.

Como caótica había sido la confesión del joven Buk.

Alisa había pasado prácticamente todo el día declarando en el edificio de la Ojrana. Estaba agotada, vencida, sobre todo cuando le habían mostrado las pruebas que el comisario había reunido contra el joven Buk. A partir de ese momento supo que nada ni nadie podría librarlo de la horca, y lo sintió de verdad. Por su juventud, y porque Nicolay Visílievich sí merecía la muerte, aunque no por un muchacho.

No le habían permitido verlo ni despedirse de él. Cuando concluyera el día lo llevarían a la prisión Trubestskoy. Quizás a la misma celda de donde ella lo había rescatado meses atrás.

En el trayecto hacia Jasán se había mantenido completamente callada. Ivan la acompañaba de regreso permitiéndole el consuelo del silencio. En el rostro femenino se advertía la tribulación. La honda pena que le producía el futuro del muchacho, ahora en manos de la Ojrana. Tragó saliva varias veces en un intento de contener las lágrimas.

—Visílievich se lo merecía —dijo al fin Ivan sin dejar de mirarla.

Alisa hipó y volvió a tragar. Era la segunda vez que perdía a un muchacho, y el sentimiento de derrota resultaba igual de doloroso.

—¿Cómo pudo hacerlo? —preguntó de forma retórica—. ¡Es tan joven!

Ivan sopesó no decir nada, no obstante no pudo contenerse.

—Buk supo cuando robó los candelabros, lo ruin y miserable que era el comisario. La forma obscena en que la chantajeaba. Era consciente de lo que le obligó a hacer para salvarlo, y actuó de la mejor forma quitando de en medio a una rata —Alisa hipó tratando de contener el llanto—. Admiro lo que ha hecho y me avergüenza que ninguno fuésemos capaz de llegar hasta ese punto.

—Y culpé a Viktor siendo inocente y ahora se encuentra lejos de nosotros cuanto

tanto lo necesitamos —contuvo un sollozo amargo—. Me siento culpable de su marcha.

Ivan pensaba de modo diferente, por ese motivo le respondió.

—Viktor está mejor en Inglaterra. Allí podrá comenzar una nueva vida. —No podía mirarlo, junto a Viktor, Ivan era la persona que mejor la conocía—. Sus conocimientos de literatura, arte y música le han abierto las puertas de la universidad.

Viktor escribía de forma frecuente y utilizaba la dirección de la baronesa para que les llegara el correo. La última carta había sido muy positiva y llena de buenas noticias que Alisa había compartido con todos.

—Siempre lo echaré de menos —confesó compungida.

El carruaje siguió su recorrido de regreso a Jasán.

CAPITULO 35

Alexéi llevaba mucho cuidado cada vez que sometía a Dmitri Serguéievich a un seguimiento por su parte. Ahora conocía los lugares que visitaba. La gente con la que se reunía, y los empresarios que compartían negocios con él. Había visto los rostros de los políticos que le pagaban por favores obtenidos gracias a su puesto en la Ojrana. Comprobar que era aún más miserable de lo que había imaginado le provocaba una ira ciega. Un desdén difícil de contener. Pronto tendría toda la información necesaria para presentársela al almirante, éste seguía sus pesquisas por su cuenta. Se habían reunido hasta dos veces más en la taberna Nachthexen y habían compartido los resultados de sus investigaciones. Naum Seyavin Daugava había recabado información militar imprescindible y de la que daría buena cuenta llegado el momento. Ahora conocía los nombres y los rostros de los oficiales que sentían desafección hacia el zar Alejandro y al resto de Románov. El almirante continuaba cerrando el círculo sobre los militares descontentos ganándose la confianza de aquellos que se mantenían fieles a la política del zar emitida desde Petersburgo. Alexéi y él formaban un buen equipo. Mientras el primero reunía información sobre las operaciones económicas llevadas a cabo por políticos afines a una próxima revolución, Naum Seyavin lo hacía en el ámbito militar y de la justicia.

Oficiales amigos suyos y de su completa confianza, continuaban moviendo hilos tanto en la ciudad de Kiev como en la ciudad de Grozni. Estaban obteniendo numerosos nombres de anarquistas y revolucionarios. El almirante confiaba en tenerlo todo bien sujeto antes de que estallase la revuelta que indicaría el comienzo de la revolución, o el atentado sobre el zar que pretendía desestabilizar al gobierno de Petersburgo en su totalidad. El ejército se preparaba de una forma muy discreta, como prudente se movía él vigilando a su eterno enemigo.

Mientras lo seguía a una distancia moderada, Alexéi pensó en Alisa y en lo maravilloso que sería poder comenzar una nueva vida juntos. Hacía más de una semana que no sabía nada de ella ni de los chicos. El apartamento en la plaza Sennaya estaba silencioso, y recordó las noches de risas que había pasado junto a esos hombres que veían en la vida un montón de oportunidades de superación. Admiraba la unidad que había logrado Alisa con sus muchachos.

Con aquellos que se quedaban y con los que se iban.

Era una mujer única, y la amaba con todas sus fuerzas. Esperaba el momento de cobrarse su venganza porque así podría dedicar el resto de su vida a sanar sus heridas junto a ella. Alexéi había sufrido vejaciones y torturas. Lo habían despojado de su dignidad, pero seguía vivo gracias a su ángel. Y siguiendo a Dmitri Serguéievich se preguntó si, una vez culminada su venganza, habría merecido la pena. Pensó en sus padres, en su hermano, en la sangre derramada que le exigía un resarcimiento absoluto. Una revancha y desquite... Alexéi suspiró contrariado. ¿Y si finalmente la perdía a ella por buscar una represalia merecida? ¿Le compensaría el silencio de la sangre de su familia muerta? No quiso ahondar más en esos pensamientos destructivos. Era un hombre incompleto hasta que no vengara la muerte de su padre, de su madre y de su hermano. Si quería comenzar un futuro sin mácula. Sin remordimientos, debía cobrarse la vida del

hombre que odiaba con toda su alma. Después, buscaría el perdón. Cuando Alexéi vio que Dmitri Serguéievich se reunía con Gustav Lébedev y algunos de los joyeros más famosos de Petersburgo en una taberna muy selecta, supo que algo se le escapaba. No obstante, siguió observando todo a una distancia prudente. Poco tiempo después hizo su aparición el hombre más importante de Rusia tras el zar Alejandro: el príncipe Pyotr Levashov Saltikov. Alexéi comprendió que acababa de descubrir al verdadero cerebro de la conspiración contra los Románov.

Alisa había pasado la tarde junto a las profesoras Elina, Tatiana y Natalia en la pequeña aunque confortable casita en el otro extremo de la propiedad. Les había informado de todo lo acontecido en la gran casa tras el arresto del joven Buk. Había llorado junto a ellas por el destino que le esperaba al muchacho y del que ella ya no podía hacer nada.

Estar con ellas le había servido para mitigar la angustia, pero al terminar la tarde decidió volver a la casa.

Cuando llegó a Jasán la encontró completamente en silencio. Alisa sabía que Denis, Yuri y Mijaíl se encontraban en Petersburgo junto a Alexéi cumpliendo un encargo de éste último. No obstante, la ausencia en la casa de Ivan y Olga le provocó un ligero estremecimiento. Tampoco encontró a Vassily y Boris. Como había decidido ir hasta la casita cabalgando, había entrado directamente por los establos. Desmontó con agilidad y metió la yegua en la cuadra. No la ató de las bridas. Se quitó los guantes de piel, el sombrero y la recia capa de viaje, los sujetó con una mano y con la otra cogió la lámpara que estaba encendida y colgada de la pared, cruzó el patio con ella para alumbrarse.

Las estancias de la planta inferior estaban vacías. Alisa estaba tan sorprendida que se olvidó que seguía sosteniendo las ropas y la lámpara en sus manos. Llegó al salón y miró la bandeja de té sobre la mesilla. Había un total de tres tazas y se preguntó si habría llegado visita en su ausencia. Caminó por el corredor con pasos lentos. Llegó al vestíbulo y se detuvo. La puerta que cerraba el ala que no se utilizaba habitualmente estaba abierta y completamente a oscuras. Dejó las prendas que se había quitado sobre el sillón de la entrada, al hacerlo iluminó sin querer el suelo y vio las gotas de sangre que lo manchaba. El corazón se le aceleró.

Se armó de valor para saber qué había sucedido en la casa. Cruzó la puerta abierta y se adentró en la parte de Jasán que más amaba ella. Todas las estancias habían sido ordenadas tras la detención de Buk y la partida del comisario junto a sus hombres. Escuchó el ruido de cajones que se abrían y se cerraban con ímpetu. Pasos apresurados que iban de un lugar a otro. Alisa creyó que estaba oyendo las andanzas de un ladrón. Pero en Jasán ya no quedaba nada de valor. Buscó con los ojos algo que le sirviera de ayuda para defenderse de un posible atacante. En el corredor solo había un paragüero con un único paraguas. Sin dudarle un instante lo asió por el mango de madera y lo colocó frente a ella como un arma.

—¿Quién anda ahí? —preguntó tratando de darle a su voz un tono sereno de advertencia.

Alisa fue recorriendo las estancias y mirando todo con atención. A la angustia que

sentía se sumó la aparición sorpresiva de Gustav Lébedev. Traía en sus manos el Sarafan Rojo de su abuela. Al ver la sonrisa prepotente de su rostro sintió un odio en su interior y tal impotencia, que no pudo sino quedarse clavada al suelo contemplando la felonía de la que estaba siendo objeto. Dejó la lámpara en el suelo con sumo cuidado.

Alisa estaba a solas con el hombre más peligroso que conocía.

—Eso me pertenece —aseveró sin apartar los ojos del individuo.

Gustav Lébedev examinaba las prendas con mucho cuidado, buscaba sin lugar a dudas las perlas, los rubíes y el diamante del kokoshnik.

—¿Dónde están? —preguntó con voz ronca.

Ahora entendía el motivo para que Lebedev hubiera insistido en hospedarse en Jasán. Quería hacerse con las piedras preciosas que su abuelo le había regalado a su abuela con el magnifico vestido de novia. Si se hacía con ellas podría venderlas e invertir en el ferrocarril, o en financiar parte de una rebelión.

—Los vendí cuando el hambre y la pobreza me acuciaban —respondió mucho más tranquila de lo que se sentía.

—El diamante Guseva no se encuentra en ninguna casa de empeño de Petersburgo, ni en ninguna joyería de Moscú —contestó el primo sin dejar de mirarla.

Alisa entrecerró los párpados al ser consciente de que Lébedev conocía muy bien el diamante que había sido engarzado en el tocado de novia de su abuela. Entendió por sus palabras que ya había indagado sobre la joya.

—Es posible que haya salido de Rusia, y que vaya camino de alguna joyería importante de Europa.

El hombre masculló violentamente al escucharla.

—¡Mientes!

—O quizás lo hayan dividido en diminutos diamantes que serán engarzados en otro kokoshnik que adornará la cabeza de otra futura novia.

—Ningún joyero dividiría un diamante como el de Guseva —presumió con ojos que rezumaban un odio visceral.

Alisa soltó el aliento poco a poco mientras retrocedía un paso. El diamante Guseva tenía un valor incalculable. Su abuelo había encargado expresamente el tamaño y el grosor que quería para el kokoshnik. Gustav Lébedev seguía recorriendo con sus manos las prendas de tejido rojo que significaban tanto para ella. Cuando terminó de examinarlas y comprobó que ya no tenían ningún valor, las tiró al suelo con desaire.

Ella contuvo el impulso de lanzarse a recogerlas.

—¿Dónde están las joyas? —insistió cada vez más impaciente.

Alisa dejó de retroceder al comprender que de ese modo mostraba el miedo que le provocaba. Trató de mantenerse firme a pesar de que estaba temblando como una hoja.

—Puede preguntar a cualquier miembro de la casa y le ofrecerán la misma respuesta

que yo. También puede preguntar a la baronesa Milenka Daugava pues fue ella la que me dio el nombre del comprador que estaba interesado en adquirir las perlas, los rubíes y el diamante.

Gustav Lébedev quedó a un escaso paso de ella. Alisa tensó la espalda pero le sostuvo la mirada. El dedo del hombre le rozó la mejilla y ella no pudo contener un gemido de asco. Giró el rostro de forma violenta para evitar el contacto.

—No soy ningún imbécil —le espetó con dureza—. Sé que ningún joyero compraría el diamante Guseva para engarzarlo en un kokoshnik.

—Mi abuelo lo hizo —le recordó mientras daba otro pequeño paso para poner distancia entre ambos.

—Tu abuelo era un estúpido sentimental.

Escucharlo y mantenerse firme le costó el esfuerzo de su vida. Alisa seguía sosteniéndole la mirada a Gustav Lébedev sin un parpadeo.

Estaba muerta de miedo. Sentía las piernas temblorosas, el pulso desbocado, y no fue lo suficientemente rápida para evitar que el hombre la agarra por la muñeca y la empujara hacia él. Alisa lanzó un grito agudo y se giró para emprender la huida.

—Sé cómo arrancarte la verdad, puta.

Al mismo tiempo que decía las palabras, Gustav Lébedev la lanzó al suelo. Alisa cayó como un trasto viejo. Se golpeó la cabeza y se mordió sin querer el interior de la mejilla. Cuando vio sus propias gotas en el suelo supo que la sangre que había visto en el vestíbulo debía de pertenecer a Ivan, Olga, Boris o Vassily. Trató de levantarse pero el cuerpo de Gustav se lo impidió. Se sintió de pronto aplastada contra las frías losas. El hombre le dio la vuelta y se quedó sentado sobre su estómago.

Sonreía de forma diabólica, como tantas veces en el pasado.

—Ni te imaginas cuánto me gustaba someterte. Lo que disfrutaba provocándote dolor —los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar las diversas vejaciones que soportó de ese hombre.

Alisa forcejeó con todas sus fuerzas. Trataba de arañarle el rostro pero Gustav Lébedev tenía demasiada fuerza comparada con la de ella. La primera bofetada que recibió le provocó un pitido en el oído que la dejó sorda durante unos segundos. A la siguiente le partió el labio. Alisa se atragantaba con su propia sangre, pero en un impulso se la escupió en la cara. Lo siguiente que sintió fue que le desgarraba el vestido mientras la golpeaba de nuevo.

—Antes de que termine contigo me dirás donde escondes las joyas, perra.

Alisa pataleó para quitárselo de encima. Su esfuerzo resultó vano. Ya sin control ni fuerzas comenzó a llorar porque recordó vivamente el horror que ese hombre le había provocado en el pasado y lo que podría provocarle en ese instante.

—Jasán será mío así como todo lo que contiene, incluidas las joyas y los objetos de valor que has escondido todos estos años.

—Ten...drás que matar....me —logró decir sin dejar de debatirse como si estuviera

poseída.

Los ojos de Gustav eran dos pozos que rezumaban maldad. La miraban exactamente como lo hacia su difunto esposo antes de infringirle un castigo severo.

—¿Y qué piensas que voy a hacer contigo?

Alisa supo que le quedaban escasos minutos de vida.

Sintió las manos sobre su cuello. Percibió que los dedos se cerraban como garras de hierro en torno a él. Buscaba con sus manos algo a lo que asirse pero únicamente lograba arañar el suelo. Cuando notó que le faltaba el aire, que ya no podía empujarlo por su garganta porque se la aprisionaban con fuerza, cerró los ojos y elevó una plegaria. Que su muerte llegara rápido, sin embargo, en la neblina de la confusión que sentía por la falta de oxígeno, creyó escuchar su nombre. Pasos apresurados y un grito de furia. Como si Dios hubiera escuchado su ruego, el peso sobre su cuerpo se aligeró. La presión sobre su garganta disminuyó de forma considerable. Escuchó un golpe y abrió los ojos. Alexéi tenía a Gustav sujeto por la pechera. Lo empujaba con fuerza mientras lo golpeaba sin compasión en el rostro.

Hizo acopio de fuerzas para levantarse. En su mente solo existía una urgencia, encontrar algún objeto que pudiera utilizar para clavárselo en el corazón al monstruo. Gustav no era contendiente para Alexéi pues a éste le insuflaba fuerzas la furia que sentía al ver el daño que le había causado mientras la asfixiaba. Alisa escuchó el hueso del mentón del otro al quebrarse, pero Alexéi no paró de darle golpes ni cuando Gustav sacó una pequeña navaja y se la clavó en el costado. Casi estuvieron a punto de tirarlo al suelo, pero Alexéi seguía de pie golpeándolo.

El grito que lanzó Alisa fue escalofriante. ¿Habría herido a Alexéi de muerte?

El militar bajó la guardia para mirarla tras escuchar el alarido femenino. Gustav aprovechó para clavársela de nuevo. No llegó a hacerlo. Alisa no esperó más. Necesitaba encontrar algo con lo que pudiera ayudarlo. Sus pies tropezaron con la lámpara de queroseno que había dejado momentos antes en el suelo.

—Vas a morir, puerco —vociferó Gustav que blandía el arma frente a Alexéi saboreando su triunfo sobre él.

Alisa se giró y contempló la escena, y le pareció que transcurría delante de sus ojos a un ritmo más lento que los latidos de su corazón. Alexéi sangraba profundamente por el costado. Gustav se había separado un tanto para obtener la ventaja que le confería estar armado, y movía la navaja con agilidad y presunción delante de él.

—Y después me encargaré de esa putita...

Miró la lámpara del suelo y cerró los ojos. Se inclinó para cogerla, y cuando la tuvo firmemente asida en la mano, caminó los pasos que la separaban de Gustav Lébedev. Del hombre que odiaba con todas sus fuerzas. Del despojo que la había violado y golpeado durante tanto tiempo.

—¡Aparta! —al grito de ella Alexéi dio un salto hacia atrás mientras contemplaba estupefacto que ella le lanzaba a Gustav con todas sus fuerzas la lámpara de queroseno. El líquido se esparció por el total de su ropa y prendió de una forma rápida. En un instante el

fuego lo envolvió por completo. Gustav chillaba mientras recorría la estancia tropezando con los muebles y las cortinas que prendieron de inmediato. En un momento el salón comenzó a arder con el hombre que gritaba con todas sus fuerzas.

Alexéi se tapó la herida con una mano, mientras con la otra trataba de sujetarla para sacarla de la sala. Ninguno de los dos podía parar el fuego que ya comenzaba a devorarlo todo, Alisa estaba paralizada mirando las lenguas de fuego que lamían la reseca madera. A pesar de su herida, Alexéi tiró del brazo de ella con fuerza y le hizo correr por el pasillo sin descanso hasta alcanzar al vestíbulo. El humo comenzaba a llenar cada estancia de Jasán, también los pulmones de ambos. El militar la empujó hacia el exterior y Alisa terminó sentada en el suelo del jardín delantero de la casa.

Seguía mirando las llamas como si estuviera loca. Alexéi la zarandeó con fuerza.

—¡Estaba a punto de detenerlo! —le gritó por la temeridad que había mostrado al tirarle la lámpara encendida sin meditar en la casa que tanto amaba—. ¡Vas a perder Jasán!

Cuando ella dejó de mirar la vivienda y clavó sus ojos en él, Alexéi sintió una sacudida dentro de su pecho. Tenía el rostro completamente magullado. Los preciosos labios cortados. El mentón hinchado, y uno de sus bonitos ojos comenzaba a ponerse morado. Tragó con fuerza porque si él no hubiera llegado a tiempo, ahora podría estar muerta. Quemándose en el interior de la casa. En ese instante los ojos femeninos le revelaron una verdad escondida durante mucho tiempo. Supo que Alisa había incendiado también la casa de su esposo Igor Medvédev.

—¡Alisa! ¡Dios mío! —cuando la mujer estalló en sollozos, Alexéi la abrazó con fuerza.

La encerró entre sus brazos y la consoló lo mejor que pudo. Jasán era muy valioso para ella. Todo su mundo, y en ese momento ardía por los cuatro costados. La pira de llamas era tan alta que sería visible desde la ciudad de Petersburgo.

Alisa seguía inmersa en agónicos sollozos.

—Todo ha terminado. Eres libre...

Tras las palabras de Alexéi Alisa se desplomó. La hemorragia de emociones que había sufrido desde la detención del joven Buk, y el reciente intento de asesinato a manos del hombre que tanto mal le había ocasionado en el pasado, habían convergido en un mecanismo de defensa que le provocaron un desmayo merecido.

CAPÍTULO 36

Cuando Alisa despertó lo hizo acostada en la cama de Elina Makarova. La habían llevado a la casa de leñadores. Giró la cabeza varias veces para despejar el sopor que todavía sufría, y entonces recordó las llamas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Jasán! —exclamó con una pena absoluta.

La puerta de la alcoba se abrió de golpe y Alexéi asomó por el hueco. Cruzó los pasos que lo separaban del lecho y se sentó a su lado para abrazarla. Alisa no vio los rostros compungidos de Elina, Tatiana y Natalia porque tenía la cabeza recostada en el hombro fuerte de él.

—Me alegro que hayas despertado —Alexéi miró a las tres mujeres y les hizo un gesto con la cabeza para que cerraran la puerta de la alcoba. Tatiana así lo hizo.

—¡Incendí el hogar de mis abuelos! —continuó lamentándose.

El militar seguía abrazándola con fuerza y con ternura a la vez.

—Fue un accidente —respondió Alexéi con voz grave—. Estuviste a punto de perder la vida. Te defendiste lo mejor que supiste.

—¡Utilicé de nuevo el fuego! —admitió con voz entrecortada—. Lo alimenté con Jasán. No puedo perdonármelo.

—Shiss, no te atormentes. Ahora vendrán tiempos muy duros, que superaremos con coraje. —Alisa se echó hacia atrás y lo miró con atención—. Hay que explicar el incendio —advirtió en un tono suave y cariñoso.

—¿Explicar? —inquirió confusa.

—El comisario Dmitri Serguéievich se encuentra interrogando a Ivan, a Olga y Boris. —Alisa parpadeó a la misma velocidad que pensaba—. Jasán ya no existe, está reducido a cenizas.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Más de doce horas —lo miró incrédula—. Estabas agotada física y emocionalmente.

—No había nadie en la casa cuando llegué.

—El motivo era que Olga y Boris habían llevado al joven Vassily al hospital.

Los ojos de Alisa lo miraron con preocupación

—¿Hospital?

—Alguien lo golpeó en la cabeza en Jasán.

Así se explicaba las manchas de sangre en el vestíbulo.

—¿Cómo está?

—Han tenido que darle quince puntos de sutura, y sufre una fuerte conmoción.

—¡Mi pobre muchacho!

—Ivan tampoco se encontraba en la casa porque estaba conmigo en Sennaya.

Alisa tragó con dificultad.

—¡Fue Lébedev! Quería estar a solas para buscar las joyas.... —Alexéi la miraba con atención—. Buscaba el kokoshnik con las piedras preciosas que mi abuelo le regaló a mi abuela el día de su boda —Alisa calló un momento—. Vi sangre en el suelo del vestíbulo, y me acobardé. Escuché sonidos, y me mostré como una insensata pues quise enfrentar al ladrón —alegó arrepentida—. Tenía que haber imaginado que Gustav buscaría las joyas. En realidad cualquier cosa de valor que pudiera encontrar en Jasán. ¿Cómo fui tan estúpida?

—¿Las encontró? —preguntó el militar en voz baja.

Alisa le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Fui una sentimental —confesó cabizbaja—. Poco antes de que Viktor embarcara preparé un baúl con las últimas piezas de valor que me quedaban de la herencia de mis abuelos y que no había vendido: el camafeo de oro de mi abuela, y un collar de perlas que mi padre le regaló a mi madre —Alexéi seguía contemplándola con suma atención—. Había envuelto el Sarafan Rojo con cuidado, aunque finalmente no tuve valor para enviarlo lejos —Alisa calló un momento antes de continuar—. Ignoraba si lo volvería a ver. Si podría tenerlo en mis manos de nuevo. Me pudo la emoción y quité del kokoshnik todas y cada una de las perlas, los rubíes y el diamante Guseva que estaban engarzados. Lo metí en un saquito de seda y lo escondí entre las prendas de Viktor.

—¿Viktor conocía que las habías escondido? —Alisa negó levemente—. Estoy convencido que será un buen guardián para ellas hasta que las recuperes.

—¿Cómo sabías que estaba en peligro? —Le preguntó Alisa.

—Boris llegó jadeante a mi apartamento. Contó lo que había sucedido en Jasán con Vassily, y tuve un presentimiento. Supe que tenía que actuar rápido. Le ordené a Ivan que cuidara de Olga y del muchacho. Utilicé la montura de él para cabalgar hasta Jasán, y casi no llego a tiempo de salvarte.

Alisa se sentía inmensamente agradecida y terriblemente preocupada.

—Tendré que hacer otra declaración en la Ojrana —apuntó con voz cansada y con el ánimo decaído—. Tengo que informar de la muerte de Gustav Lébedev.

—No podrás hacerlo, Alisa.

Ella lo miró a los ojos sin entender sus palabras.

—¿Por qué?

—No necesitas preguntarlo.

—¿Lo sabías?

—Solo lo presentía.

Alisa inspiró profundamente al mismo tiempo que cerraba los ojos agotada.

—Me superó el miedo —confesó—, y la venganza me dio el valor que necesitaba para acabar con su miserable vida —Alisa se refería a su esposo Igor Medvédev—. Todavía no he logrado arrepentirme.

—Se merecía la muerte que tuvo.

Alisa estaba perdida en pensamientos que se resistía a compartir, incluso con Alexéi. Era tanto su dolor, su vergüenza...

—Aquella noche me provocó un dolor insoportable, tanto o más que perder el bebé que había concebido a la fuerza por las violaciones continuas de su primo. Cuando terminó de destruir la poca dignidad que me quedaba, el resquicio de orgullo que todavía sentía: le cortó las patas a la yegua que me había regalado mi padre por mi dieciocho cumpleaños. Ni siquiera me permitió que le diera una muerte rápida —Alexéi sufría con ella mientras Alisa desgranaba las miserias de su vida matrimonial—. Rota por el dolor físico que sentía, lo observé durante horas mientras dormía con el cuerpo empapado en vodka. Miré la lámpara que sostenía entre mis manos, la arrojé con todas mis fuerzas al centro de la cama. Estaba tan borracho que no se despertó ni cuando las llamas comenzaron a consumirlo todo.

Alexéi suspiró por ella. Sintió su dolor como propio. Y la abrazó más fuerte para transmitirle un poco de su fuerza, aunque lo creía improbable.

—Se merecía morir.

—Pero esa venganza consumada no me curó de mi odio. Me hizo más indigna todavía. No sanó mis heridas ni me trajo el consuelo que ansiaba.

—Puedo entender cómo te sientes —la tranquilizó él.

—¡No, no lo entiendes! —le espetó de pronto con inmensa amargura—. Tu venganza no te traerá la paz que anhelas —afirmó Alisa sin dejar de mirarlo—. Porque no me trajo la mía.

—¡Alisa! —exclamó Alexéi sujetándola más firme contra su pecho—. Solo me importas tú —continuó él—. Cabalgué como un loco porque temía no llegar a tiempo de salvarte. De impedir que te hicieran daño...

—No sabías que estaba en peligro —le recordó.

—Lo sospechaba. —Alisa se separó de Alexéi para levantarse. Él la miró con cierta impotencia.

La mujer se giró hacia él y lo miró con infinita tristeza.

—La venganza me ha hecho perder lo único que me quedaba —explicó ronca por la emoción—. Estaba tan llena de miedo, tan ciega de odio, que no me hubiese importado arder junto a Lébedev si así me veía libre de él de una vez por todas —ahora volvió a sollozar.

—No lo has perdido todo —le aseguró a él—. Nos tienes a nosotros. ¡Me tienes a mí! —Alisa desvió la mirada porque se sentía reacia a seguir escuchándolo. Tenía la mente despejada y por eso sopesó entregarse a la Ojrana de forma voluntaria antes de que la apresaran—. Pienso protegerte incluso de ti misma.

Alisa no entendió las palabras que le decía. Sonaron en sus oídos como algo incomprensible. La puerta de la alcoba se abrió de pronto, y la cabeza de Elina asomó por el hueco. Traía una tisana que humeaba.

—He pensado que te gustaría tomar algo caliente —la expresión de pena en el rostro de su amiga le indicaba lo horrible que debía verse por los golpes que había recibido.

Alisa se lo agradeció con una sonrisa que escondía una angustia indescriptible. Tomó la taza con ambas manos y la sostuvo sin apartar la vista de la profesora de música. Pensó en Jasán y sintió ganas de llorar de nuevo. En esos cuatro muros había reunido una verdadera familia, ahora no sabía qué iba a ser de ellos. Tomó un trago largo y se quemó la lengua por lo distraída que se mostraba en las acciones.

—Lord Simon Manley se ha puesto en contacto con Olga en el hospital donde atienden a Vassily para ofrecerte la hospitalidad de la embajada. —Alisa lo miró de lleno—. Sabe que has perdido Jasán y desea ayudarte.

—¿Ayudarme? —preguntó reticente—. Nadie puede ayudarme —aseveró.

—A instancias mías —comenzó Alexéi—, un amigo hizo indagaciones sobre tus derechos como ciudadana inglesa.

Alisa entrecerró los ojos sorprendida. Ella ignoraba que Alexéi le había pedido a Naum Seyavin Daugava que se informara sobre los derechos que tenían los ciudadanos rusos cuando uno de sus progenitores era extranjero. Las respuestas que había obtenido habían sido las esperadas.

—No soy ciudadana inglesa —afirmó rotunda.

—Tu padre era un noble y diplomático inglés. Registró tu nacimiento en su país natal, y ello te convierte en ciudadana inglesa. —Alisa no sabía nada de eso. ¿Para qué servía ese insignificante matiz?—. La embajada británica puede proporcionarte cierta protección.

—¿Qué clase de protección?

Toda la conversación estaba tomando un cariz significativo en vista de los últimos acontecimientos.

—Lo sabes, eres una mujer inteligente. Eres consciente que el comisario Dmitri Serguéievich no parará hasta conocer qué ha sucedido con su socio Lébedev —Alisa contuvo un gemido—. Sabe que se hospedaba en Jasán, y ahora la casa está reducida a cenizas. Buscará entre los rescoldos como un sabueso hasta encontrar algo que pueda utilizar contra ti.

Alisa se terminó la infusión de un trago, se le había enfriado en las manos.

—Por ese motivo he decidido entregarme de forma voluntaria a la Ojrana.

—No harás tal cosa —afirmó Alexéi sin que le temblara la voz—. Lord Simon Manley está preparando tu marcha a Inglaterra de forma muy discreta.

Alisa soltó la taza de las manos y la porcelana terminó estrellándose en el suelo.

—¡No puedo marcharme de Petersburgo! —exclamó dolida.

—No tienes más opción —afirmó Alexéi con un velo de compasión en los ojos.

Alisa se cubrió el rostro con las manos llena de impotencia.

—¡En Inglaterra no tengo nada!

—Estás equivocada. Allí te espera Viktor que te cuidará hasta que yo regrese y pueda hacerlo en persona —la mujer sondeó el rostro del militar buscando el fallo en sus palabras, aunque no las encontró porque él la miraba de una forma sincera—. No puedes quedarte en Rusia. —Ya lo sabía, si embargo, se había negado a considerarlo. En esos largos minutos Alisa había evaluado las diferentes opciones que tenía, y todas resultaban nefastas si se quedaba en Petersburgo—. Te diría que prepararas el equipaje, pero lamento decirte que no ha quedado nada en Jasán que puedas llevarte salvo mi corazón que te pertenecerá siempre.

Alisa se lanzó a los brazos de Alexéi sin pensar. Había comprendido al fin que debía aceptar que él decidiera por ella. Que la ayudara porque los muros de Jasán que la protegían, ya no estaban.

Había llegado el momento de comenzar de nuevo lejos de todo lo que conocía y amaba. Pensó en su abuelo y su angustia se incrementó. Había destruido todo su esfuerzo. Toda su herencia, pero ¡estaba viva!

—Prométeme que si me marchó, vendrás a buscarme.

Esa era una promesa muy fácil de cumplir para él.

—Te llevarás mi corazón, Alisa, lógico es que vaya en su busca y en la tuya.

—¿Cómo me marcharé?

Alexéi le mostró una mirada cómplice y de ánimo.

—De la misma forma que Viktor Chernov.

CAPÍTULO 37

El almirante había realizado un trabajo extraordinario. De forma discreta y silenciosa había logrado cortar los hilos más importantes que sujetaban la gran telaraña conspirativa contra los Románov. Era cuestión de tiempo que Dmitri Serguéievich y Andrey Kozyrev se dieran cuenta que estaban solos, lo más importante, que estaban a punto de pagar por su traición. En Grozni, y bajo una cuidada colaboración con militares leales al zar, se había procedido a arrestar a los cabecillas rebeldes en diferentes puntos de la ciudad. Las noticias de sus detenciones se mantenían en el más absoluto secreto para que no trascendiera la magnitud de la operación que se estaba llevando a cabo. En Kiev algunos políticos estaban siendo destituidos de sus cargos, también en Moscú. El cerco se había cerrado, pero Alexéi y Naum Seyavin eran conscientes que tenían que llegar hasta el mismo cerebro de la operación.

Se habían dedicado en esas semanas en seguir todos y cada uno de los pasos del príncipe Pyotr Levashov Saltikov, y a informar al almirante del resultado de sus investigaciones. El aristócrata tenía a su alrededor un verdadero ejército de protectores, sin embargo, su impaciencia le hacía no ser tan cuidadoso con los lugares que visitaba, sobre todo cuando pertenecían a políticos que estaban muy relacionados con la negativa a las reformas que proponía el zar. Pyotr Levashov Saltikov había nacido en Moscú. Era hijo del conde Sumarókov Levashov, y de la princesa Nikoláievna Saltikov que pertenecía a una de las familias más ricas de Rusia. Durante su juventud había llevado una vida disipada, alternada con periodos de misticismo. No obstante, en la madurez y sobre todo en los últimos años se había interesado por la política y participaba activamente de ella. Se declaraba así mismo un conservador moderado. Era el candidato perfecto para suceder al zar cuando éste fuera asesinado.

Alexéi seguía a cierta distancia al hombre que seguía a su vez al almirante Naum Seyavin Daugava. El amigo de su padre no se había percatado que el comisario de la Ojrana lo mantenía bajo estrecha vigilancia. El oficial cruzó la amplia avenida y se adentró en el barrio más exclusivo de la ciudad donde estaban ubicadas las más importantes joyerías y tiendas. Alexéi tuvo que aligerar el paso si no quería perderlos de vista.

Finalmente Naum Seyavin entró a un club muy conocido y selecto. Era frecuentado por algunos de los asesores que integraban el gabinete del zar Alejandro. Alexéi pensó que si existía algún lugar propicio para mantener reuniones sobre conspiraciones, era precisamente el club Voronikhin. Observó que el hombre que seguía al almirante oteaba a izquierda y a derecha antes de mirar por una de las grandes ventanas que daban a la calle principal, momentos después se decidió a entrar. Alexéi hizo lo propio. La entrada al club era libre, pero él lo hizo por la entrada lateral: la del servicio. El interior olía a puros y a coñac intercalado con vodka. El mobiliario oscuro y de madera olía a cera. Alexéi caminó rápido para no ser descubierto. Escogió un lugar oscuro desde el que podía observar sin ser visto. Desde el lugar privilegiado del corredor interior y que daba a diferentes estancias como despachos, alcobas y al gran salón, pudo mirar sin trabas a los hombres que estaban reunidos. Algunos leían tranquilamente la prensa. Otros conversaban en voz baja para no molestar al resto. La sorpresa de Alexéi fue enorme cuando sus ojos descubrieron al

almirante sentado al lado del príncipe Pyotr Levashov Saltikov. Durante unos instantes, no supo qué pensar. Cuando apareció en escena el comisario de la Ojrana, Dmitri Serguéievich, el corazón sufrió un vuelco dentro de su pecho. Ignoraba por qué motivo el almirante se había metido en la boca del lobo. Nada bueno podía salir de esa reunión, y se preguntó si acaso se había equivocado en confiar en el amigo de su padre, aunque instantes después se amonestó. Naum Seyavin estaba logrando unos resultados excelentes. Algo en la postura amenazante de Dmitri lo alertó. Ninguno de los tres hombres reunidos alzaba la voz, pero él podía percibir la tensión en el cuerpo del príncipe. En su mirada pudo ver el brillo del miedo. Sin mediar palabra se alzó de la silla que ocupaba y se alejó deprisa hacia el exterior. Sintió una pistola en las costillas y maldijo su descuido.

—Camina —le ordenó una voz desconocida.

Alexéi no se giró para ver quien lo amenazaba. Intuía que era el mismo hombre que había seguido durante toda la mañana. Dio un paso al frente, y de repente el rostro del comisario de la Ojrana se giró hacia esa esquina del salón donde se encontraba, entonces los ojos de ambos se encontraron. No advirtió sorpresa alguna en la mirada de Dmitri y supo que sabía que continuaba vivo. Se preguntó cuándo lo habría descubierto. La boca del arma en sus riñones lo incitaba a seguir avanzando hasta que alcanzó la mesa donde estaban los dos hombres reunidos.

El almirante alzó el rostro lleno de sorpresa al verlo.

—¿Alexéi! —lo saludó Dmitri con ojos entrecerrados—. Te creía muerto —dijo con ese peculiar ronquido en la voz.

Alexéi tomó asiento entre los dos hombres, justo en el sillón que había ocupado anteriormente el príncipe. El hombre que lo amenazaba se situó tras él para controlar que no hiciera ninguna tontería: como abalanzarse sobre el comisario, y ganas no le faltaban. Sus ojos rezumaban odio negro.

—Almirante —saludó Alexéi.

—¿Vodka o coñac? —le preguntó Naum Seyavin.

A Alexéi le sorprendió su serenidad.

—¿Qué hacemos en Voronikhin? —preguntó Alexéi mientras evaluaba todas y cada una de las posibilidades que tenía de acorralar a Dmitri. Ahora que sabía que estaba vivo no tenía escape.

Iba a arrancarle el corazón y a metérselo por la boca.

—¿De verdad me creías tan estúpido como para no saber qué estaba sucediendo en Grozni y en Kiev? —ni Alexéi ni Naum respondieron a la pregunta—. ¿Piensas que no iba a guardarme un as de triunfo por si los asuntos no salían como esperaba?

Alexéi supo que la pregunta iba dirigida a él.

—No podrás acusarme dos veces de traición —apuntó el militar que se mostraba tranquilo y sereno. Como si no le importara que lo hubieran descubierto al fin—. Ya no podrás contar con la ventaja de la ignorancia por mi parte.

—¿Y quién te dice que pretendo acusarte de nuevo y no eliminarte de una vez por

todas? —respondió Dmitri de una forma que podría provocar escalofríos a un hombre menos curtido que Alexéi—. No se puede asesinar a un muerto, ¿no es cierto?

Los puños de Alexéi se cerraron. Se clavó las uñas en la carne para no arrancarle los ojos de Dmitri.

—Esta vez no te saldrás con la tuya —contestó tranquilo y sin un parpadeo—. No tengo a mi cargo hombres que puedas sobornar otra vez, ni tienes que enfrentar a un simple capitán del ejército. Ahora no estoy solo en este asunto —con la cabeza señaló al almirante que observaba todo con suma atención—. No tengo nada que perder pues estoy muerto, ¿no es cierto? —le contestó con su misma pregunta.

—Admito que me sorprendió que te reunieras con nosotros —terció el almirante con semblante serio—. Confiaba que lo hicieras por la puerta principal y no por la del servicio.

El comisario miraba a uno y a otro. Alexéi supo que oficial sabía que lo seguía y su sagacidad lo dejó atónito porque ello quería decir que conocía también que estaba siendo vigilado por hombres de la Ojrana.

—¡Basta de tonterías! —vociferó el comisario en un tono de voz elevado y logrando que varias miradas se posaran en ellos.

—Te noto nervioso —se burló Alexéi—. Como si estuvieras pensando en salir corriendo —continuó con voz que dejaba traslucir una calma inquietante.

—Eso que dices es una sandez —se defendió—. No se puede temer a un muerto.

El almirante y Alexéi clavaron sendas miradas en el comisario.

—¿Estás seguro? —inquirió.

Sus gestos controlados denotaban una seguridad increíble, como si le importara bien poco el hombre que seguía clavándole un arma en los riñones.

—¿Lo dudas? —Casi gritó el comisario.

Alexéi se dio perfecta cuenta que actuaba como si estuviera acorralado, y realmente lo estaba. Al fin había captado que era la jugada final del almirante: el enfrentamiento entre ambos.

Él le ofrecía a Dmitri en bandeja de plata, y ser consciente de ese detalle logró que el odio que brillaba en sus ojos se fuera apagando poco a poco. Tenía en frente al causante de su desgracia. Miraba cara a cara al asesino de su familia, y la presión que ejercían sus uñas en la carne de la palma de sus manos fue aflojándose de manera lenta y continua.

Observaba a Dmitri, pero escuchaba en su mente las palabras de Alisa.

—El sudor que se perfila en tu frente, y el ligero temblor en tu labio superior me indica que no estás cómodo ni tranquilo en mi presencia.

Y era cierto. Dmitri llevaba días buscando al idiota de Gustav Lébedev. Le había ofrecido la promesa de una fortuna en joyas para financiar parte del proyecto. Necesitaba pagar a los mercenarios de Grozni antes de poder comenzar el alzamiento. Estaba todo preparado desde hacía semanas, y sin embargo, el hombre había desaparecido sin dejar rastro.

—Andrey Kozyrev ha sido arrestado esta mañana —dijo de pronto el almirante sin dejar de mirar al comisario—. Y como has podido observar, el príncipe se bate en retirada. Creo que pasará los próximos cien años en el exilio.

Alexéi miró atentamente a Naum Seyavin. El príncipe era el cerebro de la conspiración, no podían dejarlo marchar. No entendía la decisión del almirante.

—Entonces no tiene nada —se jactó el comisario.

—Tengo todas y cada una de las declaraciones de los implicados. Mercenarios de Grozni. Políticos de Moscú, y la acusación firme y definitiva de un hombre que fue acusado injustamente —los ojos de Dmitri se entrecerraron—. El club está controlado por la policía moscovita que es fiel al zar. Ha sido llamada y han llegado especialmente para tu detención. Tienen órdenes de actuar con contundencia si acaso tienes la insensata ocurrencia de tratar de huir.

Alexéi soltó el aliento porque el almirante había leído el pensamiento de Dmitri sin que hubiera pronunciado palabra alguna.

—Me sorprende entonces que no haya ordenado mi arresto —el comisario continuó mostrándose arrogante a pesar de las circunstancias.

Naum Seyavin lo miró atentamente. Frente a él no tenía a un hombre de verdad sino a un ser despreciable. Era ambicioso. Malvado. Cuanto más había estrechado el cerco en torno a él, más conocía el despojo que era.

—No tenía intención de hacerlo —respondió de forma lenta—. Porque tu vida está en las manos del hombre que tienes enfrente.

Alexéi no parpadeó. Siguió mirando a Dmitri con un odio intenso. Un despecho que le consumía las fuerzas y el espíritu. Sin embargo, nada en su postura lo demostraba. Tenía muy presente todo lo que había sufrido por su culpa. El abismo al que lo había enviado por su ambición desmedida. Recordó el rostro de sus padres y de su hermano, y entonces, las palabras de Alisa se gravaron en su corazón con mucha más fuerza que cuando las pronunció tras el incendio de Jasán. Frente así tenía al hombre que había jurado matar, el causante de sus peores pesadillas. El alma más negra que había conocido nunca... pero ya no le importaba la venganza. La muerte de Dmitri no le devolvería a su familia ni la paz que había perdido con sus muertes. Su mente evocó el rostro de Alisa. La entereza de su corazón para superar las desgracias. Y supo que su paz dependía de ella. De su amor. Descubrirlo logró que el peso que sostenía sobre sus hombros se aligerara por completo.

—No voy a cobrarme tu vida. El zar será menos magnánimo que yo —concluyó al fin—. Estás completamente solo.

De repente, el salón del club Voronikhin se llenó de policías. Los hombres que observaban todo con cierta suspicacia y decidida prudencia terminaron marchándose con premura del club pues no querían tener problemas con la policía. El comisario no se movió del sitio. Era innecesario. Durante días había perdido un tiempo valioso buscando a un hombre que se había esfumado, seguramente llevándose las joyas que le había prometido. Había mostrado una gran insensatez confiando en un hombre de su calaña. Pensó en el príncipe Pyotr Levashov Saltikov y maldijo por lo bajo. Como noble que era había actuado como tal, huyendo como un miserable cobarde.

La policía se llevó detenido a Dmitri Serguéievich y a su secuaz que no opuso resistencia. Momentos después el club se quedó desierto salvo los dos hombres que seguían mirándose sin apartar la vista el uno del otro.

Durante largos minutos ambos guardaron silencio. Alexéi fue el primero en romperlo.

—Podría haberme informado que la detención se produciría esta misma mañana.

El almirante alzó el brazo y pidió una botella de vodka.

—Te seguían desde hace un par de días —respondió conciso—. No podía poner en peligro la culminación de nuestro trabajo.

Alexéi lo ignoraba.

—Es un error dejar en libertad al príncipe —indicó convencido de lo que decía.

El almirante agradeció al camarero la botella que había dejado en la mesa junto con dos vasos, sirvió un poco del vodka en cada uno, y le dio a Alexéi el suyo.

—Es un error necesario —aclaró el almirante antes de beberse el vodka que se había servido de un trago—, y muy meditado.

—¿Por qué? —quiso saber Alexéi.

Naum Seyavin Daugava guardó silencio durante unos instantes. Se sirvió otro trago en el vaso aunque no se lo tomó.

—Porque hay muchos otros como él, y en el exilio nos será más útil que en la prisión.

—En la horca —corrigió Alexéi—. El delito de traición se castiga con la horca.

—El príncipe es un hombre muy poderoso y con demasiada influencia tanto en Rusia como en el extranjero. El zar es consciente de que si es ahorcado las represalias pueden ser incalculables a corto y largo plazo. También pésimo para la estabilidad del gobierno. Las consecuencias políticas podrían ser inimaginables. Lo que tratamos de evitar con su exilio es que se convierta en un mártir y ejemplo para otros como él. Para la casa Levashov es mucho peor castigo un exilio que una muerte. Surgirán más conspiraciones —afirmó el almirante—, pero no de la casa Levashov.

Alexéi comenzó a comprender. Mientras viviera el príncipe sería visto como una amenaza constante y los posibles herederos no podrían manejar la riqueza y patrimonio de la casa Levashov porque la misma quedaría bajo el control del zar. Si Pyotr Levashov Saltikov pagaba su traición con la vida, su título y patrimonio seguirían en la casa Levashov.

—¿El zar Alejandro está al tanto de los arrestos que se han llevado a cabo?

Naum Seyavin Daugava sacó del interior de su chaqueta oficial un sobre. Se lo tendió a Alexéi que no lo tomó de inmediato. Se tomó su tiempo aunque finalmente extendió la mano. Lo agarró con cuidado como si temiera quemarse.

—Me reuní con Alejandro días después de mantener la conversación con la señora Guseva. Antes había hecho algunas pesquisas y supe que las sospechas de ella eran ciertas. Lo puse al corriente de todo, pero necesitaba pruebas firmes y no solo sospechas y conjeturas. —Alexéi seguía sin abrir el sobre. Le daba pequeños golpecitos en la esquina

de la mesa. Sentía la urgente necesidad de conocer qué contenía su interior, y a la vez, le preocupaba saberlo—. Sin el expreso consentimiento del zar no habría podido llevarse a cabo los diferentes arrestos en Grozni, Moscú y Kiev, ni se habrían producido las destituciones políticas en su círculo más cercano.

—¿Sabía que el comisario se reuniría aquí en el club Voronikhin?

—Conocía que me vigilaba a mí, y que tú lo vigilabas a él. Todo estaba preparado para su arresto —Alexéi se quedó pensativo—. ¿No vas a abrirlo? Su contenido te gustará.

El almirante se refería al sobre. Alexéi miró el selló del zar y sonrió sin ganas.

—Hace meses me dieron uno igual con mi sentencia de muerte.

Naum Seyavin Daugava lamentó la gran tragedia que había sufrido el hijo de su buen amigo. No obstante, había mostrado una entereza inigualable. Sin su ayuda no habría podido desenmascarar a los traidores ni impedido el alzamiento. Tampoco el posible atentado contra la vida de Alejandro.

—Creí que querrías cobrarte la vida de tu verdugo.

Esa había sido su alimento durante meses. El aliento que había insuflado energía en su corazón para no desfallecer, sin embargo, había conocido a Alisa. Se había enamorado profundamente de ella, y sus prioridades habían cambiado por completo.

—Una muerte rápida sería demasiado benevolente para un hombre miserable como él —admitió al fin—. Prefiero que conozca y viva en las entrañas de Trubestskoy. Presumo que deseará estar muerto todos y cada uno de los días que pase allí.

Alexéi recordaba perfectamente cuantas veces deseó su muerte bajo esos muros malolientes. Cada vez que era sometido. Trubestskoy era el mejor castigo para un hombre como el comisario.

—Podrás regresar al ejército —le dijo el almirante—, si lo deseas.

Alexéi negó con la cabeza aunque de forma breve. Su vida ya no era el ejército, ni Rusia. Su lugar estaba junto a la mujer que lo había perdido todo.

—Podrías seguir los pasos en la marina como tu abuelo. Con gusto te recibiría en mi barco.

—Sería un verdadero placer trabajar bajo sus órdenes, pero no soy un hombre de mar —respondió Alexéi—, y el tiempo que pasé en la prisión Trubestskoy me enseñó a valorar las cosas que tenemos aún sin ser consciente de ellas. A vivir cada día como si fuera el último.

—Brindemos con un vodka —sugirió el almirante muy satisfecho por el resultado que habían obtenido—, por la iluminación de esa filosofía digna de tu padre.

Los vasos se llenaron y fueron alzados al mismo tiempo.

—Na zdoróvie —dijo Alexéi.

—Na zdoróvie —respondió el almirante.

CAPITULO 38

Howard Sotheby's. Condado de York, Inglaterra.

Alejado de la habitual marea de ciudadanos que integraban ciudades como Londres, Liverpool o Manchester, Yorkshire ofrecía lo mejor de Inglaterra en un entorno incomparable. Era el condado más bonito del país, al menos así lo creía ella. Poseía grandes parques y una extensa y próspera costa de playas que le parecían interminables. Acantilados rocosos y pequeños pueblos de pescadores, además de grandes ciudades en el interior como Leeds, Sheffield o Hull. Yorkshire podía presumir de ser la comarca más grande de Inglaterra. A su vez la zona rezumaba historia y arte con grandes abadías, castillos y monasterios en un entorno privilegiado.

Howard Sotheby's era una gran mansión georgiana de ladrillo rojo. Había sido construida dos siglos atrás y estaba situada a ocho millas al noroeste de York. La casa se encontraba en la cima de una colina y cerca del río Ouse, con espectaculares vistas sobre el mismo. Alisa se había sorprendido al verla por primera vez porque no se parecía en nada a Jasán, sin embargo, le gustó mucho porque en su interior se respiraba la historia de su familia paterna. La casa no necesitaba restauración porque sus abuelos paternos la habían cuidado con esmero. No era especialmente grande pues solo poseía ocho alcobas. Sin embargo, le parecía un milagro poder disfrutar de ella.

Había pasado días enteros recorriéndola. Observando los diferentes oleos que adornaban la mayoría de las paredes. Uno le gustaba especialmente pues era el retrato de su padre a los dieciocho años. Nunca lo había conocido así porque la mayoría de sus retratos estaban en Inglaterra cuando se casó su madre. Visitó uno a uno los dormitorios y eligió casi al instante el que había pertenecido a su progenitor. Estaba lleno de libros, de ropa y objetos que le habían pertenecido durante su infancia y juventud.

Para Alisa fue un maravilloso e inesperado regalo.

En los alrededores pronto se difundió la noticia del regreso de la hija de Robert Andrew Caramel, y de pronto se encontró con un mayordomo, una cocinera y dos doncellas que habían servido en vida de sus abuelos. Tras la muerte de éstos habían dejado la casa, pero al oír que la nieta regresaba del extranjero, habían decidido probar suerte para que los contratara de nuevo. Alisa no se lo pensó pues a pesar del rictus severo del mayordomo, le gustó su apostura. Las mejillas sonrosadas de la cocinera le causaron muy buena impresión, y las doncellas venían recomendada por la misma. Alisa se encontró de repente en una casa que no se le antojaba extraña. Con un equipo de servicio que no la trataban con indiferencia sino con respeto, y ese cambio en su vida se le antojó prodigioso.

Su llegada a Inglaterra había resultado sin contratiempo. Tanto ella como Viktor habían quedado en deuda con la baronesa Milenka Daugava pues en dos ocasiones había permitido que su barco los llevara lejos del peligro. Su salida de Rusia había resultado penosa porque no conocía nada fuera de ella, sin embargo, ahora se sentía feliz. Howard Sotheby's no era Jasán, pero era la otra mitad de su vida.

Viktor había decidido dejar el hogar de la baronesa en Londres para mudarse con ella. Se encontraba tramitando el cambio de universidad para poder realizar sus estudios en la

ciudad de York, y Alisa no veía el momento de que estuviera a su lado. Como lo estaría pronto parte de los miembros de Jasán. Le escribía semanalmente a Milenka para conocer los acontecimientos en Petersburgo, y aunque ella no le respondía con la celeridad que esperaba, cada vez que recibía una carta suya, el corazón parecía que le estallaba por la emoción.

Ivan y Olga habían decidido quedarse bajo la protección de la baronesa en Petersburgo pues ninguno de los dos se encontraba con el ánimo y las fuerzas de mudarse a otro país tan diferente de Rusia, y Alisa lo lamentó de corazón. No obstante, Yuri, Mijaíl y Denis sí estaban preparando su marcha hacia York pues estaban decididos a conocer mundo, y con ella en la propiedad de Howard Sotheby's era una oportunidad excelente para hacerlo.

Inglaterra podía ser el comienzo de un todo para ellos.

Su tutor, lord Simon Manley, la había puesto en contacto con el excelente bufete de abogados que se ocupaban de controlar la propiedad y el dinero de su padre que estaba depositado en el banco. De no tener nada, Alisa había pasado a ser una respetable propietaria y dueña de un título menor. Aunque pareciera extraño pues llevaba poco tiempo viviendo en el condado de York, Alisa se sentía tranquila. Viktor la había visitado en dos ocasiones en Howard Sotheby's, y le había hecho entrega de sus pertenencias, las que había guardado en el pequeño baúl. Algunas noches observaba las joyas que había arrancado del tocado de su abuela, y cedía al llanto porque la añoranza la abrumaba.

Su tutor le escribía con frecuencia, en la última carta le había confesado que su trabajo como ayudante del embajador terminaría en breve y volvería de nuevo a Inglaterra. Alisa sabía que lord Simon Manley pensaba regresar a la india, y se dijo que algún día lo visitaría para conocer la otra propiedad que había heredado de su padre: Zafhar Mazhal. Esa noche se encontraba mirando las decenas de libros que adornaban la pequeña aunque bonita biblioteca de la casa. Todos estaban escritos en inglés, y aunque Alisa se había criado en el idioma materno, su padre se había encargado de que también conociera el suyo propio. Aunque no era buena leyéndolo se prometió que aprendería lo más pronto posible para poder disfrutar de ese pequeño tesoro que había heredado.

Una de las doncellas, Rose, le trajo una bandeja con té. El delicioso aroma de los pastelillos de canela y manzana inundó la estancia por completo, la muchacha dejó el servicio de té y se fue tan silenciosa como había llegado. Alisa había descubierto en un portafolios de piel unas cartas que su padre había escrito a sus abuelos, y se pasaba horas enteras leyéndolas. Conociendo detalles sobre su personalidad y que desconocía por completo. Escuchó el sonido de un carruaje y sus ojos se entrecerraron pues era una hora inusual para una visita. Pensó en Viktor y su corazón se alegró. Quizás había concluido con el papeleo de su traspaso y había decidido establecerse en Howard Sotheby's por fin. No permitió que el mayordomo anunciara la inminente visita. Alisa salió al vestíbulo y tomó la iniciativa de abrir la puerta de la calle para recibir al visitante. Se quedó plantada en el primer escalón. El carruaje de alquiler se detuvo y de su interior salió un hombre, pero en modo alguno era Viktor.

—¡Alexéi! —gritó Alisa llena de emoción.

Bajó las escalinatas de la casa a toda velocidad y se lanzó a los brazos del hombre

que amaba con toda su alma. Estaba más delgado, más atractivo. Con un brillo sereno en los ojos que la dejó flotando en una nube de ilusión y esperanza.

—Estás preciosa...

Alexéi no pudo continuar porque tenía que pagar al cochero que ya había bajado del carruaje los baúles con su equipaje. El mayordomo junto al mozo de cuadra se hicieron cargo de ellos con celeridad. Alisa no les indicó a qué estancia debían subirlos porque estaba absorta mirando el rostro de Alexéi.

—No he sabido nada de ti desde que dejé Petersburgo —su queja había sonado contrita—. ¡Pero me alegro tanto de verte!

Alexéi se giró hacia ella al mismo tiempo que el carruaje comenzaba a marcharse. Le ofreció una sonrisa sincera y la miró de arriba abajo sin un parpadeo.

—Te traigo muchos saludos de Denis, Yuri y Mijaíl —Alisa no pronunció palabra—. También de la baronesa, de tu tutor, y del almirante Daugava.

—¡Ven conmigo! —Alisa lo tomó de la mano y lo obligó a subir las escalinatas de la casa a toda velocidad.

Lo llevó al interior de la casa, a la pequeña biblioteca. Cerró la puerta tras él y lo besó en la boca. Alexéi la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza, con ansia. Había permitido que ella tomara la iniciativa del beso, pero fue lo único que le permitió. Tomó posesión de la boca femenina como si fuera un sediento. Alisa no quería separarse de él.

Unos toques discretos en la puerta les obligó a ambos a separarse. Era el mayordomo.

—Hemos subido el equipaje de su invitado a la alcoba azul —era una de las alcobas principales de la casa. La más grande y sobria tras la de sus abuelos y su padre. Alisa pensó que era la más apropiada para Alexéi—. ¿Desea que le sirvamos un té y algunos emparedados?

—¿Tienes hambre? —le preguntó Alisa.

Habían pasado varias horas desde la cena.

—Un té estará bien —aceptó él.

El mayordomo cerró la puerta con mucho cuidado. Alisa se dio cuenta de que no le había permitido a Alexéi quitarse la capa, ni los guantes de piel ni el sombrero.

—Te he echado mucho de menos —confesó feliz.

Alexéi aprovechó para quitarse la ropa de viaje. Alisa la tomó entre sus manos y la depositó en un sillón cercano.

—¡Ven! —lo apremió—. Tienes muchas cosas que contarme.

Alexéi tomó asiento en el lugar que ella le había indicado. Cruzó una pierna sobre la otra y se dedicó a observarla con atención. Estaba hermosa, pero con un brillo de tristeza en sus ojos que lo alarmó.

—¿Te gusta lo que ves de Howard Sotheby's? —le preguntó ella en un impulso.

Alexéi sonrió más abiertamente.

—Me gusta todo lo que tiene que ver contigo.

Alisa sentía ganas de lanzarse a sus brazos y besarlo. Estaba vivo. Estaba bien y había cumplido su promesa de regresar a ella. No podía estar más feliz.

—¿Te ha resultado muy duro dejar Rusia? —quiso saber.

Alexéi le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mi hogar, mi paz estará siempre donde estés tú. Eres el bastión de mi felicidad en el presente y en el futuro.

Alisa se derretía de amor. ¿Cómo había sobrevivido tantas semanas lejos de él?

—Quiero saber, Alexéi —le pidió ella—. Necesito conocer qué ha sucedido con Andrey Kozyrev y Dmitri Serguéievich.

El hombre tomó aire y cruzó los brazos al pecho, como si con ese intento tratara de controlar las ansias que sentía de encerrarla entre ellos.

—Dmitri Serguéievich sigue vivo —Alisa entendió en esa afirmación todo lo que Alexéi sentía por ella—. Fue arrestado por la policía moscovita bajo la supervisión del almirante y la conformidad del zar.

—¿La policía moscovita?

—El almirante no confiaba en la Ojrana de Petersburgo, Dmitri Serguéievich, como comisario jefe, había hecho destituciones de hombres leales al zar y se había rodeado de hombres afines a sus ideas. —Alisa comprendió—. Una vez que lo enfrenté cara a cara —continuó explicándole—, me di cuenta que ya no me movía la venganza absoluta de ajusticiarlo.

—¡Alexéi! —exclamó admirada.

—Fui capaz de comprender que mi paz no dependía de su muerte sino de tu amor.

Alisa abandonó el lugar en el que estaba sentada y se lanzó a los brazos de Alexéi. La encerró en su pecho y besó la coronilla femenina con infinita ternura.

—¿Qué... qué sucede con Gustav Lébedev? —se atrevió a preguntar.

Alisa no podía olvidar que su huida de Rusia había sido motivada por la muerte de éste. Quería y no quería saber si la justicia la reclamaba.

—Nadie en Petersburgo ha echado en falta su ausencia —le respondió con voz baja, como si ella lo necesitara—. Nadie ha hecho preguntas sobre él.

Alisa soltó el aire que había retenido en el interior de sus pulmones.

—Entonces mi salida de Rusia fue innecesaria —Alexéi la separó un tanto del contacto con su cuerpo para mirarle fijamente el rostro.

—Con Dmitri Serguéievich en la Ojrana estabas en peligro. —Alisa inspiró de forma profunda antes de recostarse de nuevo en su pecho fuerte—. Tienes que olvidarte de él para comenzar de nuevo.

—Me encanta esa palabra... comenzar de nuevo —repitió.

El mayordomo tocó la puerta de forma discreta y entró para depositar la bandeja con el té en una mesita auxiliar. Alisa no se había percatado de cuando habían sustituido una bandeja de té por otra. Cuando se quedaron otra vez a solas. Cerró los ojos serena. Escuchaba los latidos del corazón de Alexéi. Sentía su suave respiración, y tuvo que alzar la cabeza y mirarlo porque creyó que se había dormido, pero estaba equivocada. Él la miraba de una forma completa. Con un brillo en sus pupilas que le mostraban un amor profundo y eterno.

—Tenemos poco tiempo para estar juntos, pequeña —Alisa lo miró confundida—, antes de que llegue el resto de tus muchachos y acaparen tu atención por completo, y me desplacen en tus atenciones.

Sabía que Alexéi se refería a Yuri, Denis y Mijaíl.

—Eso nunca ocurrirá —aseveró ella. Alexéi la abrazó más fuerte.

—¿Te casarás conmigo, lady Caramel?

Le hizo gracia la forma de llamarla. En Rusia detestaba ese nombre porque venía acompañado de burla hiriente, sin embargo, en Inglaterra era la manera formal de dirigirse a ella y le gustaba.

—Sí, me casaré contigo —aceptó sin reservas.

No obstante, los ojos femeninos se empañaron durante un momento. Alexéi supo que había cruzado por su mente en esos momentos.

—Tengo un regalo para ti —le dijo de forma enigmática—. Acompáñame a la alcoba que me han asignado para que te lo muestre.

Alisa no quería dejar la protección de sus brazos. Su aliento en la mejilla. Estar abrazada a Alexéi era lo que más deseaba en el mundo. Reacia se levantó y él la imitó. Agarrados de la mano subieron a la planta superior. Recorrieron el estrecho pasillo y se detuvieron en la única puerta que no estaba cerrada. Habían dejado en la biblioteca el té sin tomar, pero a ninguno de los dos les importó.

—Es una hermosa habitación —reconoció el militar.

—Howard Sotheby's no es tan bonito como Jasán —admitió ella—, pero está muy bien para comenzar de nuevo.

Alexéi la había dejado de pie en el centro del dormitorio. Se inclinó hacia uno de los baúles y abrió la pesada tapa. Buscó en su interior y sacó un envoltorio de seda. Se lo tendió a ella con una mirada indescifrable.

—Mi regalo por nuestra boda.

Alisa no se atrevía a coger el envoltorio de seda negra. Alexéi la instó con los brazos a que lo hiciera. Finalmente lo hizo. Caminó hasta el lecho, se sentó en el borde y comenzó a abrir el envoltorio. Ante sus ojos quedó expuesto un bellissimo Sarafan de seda. Alisa no pudo contener una exclamación de deleite. Acarició con ternura el tejido tan parecido al que se había quemado en Jasán.

—Podrás engarzar en el kokoshnik que también he traído las joyas que tu abuelo le regaló a tu abuela. —Alisa cerró los ojos porque los tenía anegados en lágrimas.

—Es demasiado costoso —respondió Alisa—. ¿Cómo has podido gastar tanto dinero? —inquirió—. No lo merezco, Alexéi.

—Lo que mereces o no debo decidirlo yo —contestó suave—. Invertí en el Sarafan parte del dinero que me obsequió el zar Alejandro en compensación por los meses que pasé en la prisión Trubestskoy, y por se acusado de forma injusta. Además, vendí las tierras de mis padres en Smolensk.

Alexéi calló un momento meditando en su viaje a las tierras que lo habían visto nacer. Había sido una prueba muy dura, pero necesaria.

—Las tierras perdieron parte de su valor porque la casa había sido destruida por el fuego por completo.

Alisa quería hacer desaparecer del rostro de Alexéi la amargura. Acarició la prenda con devoción antes de exclamar.

—¡Es precioso! Un maravilloso regalo —Alexéi se sintió abrumado por el entusiasmo de ella.

—Llevarás mi corazón rojo de amor bajo las telas de seda de tu vestido de novia — Alisa suspiró profundamente al escucharlo.

—No lo merezco —reiteró.

—Me salvaste de la muerte. Al hacerlo hiciste posible que el verdadero culpable fuera descubierto. Acepté el dinero compensatorio por ti. Únicamente por ti, y porque quería compensar una parte de la pérdida de Jasán.

—Será un orgullo llevarlo en nuestro enlace —afirmó humilde.

—Tus muchachos han participado en la compra del kokoshnik porque desean verte tan hermosa como tu abuela y tu madre en el día de su boda.

Alisa ya no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Lloró llena de gratitud y felicidad. En Jasán había perdido muchas cosas, sin embargo, en Howard Sotheby's podía comenzar otras igual de importantes o incluso más.

—Tenemos una boda que preparar —medio Alexéi tratando de borrar los recuerdos tristes que veía en el rostro de Alisa.

—Podemos hacer un viaje a la India —dijo ella de pronto.

El rostro de Alexéi mostró el horror que esa sugerencia le había causado.

—Por favor —rogó él—, permíteme que te haga primero el amor en Inglaterra, después seré todo tuyo para que decidas hacia donde llevas mi corazón.